



Teatro **Tomo segundo**

Juan Eugenio Hartzenbusch

La Visionaria

Comedia en tres actos en prosa

Estrenada en el teatro del Príncipe a 21 de marzo de 1840

PERSONAS

DOÑA CRÍSPULA

VALENTINA

DON VICENTE

RAIMUNDO

MARCOS

Un escribano, un ordenanza, un médico, dos señoras, un cerrajero, alguaciles.

La escena es en Palma, capital de la isla de Mallorca.

La acción pasa en 1805.

Acto primero

El teatro representa una sala baja. En el fondo una ventana grande con reja, por la cual se descubre la calle. A la derecha del actor, la puerta de entrada; a la izquierda otra, con una mampara, que da paso a las piezas interiores. Una mesa, sillas muy altas de respaldo y un bastidor de bordar.

Escena I

VALENTINA, bordando junto a la reja; DOÑA CRÍSPULA, observando a DON VICENTE, que pasea la calle con inquietud.

CRÍSPULA. -Ya lleva una hora de plantón, y no hay trazas de que se retire tan pronto. Imposible que sea mallorquín ese perdulario. ¡Valentina!...

VALENTINA. -¿Manda usted?

CRÍSPULA. -Ven aquí; deja la labor.

VALENTINA. -Si usted me permite concluir este ramo... Son dos puntadas.

CRÍSPULA. -Hazme el gusto de quitarte de la ventana inmediatamente.

VALENTINA. -Voy: no se enfade usted. (Se levanta.)

CRÍSPULA. -Supongo que esta vez no dirás que veo visiones, que interpreto al revés las cosas. Mira aquel hombre.

VALENTINA. -¿Y quién es, madre?

CRÍSPULA. -Eso es lo que yo te iba a preguntar, hija.

VALENTINA. -Con la celosía no distingo bien sus facciones; pero me parece, por el aire del cuerpo...

CRÍSPULA. -¿Qué? Vamos, di.

VALENTINA. -Me parece que no le conozco.

CRÍSPULA. -Si estuvo en Santa Eulalia el domingo pasado.

VALENTINA. -Puede.

CRÍSPULA. -Y bien cerquita de nosotras.

VALENTINA. -¿Qué tiene de particular?

CRÍSPULA. -Y no apartó los ojos de ti mientras duró la misa.

VALENTINA. -No reparé. Y lo que es hoy ni siquiera he mirado a la calle.

CRÍSPULA. -Lo que tú te empeñas en callar, lo revelan las imprudencias de tu novio.

VALENTINA. -¡Mi novio! ¿Quién? ¿Aquel caballero? A usted debo el primer anuncio de esa conquista.

CRÍSPULA. -¿Pues a qué vienen las mojigangas que hace?

VALENTINA. -¿Y cuáles son?

CRÍSPULA. -Rondar la calle arriba y abajo, sin perder de vista nuestra casa... Una miradita a esas rejas; otra a los balcones del cuarto principal, que está desalquilado... Se viene después al portal; sube la escalera, dando un pisotón en cada peldaño; silba, canta, golpea con el bastón puertas y paredes... ¿Para qué armará tal estrépito sino para que al oírle te asomes?

VALENTINA. -Todo eso se puede hacer sin objeto determinado. El ocio, el fastidio, la impaciencia...

CRÍSPULA. -Si nunca me salen erradas mis conjeturas.

VALENTINA. -¿Nunca, madre? ¿Se acuerda usted de aquel chasco tan serio?...

CRÍSPULA. -¿Cuando me figuré que robaban ahí enfrente, y era el escribano Don Celedonio que hacía un embargo? Apariencias tan equívocas confundirían a cualquiera.

VALENTINA. -No, yo hablaba de cuando fuimos al santuario de Bonanova.

CRÍSPULA. -¡Ah! ¿El día del Dulce Nombre?

VALENTINA. -¡Buen sofoco me hizo usted pasar, sin culpa ninguna! Porque nos seguía un militar, cojo por más señas, se figuró usted que trataba de entregarme un papel. Me agarra usted del brazo, echa a correr conmigo, me riñe, me pellizca... ¿Y qué era todo el misterio? Que usted había perdido su abanico en la ermita; que aquel buen hombre lo había recogido, y quería devolvérselo a usted.

CRÍSPULA. -Y por esa casualidad, ¿querrás tú persuadirme que entre tanto monuelo que te requiebra al paso cuando salimos, no hay quien te guste?

VALENTINA. -A usted es a quien le desagradan todos.

CRÍSPULA. -¡Y a ti ninguno! ¡Qué desenvoltura! ¡Qué atrevimiento! Me has de quitar a pesadumbres la vida.

VALENTINA. -Madre, madre, por las entrañas de María Santísima, ¿quiere usted decirme en qué falto a los deberes de buena hija? ¿No me ve usted día y noche amarrada a ese bastidor, sin alzar cabeza, para que el fruto de mi trabajo nos saque de la estrechez en que nos pone la corta viudedad que usted goza? ¿Con quién gasto yo conversación? ¿Pone los pies aquí nadie más que Raimundo?

CRÍSPULA. -¡Ah! Ése no es de temer. Estoy completamente cierta de que no te quiere.

VALENTINA. -¿Querirme? Ni piensa en mí siquiera. ¡Valiente cabeza de gorrión! Tres días hace ya que no parece por casa.

CRÍSPULA. -En fin, si me aseguras que esotro zángano no ronda por ti...

VALENTINA. -No, señora, no. (Llama DON VICENTE a la reja.)

CRÍSPULA. -¡Calle! Pues él es el que está llamando. (Llegándose a la ventana.) ¿Qué se le ofrece a usted, caballero?

VICENTE. -Perdone usted mi franqueza, señora. Yo tenía precisión de molestar a usted con una visita. La persona que debía presentarme no parece, y me canso de aguardar en la calle.

CRÍSPULA. -¿Y quién es ese sujeto?

VICENTE. -El sobrino del propietario de esta casa.

CRÍSPULA. -¿El sobrino de Don León?

VICENTE. -Pues, Don Raimundo.

CRÍSPULA. -Don Raimundo Torrella. En efecto, muchos días suele venir por aquí a estas horas. Dé usted la vuelta, que voy a abrir.

VICENTE. -Mil gracias, señora. (Quítase de la ventana.)

Escena II

DONA CRÍSPULA, VALENTINA.

CRÍSPULA. -¿Lo has oído? A casa viene; yo no le conozco: con que no hay remedio, es a verte.

VALENTINA. -Pues yo no le quiero ver, si viene por mí. Permita usted que me retire a mi cuarto mientras hablan ustedes.

CRÍSPULA. -Bien: así le podré yo sondear más libremente. (Va a abrir la puerta.)

VALENTINA. -¿Qué querrá este hombre? ¿Para qué se encargará Raimundo de traer aquí a nadie? ¡Como soy yo tan aficionada a visitas! Merecía que no recibiese las tuyas. (Vase.)

Escena III

DOÑA CRÍSPULA, DON VICENTE.

CRÍSPULA. -Perdone usted que le haya hecho esperar.

VICENTE. -Por Dios, señora...

CRÍSPULA. -Hará usted el favor de tomar asiento. (Va a buscar sillas.)

VICENTE. -No era necesario; pero... (Aparte.) No se figurará esta señora que vengo a ver la casa para comprarla.

CRÍSPULA. -Vamos, sin cumplimiento.

VICENTE. -He dado a usted una prueba de que no los uso.

CRÍSPULA. -Mejor: a mí me gusta la gente franca.

VICENTE. -Su rostro de usted no me es desconocido. Yo la he visto a usted no sé dónde.

CRÍSPULA. -Sí, como soy tan devota de Santa Eulalia...

VICENTE. -Cierto: en Santa Eulalia se hallaba usted el domingo. Y si no me engaño, la acompañaba a usted una joven.

CRÍSPULA. -Mi Valentina, mi hija única.

VICENTE. -Criatura hechicera.

CRÍSPULA. -¡Eh! Tal cual.

VICENTE. -No, no; que es su vivo retrato de usted.

CRÍSPULA. -Déjese usted de lisonjas.

VICENTE. -A fe de Vicente Montaner.

CRÍSPULA. -¿Montaner es su apellido de usted?

VICENTE. -Para servirla.

CRÍSPULA. -¿Tiene usted algún parentesco con Doña Dolores Montaner de Bausá?

VICENTE. -Somos primos.

CRÍSPULA. -¿Primos? Pues Dolores es madrina de mi hija.

VICENTE. -Por muchos años.

CRÍSPULA. -De manera que usted y el difunto Don Jaime...

VICENTE. -Éramos hermanos.

CRÍSPULA. -¡Excelente casa! ¡Hombre opulentísimo! Usted habrá tenido parte en su herencia.

VICENTE. -No, señora: la repartió entre los pobres de la familia.

CRÍSPULA. -(Aparte.) Es rico.

VICENTE. -Bastante hizo por mí con enviarme a la Habana y ponerme en carrera.

CRÍSPULA. -¡Hola! (Aparte.) Es indiano.

VICENTE. -Se empeñó mi hermano en que yo había de hacer mi fortuna en América, y no paró hasta salirse con ello. «Te vas a Cuba (me estaba repitiendo siempre), y cuando hayas adquirido un mediano capital, regresas a tu país, te haces propietario y te casas con una palmesana honrada y bonita.»

CRÍSPULA. -(Aparte.) ¿Qué tal? ¿Si decía yo bien?

VICENTE. -Cuentas galanas, que luego salen como Dios quiere. En fin, después de quince años de expatriación...

CRÍSPULA. -Vuelve usted a Palma, como buen mallorquín, con los tesoros del nuevo mundo.

VICENTE. -Aún queda por allá lo mejor de mis bienes. -El motivo que me obliga hoy a recurrir a la complacencia de usted...

CRÍSPULA. -Ya me figuro cuál será.

VICENTE. -No extrañaría yo que tuviera usted algún antecedente. Un trato lícito no hay por qué ocultarlo de nadie.

CRÍSPULA. -Mucho que no.

VICENTE. -Pues, señora, yo, a los quince días de haber desembarcado, pasé casualmente por esta calle. Miré aquí... volví a mirar... y me quedé parado más de media hora ahí delante.

CRÍSPULA. -Pues, contemplando las rejas...

VICENTE. -Las rejas y los balcones y toda la casa, porque le confieso a usted sin rebozo que me tiene enamorado, trastornado el juicio.

CRÍSPULA. -Ya lo he conocido yo. Si miraba usted con una ansia, con una inquietud...

VICENTE. -Es furor, es locura. En apasionándome yo de un objeto, no puedo disimularlo y sacrifico cualesquiera intereses al logro de mis deseos.

CRÍSPULA. -Es decir que cuando usted quiere, quiere bien.

VICENTE. -Con toda mi alma. -Me presenté a Don León...

CRÍSPULA. -El tío de Raimundo.

VICENTE. -Como dueño de la casa...

CRÍSPULA. -Y él le hablaría a usted de nosotras.

VICENTE. -Sí: me dijo que el piso principal estaba desalquilado, y que el bajo le ocupaban una señora viuda y su hija, personas de honor y virtud a carta cabal. Nos vimos varias veces. La última (que fue en la semana pasada) quedamos en que hoy se reuniría aquí Don Raimundo conmigo, y mire usted el grandísimo botarate ¡qué prisa tiene! Yo, no pudiendo sufrir más, dije para mí: Apelemos a la bondad de esta señora, que tal vez se dignará franquearme sus puertas y darme las noticias que necesito.

CRÍSPULA. -Ha hecho usted perfectísimamente. Sin testigos podemos hablar aún mejor.

VICENTE. -Sí, señora. Y me haría usted un obsequio grande si reservara para sí todo lo que ahora tratásemos.

CRÍSPULA. -Corriente.

VICENTE. -Cuando les consta que uno es de los que atropellan por todo, se hacen de rogar y se ensanchan al doble.

CRÍSPULA. -Señor Don Vicente, ya sabe usted el refrán: a buen bocado, buen grito.

VICENTE. -Confieso que las apariencias no pueden ser mejores; pero esto no basta. ¿Cómo puedo yo conocer el fondo, aunque desde la calle me parezca hermosísima?

CRÍSPULA. -Por eso viene usted a verla.

VICENTE. -Para eso esperaba a Don Raimundo.

CRÍSPULA. -Pues ya no es necesario. Cuando usted quiera pasaremos al gabinete, y en seguida...

VICENTE. -Dígame usted primero. Parece que hubo en un tiempo, con motivo de ciertos amores, una comunicación del cuarto principal a éste.

CRÍSPULA. -¿Amores? ¿Comunicación?

VICENTE. -Secreta.

CRÍSPULA. -O no ha habido tal cosa, o tan secreta ha sido, que yo no he podido descubrirla.

VICENTE. -No lo digo porque sea un defecto.

CRÍSPULA. -Pues, aunque me esté mal el decirlo, sepa usted que ni tiene ése ni otro ninguno.

VICENTE. -Pues entonces es una alhaja.

CRÍSPULA. -Y que la codician muchos.

VICENTE. -Eso ya me lo dijo Don León, y en parte no lo extraño.

CRÍSPULA. -Quizá el exterior es en ella lo que menos vale.

VICENTE. -Pues la fachada es magnífica. Me decido. Robusto cimiento, sólida estructura, capacidad, según dicen... Vamos, será mía.

CRÍSPULA. -Poco a poco: falta que yo quiera.

VICENTE. -¡Ah! ¿Luego consiste en usted?

CRÍSPULA. -¿Pues en quién?

VICENTE. -Don León no me ha dicho palabra.

CRÍSPULA. -Pues yo le digo a usted que el negocio ha de ser a mi gusto.

VICENTE. -(Aparte.) (¡A buena parte he venido a informarme!) Yo he manifestado a usted, quizá imprudentemente, la vehemencia de mi deseo; pero ya lo hice, y no me vuelvo atrás. Dícteme usted las condiciones que exige.

CRÍSPULA. -Ya lo pensaré maduramente, como corresponde a negocio de tal entidad.

VICENTE. -Resuelva usted pronto, por Dios. Ya puede usted haber conocido mi carácter impaciente.

CRÍSPULA. -Sí; pero tengo precisión de saber antes la voluntad de mi hija, porque está más interesada que yo.

VICENTE. -Ya. En ese caso, permítame usted que hable yo también con la señorita.

CRÍSPULA. -Es muy puesto en razón. (Pasa RAIMUNDO por delante de la ventana.) Allí viene ya Don Raimundo.

VICENTE. -Ya era tiempo. (DOÑA CRÍSPULA va a abrir.) ¡Me he portado! Ahora que sabe esta señora el capricho que tengo, me va a costar un ojo de la cara la casita dichosa.

Escena IV

DOÑA CRÍSPULA, RAIMUNDO, UN CERRAJERO, DON VICENTE.

RAIMUNDO. -Servidor de usted, Doña Crispula; servidor, Don Vicente.

VICENTE. -Amiguito, venturosos los ojos que ven a usted.

RAIMUNDO. -Ríñame usted ahora, cuando vengo desde el puerto en una carrera, y me he dado una costalada que por poco no me desnucó. Yo le decía a mi tío: Ya me ha predicado usted bastante; yo no le hago a usted falta para el embarco, y se la estoy haciendo al señor Don Vicente; pero el buen viejo es tan fecundo cuando regaña o se despide... Y como hoy tenía que reunir ambos puntos en una plática...

CRÍSPULA. -¿Se despedía de usted?

VICENTE. -¿Don León se ha marchado?

RAIMUNDO. -Sin ánimo de volver a Palma.

VICENTE. -¿Pues con quién he de entenderme yo entonces?

RAIMUNDO. -Mi tío se lo hubiera dicho a usted, si hubiese parecido por allá estos días.

VICENTE. -Ya les previne a ustedes que pasaría en Puerto Pi una semana.

RAIMUNDO. -También hemos andado nosotros ocupadísimos. Como iba diciendo, desde que los ingleses rompieron las hostilidades, principió mi tío a enviar sus fondos a Barcelona; y cuando ha visto que el almirante Nelson ha querido hacernos una visita, ha dicho: «No, zámpome en España de un salto, y no paro hasta el corazón de la Península.»

VICENTE. -(Aparte.) Doña Crispula será la encargada de la venta.

RAIMUNDO. -El señor es el cerrajero, y yo traigo las llaves: la de la puerta y la otra. Doña Crispula, con permiso de usted voy a enseñar el cuarto de arriba al señor Don Vicente, que parece nos quiere comprar la casa.

CRÍSPULA. -¿Comprar la casa? Ah, sí, ahora recuerdo...

VICENTE. -Ya he hablado con esta señora...

CRÍSPULA. -Sí, ya sé que el señor Montaner viene de América con ánimo de adquirir propiedades en Palma. (Aparte a DON VICENTE.) Guarde usted silencio con Raimundo sobre lo que hemos tratado.

VICENTE. -(Aparte a DOÑA CRÍSPULA.) Bien está.

RAIMUNDO. -Bajaré luego. A los pies de Valentinita.

VICENTE. -Adiós, señora.

CRÍSPULA. -A más ver. (Vanse DON VICENTE, RAIMUNDO y el CERRAJERO.)

Escena V

VALENTINA, DOÑA CRÍSPULA.

VALENTINA. -¿No ha estado aquí Raimundo, mamá?

CRÍSPULA. -Sí, ahora sale.

VALENTINA. -¡Y no ha querido saludarme siquiera! Cuidado, que se va haciendo descortés hasta un grado insufrible.

CRÍSPULA. -¡Ay Valentina, Valentina! ¡Cuánto peor es la falsedad que la impolítica!

VALENTINA. -¿Por qué lo dice usted?

CRÍSPULA. -¡Valiente cuidado te dará que no te salude Raimundo! El Don Vicente es el que sientes que se vaya sin hablarte.

VALENTINA. -¿Qué Don Vicente?

CRÍSPULA. -El señor Montaner.

VALENTINA. -¿Quién es ese señor?

CRÍSPULA. -El indiano.

VALENTINA. -Pero ¿quién es el indiano?

CRÍSPULA. -Tu novio.

VALENTINA. -Dale. ¿Y quién es mi novio?

CRÍSPULA. -Dale. El que estaba haciéndote guiños a la reja, el que se nos ha encajado en casa sin aguardar a que le presenten, el que me ha declarado que está perdido de amores por ti, el que me acaba de pedir formalmente tu mano.

VALENTINA. -¿Es posible?

CRÍSPULA. -Házteme de nuevas ahora.

VALENTINA. -Crea usted...

CRÍSPULA. -Lo que yo creo es que debes dejarte de misterios y tonterías; que es tiempo ya de pensar con juicio, y determinarse al vado o a la puente.

VALENTINA. -¿Le ha dicho él a usted que me quiere?

CRÍSPULA. -Con delirio, con frenesí. Y mira que desea una contestación decisiva y pronta.

VALENTINA. -Pero, señora, si yo aún no sé...

CRÍSPULA. -Y va a venir a verte: yo le he prometido una conferencia contigo.

VALENTINA. -(Aparte.) A lo menos le veré entonces, y sabré a qué atenerme.

CRÍSPULA. -¿Y a qué te parecerá a ti que va con Raimundo? A ver el cuarto principal, porque piensa comprar esta casa. ¡Una casa con dos viviendas separadas, tres con la del tonelero, que acaso es la única de la ciudad que las tiene!... Don Vicente es hombre riquísimo, y no extrañaría yo que hiciese la compra para regalártela. ¿Te ha hecho alguna indicación?...

VALENTINA. -¿Cómo me ha de haber indicado nada, si le he dicho a usted que jamás?...

CRÍSPULA. -No se desdirá, aunque la maten. Sigue enhorabuena tu sistema de disimulo: a mí, que no he tratado hasta hoy a ese hombre, me ha parecido un sujeto de excelente carácter, un partido superior a lo que tú mereces.

VALENTINA. -¡Merezco yo tan poco!...

CRÍSPULA. -No, eso no: tienes tus defectillos; pero también te me pareces en muchas cosas: bien lo ha reparado Don Vicente. Y no es mal mozo, que es otro ítem más importante.

VALENTINA. -El hombre que se hace querer es el más hermoso del mundo.

CRÍSPULA. -Su edad... ¿Qué edad podrá tener? ¿La de Cristo? Será todo lo de Dios.

Tú vas a cumplir dieciocho años; con que no es una boda, ahí, desproporcionada. A ti te gusta vestir bien: siempre te andas quejando de que te traigo como a la hija de un payés

infeliz: en tu mano está llevar el tren de una grande de España. Tú gustas de la lectura, de los bailes, de los paseos, de los saraos; en fin, de lucir y de divertirse, como todas las jóvenes: yo no te puedo proporcionar tales desahogos, porque necesitamos trabajar para vivir. Todo eso y cuanto apetezcas te proporcionaría tu boda con Don Vicente.

VALENTINA. -¡Ay mamá! Poca experiencia tengo de mundo; pero me parece que la mujer que ame a su marido no necesita fausto para vivir contenta.

CRÍSPULA. -Auto en favor. Piénsalo bien, y entre tanto yo consultaré a tu madrina y tomaré mis informes acerca de Don Vicente. Déjate de melindres, repito, y mira que conveniencia mejor no ha de presentársete nunca.

VALENTINA. -¡Ah! Raimundo. (Viéndole entrar.)

CRÍSPULA. -Sí: dejé abierto a propósito.

Escena VI

RAIMUNDO, DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA.

RAIMUNDO. -Buenos días, Valentinita.

VALENTINA. -Sea usted bien venido.

CRÍSPULA. -¿Qué hace Don Vicente?

RAIMUNDO. -Anda con el cerrajero registrando los rincones de la casa, empeñado en dar con una puerta condenada, cuya llave dejó mi tío. Yo he venido entre tanto. (Saca del bolsillo una caja de tabaco y ofrece un polvo a DOÑA CRÍSPULA.)

VALENTINA. -¿A regalarle la nariz a mi madre?

RAIMUNDO. -A regalarme yo con la vista de su hija.

VALENTINA. -Usted me favorece.

CRÍSPULA. -(Aparte.) (¡Qué inocentón es este muchacho!) Raimundo, usted no es de cumplimiento. Valentina le hará compañía mientras me visto.

VALENTINA. -¿Va usted a salir?

CRÍSPULA. -Sí, a casa del escribano Don Celedonio.

RAIMUNDO. -¿Qué negocios tiene usted en la curia?

CRÍSPULA. -Embargaron ahí a un conocido; me pidió que me constituyera su depositaria por unos días, y pasan meses y meses y tengo la casa revuelta con sus trastos. Se ha nombrado por fin otro depositario, a petición mía, que es el tonelero nuestro vecino, y quiero saber en qué consiste que no hayan sacado los muebles de aquí. Después pasaré a casa de la madrina.

VALENTINA. -(Aparte a su madre.) No le hable usted todavía de eso.

CRÍSPULA. -¿Y a qué aguardar?

VALENTINA. -Necesitaba yo para decidirme... una... una explicación... (Mirando a RAIMUNDO.)

CRÍSPULA. -¡Con Don Vicente! Bien: callaré por ahora.

RAIMUNDO. -(Durante el diálogo de madre e hija, se ha estado sacudiendo el polvo de la ropa con un pañuelo, y al sacar éste del bolsillo, ha dejado caer al suelo una carterita envuelta en un papel.) ¡Cómo se empolva uno cuando rueda por el suelo!

CRÍSPULA. -¿Qué hace usted? Tome usted un cepillo. (Le da un cepillo que saca de un cajón de la mesa.)

RAIMUNDO. -Viva usted mil años.

CRÍSPULA. -(Alzando del suelo la cartera.) ¿Qué envoltorio es éste? ¿Es de usted, Raimundo?

RAIMUNDO. -¡Diantre! Se me ha caído sin duda al sacar el pañuelo.

CRÍSPULA. -¿Ha dado usted en la gracia de ser jugador?

RAIMUNDO. -¿De qué lo infiere usted, señora?

CRÍSPULA. -¿No es ésta una baraja?
VALENTINA. -¡Madre!
RAIMUNDO. -Desenvuelva usted, y lo verá.
CRÍSPULA. -(Desenvolviendo el papel.) ¡Ah! Si es una cartera. Una cartera nuevecita.
VALENTINA. -Muy preciosa.
RAIMUNDO. -Regalo de mi tío, que está a la disposición de ustedes. Siento no poder decir lo mismo de lo que encierra.
CRÍSPULA. -¿Hay billetitos?
RAIMUNDO. -Bastantes.
CRÍSPULA. -¿De la novia?
RAIMUNDO. -De Banco.
CRÍSPULA. -Creo que falsifican muchos de éstos ahora.
RAIMUNDO. -De éstos no, porque son muy raros aquí: de vales falsificados verdad es que hay plaga. Por eso ha dado ese bando tan riguroso el capitán general. Fusilado a las veinticuatro horas el que resulte reo de falsificación. Para él son estos billetes.

VALENTINA. -¿Para el reo?
RAIMUNDO. -Para el capitán general, señora. He ido a llevárselos, y había salido su excelencia. Hasta la tarde no podré verle.
CRÍSPULA. -Pues si se le antoja a usted sacar el pañuelito en el puerto, hace usted un pan como unas hostias.
RAIMUNDO. -Figúrese usted. Y ahora no tengo tío a quien ir a contarle lástimas.
CRÍSPULA. -¿No le es forzoso a usted pasar por aquí para ir al palacio?
RAIMUNDO. -¡Ah! ¿Quiere usted guardarme la cartera hasta luego?
CRÍSPULA. -Sí, señor, porque más segura estará en mis manos que en las de usted.
RAIMUNDO. -No diré lo contrario. Tómela usted.
CRÍSPULA. -Venga. Voy a aviarme. (Vase.)

Escena VII

VALENTINA, RAIMUNDO.
RAIMUNDO. -¡Cuánto me alegro de que nos haya dejado solos mamá! Tengo mil cosas que decir a usted, Valentina.
VALENTINA. -Serán muy agradables, según los indicios.
RAIMUNDO. -Como que estoy de enhorabuena. Tuve antes de ayer con mi tío la trifulca más horrorosa... Vamos, soy el hombre más dichoso de toda la isla. Lo menos que me dijo fue que era un imbécil, un haragán, un perdido...
VALENTINA. -Reciba usted mi parabién.
RAIMUNDO. -Lo acepto con el alma.
VALENTINA. -No es para menos el fortunón. ¿Y por qué hacía esos elogios de usted?
RAIMUNDO. -No fue por equivocarse una cuenta, dar en algún pago dinero de más o cobrar de menos...
VALENTINA. -A esas habilidades ya estará acostumbrado.
RAIMUNDO. -Si las hago cada día. La cuestión fue puramente personal.
VALENTINA. -¿Y a qué persona se refirió?
RAIMUNDO. -¡Cosa más rara! A usted.
VALENTINA. -¡A mí! ¿Con qué motivo?
RAIMUNDO. -Manías de señor mayor. Se ha empeñado en que estoy muerto de amor por usted.
VALENTINA. -¡Por mí! ¿Qué es lo que oigo?

RAIMUNDO. -¡Ya ve usted qué calumnia! Yo que en la vida le he dirigido a usted ni siquiera la vulgar expresión de «buenos ojos tienes.» Y eso que lo podía decir, sin quebrantar el octavo mandamiento.

VALENTINA. -Y usted ¿qué respondió a la acusación?

RAIMUNDO. -Lo que dicen que ya no está en uso: la verdad.

VALENTINA. -Negaría usted.

RAIMUNDO. -Como un hereje. Pero él me arguyó tanto con mis visitas a esta casa, con el gusto que tengo en ver a usted y en ensalzar las cualidades que la distinguen, que yo principié a sospechar si mi tío tendría razón; si mi corazón habría rendido la plaza, sin contar con la voluntad para ello.

VALENTINA. -¡Qué bueno sería!

RAIMUNDO. -Hubo más. Me dijo su merced que apostaba veinte mil libras a que, en haciéndose él a la vela, venía yo aquí sin falta y dejábamos ya entablado nuestro casamiento.

VALENTINA. -No peligró el dinero del buen Don León, por lo visto.

RAIMUNDO. -Señor, si no es propio de la situación. Si yo le digo a usted que la quiero, ¿cómo le he de decir que me marchó?

VALENTINA. -¿Se marcha usted? (Aparte.) ¡Cielos!

Escena VIII

DOÑA CRÍSPULA, asomada a una puerta; VALENTINA, RAIMUNDO.

CRÍSPULA. -(Aparte.) ¿Qué se hablarán estos chicos?

VALENTINA. -¿Y a dónde es el viaje?

RAIMUNDO. -A Cartagena.

VALENTINA. -¿Pronto?

RAIMUNDO. -De un día, de un momento a otro puedo recibir la orden de partir. En esto paró la sarracina de antes de ayer. Al cabo de una granizada de rēspices, sale mi tío con la pata de gallo de que, no sirviendo yo para comerciante, seré militar, seré marino. ¡Yo que lo he deseado toda mi vida! ¡Marino! ¡Yo que siempre me represento la fortuna naciendo, cual Venus, de entre las olas! Como me hallaba tan poco dispuesto a una peripecia del género heroico, me quedé con la boca abierta, se me oprimió el corazón, el agua del mar se me vino a los ojos, y eché a llorar lo mismo que un náufrago cuando cuelga un ex-voto en la ermita de la Bonanova.

CRÍSPULA. -(Aparte.) Bien decía yo que de éste no hay que tener recelo. (Vase.)

Escena IX

VALENTINA, RAIMUNDO.

VALENTINA. -¿Con que nos abandona usted? ¡Cuánto lo siento! Ahora que quería yo que bailase usted en mi boda...

RAIMUNDO. -¿Usted se casa? ¿Con quién?

VALENTINA. -Eso no lo debo declarar todavía.

RAIMUNDO. -¡Y me lo dice con tanta frescura! Usted que se vendía por mi amiga, que me aseguraba no tener para mí secreto ninguno, ¡me ha ocultado el de más importancia!

VALENTINA. -Ha sido cosa muy repentina; tan repentina como su marcha de usted.

RAIMUNDO. -¡Casarse cuando yo me ausento! ¡Vaya una aprensión! ¿Pues no podría usted aguardar a que yo volviera?

VALENTINA. -¿Me traería usted algún amante reclutado a bordo?

RAIMUNDO. -Yo quisiera que me dijese usted qué necesidad tiene de casarse tan pronto.

VALENTINA. -Yo quisiera que me explicase usted qué precisión hay de que usted se embarque.

RAIMUNDO. -Mi tío lo manda...

VALENTINA. -Mi madre ha dispuesto mi casamiento.

RAIMUNDO. -Es el caso muy diferente. Usted se casa... sólo por casarse; y yo me hago marino... ¡calla!, pues es verdad: yo me hago marino por casarme también.

VALENTINA. -¿También el tío le proporciona a usted boda?

RAIMUNDO. -No, señora: mi tío solamente me desposa con el mar, a lo Dux de Venecia; el que ha pensado en boda soy yo.

VALENTINA. -¿Sí? Pues vaya. Diga usted, diga usted.

RAIMUNDO. -Yo me he puesto a discurrir estos días y he hecho este cálculo: Señor, los inglesitos han dado ahora en la flor de apresarnos en plena paz nuestros buques, y llevarse los millones de las Indias, vía recta, a descargar en el Támesis. Su Majestad, que Dios guarde, invita a sus leales y valientes súbditos (alusión personal de que no puedo desentenderme) a que rechacen la fuerza con fuerza mayor. Cuando se trata de vengar el honor de la patria, ¿ha de permanecer un Torella aquí, acopiando naranjas, aceite y escobas? No, por vida del rey Gerión. Hombre al agua. Yo no sé maniobrar en tierra, porque no es mi elemento; pero en el mar soy más intrépido que un churriguer. Estamos en el año de gracia de 1805: para el de ocho ya se puede haber acabado la guerra. Yo me hallaré seguramente con diez o quince balazos repartidos por el cuerpo; con un ojo o una pierna menos, tal vez; pero mandaré tal vez un navío: con que váyase uno por otro. Entonces vuelvo la proa, echo el ancla, me divorcio con la gloria, y me caso con Valentina.

VALENTINA. -¡Conmigo! ¡Qué declaración tan súbita!

RAIMUNDO. -¿Le desagrada a usted?

VALENTINA. -No por cierto.

RAIMUNDO. -Pues está andada la mitad del camino. Yo a nadie desluzco: yo no quito que sea un bienaventurado ese otro novio de usted, sobre todo si Dios le da un tabardillo; pero más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

VALENTINA. -Un verdadero cariño suple cien faltas.

RAIMUNDO. -Dicen que el verdadero cariño le trae a uno desvelado; y lo que es el mío no me desvela mayormente, pues aunque sueñe con usted todas las noches, al cabo, para soñar, duermo. Que me lleve Dios si advierto que algún curioso registra esa reja; que no haya insistido en saber de usted quién es su novio, por no verme en la precisión de andar a estocadas con él; que si oigo hablar con poco miramiento de usted, rompa la crisma al lucero del alba: esto quizá no sea una verdadera pasión; no obstante, deje usted que nos casemos, que yo me apasionaré entonces de otra manera.

VALENTINA. -Cualquiera mujer se contentaría con ese amor.

RAIMUNDO. -No, señora, ¡qué diantre! Tenga usted ambición, como yo la tengo... Y dígame algo de lo que necesito saber.

VALENTINA. -¿Qué quiere usted que yo le diga? Usted no habrá dejado de observar...

RAIMUNDO. -Sí, he observado que nadie la visita a usted sino yo, y he dicho: Puede que Valentina venga a poner los ojos en mi persona, si se hace cargo de que no tiene otra en quien ponerlos. -¡Usted se ríe! Es decir, que no se incomoda. Ahora recuerdo que tengo un rival... ¿Se ríe usted también con él de ese modo? ¿Se ríe usted de los dos, Valentina?

VALENTINA. -No, señor: su rival de usted no me inspira gana de reír.

RAIMUNDO. -¿Con que es cierto que todavía no he perdido su amistad de usted? ¡Y yo, majadero de mí, acusándola injustamente! Merecía cien bofetadas, y me las quiero dar con la mano ofendida. (Se la besa repetidas veces.)

VALENTINA. -Basta, Raimundo, basta de castigo.

RAIMUNDO. -No tenga usted misericordia de mí. He sido un gazzápiro, que sin la urgente circunstancia de la partida...

Escena X

DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA, RAIMUNDO.

CRÍSPULA. -¿Qué hacen ustedes?

VALENTINA. -¡Cielos!

RAIMUNDO. -Señora...

CRÍSPULA. -¿Con esas ceremonias anda usted al despedirse, Dios sabe hasta cuándo?

Todo lo he oído. Un abrazo y bien estrecho.

RAIMUNDO. -¡Valentina!

VALENTINA. -¡Raimundo! (Se abrazan.)

CRÍSPULA. -Y otro a mí, que yo también soy amiga de usted.

RAIMUNDO. -¡Amiga! Mi madre.

CRÍSPULA. -Cuenta que si tenemos ocasión de volvernos a ver, esta despedida es puramente provisional.

RAIMUNDO. -¡Oh! Por supuesto. Aunque es una ceremonia algo triste, tiene su parte deliciosa también. (Toma el sombrero.)

CRÍSPULA. -(Aparte a su hija.) Te voy a dejar encerrada, para que no abras a Don Vicente. Que venga a hablarte cuando esté yo aquí.

VALENTINA. -Como usted quiera.

RAIMUNDO. -¿Gusta usted de que la vaya sirviendo?

CRÍSPULA. -(Aparte a RAIMUNDO.) Dejo a la chica bajo llave, porque no quiero que reciba visitas peligrosas.

RAIMUNDO. -Bien pensado: sí, guárdela usted de todo el mundo.

CRÍSPULA. -De todos, menos de usted. A mí no me la pega ninguno.

RAIMUNDO. -(Besando a VALENTINA la mano a hurto de su madre.) Eso es claro, ninguno. (Vanse.)

Acto segundo

Escena I

DOÑA CRÍSPULA, sentada; VALENTINA, de pie; ambas con gran agitación.

VALENTINA tiene la cartera en la mano.

CRÍSPULA. -¡Jesús!, ¡qué lance! Mañana empiezo una novena a San Antonio bendito. Lo estoy viendo, y no lo acabo de creer. Un milagro es, un milagro.

VALENTINA. -¡Ay!, ¡qué cartera de mis pecados! Deseando estoy que venga

Raimundo y se la lleve, y no la vuelvan a ver mis ojos. ¿Dónde la perdería usted?

CRÍSPULA. -Cuando llegué a la lonja de Don Agustín, la cartera iba conmigo. Yo quería que Don Agustín, como es persona tan inteligente en esto de papel moneda, viese los billetes.

VALENTINA. -¿Y qué necesidad había de que los viera ese hombre?

CRÍSPULA. -Me importaba salir de una duda y prevenir un daño, muy grave tal vez. El Señor ha hecho justicia a la rectitud de mis intenciones.

VALENTINA. -¿Qué daño es el que usted recelaba?

CRÍSPULA. -Suponte tú, como ese Raimundo es tan atolondrado, que antes de venir hoy aquí se hubiese dejado la cartera en paraje donde un pícaro le hubiese podido escamotear los billetes legítimos y ponerle otros falsos...

VALENTINA. -(Aparte.) ¡Gran Dios!

CRÍSPULA. -Es cosa que puede suceder: esto no es ver visiones.

VALENTINA. -¡Qué sospecha!

CRÍSPULA. -¡Buen lance hubiera sido ir a presentárselos al capitán general, que está deseando ajusticiar a un falsificador! Por eso deseaba yo que registrase Don Agustín la cartera. Yo no me detuve en la tienda ni tres minutos. -¿Está el amo? -No, señora. -Lo siento, porque tenía unos billetes que enseñarle.

VALENTINA. -¿Eso dijo usted?

CRÍSPULA. -Ni una palabra más. Y me marché al punto.

VALENTINA. -¿Y había mucha gente en la lonja?

CRÍSPULA. -Muchísima: media hora costaba el abrirse paso hasta el mostrador. ¡Qué fortuna la de haber envuelto yo la cartera en un sobre dirigido a mí! Se me caería en la calle, y como todos me conocen...

VALENTINA. -¿Si se la robarían a usted en aquella apretura?

CRÍSPULA. -¿Estás en tu juicio? Si le hubiese echado la garra un ladrón, ¿nos la hubiera devuelto? ¡Y con qué circunstancias! En el mismo orden están los billetes que esta mañana: parece que manos no los han tocado. ¡Lástima que no hayas podido ver sino de espaldas a ese siervo de Dios!

VALENTINA. -Yo tenía entreabiertos los postigos del gabinete: siento que tiran de la calle una cosa; miro, y me hallo con la cartera de Raimundo. Me asomo a la ventana, y diviso un hombre embozado que se retiraba apresuradamente de aquí, y al momento dobló la esquina. Me dejó usted encerrada, y así no me fue posible pasar al patio; que si no, llamo a la puerta del tonelero, y como su taller tiene la entrada por la otra calle, tal vez por allí hubiera podido salir al encuentro del incógnito.

CRÍSPULA. -¡Mira tú qué buena alma! ¡Huir cual si cometiera una mala acción, cuando hacía una de que serán capaces tan pocos! ¡Entregar un hallazgo que hubiera podido conservar sin peligro, y no dar la cara porque no le agradeciésemos el favor!

VALENTINA. -Un instante después llegó usted.

CRÍSPULA. -Dios le conceda tanta gloria como pesadumbre me ha excusado.

VALENTINA. -En efecto, ¿qué habiéramos respondido a Raimundo?

CRÍSPULA. -¡Y ahí es decir que tengo el arca llena para satisfacer lo que hubiese perdido! Si llego a echar de menos la cartera antes de volver a casa, me da un accidente y no vuelvo de él. Te quedas sin madre, Valentina.

VALENTINA. -Mi mamá, si me quiere, no querrá exponer otra vez a su hija a perder su único apoyo.

CRÍSPULA. -Líbreme Dios. ¿Tocar yo en adelante a cosa que no me pertenezca? Ni pensarlo. Guarda, guarda en la mesa ese chisme, porque temo que aún se nos ha de escapar de entre las manos. (VALENTINA echa la cartera en un cajón.) No más conjeturas sobre negocios de esta naturaleza.

VALENTINA. -¡Oh, sí, mamá! Viviremos tan felices entonces en medio de nuestra pobreza...

CRÍSPULA. -Tú, hija mía, ya que sacas esta conversación, tú has nacido para disfrutar una suerte más envidiable. Desde la lonja de Don Agustín fui a casa de la madrina, que está desazonadilla la pobre, y puede que envíe a Marcos esta tarde por ti. ¿Has pensado ya la contestación que has de dar a Don Vicente?

VALENTINA. -Sí, señora: ¿pues no?

CRÍSPULA. -¿Y es?

VALENTINA. -La que usted puede discurrir.

CRÍSPULA. -Admitirás su mano.

VALENTINA. -¡Cómo! Perdona usted: no es eso lo que pienso decirle.

CRÍSPULA. -¿Con que no? ¿Sabes tú lo que me ha contado Dolores? ¿Sabes la fortuna que pierdes? Don Vicente es un sujeto amabilísimo.

VALENTINA. -No será el único de la ciudad.

CRÍSPULA. -Es poderoso.

VALENTINA. -Yo pobre.

CRÍSPULA. -Acaba de comprar una casa de campo magnífica en Sa-Taulera para pasar los veranos.

VALENTINA. -Yo estoy acostumbrada a pasarlos en Palma.

CRÍSPULA. -Tiene coche inglés.

VALENTINA. -¡Buena recomendación para mí! ¡Mire usted qué hombre!, que va a dar dinero a los enemigos de su nación, a los que están cada día cañoneando los buques de bandera española, echándolos a pique, volándolos... ¡Cuántos hijos de Mallorca no han perecido a sus manos ya! ¡Cuántos no están expuestos a perecer!

CRÍSPULA. -¿Qué frenesí patriótico es ese que te ha dado de pronto?

VALENTINA. -¿No nos oyó usted a Raimundo y a mí la conversación que tuvimos esta mañana?

CRÍSPULA. -Sí por cierto; y al subir él al cuarto de arriba, me dijo que su tío le había agregado a la Marina real.

VALENTINA. -Pues si procura usted mi bien, refiera usted a Don Vicente aquel diálogo punto por punto.

CRÍSPULA. -Y a él ¿qué le importa?

VALENTINA. -¿No le ha de importar la noticia de que tiene un competidor?

CRÍSPULA. -¡Raimundo su competidor! ¿Ese badulaque, el único de quien no sospechaba yo, ése se ha atrevido?...

VALENTINA. -¿De qué se admira usted ahora? ¿No dice usted que nos oyó?

CRÍSPULA. -Fue un solo momento.

VALENTINA. -(Aparte.) ¡Ah!, ¡imprudente de mí!

CRÍSPULA. -¿Con que te ama Raimundo?

VALENTINA. -No es tiempo ya de negarlo.

CRÍSPULA. -¿Y por él desprecias a Don Vicente?

VALENTINA. -Despreciarle, no: no hay motivo.

CRÍSPULA. -¡Acabáramos! Me habías dado un susto. ¿Quieres que sepa Don Vicente que tienes otro amante, para que los celos aviven su cariño? No me parece del todo mal ese rasgo de coquetería.

VALENTINA. -¿Coquetería? Usted me atribuye habilidades que yo no tengo.

CRÍSPULA. -Convéncete de que, por más que estudies, no podrás formar un proyecto sin que yo lo adivine. Ya esta mañana dije yo al señor Montaner que no te faltaban pretendientes: con todo, mira cómo te manejas; no te quedes sin uno y sin otro. Sin Don Vicente, quiero decir; pues aunque Raimundo se haya declarado contigo, tú no le habrás escuchado seguramente.

VALENTINA. -¿Cómo no le había de escuchar? A no taparme los oídos...

CRÍSPULA. -Digo que no le habrás dado la mano.

VALENTINA. -La tomó él.

CRÍSPULA. -Ni palabra ninguna.

VALENTINA. -Palabra no: solamente le di un abrazo por orden de usted.

CRÍSPULA. -El cual equivale a un pasaporte.

VALENTINA. -(Aparte.) Dejémosla ahora con su aprensión.

CRÍSPULA. -Estoy tranquila. Si tuvieras quince años, sí, me inspirarías algún temor, porque a esa edad se encapricha una de cualquiera sin hacerse cargo de nada: a los dieciocho, ya se reflexiona algo más. ¿Cómo habías de plantar a un hombre de caudal y de mérito, que te ofrece su mano, por un calaverilla que tal vez no se acordará de ti en perdiendo de vista la costa?

VALENTINA. -Puede que sí.

CRÍSPULA. -Puede que no. Puede también acabar su carrera en el primer combate.

VALENTINA. -No lo permita Dios.

CRÍSPULA. -Ni yo lo deseo. Pero demos que tú le quisieras, que él te guardara fidelidad y que las balas se obligaran a respetar su uniforme. ¿Y si yo faltó antes que ascienda Raimundo, antes que la campaña concluya?

VALENTINA. -Mamá, usted se deleita en atormentarme.

CRÍSPULA. -¿Quién mirará por ti? ¿Qué amparo te queda? ¿La madrina? Pues nada le sobra; y siendo parienta de Don Vicente, lo que te aconsejará entonces es lo que te suplico yo ahora, y lo único que te está bien. En fin, yo no debo tolerar que malogres tan buena ocasión, te arrepientas mañana y te quejes de la debilidad de tu madre.

VALENTINA. -(Aparte.) Me parte el corazón con cada palabra.

CRÍSPULA. -¿Qué veo! ¿Estás llorando? ¡Hija querida! No ha sido mi ánimo el afligirte: ya sé yo que no viene al caso nada de lo que he dicho, sino que unas palabras traen otras y... Mira, mejor es que abandones artificios de que no necesitas, y que te expliques francamente con el indiano. ¿Lo harás?

VALENTINA. -Sí, señora.

CRÍSPULA. -¿Llamó a casa al marcharse?

VALENTINA. -Nadie ha llamado.

CRÍSPULA. -Entonces no volverá hoy.

VALENTINA. -Está arriba: después de comer ha vuelto con el cerrajero y un albañil.

CRÍSPULA. -¿Qué diantre! Puede bajar a vernos, y yo tenía precisión de salir. Desde la tienda de Don Agustín me fui a casa de la madrina y me olvidé de pasar a la del escribano.

VALENTINA. -No se detenga usted por eso: bien acostumbrada estoy a quedarme sola.

CRÍSPULA. -Te volveré a encerrar.

VALENTINA. -Mire usted que Raimundo tiene que recoger la cartera.

CRÍSPULA. -Se la das por la ventana. El tal Raimundito me ha pegado un chasco, que me servirá de escarmiento. Poca conversación por la reja: tome usted, y abur; nada más.

VALENTINA. -Bien está. Nunca he dado a la vecindad qué decir.

CRÍSPULA. -Y si Don Vicente está arriba y lo advierte... ¡No digo nada! Con que, a Dios.

VALENTINA. -Él guíe a usted. (Vase DOÑA CRÍSPULA.)

Escena II

VALENTINA. -¡Desdichada de mí! Crueles son las reflexiones que acaba de hacerme mi madre. Cruelles... y justas acaso. Por justas que sean, mi corazón grita más fuerte. Raimundo, bien que destituido de cualidades brillantes, tiene para mí la de hacerse amar. Ser suya es la única felicidad a que yo aspiraba. ¿Y he de renunciar a la esperanza que me hacía gustoso el retiro y dulce el afán de mis labores? En mala hora me vio el indiano. -Que ya no soy niña; que Raimundo es un simple... -¿Qué hombre más discreto he tratado hasta ahora? Por lo que ven los ojos es por lo que se aficiona la voluntad. Sí, es necesario que yo hable a Don Vicente o le escriba: yo no quiero engañar a un hombre de bien. Sepa que mi corazón no es libre; que mientras me quiera Raimundo no puedo

ser de otro. (Ábrese en la pared una puerta disimulada de dos hojas, al nivel de una mesa sobre la cual hay dos canastos de ropa, que ruedan al suelo al girar los postigos. DON VICENTE aparece en el hueco.) ¡Poder de Dios! ¿Qué es esto?

Escena III

DON VICENTE, saliendo por la escalera secreta; VALENTINA.

VICENTE. -Señorita... ¡Huy! ¡Qué estropicio he causado! Disimule usted...

VALENTINA. -Caballero... Perdone usted también mi sorpresa. ¿Cómo?...

VICENTE. -¿No les advirtió a ustedes Raimundo esta mañana que estábamos buscando una escalera oculta?

VALENTINA. -Sí, creo que nos habló de una puerta condenada; pero yo lo había olvidado.

VICENTE. -También yo indiqué algo a mamá... Porque supongo que tengo el honor de hablar a la hermosa Valentina.

VALENTINA. -Servidora de usted.

VICENTE. -Señora mía. ¿Me permite usted pasar a la sala para ver cómo se disimula el ajuste de estas puertecillas?

VALENTINA. -Es usted muy dueño. (Arrima una silla a la mesa.) Por esta silla bajará usted más fácilmente.

VICENTE. -No se incomode usted. -¡Cuánta bondad! (Baja.)

VALENTINA. -(Aparte, recogiendo la ropa de los dos cestos y poniéndolos en una silla junto a la mesa.) Ya puedo decir que he visto al rival de Raimundo.

VICENTE. -(Que ha estado examinando cómo cierran las puertas de la escalera secreta.) El diantre que conozca el secreto.

VALENTINA. -Mi madre y yo, que vivimos aquí hace una porción de años, ni siquiera lo sospechábamos.

VICENTE. -A Don León le dieron noticia de esa escalera cuando compró la casa; pero nunca había tenido necesidad de buscarla, ni curiosidad tampoco. Yo sí, porque habiendo de ocupar las habitaciones de entrambos pisos, esta comunicación me vendría muy bien. Después de haber buscado el cerrajero y yo la puerta esta mañana, nos convencimos de que había que derribar un tabique; hemos tenido que volver con un operario, y al fin pareció el escondrijo: se descubrió la puerta y el agujero de la llave. A propósito, ¿le ha prevenido a usted su señora madre que yo he solicitado con usted una conferencia?

VALENTINA. -(Aparte.) (No me atrevo a decirle en su cara...) Sí, señor. Pero... Ha tenido que salir... y en ausencia suya...

VICENTE. -Bien: hablaremos en otra ocasión. Yo de todos modos he de verme con mi señora Doña Crispula, porque ni he preguntado acerca de la casa nada a Raimundo, ni aunque quisiera hubiera podido. Me autorizó para echar abajo el tabique; me dijo que comía hoy con unos oficiales de Marina, escapó como un rayo, y no he vuelto a ver.

VALENTINA. -Ni yo.

VICENTE. -Vuelvo a pedir perdón a usted del susto y la molestia que le he causado, y con su licencia me retiro.

VALENTINA. -(Aparte.) (A lo menos no es importuno.) ¿Quiere usted hacerme primero el favor?

VICENTE. -Con el alma y la vida. ¿En qué puedo complacer a usted?

VALENTINA. -En registrar con cuidado los billetes que hay en esta cartera. (La saca del cajón, dejándolo a medio cerrar.)

VICENTE. -¿Con cuidado dice usted? A ver. (Abre la cartera y mira los billetes uno por uno.) Fruta rara es ésta en nuestro país: yo creía ser el solo que tuviese algunos. -Pues nada observo reparable. ¿Quiere usted que se los descuente?

VALENTINA. -Examínelos usted como si se los presentaran con ese objeto.

VICENTE. -(Volviendo a mirarlos.) ¡Hola! Vamos con detención. Estos números se me figuran demasiado marcados, demasiado recientes. El papel y el estampado parecen legítimos... pero en el número... A ver por el revés. -¡Demontre!

VALENTINA. -(Aparte.) Yo estoy temblando toda.

VICENTE. -¿Son estos billetes de usted, Valentina?

VALENTINA. -Míos no.

VICENTE. -¿Ni de su madre de usted?

VALENTINA. -Tampoco.

VICENTE. -Me alegro infinito, porque son falsos.

VALENTINA. -¿Falsos? (Aparte.) (¡Ah!, bien lo temí.) ¿Falsos dice usted? ¿Está usted seguro?

VICENTE. -Segurísimo: no le quede a usted duda.

VALENTINA. -(Aparte.) ¡Dios de bondad!

VICENTE. -Encargue usted al dueño de estos papeles que los haga ceniza, porque aun el conservarlos en su dominio le puede ser peligroso.

VALENTINA. -¿Peligroso?

VICENTE. -Y mucho. Ya tendrá usted noticia del bando expedido por el capitán general.

VALENTINA. -Es rigurosísimo, es inhumano.

VICENTE. -Rigor indispensable, porque el abuso de la falsificación había llegado en esta plaza al mayor extremo.

VALENTINA. -¿Y si fuese indispensable presentar hoy esos títulos? Si fuesen como un depósito...

VICENTE. -Lo tendría que abonar el depositario.

VALENTINA. -¿Es grande la suma?

VICENTE. -Grande... Conforme. Tres mil pesos.

VALENTINA. -¿Cuántas libras?

VICENTE. -Cuatro mil quinientas.

VALENTINA. -¿Cuatro mil? (Aparte.) ¡Madre!, ¿qué hiciste?

VICENTE. -¿No podrá el depositario disponer de esa suma?

VALENTINA. -Jamás: es pobre.

VICENTE. -Entonces, según el carácter de la persona a quien se deba el reintegro, así tendrá el asunto mejor o peor compostura.

VALENTINA. -Es el capitán general: ese dinero es suyo.

VICENTE. -Poco le importaría a su excelencia la cantidad en otra ocasión, y aun ahora mismo; pero necesita hacer un ejemplar de escarmiento.

VALENTINA. -De esa manera...

VICENTE. -El que vaya hoy a palacio con estos billetes, puede estar seguro de que mañana ha dado cuenta al Criador.

VALENTINA. -(Aparte.) (¡Oh!, yo no puedo consentir que Raimundo peligre.) Pero si ese infeliz es inocente...

VICENTE. -Se justificará, si puede. Pocas diligencias caben en veinticuatro horas; sin embargo, si sus declaraciones dan luz para descubrir el culpable.

VALENTINA. -(Aparte.) (Mi madre entonces se verá presa, encausada...) ¡Oh! ¡Qué ignominia!

VICENTE. -Valentina, usted se ha quedado suspensa. Las noticias que he dado a usted le interesan mucho, si no me engaño.

VALENTINA. -No lo sabe usted bien.

VICENTE. -¿Tan de cerca le tocan a usted?

VALENTINA. -Sí, Don Vicente, muy de cerca.

VICENTE. -Si usted quisiera hacer confianza de mí...

VALENTINA. -(Aparte.) Si es cierto que este hombre me ama...

VICENTE. -Sin empeño de averiguar quién es la persona que debe restituir la cartera, podría darle algún buen consejo, siempre que me aclarase usted ciertos puntos.

VALENTINA. -Iba a hacer a usted esa súplica.

VICENTE. -Como ésta es la vez primera que nos hablamos, y usted no puede ver mi corazón, no sé si atribuirá a curiosidad mi oferta, si le parecerá temeraria.

VALENTINA. -Hija de la honradez, hija de la bondad la supongo.

VICENTE. -Francamente, yo deseo ser amigo de usted, ya que no me toque aspirar a otro título.

VALENTINA. -(Aparte.) Piensa con delicadeza.

VICENTE. -No obstante, si tiene usted otro de quien valerse...

VALENTINA. -¿Amigos? Dos hombres han entrado en mi casa desde que murió mi padre. Usted es el uno.

VICENTE. -¿Raimundo será el otro?

VALENTINA. -Ése es hoy para mí un acreedor.

VICENTE. -¿Cómo?

VALENTINA. -Su tío le entregó esta mañana esos billetes para que los llevase a la capitanía general...

VICENTE. -¡Don León! Imposible que ni por ignorancia ni por malicia diese títulos falsos a su sobrino.

VALENTINA. -Imposible también que los haya falsificado Raimundo.

VICENTE. -Tal creo. Y ese muchacho ¿cómo los paga?

VALENTINA. -Ni está aquí su tío, ni él tiene medios, ni culpa.

VICENTE. -¿Han salido acaso de su poder los créditos?

VALENTINA. -Han salido y no han vuelto. Su excelencia no estaba en palacio, y Raimundo confió la cartera...

VICENTE. -¿A quién? Sospecho desde luego de esa persona.

VALENTINA. -¿Sin conocerla?

VICENTE. -No tendrá el don de persuadirme como usted lo posee.

VALENTINA. -(Aparte.) (Padezca yo, y no pierda el concepto mi madre.) Pues... no se admire usted de mi turbación. -No acierto a decirle que aquélla cuya amistad usted solicita...

VICENTE. -Ésa es usted.

VALENTINA. -Ésa es la que en una tienda llena de gente se ha dejado robar entre la confusión la cartera de Raimundo.

VICENTE. -¡Usted, Valentina! No sé si creerlo.

VALENTINA. -¡Oh! Sí, sí, créalo usted, créame usted, dígame usted que lo cree.

VICENTE. -Basta, no insista usted más. Ese tono me convence... de que me debo dejar convencer.

VALENTINA. -Sí: la cartera ha sido robada, y al cabo de dos horas un desconocido la arrojó por la ventana del aposento inmediato.

VICENTE. -¡Qué infamia! ¡No contentarse con el hurto, sino exponer al robado a pagar el crimen del malhechor! Así aseguraba él su impunidad, así se ocultaba más fácilmente.

VALENTINA. -Lo que yo no comprendo es cómo pudo hacerse tan pronto la falsificación.

VICENTE. -Se conoce que ese pícaro ha ejercido sus habilidades fuera de aquí. Tendría billetes con el número en blanco, pilló la cartera, imitó los números en los títulos falsos, y se quedó con los verdaderos.

VALENTINA. -¡Oh!, eso ha sido.

VICENTE. -¿Y Raimundo no tiene noticia de este suceso?

VALENTINA. -Aún no. Ni mi madre.

VICENTE. -¿Ni su madre de usted?

VALENTINA. -¡Así ambos lo pudieran ignorar siempre!

VICENTE. -Yo creía que Raimundo alcanzaba con usted amistad más íntima.

VALENTINA. -(Aparte.) (Ya está celoso.) No, señor: viene a casa porque mi madre lo permite, porque mi madre le estima... sin hacer caso de él.

VICENTE. -Y su hija le hace caso, le estima y le ama. ¿No es verdad, Valentina? También en esto creeré lo que usted me asegure.

VALENTINA. -Pues le aseguro a usted... puedo jurarlo... que hasta el día de hoy no me ha dicho palabra de amor. Y se halla en vísperas de partir de Mallorca.

VICENTE. -Si usted me lo permite, yo me encargo de terminar este asunto con su excelencia, sin que Raimundo ni mamá lleguen a traslucir lo más mínimo.

VALENTINA. -¡Ah! Si usted me libra de este conflicto, mi gratitud será eterna. (Quiere arrodillarse.)

VICENTE. -¿A dónde va usted con esa demostración? Nada de gratitud: yo también tengo aquí mi particular interés. Yo exijo de usted en cambio...

VALENTINA. -¿Qué exige usted?

VICENTE. -Que haga usted lo posible para que se me venda esta casa.

VALENTINA. -¿No más que eso? De mil amores. Poco valgo; pero yo hablaré, yo trabajaré cuanto esté de mi parte...

VICENTE. -Pues tenga usted la bondad de darme la cartera.

VALENTINA. -Tome usted. (Llama MARCOS a la ventana.) ¿Quién llama? (Va a verlo.)

VICENTE. -(Aparte.) Me haré cuenta que alguno de los golosos ha pujado en tres mil pesos la finca.

Escena IV

MARCOS, a la ventana; VALENTINA, DON VICENTE.

VALENTINA. -¿Eres tú, Marcos?

MARCOS. -Servidor de usted, señorita.

VICENTE. -¿Marcos? (Llegándose a la ventana también.) En efecto, es el criado de mi prima Dolores.

MARCOS. -¡Oh, señor Don Vicente!

VALENTINA. -¿Es usted primo de mi madrina?

VICENTE. -Primo segundo. -¿Qué le trae al amigo Marcos por esta casa?

MARCOS. -Un recado de mi señora. Se halla un poco indispuesta, y quería que Doña Valentina hiciese el favor de ir a verla al instante.

VALENTINA. -No está madre en casa.

MARCOS. -Ya lo sé: si la he encontrado junto a la del escribano Don Celedonio. La di el recado que traía, y me dijo que me adelantara y se viniese usted conmigo corriendo.

VALENTINA. -¿Te ha dado la llave?

MARCOS. -¿La llave? No, señora.

VALENTINA. -Pues no puedo salir.
VICENTE. -¿Está usted encerrada?
VALENTINA. -Así me guarda siempre mi madre.
VICENTE. -Así se deben guardar los tesoros.
MARCOS. -Estaba la buena señora tan enfrascada en una disputa, que no es extraño se le olvidase que tenía la llave consigo.
VALENTINA. -¿Trataban de los muebles depositados?
MARCOS. -Pues: parece que el negocio ha pasado de un escribano a otro, al cual no conoce su madre de usted; y por eso, como que le repugnaba entenderse con él. Don Raimundo procuraba convencerla...
VALENTINA. -¿Estaba allí Raimundo?
MARCOS. -Todos se dirigían aquí.
VICENTE. -(Adelantándose hacia el proscenio con VALENTINA, y hablándola en voz baja.) ¿Vendrá por ventura a buscar la cartera?
VALENTINA. -Sin duda. Y delante de mi madre, yo no sabría qué excusa dar. Si Marcos hubiera traído la llave, me iba, y evitaba una explicación peligrosa.
VICENTE. -¿Quiere usted hacer uso de aquella escalera, y saldremos por el cuarto principal? El cerrajero permanece aún con las llaves arriba.
VALENTINA. -Sí, señor, sí. ¡Feliz casualidad!
VICENTE. -Mi coche se halla ahí al lado: ¿me permite usted que la lleve en él a casa de mi prima?
VALENTINA. -Con mucho gusto. (VALENTINA y DON VICENTE se acercan a la reja.)
VICENTE. -Marcos, avisa a mi cochero que arrime.
VALENTINA. -Y luego quédate aquí para decir a mi madre que el señor Don Vicente se ha tomado la molestia de acompañarme a casa de tu ama. (Aparte a MARCOS.) Si se incomoda, dile que yo la desenojaré.
MARCOS. -Pero ¿por dónde?...
VICENTE. -Dile que hemos salido por la escalera secreta.
VALENTINA. -Y a Don Raimundo que su cartera la tengo yo.
VICENTE. -Y que le será devuelta al instante.
MARCOS. -Bien está: me situaré en la tienda de vinos para ver venir a mamá.
VICENTE. -(Dando dinero a MARCOS.) Toma esa friolera: esperarás bebiendo.
MARCOS. -Será a la salud de ustedes, señores. (Quítase de la ventana.)
VICENTE. -¿Salimos?
VALENTINA. -Cuando usted quiera.
VICENTE. -Voy el primero. Cerraremos para que quede segura la casa.
VALENTINA. -Muy bien.
VICENTE. -Deme usted la mano.
VALENTINA. -(Subiendo por una silla a la mesa.) Tengo miedo de...
VICENTE. -Cuidado, por Dios.
VALENTINA. -¡Ay! (Va a caer; se apoya con una mano en la silla donde están los canastos de ropa, y tira la silla al suelo. DON VICENTE sostiene a VALENTINA, que toma al fin la escalera.) No ha sido nada. Vamos. (Vanse y cierran la puerta secreta.)

Escena V

DONA CRÍSPULA, un ESCRIBANO y Alguaciles, por la puerta de entrada.
ESCRIBANO. -Sí, señora: doy fe, conozco esta casa. Adelante, alguaciles. En cuya virtud dicté la providencia de entrar por la otra calle, por la tienda del tonelero. (Los

ALGUACILES se colocan, a cierta distancia, delante de los cestos caídos, de modo que DOÑA CRÍSPULA no ve aquel desorden al pronto.)

CRÍSPULA. -Señor secretario, yo quiero que el vecino presencie la entrega del depósito.

ESCRIBANO. -Si al constituirnos en su oficina nos ha otorgado poder para enviarle allí los efectos en secuestro, ¿a qué es molestarle?

CRÍSPULA. -(Aparte.) ¡Qué hombre tan negado! ¡Qué cara! ¡Un facineroso parece! Yo me hubiera compuesto mejor con el señor Don Celedonio.

ESCRIBANO. -Yo creía que aquel joven con quien celebró usted comparecencia en la esquina, la había vencido a usted en juicio con sus alegatos.

CRÍSPULA. -Cuando hablé yo con aquel joven aparte, le eché una reprimenda por cierta maula que me ha jugado, y por eso se ha quedado en el taller y no ha venido con nosotros. Yo, como no le conozco a usted...

ESCRIBANO. -(Sacando un papel.) Este documento en debida forma es el que debe usted conocer, y le basta.

CRÍSPULA. -Como he tropezado con usted en medio de la calle...

ESCRIBANO. -Usted iba a personarse en la posada de Don Celedonio; yo salía: me interroga usted; declaro: requerimiento de mi parte para que usted suba; rebeldía de parte de usted... Resulta de autos que nuestro conocimiento, tácito o expreso, goza ya de la autoridad de cosa juzgada.

CRÍSPULA. -(Aparte.) ¿Será este hombre escribano de veras? A ninguno he oído hablar como él.

ESCRIBANO. -Reitero la demanda: reclamo la entrega de los muebles consabidos, como más haya lugar en derecho.

CRÍSPULA. -Déjeme usted antes avisar a mi hija... (Reparando en la silla y cestos caídos.) ¡Ay Madre de Montserrat!

ESCRIBANO. -¿Qué le sucede a usted? ¿Qué espavientos son éstos?

CRÍSPULA. -Aquella silla... aquella ropa...

ESCRIBANO. -Están en el suelo: ¿y qué?

CRÍSPULA. -(Gritando.) ¡Valentina, Valentina! No responde. ¡Hija, muchacha!

ESCRIBANO. -Haga usted una requisitoria y suspenda el pregón.

CRÍSPULA. -(Encaminándose a la puerta de la mampara y reparando en la mesa.) Este cajón entreabierto... (Lo registra.) ¡Cielos! La cartera no se halla aquí. ¡Valentina! (Abre la mampara y retrocede llena de espanto.) ¡Ay, que no está en su cuarto!

ESCRIBANO. -Testimonio fehaciente de que está en otra parte.

CRÍSPULA. -Tenía la llave yo: la he dejado encerrada.

ESCRIBANO. -¡Diantre!

CRÍSPULA. -Aquí ha entrado gente. Habrán retirado allá adentro a mi Valentina; la habrán atado, vendado la boca, muerto quizás. Aquí hay ladrones.

ESCRIBANO y ALGUACILES. -(Llenos de miedo.) ¡Ladrones!

CRÍSPULA. -¡Hija de mi alma! Yo no me atrevo sola... Socórranme ustedes. Los infames vendrían por el patio. Ellos no han salido.

ESCRIBANO. -¿No han salido? Salgamos nosotros.

CRÍSPULA. -No, seguidme.

ESCRIBANO. -(Con gran fuerza de expresión que sorprende a DOÑA CRÍSPULA.) ¡Silencio!!!

CRÍSPULA. -Yo no callo. Me asomaré a la reja.

ESCRIBANO. -(Deteniéndola.) Quieta: usted nos pierde.

CRÍSPULA. -(Aparte.) ¡Perderlos! Me aterra este hombre.

ESCRIBANO. -Venga usted con nosotros y salvará la vida.

CRÍSPULA. -¿La vida?
ESCRIBANO. -Vamos: pronto.
CRÍSPULA. -(Turbada y dudosa.) Pero... ¿No son ustedes... de la justicia?
ESCRIBANO. -¿No nos ve usted temblando de que nos pillen? Nosotros siempre vamos a cosa hecha.
CRÍSPULA. -(Aparte.) Ya lo comprendo: todos son unos.
ESCRIBANO. -Escapemos.
CRÍSPULA. -Por Dios... ¡Mi hija!...
ESCRIBANO. -Silencio, repito; silencio.

Escena VI

RAIMUNDO, DOÑA CRÍSPULA, el ESCRIBANO, Alguaciles.
RAIMUNDO. -¿Qué ruido es éste? ¿Qué pasa aquí?
CRÍSPULA. -Raimundo, líbreme usted de estos bandidos.
ESCRIBANO. -Yo soy escribano.
ALGUACILES. -Somos justicia.
CRÍSPULA. -Han sorprendido a Valentina, nos han robado, le han robado a usted... Están adentro.
RAIMUNDO. -¿Adentro? Pagarán con la vida. (Desenvaina el espadín y se encamina a la puerta de la mampara. En esto el coche ha parado delante de la reja. DON VICENTE y VALENTINA suben a él, y el carruaje arranca.)
CRÍSPULA. -¡Cielos! No: mirad. Ella es, ellos son. ¡Un rapto!
RAIMUNDO. -¡Don Vicente! ¡Valentina!
CRÍSPULA. -Corred, detenedlos. ¡Que me roban mi hija!... ¡Que se huyen!
ESCRIBANO. -¡A ellos, que huyen!
RAIMUNDO. -Parad, parad ese coche.
ESCRIBANO y ALGUACILES. -¡Favor a la justicia!, ¡favor al Rey! (Vanse todos apresuradamente.)

Acto tercero

Escena I

DON VICENTE, escribiendo; RAIMUNDO, MARCOS.
RAIMUNDO. -¿Acaba usted?
VICENTE. -La primera carta; principio la segunda.
RAIMUNDO. -(En voz baja.) ¿Son para los padrinos?
VICENTE. -Ya sabrá usted para quiénes son.
RAIMUNDO. -Despáchese usted.
VICENTE. -Más flema, querido. Nunca llevo yo prisa para hacer simplezas.
RAIMUNDO. -¿Simpleza llama usted?...
VICENTE. -Simpleza se llama satisfacer a un botarate.
RAIMUNDO. -Usted me insulta.
VICENTE. -Usted no me deja escribir.
RAIMUNDO. -No piense usted que se ha de librar de mí tan fácilmente como de los alguaciles y el escribano. A mí no se me vence con oro.
VICENTE. -¿Quién sabe?
RAIMUNDO. -¿Qué dice usted?
VICENTE. -Que allá lo veremos. -He concluido. Marcos, toma: a su dirección inmediatamente. (Vase MARCOS.)
RAIMUNDO. -Supongo que ahora nada le detendrá a usted.

VICENTE. -Supone usted mal, porque lo primero quiero saber si ha vuelto de su accidente esa pobre niña.

RAIMUNDO. -Niegue usted que ese interés que manifiesta es amor.

VICENTE. -Lo que niego a usted, y lo he dicho cien veces, es el derecho de pedirme tales explicaciones.

RAIMUNDO. -Y yo le he repetido a usted otras tantas que soy el amante de Valentina.

VICENTE. -Nada me importa.

RAIMUNDO. -Correspondido.

VICENTE. -No tengo celos.

RAIMUNDO. -Pero usted no se mueve de aquí. Usted quiere hablarla.

VICENTE. -A su madre. Hágame usted el obsequio de dejarme a solas.

RAIMUNDO. -Hubiera complacido a usted hace rato, si no se hubiera hecho el sordo cuando le pedí mi cartera.

VICENTE. -Ni sordo, ni mudo. Bien claro he respondido que no quiero soltarla.

RAIMUNDO. -¡Don Vicente!

VICENTE. -Al anochecer nos veremos junto a la cueva de la Joana, como usted ha indicado: entonces, antes de medir las armas, entregaré a usted esa prenda de tanto valor.

RAIMUNDO. -Ahora la necesito, ahora la quiero, ahora va usted a ponérmela en la mano.

VICENTE. -Ahora digo que no.

RAIMUNDO. -Por última vez la reclamo.

VICENTE. -Y yo la niego.

RAIMUNDO. -Mire usted que haré un desatino.

VICENTE. -Cuanto dice usted y hace lo es.

RAIMUNDO. -Mi cartera, o le envaso a usted de una estocada. (Desenvaina el espadín.)

VICENTE. -¿Qué es eso, imprudente?

RAIMUNDO. -¡La cartera! Es empeño de honor el que me obliga a exigirla. ¡La cartera, digo!

VICENTE. -Pero, hombre, considere usted...

RAIMUNDO. -Considero que a usted no le asiste título para retenerla, que yo tengo humos de marino, y que mi sufrimiento se acaba.

VICENTE. -Y también el mío. Tómela usted, y allá se componga.

RAIMUNDO. -Bien está. Me retiro para ir a entregarla.

VICENTE. -Vaya usted con Dios. Feliz viaje.

RAIMUNDO. -Y cuidado con faltar a la cita. (Vase.)

VICENTE. -¿A la cita? Como tú acudas, no será malo. Vaya el muy impertinente a la cárcel, ya que se empeña.

Escena II

DOÑA CRÍSPULA, un MÉDICO, DON VICENTE.

MÉDICO. -Nada, no necesita ni un mal sinapismo. No darle mucha conversación, no molestarla por ahora, y que tome otro par de tazas de salvia. Abur, Doña Crispula. (Vase.)

CRÍSPULA. -Dios guarde a usted. (A DON VICENTE.) Parece que se ha retirado Raimundo.

VICENTE. -Sí, señora: le entregué su cartera, tal como me la dio Valentina, y se fue con mil diablos. -¿Con que sigue la niña tan bien?

CRÍSPULA. -Va cobrando el conocimiento. A su lado quedan aquellas dos amigas.

VICENTE. -Bien. Yo, como puede usted figurárselo, necesito hablar con usted.

CRÍSPULA. -Yo también debo hacer a usted algunas preguntas.

VICENTE. -Pues diga usted.

CRÍSPULA. -No: usted primero.

VICENTE. -Como usted mande. (Aparte. Bueno será que lleve su sermoncito.) Ruego a usted que me escuche con atención.

CRÍSPULA. -Ruego a usted que se siente.

VICENTE. -Pues, señora Doña Crispula de mi alma, yo ni aun quiero recordar el lance en que acabo de verme, por no causar a usted mortificación y disgusto. Usted pudo observar cuál fue mi sorpresa cuando, apenas subimos al coche, resonaron los gritos de ustedes, que nos mandaban detener en nombre de Su Majestad. Se abrieron de golpe las puertas y ventanas de toda la calle; se abalanzó un tropel de gentes a parar las mulas; nos hicieron apeaar a mí y a la niña; y sin hacer caso del pobre Marcos, nos trajeron aquí entre los denuestos de mil majaderos, que, precisamente porque no me conocían, se consideraban autorizados para calificarme a su arbitrio. Usted y Raimundo me apellidaban raptor, el escribano y los alguaciles ladrón, los vecinos espía de los ingleses, y aun hubo quien dijo que yo había tenido la culpa de que perdiésemos las cuatro fragatas en el cabo de Santa María. Valentina se acongoja y pierde el sentido, chillan todos, nadie oye. -Repito que me propongo no volver a tratar de acontecimiento tan desagradable.

CRÍSPULA. -Sí, ya veo que usted lo pasa por alto, refiriendo todas sus circunstancias.

VICENTE. -Dejando esto a un lado, yo quisiera merecer de usted el favor de explicarme de qué principio partió, en qué indicios se fundaba usted para creer que me llevaba robada a la chica.

CRÍSPULA. -Amigo, ver que mi hija salía de casa, sin mi permiso, con el hombre con quien sé que está enamorada...

VICENTE. -¿Qué dice usted, señora?

CRÍSPULA. -Que Valentina acaba de revelar todo lo que pasa entre ustedes dos. ¿Lo entiende usted? Todito.

VICENTE. -¿Y ha dicho que me quiere?

CRÍSPULA. -Las vecinas y el médico lo han oído como yo. ¿Y sabe usted lo que añadió después? «¡Infeliz de mí, si Don Vicente no me cumple su palabra!»

VICENTE. -Ya entiendo yo esas expresiones. ¿Hizo mención de la cartera?

CRÍSPULA. -Sí, pero confundiendo las especies. Ya se ve, estaba delirando...

VICENTE. -¡Ya! ¿Con que en medio del delirio fue cuando dijo que me quería?

CRÍSPULA. -Por ese delirio he averiguado yo cosas...

VICENTE. -¿Cuáles? ¿De qué más ha hablado?

CRÍSPULA. -¿De qué? De imprudencias graves... de compromisos...

VICENTE. -¿Sin nombrar a usted?

CRÍSPULA. -Nombrándose a sí misma.

VICENTE. -¡Ah! Pues también lo comprendo.

CRÍSPULA. -Me alegro mucho. Ha hablado después de su honor, de la escalera oculta, y hasta de recurrir al capitán general. Con que yo necesito que usted me explique esta jerigonza. ¿Qué palabras se han dado ustedes? ¿Qué compromisos median entre ambos?

VICENTE. -Uno muy sencillo. Fue el objeto final de la conversación que tuvimos.

Valentina me prometió conseguir que se me vendiese la casa.

CRÍSPULA. -¿La casa? ¿Qué casa dice usted, santo?

VICENTE. -¿Qué casa he de decir? Ésta.

CRÍSPULA. -Pero venga usted acá: ¿es suya?

VICENTE. -¿En qué quedamos? ¿De quién es?
CRÍSPULA. -¿No lo sabe usted? De Don León.
VICENTE. -Bien; pero ¿quién me la vende?
CRÍSPULA. -¿Qué sé yo? Pregúnteselo usted a Raimundo.
VICENTE. -¿No me encargó usted que no le hablara sobre el particular?
CRÍSPULA. -Ni lo he pensado. Usted sueña. Usted entiende al revés las cosas.
VICENTE. -Iba a decir a usted lo mismo.
CRÍSPULA. -Caballero, si me he equivocado una vez, por casualidad...
VICENTE. -Usted padece tantas equivocaciones casuales como pensamientos le ocurren.
CRÍSPULA. -No le toca a usted echármelo en cara. ¡Suponer que ha prometido mi hija lo que le es imposible cumplir!
VICENTE. -¿Imposible, señora? Recuerde usted lo que me dijo.
CRÍSPULA. -¿Qué dije yo?
VICENTE. -Que en usted y Valentina consistía la venta.
CRÍSPULA. -¿Yo he dicho eso?
VICENTE. -¿Con que no?
CRÍSPULA. -¿Cuándo? ¿Dónde?
VICENTE. -Hoy, en esta sala.
CRÍSPULA. -Señor, si sólo tratamos de nuestro asunto: para él quería yo contar con la voluntad de mi hija.
VICENTE. -¿Y a qué asunto he venido yo aquí?
CRÍSPULA. -A uno que esta mañana quedó pendiente, y ahora quedará terminado.
VICENTE. -Sea enhorabuena, porque deseo concluir.
CRÍSPULA. -Por concluido. Señor Don Vicente, es usted mi yerno.
VICENTE. -¡Yerno de usted!
CRÍSPULA. -Sí, señor: le concedo a usted la mano de Valentina.
VICENTE. -¿La mano de?...
CRÍSPULA. -Sí, la que usted me ha pedido con todo el entusiasmo y ahínco de una verdadera pasión.
VICENTE. - ¿Yo? (Aparte.) ¡Simple de mí, que no había advertido que esta pobre mujer es loca!
CRÍSPULA. -Parece que usted se ha quedado absorto.
VICENTE. -No es para menos (Aparte.) Si la desmiento, arma otro escándalo.
CRÍSPULA. -Verdad es que la sorpresa, el contento...
VICENTE. -Pues. -El anuncio de una felicidad tan inesperada...
CRÍSPULA. -Nada quiero averiguar acerca de las palabras misteriosas que se le han escapado a mi hija. Sin embargo, las señoras que están acompañando a la niña, no son mudas... Sabrá todo el mundo que ustedes se quieren... Vamos, es indispensable dar prisa a la boda.
VICENTE. -¿La boda? (Aparte. Esto va serio: tratemos de eludir la cuestión.) Permítame usted decir dos palabras antes a Valentina.
CRÍSPULA. -No me parece que, en el estado en que se halla, sería oportuno...
VICENTE. -Tiene usted más razón que yo.
CRÍSPULA. -Mañana o esotro...
VICENTE. -Pues bueno: mañana o esotro quedará zanjado el asunto. -Yo tengo que practicar esta tarde unas diligencias...
CRÍSPULA. -No se detenga usted por mí. -¿Me promete usted hacer feliz a mi hija?
VICENTE. -Nada omitiré de cuanto esté de mi parte. Con permiso de usted, señora.
CRÍSPULA. -Adiós.

Escena III

DOÑA CRÍSPULA. -Todo se compone perfectamente. Es muy buen sujeto el señor Montaner. Un poco desmemoriado... Achaque de ricos... Un poco arrebatadillo tal vez... Achaque del que ha mandado a negros.

Escena IV

RAIMUNDO, un ORDENANZA DE MARINA, DOÑA CRÍSPULA.

RAIMUNDO. -Un momento, ordenanza. (Llamando.) ¡Don Vicente, Don Vicente! (A DOÑA CRÍSPULA.) ¿Dónde está Don Vicente?

CRÍSPULA. -Acaba de marcharse. No sé cómo usted no ha tropezado con él.

RAIMUNDO. -¿Dónde ha ido?

CRÍSPULA. -A un negocio urgente.

RAIMUNDO. -¿A su casa?

CRÍSPULA. -No me lo ha dicho.

RAIMUNDO. -Le buscaré, le hallaré donde quiera que pare.

ORDENANZA. -Mire usted que no hay tiempo que desperdiciar: nos están ya esperando. Viene la orden a rajatabla.

CRÍSPULA. -¿Qué orden es ésa?

RAIMUNDO. -La de embarcarme.

ORDENANZA. -Con tres luegos.

RAIMUNDO. -Y busco a Don Vicente...

CRÍSPULA. -Ya, por lo de la casa.

RAIMUNDO. -Para darme de estocadas con él.

CRÍSPULA. -¡Un desafío! Raimundo, por Dios... ¿Estamos entre infieles, que no les importa su salvación? Renuncie usted a ese designio.

RAIMUNDO. -No, señora: uno de los dos amantes de Valentina ha de soltar la piel.

CRÍSPULA. -Si usted ama a mi hija, ¿tendrá valor para comprometer su reputación, llenarla de sentimiento, privarla tal vez del que va a ser su esposo?

RAIMUNDO. -No se quedaría sin proveer la vacante.

CRÍSPULA. -No sería para usted.

RAIMUNDO. -¿Luego tanto sentiría su pérdida? ¿Luego tanto le quiere?

CRÍSPULA. -Por supuesto. ¿Se casaría si no le quisiera?

RAIMUNDO. -Es que a veces por salir de soltera y de madre... Es que ustedes suelen disponer de las hijas a lo cabo de escuadra. ¿Quién dice que sí? ¿Usted o ella? Sepamos.

CRÍSPULA. -Ella lo ha dicho; y si usted se empeña en oírlo de su misma boca, venga usted.

RAIMUNDO. -¡Engañosa, ingrata! Pero ¿cuándo ha nacido, cómo ha podido formarse esa inclinación?

CRÍSPULA. -Eso es lo de menos. Olvide usted a Valentina, y considere que la afición de dos personas honradas, dirigida a buen fin, es muy respetable.

ORDENANZA. -Que se hace tarde: al primer cañonazo deberíamos entrar en la lancha.

RAIMUNDO. -Pues, señor, se acabó. Todos me dicen que soy un pollino, y lo merezco por haber sido capaz de enamorarme de tal escorpión. Yo volveré sobre mí. Los ingleses, los marineros, todo el mundo me ha de pagar la rabia que ha sembrado en mi corazón esa pérfida. Doña Crispula, Dios le dé a usted salud, y pídale usted para mí...

CRÍSPULA. -Sí, laureles, victorias.

RAIMUNDO. -Una descarga de metralla lo más pronto posible. Despidáme usted de Valentina, y dígale usted que ella... que yo... que usted... que mi tío... Ella sale.

Escena V

VALENTINA, dos Señoras, DOÑA CRÍSPULA, RAIMUNDO, el ORDENANZA.

VALENTINA. -(A una de las señoras.) Basta, lo agradezco: ya no necesito su apoyo de usted.

CRÍSPULA. -¿Cómo te atreves?...

VALENTINA. -Estoy buena ya. ¡Oh Raimundo!...

RAIMUNDO. -Presente.

CRÍSPULA. -Viene a despedirse de ti.

RAIMUNDO. -Sí, señora, vengo porque me voy. Me embarco.

VALENTINA. -¿Ahora?

ORDENANZA. -Sobre la marcha.

RAIMUNDO. -Sí, señora, al instante. Lo estoy deseando con una furia...

CRÍSPULA. -(Aparte a RAIMUNDO.) Cuidado con lo que usted dice.

RAIMUNDO. -(Aparte a DOÑA CRÍSPULA.) (No tema usted, que sé disimular como la primera.) Valentina, cuando yo era niño, me contaba mi abuela, que santa gloria haya, que el suelo de nuestro país... pues, el de usted y el mío... no criaba sabandijas... es decir, bichos malignos, sierpes venenosas. -A la abuela de Poncio Pilato le sostendría yo que mientras haya mujeres que con sus ojos, y con su labio, y con su monita, y... (Suena un cañonazo distante.)

ORDENANZA. -¿Oye usted? Vamos.

VALENTINA. -¿Qué es eso?

RAIMUNDO. -Es el cañonazo de llamada, el cual nada tiene que ver coa usted; conmigo sí. Valentina, Dios le dé a usted lo que más le convenga. Los hombres mudan de parecer según las circunstancias...

VALENTINA. -¿Qué me quiere usted dar a entender con eso?

RAIMUNDO. -Que el mayor favor que puede usted hacerme es considerar como un capricho, como una broma, de que me arrepiento, lo que hablé con usted esta mañana.

VALENTINA. -¿Es posible?

RAIMUNDO. -Hágase usted ilusión; persuádase usted que yo me había desayunado con una cuartera de malvasía de Bañalbufar. En fin, olvídense usted de mí: yo haré otro tanto de usted: pelitos a la mar, y Cristo con todos. Hasta el valle de Josafat, señoras. (Vase con el ORDENANZA.)

VALENTINA. -¡Raimundo! Oiga usted. ¡Raimundo!

Escena VI

DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA, las dos Señoras.

VALENTINA. -(Aparte.) ¡Cielos! ¡Me olvida! ¡Adiós, esperanzas; adiós, ilusiones de tantos años!

CRÍSPULA. -Hija, no hagas caso de tonterías. Vaya bendito de Dios. Doña Lucía, Doña Gabriela, muchísimas gracias por la asistencia. Pueden ustedes retirarse a descansar.

UNA SEÑORA. -Si hacemos falta...

CRÍSPULA. -Suplicaremos a ustedes... Abur, abur. (Las acompaña hasta la puerta.)

VALENTINA. -(Aparte.) Ha temido a su rival, ha dudado de mi constancia. ¡Qué ofensa!

CRÍSPULA. -¡Eh!, ya se nos ha marchado Raimundo. A menos bultos, más claridad.

VALENTINA. -¡Cuál me ha tratado!

CRÍSPULA. -Nada te ha dicho que deba sentirse. ¿Que te olvidará? Gracias infinitas... ¿Que le olvides tú? Prevención excusada. ¡Cierto que el niño merece tenerle muy en la memoria!

VALENTINA. -¡No lo merecería, no: por ingrato, por injusto, por necio!

CRÍSPULA. -Y por haber faltado a mi confianza. Bien que otros han hecho lo mismo, y se lo perdono.

VALENTINA. -¿Por quién lo dice usted?

CRÍSPULA. -Olvidemos lo pasado. He dado lugar a que te quejes de mí, y no me estaría bien reprenderte.

VALENTINA. -¿Reprenderme? ¿Por qué?

CRÍSPULA. -Por nada, mujer. Se compuso ya todo. Estuviste delirante por un buen rato y dijiste...

VALENTINA. -¿Cosa de que usted pueda ofenderse?

CRÍSPULA. -Yo no soy de mármol: tengo honra y vergüenza...

VALENTINA. -¡Ay!, pues le pido a usted perdón, mamá. Yo no sé en qué términos me explicaría; pero lo cierto es que Don Vicente ignora la verdad: Don Vicente ni aun sospecha la ligereza de usted.

CRÍSPULA. -¿Qué ligereza? Sólo falta que me echés la culpa.

VALENTINA. -Mamá, sea usted ingenua: ¿quién la tiene?

CRÍSPULA. -¿Nada te remuerde a ti la conciencia? ¿No estás pesarosa de haberme ocultado tu amor? ¿De haber hablado a solas con el indiano?

VALENTINA. -A no haber él abierto esa puerta, ¿cómo hubiéramos salido del compromiso de los billetes?

CRÍSPULA. -¿Cuáles?

VALENTINA. -Los de la cartera de Raimundo, que eran falsos.

CRÍSPULA. -¿Falsos? ¿De dónde te consta?

VALENTINA. -Lo dijo Don Vicente. Yo creía que usted lo supiera.

CRÍSPULA. -¿Por qué conducto?

VALENTINA. -Por haberlo dicho yo delirando.

CRÍSPULA. -Mujer, yo creo que cuando realmente deliras, es ahora. Tú nos has dicho entre lágrimas y sollozos que eras perdida, si Don Vicente no te cumplía su palabra. ¿Qué palabra era?

VALENTINA. -La de evitar que usted y Raimundo fuesen acusados como falsificadores.

CRÍSPULA. -¿Qué me cuentas? ¿Con que le habían trocado los billetes? ¿Con que mis sospechas se realizaron? ¿Y Don Vicente por casualidad tenía consigo otros que sustituir?

VALENTINA. -No, señora. De camino que íbamos a casa de la madrina, quería entrar en la suya, verificar el noble cambio y remitir a usted la cartera, para que sin saber nada se la entregase a Raimundo.

CRÍSPULA. -Si digo que mi yerno es un ángel de Dios. Tú te la llevabas, temerosa de que me acometiese otra tentación como la pasada. No hacías mal. -¡Ay!, ahora que me acuerdo... ¡Pobre muchacho!

VALENTINA. -¿Quién?

CRÍSPULA. -Raimundo, que antes de embarcarse va a llevar los billetes al capitán general.

VALENTINA. -Y bien, ¿qué?

CRÍSPULA. -Que Don Vicente no ha salido de aquí; no ha tenido tiempo para ir a su casa: la cartera se la ha vuelto al chico, tal como se hallaba antes.

VALENTINA. -¡Cielos! ¿Está usted segura?

CRÍSPULA. -El mismo Don Vicente lo ha dicho.

VALENTINA. -¡Ah! No habrá podido resistir a las instancias de Raimundo. ¿Qué es lo que ha hecho usted?

CRÍSPULA. -¡Dios mío! Le prenden sin remedio.

VALENTINA. -Le van a formar causa; va tal vez a perder la vida.

CRÍSPULA. -Por su imprudencia, por haber fiado la cartera de manos no tan seguras, no tan felices como las mías.

VALENTINA. -¡Pues qué! ¿Aún no ha conocido usted a quién debe el infeliz esta desgracia? -¡Oh! no es tiempo de acusaciones, sino de diligencia. Yo, madre, no sé si podré llegar al palacio: por Dios, corra usted, detenga a Raimundo, pídale la cartera, quítesela usted de las manos, y tráigala usted a las mías.

CRÍSPULA. -Sí, mujer: voy volando.

VALENTINA. -No haga usted más de lo que la ruego: por el día de mi nacimiento, que no haga usted más. Mire usted que si Raimundo entra en una cárcel, le ha de costar a usted lágrimas.

CRÍSPULA. -Sí, porque sería una lástima. ¡Lo que dan que hacer los desaciertos de los muchachos! (Vase.)

Escena VII

VALENTINA, y después DON VICENTE.

VALENTINA. -Sálvese ahora; luego sabrá mi madre a qué peligro le expuso. (Sale DON VICENTE por la escalera oculta.)

VICENTE. -¡Valentina!

VALENTINA. -¡Ah, Don Vicente! Baje usted. Mil cosas tengo que preguntarle. Acabo de saber que la infausta cartera...

VICENTE. -No tema usted. Probablemente cuando Raimundo vaya a entregar los billetes, ya un dependiente mío se habrá anticipado en su nombre.

VALENTINA. -El cielo premie tanta virtud.

VICENTE. -Envié a mi cajero un aviso con Marcos y una carta para su excelencia. Al presentarse Raimundo en la capitanía general, le pondrán en la mano un recibo y le dirán que vaya con Dios. Si Raimundo tomase la delantera al cajero, lo peor que podría suceder sería que le arrestaran por breves momentos. Tranquilícese usted, pues ni peligrará ese joven ni el decoro de usted.

VALENTINA. -Gracias, mil gracias.

VICENTE. -Por usted, por el buen concepto que de usted he formado, he vuelto a pisar esta sala, sirviéndome de la llave de la escalera, olvidada en mi poder. He subido, he aguardado ahí, he sentido salir a madre, y aprovecho la presente ocasión para suplicar a usted que procure quitar a la buena Doña Crispula mi capricho de la cabeza.

VALENTINA. -Perdónela usted. La infeliz, entre mil buenas cualidades, tiene una...

VICENTE. -Una con que nos vuelve locos a todos. Para que usted la desengañe, cuando la pille en un lúcido intervalo, informaré a usted de lo que ha de decir.

VALENTINA. -Ya lo espero.

VICENTE. -Es una revelación importante, que por ahora exige secreto.

VALENTINA. -Nadie lo sabrá mientras usted no lo permita.

VICENTE. -De los quince años que he permanecido en la Habana, doce me llevé trabajando sin fruto: en los tres siguientes la casualidad, la bondad del Señor, me hizo rico de un golpe.

VALENTINA. -Bien merecía serlo quien había de hacer tan buen uso de sus caudales.

VICENTE. -Cuando el oro nos abre las puertas de la felicidad; cuando nos allana la posesión de una mujer digna, como usted, de ser adorada, vil y miserable sería quien, favoreciendo al prójimo, no se desquitase de una parte mínima de lo que debe al cielo.

VALENTINA. -(Aparte.) Ya se declara. -¿Qué respondo yo a un hombre a quien debo tanto?

VICENTE. -Tres años hará que regresó a la Habana, desde Santiago, una joven cuyos méritos no podré encarecer mejor que comparando con usted su persona. Acababa de cumplir veinticinco años, y era millonaria...

VALENTINA. -Dos méritos que yo no tengo.

VICENTE. -Ignorantes de una circunstancia particular, mil pretendientes le habían ofrecido la mano. -Este mérito no le faltará a usted.

VALENTINA. -Ni le he tenido, ni le deseo.

VICENTE. -Mi habanera decía otro tanto, y al cabo un hombre sin más prenda que su hombría de bien, la hizo mudar de dictamen y envanecerse de ser amada.

VALENTINA. -Cosa naturalísima.

VICENTE. -Pero que ofrecía muy graves inconvenientes.

VALENTINA. -Siendo rica y libre...

VICENTE. -Una madre por el estilo de la de usted, una visionaria a lo divino, la había obligado de niña a que hiciese voto de castidad. Era necesario solicitar dispensa, y dar con el mayor sigilo los pasos, por no apesadumbrar a la madre, la cual, agriada por sus dolencias, que la impedían moverse del lecho, se hubiera escandalizado hasta el punto de maldecir a su hija. (Viendo entrar a DOÑA CRÍSPULA.) ¡Maldiga Dios a la que ahora nos interrumpe!

Escena VIII

DOÑA CRÍSPULA, MARCOS, VALENTINA, DON VICENTE.

CRÍSPULA. -(A MARCOS.) Ahí tienes al señor Don Vicente.

VALENTINA. -¿Habló usted a Raimundo?

CRÍSPULA. -He hallado a Marcos al salir de esta calle, que para el caso nos da lo mismo.

MARCOS. -Su cajero de usted me manda decirle que ya se ha visto con su excelencia.

VALENTINA. -(Aparte.) Respiro.

MARCOS. -Su excelencia queda en admitir los billetes que le presente Raimundo, entregarle su carta de pago, y devolvérselos a usted inutilizados.

VICENTE. -Bien: vete. (Aparte a VALENTINA.) Está usted servida. (Vase MARCOS.)

VALENTINA. -(Aparte a DON VICENTE.) Le debo a usted más que el vivir.

CRÍSPULA. -De buen peligro ha libertado usted al pobre Raimundo.

VALENTINA. -¿Se sabe si ya se ha embarcado?

CRÍSPULA. -Yo creo que sí, aunque no he oído el tiro de leva.

VICENTE. -Parece que debía usted inferir lo contrario de esa razón.

VALENTINA. -Sí, sí: miradle.

Escena última

RAIMUNDO, DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA, DON VICENTE.

RAIMUNDO. -Siento mucho tener el gusto de ver a ustedes por última vez, después de la última.

CRÍSPULA. -¿No se ha marchado usted todavía?

RAIMUNDO. -¿Pues no ve usted que estoy aquí? ¡Vaya una pregunta! No, señora, no me he marchado, porque no ha salido el paquebot que había de llevarme; no ha salido, porque están los ingleses a tres millas de aquí, y están a tres millas de aquí los ingleses, porque se han engolosinado con las presas que han hecho esta mañana y acaban de saberse.

VALENTINA. -¿Ha entregado usted los billetes?

RAIMUNDO. -De allá vengo, señorita. Ya sé todo el teje maneje que ha habido.

¿Creyeron ustedes que yo no había de mirar los títulos al tiempo de dárselos al capitán general? ¿Que no había de conocer la falsificación, y quedarme hecho un babioca? ¿Que no había de reconvenir luego a su excelencia que me daba un recibo, en vez de mandarme levantar la tapa de los sesos?

VICENTE. -¿Ha tenido usted una explicación con su excelencia?

RAIMUNDO. -Me ha enseñado la carta de usted.

VICENTE. -¿Quiere usted ahora batirse conmigo?

RAIMUNDO. -A muerte. A eso vengo.

VALENTINA. -¡Raimundo!

CRÍSPULA. -¡Hombre de Dios!...

RAIMUNDO. -Yo no tolero que otro pague por mí los descuidos de Valentina.

CRÍSPULA. -¿Qué Valentina? Yo fui quien perdió la cartera.

RAIMUNDO. -¿Usted?

VICENTE. -¿Usted?

CRÍSPULA. -Valentina no salió esta mañana de casa.

RAIMUNDO. -Ya: se atribuyó la habilidad de usted para sacar mejor partido del novio.

VALENTINA. -Para salvar a mi madre.

RAIMUNDO. -¿Hay estrella más pícara? Ni el consuelo me queda de haber estado expuesto a morir por esta muchacha.

CRÍSPULA. -Diga usted por su mala cabeza. A usted fue a quien le falsificaron los billetes.

RAIMUNDO. -A usted habrá sido, en tal caso.

VICENTE. -A usted debe haber sido.

VALENTINA. -En efecto, madre, ha sido a usted.

CRÍSPULA. -¡A mí! ¡Jesús! Estoy empecatada, estoy dejada de la mano de Dios.

VALENTINA. -Tres mil duros debemos al señor Don Vicente.

VICENTE. -No me debe usted nada.

RAIMUNDO. -Nada, ni una malla, ni media. Caballero Montaner, es de usted esta casa. Ahora salga usted al campo conmigo.

VICENTE. -¿Qué dice usted?

RAIMUNDO. -Digo que antes que nos demos de cuchilladas, le vendo a usted la casa que quiere, que se la doy por los consabidos tres mil. ¿No lo entiende usted? ¿Y usted? ¿Y usted? Cuidado que es torpeza.

CRÍSPULA. -Criatura, ofrezca usted lo que sea suyo.

RAIMUNDO. -Mío es lo que ofrezco, voto a la campana de la Figuera. ¿No me ven ustedes los ojos hinchados de llorar? Pues no es por usted (Dirigiéndose a

VALENTINA): y si lo fuera, me guardaría muy bien de decirlo; es por mi pobre tío, que acaba de entrar en el puerto...

VALENTINA. -¿Cómo?

RAIMUNDO. -¿Cómo? Sin cabeza. Una bala de cañón se la ha llevado al cielo.

VICENTE. -¿Atacaron los ingleses el buque?

RAIMUNDO. -Hecho una granada viene el casco. ¡Y con sesenta a la cola, había hecho el santo varón la tontuna de dejarme por su heredero!

CRÍSPULA. -¿Su heredero?

VALENTINA. -(Aparte.) Ya es rico.

RAIMUNDO. -Así me acaba de decir ese escribano que no era ladrón.

CRÍSPULA. -Amigo, reciba usted el parabién del pésame que debemos darle.

RAIMUNDO. -¿De qué me sirve el dinero ahora? Pero no, pero sí; de algo me puede servir. Valentinita, yo voy a hacer testamento también. Legó todos mis bienes a usted; me bato en seguida con el señor; le dejo que me abra en canal, y entonces no tiene usted más remedio que llorarme coram populo, vestir luto por mí y retardar su boda. Después de yo muerto, poco me importa que se case usted con el patriarca de Jerusalén.

VALENTINA. -¿Oye usted esto, mamá?

CRÍSPULA. -Hija, ya es tarde. El señor Don Vicente...

VICENTE. -El señor Don Vicente está ya frito de que no se le deje meter baza en esta baraúnda, y lo echará todo con ciento de a caballo. Señor Don Raimundo, señora Doña Crispula: con una palabra se ataja el raudal de desatinos que vierten ustedes, cada cual con su tema. Yo no puedo casarme con Valentina, por la sencillísima razón de que estoy casado.

RAIMUNDO. -¡Casado!

VALENTINA. -¡Casado!

CRÍSPULA. -¡Casado con ella sin mi permiso!

VICENTE. -¡Vive Dios! No, señora: casado con otra.

VALENTINA. -¿Con la habanera millonaria?

VICENTE. -La misma.

CRÍSPULA. -Me he quedado extática.

VICENTE. -¿Se convencerá usted ahora de que yo no he pedido la mano de su hija?

¿De que sólo hablé de la casa?

RAIMUNDO. -¡Unos amores de cal y canto!

VALENTINA. -¿Creerá usted ahora lo que yo la dije? ¿Que hasta hoy no había visto al señor?

RAIMUNDO. -¿Creerá usted ahora que yo no creo nada de lo que usted me ha dicho?

CRÍSPULA. -Será lo que quieran ustedes; pero yo estaba plenamente persuadida de que mi hija no tenía inclinación a Raimundo.

RAIMUNDO. -Prueba segura de que me quiere, porque usted lo entiende todo al contrario. ¿No es verdad, Valentina? Dígalo usted.

VICENTE. -En efecto, a ella le toca...

CRÍSPULA. -Bien, yo me conformo. Dígalo ella.

VALENTINA. -Entre mentir y desmentir, ¿qué medio hallaría usted, Don Vicente?

VICENTE. -Callar y dejar hacer.

RAIMUNDO. -Usurpo el consejo. Señora Doña Crispula, por usted ha estado en un tris mi pellica; por usted he injuriado a esta palomita sin hiel; por usted he querido batirme con armas desiguales, es decir, con un hombre casado. En satisfacción de tantas ofensas... Don Vicente (Tendiéndole una mano), usted es mi amigo. Doña Crispula (Tendiéndole la otra), usted es mi madre. Ven aquí tú, pimpollo, tú eres mi esposa. (Se separa de DON VICENTE y DOÑA CRÍSPULA, y abraza a VALENTINA.)

VICENTE. -¡Bravo!

CRÍSPULA. -Pues, señor, mi bendición les caiga. Por fin veo a mi hija casada a mi gusto... con quien yo no quería.

VALENTINA. -¡Y eres militar! ¡Y tendrás que dejarme!

CRÍSPULA. -No tal: Raimundo, como ya es rico, tratará de eximirse...

RAIMUNDO. -Por equivocarse usted, hasta en eso lo yerra. No me eximiré, no, señora: ¡la sangre de mi tío pide venganza! Todos los grandes generales han sido casados.

Lidiaré por mi patria, por mi Rey, por mi amor, por mi suegra... Me distinguiré, brillaré... No quiero proseguir, porque no digan ustedes que yo también estoy viendo visiones.

Los Polvos de la Madre Celestina

Comedia de magia en tres actos

Imitación del francés

Estrenada en el teatro del Príncipe a 11 de enero de 1841, refundida en 1855

PERSONAJES

DON JUNÍPERO MASTRANZOS

MAESE NICODEMUS CHIRINELA

CELESTINA

DON GARCÍA VERDOLAGA

TERESA

CIGARRÓN

ESPARAVÁN

UN MOZO DE POSADA

UN PORTERO

UN CARBONERO

CUATRO LAVANDERAS

DOS ESTUDIANTES

DOS MOZOS DE SILLA

La acción principia en Madrid y concluye cerca de Huesca, y pasa a fines del siglo XVII.

Acto primero

Botica con dos puertas a los costados y dos ventanas en el fondo para despachar. Una mesa, un mortero grande, un sillón, etc.

Escena I

MAESE NICODEMUS y ESPARAVÁN.

MAESE NICODEMUS y ESPARAVÁN en la botica; parroquianos de ésta en la calle, agrupados a las ventanas.

PARROQUIANO 1.º. -Maese Nicodemus...

PARROQUIANO 2.º. -Señor Chirinela...

PARROQUIANO 3.º. -Maese Nicodemus Chirinela...

TODOS. -Mi receta, pronto.

NICODEMUS. -Ya voy. Esparaván, despacha.

ESPARAVÁN. -Voy, maese.

PARROQUIANOS. -Mi receta, mi receta.

NICODEMUS. -Callen y aguarden vez. ¿Quién está primero?

TODOS. -Yo, yo, yo.

NICODEMUS. -¡Silencio! ¿Para quién es el caldo de víboras?

PARROQUIANO 1.º. -Para mí. (NICODEMUS y ESPARAVÁN despachan a los parroquianos, yendo de la mesa y volviendo.)

NICODEMUS. -Tome y escape. ¿A ver qué es esto? «Bálsamo del (Lee) cura de Tembleque...»

UNA MUJER. -Yo soy.

NICODEMUS. -¿Sois vos el cura? Vuestra enfermedad quisiera yo ser.

ESPARAVÁN. -Licor de guijarros.

PARROQUIANO 2.º. -Venga.

NICODEMUS. -¿Quién lleva el emplasto de manjar de los Dioses?

PARROQUIANO 3.º. -Acá.

NICODEMUS. -Vaya allá.

PARROQUIANO 3.º. -¡Huf! Maese Nicodemus, el manjar de los Dioses huele a demonios.

NICODEMUS. -Dios no hay más que uno: los demás son falsos y huelen a infierno.

¡Oh, quién asoma por allí! Esparaván, sirve a esa gente. (ESPARAVÁN despacha a los parroquianos y se retiran.)

Escena II

CELESTINA, dichos.

NICODEMUS. -¿Qué os trae a mi casa desde Mahudes, madre Celestina?

CELESTINA. -Vengo a Madrid para daros un aviso.

NICODEMUS. -Desde luego digo que no dejará de ser importante. Siempre que me habéis visitado, me habéis traído noticias lisonjeras: la última vez me pronosticasteis que mi mujer se moriría en veinticuatro horas. ¡Qué miedo tuve de que os dejara por embustera!

CELESTINA. -Yo no me equivoco nunca, maese Nicodemus.

NICODEMUS. -Aun por eso dicen malas lenguas que sois... ¡Disparate como él!
Porque tenéis en vuestro sótano untos y redomas ¡habéis de ser bruja! Untos y redomas tengo yo, y soy boticario.

CELESTINA. -Y no tenéis nada de hechicero.

NICODEMUS. -A vos hubiera yo querido hechizaros. Pero vos no habéis permitido que la receta de vuestro matrimonio se despache por mi oficina.

CELESTINA. -Os lo he dicho repetidas veces, insigne Chirinela: si he de casarme, ha de ser con un joven.

NICODEMUS. -Un joven, un joven... No debéis olvidar que vuestra fecha es ya respetable.

CELESTINA. -Pues aunque parezco mujer de días, no se me conocen mis años.

NICODEMUS. -¿Tenéis menos que representáis?

CELESTINA. -Tengo más.

NICODEMUS. -Entonces habréis conocido al quinto abuelo de nuestro Don Carlos II, que feliz o infelizmente reina. En fin, ¿qué venís a decirme?

CELESTINA. -Que Teresita Loreto, la mojigatueta de vuestra cuñada, ya tiene novio.

NICODEMUS. -¡Como que se le he buscado yo! Es un tal Don Junípero de los Mastranzos, un ricote de Fuentidueña de Tajo.

CELESTINA. -Es Don García Verdolaga, poeta de bohardilla.

NICODEMUS. -¡Don García, nuestro vecino! ¡Un coplero, un pelgar! Pues, amiga, esa boda no la he dispuesto yo, ni la consentiré nunca.

CELESTINA. -Así tratan de suplir vuestro consentimiento.

NICODEMUS. -¿De dónde lo sabéis?

CELESTINA. -De esta carta que he cogido al criado de Don García. (Da un papel a NICODEMUS.)

NICODEMUS. -¡Qué escándalo! ¡Me dejáis hecho una mano de almirez, madre Celestina! ¡Atreverse a escribir de amores a una chicuela a quien educaba yo para monja por darle un dote corto, y a quien caso por no darle ninguno!

CELESTINA. -¿Qué queréis? Los poetas, con el salvoconducto de no sé qué Horacio o Curiacio, se atreven a todo.

NICODEMUS. -¡Oh! Pues aquí es preciso tomar una medida astringente, a despecho de Horacio y Curiacio. ¡Teresita, Loretito! ¡Teresa! (Llama.)

TERESA. -(Dentro.) ¡Hermanito!

NICODEMUS. -Sal corriendo.

CELESTINA. -Yo me retiro a esa pieza inmediata, porque no gusto de intervenir en negocios domésticos. (Vase.)

Escena III

TERESA, NICODEMUS, ESPARAVÁN; después DON JUNÍPERO.

NICODEMUS. -Digo, niña, ¿conoce vuesa merced esta carta?

TERESA. -Sí, cuñadito: es para mí.

NICODEMUS. -¿Para ti? ¡Desenvuelta, desvergonzada! (Sale DON JUNÍPERO.) ¡Oh, señor Don Junípero! ¡Cuánto me alegro de veros por aquí!

JUNÍPERO. -¿Os alegráis de verme, eh? Pues con todos me sucede lo mismo. En cualquier parte que me presente, produce mi persona tanta alegría que todo el mundo se echa a reír.

TERESA. -¡Ah, ah, ah, ah!

JUNÍPERO. -Ya lo veis: también Teresita se ríe.

NICODEMUS. -Pues ahora me estaba haciendo rabiar.

JUNÍPERO. -Entretenimientos de cuñados. ¿Y por qué era ello?

NICODEMUS. -Por vos. A lo que voy viendo, no os quiere mucho.

TERESA. -Ya; pero, en cambio...

NICODEMUS. -En cambio se deja querer de otro. Esto acabo de descubrir.

JUNÍPERO. -El descubrimiento no es para brincar de gozo; pero siempre que no pase de ahí...

TERESA. -Pasará, señor Don Junípero.

JUNÍPERO. -¿Pasará? Eso sí que yo no lo paso.

NICODEMUS. -Por lo menos, ya se han propasado esta niña y Don García Verdolaga, su amante, a escribirse con letras que ellos solos entienden. ¿Conocéis vos esa algarabía? (Da la carta a DON JUNÍPERO.)

JUNÍPERO. -K, 8, 2, Q... ¿Quién (Mirándola) descifra esto?

TERESA. -Yo, si gustáis.

NICODEMUS. -A ver.

TERESA. -Dad acá. Dice aquí Don García.

Ya, Teresa, que el bárbaro cruel,

que robarte pretende tu caudal,

te me vende al estúpido rival

que entre mis manos dejará la piel.

JUNÍPERO. -¡San Bartolomé bendito!

TERESA.

A media noche bájate al corral:

yo puedo, armado, penetrar en él,

y llevaré contra cualquier gandul

seis jayanes con trancas de abedul.

JUNÍPERO. -Eso del bárbaro cruel parece alusión a vuestra persona, maese Nicodemus.

NICODEMUS. -Esotro de rival estúpido ha de ser un elogio vuestro, amigo Don Junípero.

JUNÍPERO. -Indirectillas vergonzantes, que no merecen sino desprecio.

(NICODEMUS quita a TERESA la carta y la deja después en la mesa. ESPARAVÁN hace de ella un cucurucho.) ¡Seis jayanes! ¡Seis trancas! Mucho hará con ellas el señor Verdolaga, si llevo yo sesenta contra él.

TERESA. -¿Sesenta no más? Ciento siquiera.

JUNÍPERO. -El famoso Cigarrón, corchete mayor del Santo Oficio, es hombre de quien dispongo yo como quiero: figuraos si acudo a él...

NICODEMUS. -Acudid, sí tal; sostened a todo trance vuestros derechos.

TERESA. -¿Cuáles son los de mi señor Don Junípero?

NICODEMUS. -Dos indisputables: mi elección y su mérito. El señor es noble, es rico, es joven...

TERESA. -¿Joven? ¿Como cuántos años tendréis?

JUNÍPERO. -No lo sé fijamente; pero he de contar poquísimos, tal vez ninguno.

TERESA. -¿Qué! ¿No habéis nacido todavía?

NICODEMUS. -¿Qué diantre decís?

JUNÍPERO. -La verdad. El Alcalde de Fuentidueña asegura que me lleva quince años; la alcaldesa, diez; el cura, veinte; el barbero, cinco: son tantos a llevarse años míos, que ignoro los que me dejarán.

NICODEMUS. -Agudamente habéis respondido a esta bachillera.

TERESA. -Pero teniendo tan poca edad, ¿cómo puede este niño contraer matrimonio? Vaya, señor cuñado, envíadle a escribir palotes.

JUNÍPERO. -Teresita, me tratáis de manera que, si yo fuese caviloso, recelaría que me ibais a dar calabazas.

TERESA. -Antes os invito a que me las deis a mí. Quiero ofrecer a Dios esta mortificación.

JUNÍPERO. -Sed mi mujer, y yo os aseguro que tendréis conmigo mortificaciones a manta de Dios.

TERESA. -Ya lo supongo; mas quiero yo a mi gusto la penitencia.

NICODEMUS. -Tu gusto supone aquí tanto como un escrúpulo de azúcar en cien libras de agua. Yo soy tu tutor y fui marido de tu hermana, y quiero y ordeno que te cases con el señor: obedece, o teme la cólera de un boticario, cólera más temible que el cólera.

TERESA. -Temeré cuanto queráis; pero obedeceros...

NICODEMUS. -Es que te buscaré una celda al instante.

TERESA. -Cuñadito mío, el caballo indócil no se amansa encerrado.

NICODEMUS. -Según el trato que se le dé. Mira que voy a plantarte en el convento de las feas.

TERESA. -Como yo no lo soy, luciré más por el contraste.

NICODEMUS. -Es que, a los quince días, se vuelven las reclusas allí tan horribles, como los mascarones que hay en la fachada del edificio.

JUNÍPERO. -Por Dios, Teresita, mirad que ser fea es mucho peor que ser casada. Mirad que, si mudáis de cara, el señor García no os va a conocer.

TERESA. -Para García siempre será mi cara la misma.

NICODEMUS. -¡Sí, que de un poeta puedes prometerte mucha constancia! Esparaván, la gorra y la capa. Ahora mismo voy a llevarte.

JUNÍPERO. -Poco a poco. Yo espero de la docilidad de Loretito, de su amabilidad, de su disciplinabilidad...

TERESA. -Esperen vuesaercedes de mí lo que quieran, siempre que manden lo que quiera yo.

JUNÍPERO. -En tal caso, no dilatemos el darle esta prueba de nuestro cariño.

TERESA. -¿La de encerrarme?

JUNÍPERO. -Justamente: mi coche está a la puerta; tendré la honra de acompañaros en él al convento.

NICODEMUS. -Vamos.

JUNÍPERO. -Me lisonjeo, ídolo mío, de que en el retiro del claustro feo conoceréis que, enamorado yo de vos tan a machamartillo, y convencido a la par de que soy el esposo único que os conviene, está en el orden que coadyuve a que se pongan en práctica todos los medios coercitivos posibles para haceros dichosa, a fuerza de haceros penar.

NICODEMUS. -Bien puedes olvidarte de Don García, porque no volverás a verle.

TERESA. -Tampoco veré al señor Mastranzos: váyase lo uno por lo otro.

NICODEMUS. -Esparaván, si se descuelga por aquí Don García, échale a palos. Andando, niña.

JUNÍPERO. -Tenga yo la dicha de sentir la pulsación de vuestra hermosa mano. (Presentando la mano a TERESA.)

TERESA. -Tomad, sentidla. (Le da un bofetón.)

NICODEMUS. -¿Qué ha sido eso, bellaca?

JUNÍPERO. -¡Eh! un bofetoncillo casero que no vale la pena. Vamos al coche. (Vanse TERESA, DON JUNÍPERO y NICODEMUS.)

Escena IV

ESPARAVÁN. -«Si se descuelga por aquí Don García, échale a palos.» Yo lo haría de muy buena gana, si no fuera porque los palos pudieran fácilmente recaer sobre mis costillas; contingencia que merece pensarse. Pero aquí viene el tal Don García sin haberse descolgado de parte alguna: el encargo del maese no puede tener aplicación.

Escena V

DON GARCÍA, ESPARAVÁN.

GARCÍA. -Esparaván, ¿es Teresa la que ha salido de aquí hace un momento? ¿La que va con el maese en un coche?

ESPARAVÁN. -La misma, señor Don García.

GARCÍA. -¿Quién es el que ha subido con ellos?

ESPARAVÁN. -Don Junípero Mastranzos.

GARCÍA. -¡Cielos!, mi rival.

ESPARAVÁN. -(Engañémosle.) ¿Sabéis ya que se casa con Teresita?

GARCÍA. -¿Se casa? ¿Cuándo?

ESPARAVÁN. -Yo no sé... pero ellos van a una diligencia concerniente a la boda.

GARCÍA. -¿Es posible? ¿Van a la Vicaría?

ESPARAVÁN. -De vicario es el negocio según parece. (Vicario tendrá el monasterio.)

GARCÍA. -¿Teresa infiel? ¡Oh, no lo creo!

ESPARAVÁN. -¿Queréis una prueba del caso que hace de vos? Mirad vuestra carta convertida en un cucurucho.

GARCÍA. -¡Oh traición!, ¡oh profanación! ¡Mis versos envolviendo raíz de chirivía! ¡Pérfida!, ¡ingrata! Yo he de verla, yo necesito hablar al punto a esa infiel.

ESPARAVÁN. -Difícil será que la veáis.

GARCÍA. -¿Con que la traidora trata ya de evitar mis reconvenciones? ¡Y yo que no tengo medio ninguno para acercarme a ella! Solo, sin recursos, sin un amigo...

ESPARAVÁN. -¿Y los seis jayanes de las trancas?

GARCÍA. -Fue una invención poética, un verso traído por la fuerza del consonante... No tengo más que mi amor y mi infelicidad y mi rabia. Estoy desesperado.

Escena VI

CELESTINA, DON GARCÍA, ESPARAVÁN.

CELESTINA. -(Asomándose por la puerta por donde entró.) Así es como yo deseaba verte. Oigámosle ahora. (DON GARCÍA se sienta abatido en un sillón.)

GARCÍA

¡Oh suerte! Apurar pretendo,

ya que me tratáis así,
por qué culpa merecí
los males que estoy sufriendo.
Mal pregunto, y bien comprendo
la causa de tu rigor:
soy pobre con pundonor;
y en este país bendito
la pobreza es un delito
que no puede ser mayor.
Mas yo he visto a un pobre idiota
un puesto anhelar brillante,
y venírsele al instante
rodado como pelota.
Hombre vi de mala nota
meterse determinado
en un negocio arriesgado
y hacerse de golpe rico:
¿hay que ser maula o borrico
para ser afortunado?
A tal consideración
en rabia y furor deshecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón.
Destino sin compasión,
fortuna conmigo en lid,

¿por qué me negáis, decid,
gracias que dais, uno a uno,
al más pobre y al más tuno,
y al más tonto de Madrid?
CELESTINA
Con asombro de mirarte,
con admiración de oírte,
me resuelvo a interrumpirte,
aspirando a consolarte.

GARCÍA
Quite, buena vieja; aparte.
CELESTINA
Ya que tus males no ignoro,
tal vez yo, que los deploro,
los trueque en plácida suerte.

¿Qué es lo que quieres?
GARCÍA
La muerte.
CELESTINA
¿Con qué vivieras?
GARCÍA
Con oro.
CELESTINA
Vive, pues, que yo te doy

cuanto produce el Perú.
GARCÍA
¿Quién eres para eso tú?
CELESTINA
Quien puede cumplirlo soy.
GARCÍA
Dudoso hasta verlo estoy.
CELESTINA
Lo has de ver. ¡Esparaván!
ESPARAVÁN
Abuela...
CELESTINA
(Dándole un talego.)

Unas piedras van

ahí que trajo un minero:

tritúralas.

ESPARAVÁN

Bien.

CELESTINA

(Aparte a GARCÍA.)

No quiero

que me oiga ese perillán.

ESPARAVÁN

Vierto en el mortero el saco.

(Lo hace así y principia a moler las piedras. CELESTINA entre tanto saca una cajita que presenta a GARCÍA.)

CELESTINA

Abre esa caja.

GARCÍA

La abrí.

CELESTINA

¿Qué hay dentro?

GARCÍA

Lo que hay aquí...

Es un polvo... y no es tabaco.

ESPARAVÁN

Duro mineral machaco,

abuela.

CELESTINA

Estos polvos son

un talismán, confección

mágica de tal poder,

que otra igual no supo hacer

la ciencia de Salomón.

GARCÍA

Y ¿para qué sirve?

CELESTINA

Para

cumplir cuanto desees

al punto que lo declares.

GARCÍA

Polvos son de especie rara.

Y ¿cómo se usan?

CELESTINA

Repara.

Cuando quieras algo, di

en voz alta, o para ti,

lo que ha de ser; coge a tienta

un polvo, espárcelo al viento

de un soplo, y verás así

cumplida tu voluntad.

GARCÍA

¿De modo que vos, señora,

sois una... una encantadora?

CELESTINA

Pues... o bruja.

GARCÍA

Perdonad.

Yo no digo... ¿Es por bondad

el darme estos polvos, o es

que hay un poco de interés?

CELESTINA

De todo lleva la torta.

Valerte de mí te importa;

de ti me valdré después.

Ya hablaremos.

GARCÍA

¿Dónde? (¡Excita

en mí su oferta inquietudes!)

CELESTINA

Yo tengo casa en Mahudes.

Ve esta noche.

GARCÍA

Iré a la cita.

ESPARAVÁN

¿Sabe usarced, abuelita,

que estos cantos no se muelen,

y que los brazos me duelen

de darles encima ya?

CELESTINA

Polvo el fuego los hará,

por más que se te rebelen.

ESPARAVÁN

¿Y para calcinar esto

queréis que el hornillo encienda?

CELESTINA

No: yo haré que el fuego prenda

ahí.

(Sale una llama que le hace ascua. ESPARAVÁN se aparta, sacudiéndose las manos.)

ESPARAVÁN

¡Zape! ¡Que me tuesto!

GARCÍA

Quisiera, si no os molesto,

ver la virtud peregrina

de este don vuestro.

CELESTINA

Imagina

un caso en que experimentes

los polvos omnipotentes

de la madre Celestina.

(ESPARAVÁN se acerca al mortero y lo examina con interés.)

ESPARAVÁN

¡Brotar con tal rapidez

aquí el fuego!

GARCÍA

(Aparte a CELESTINA.)

Conviniera

que Esparaván no pudiera

contar lo del almirez.

CELESTINA

Redúcele a la niñez

y pronto lo olvidará.

Abre la caja.

GARCÍA

Ya está.

CELESTINA

Habla ahora.

GARCÍA

Ese mal bicho

vuélvase lo que habéis dicho.

CELESTINA

Coge y sopla.

GARCÍA

Voy.

ESPARAVÁN

¡Mamá,

mamá, mamá!

(GARCÍA ejecuta lo que previene CELESTINA, y al punto el pie del mortero se convierte en una pollera, dentro de la cual se queda ESPARAVÁN, transformado en niño, vestido de corto y con chichonera. Cruza el teatro con su cesto y éntrese.)

CELESTINA

¿Y bien, señor?

GARCÍA

¡No vuelvo de mi sorpresa!

Escena VII

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CELESTINA, GARCÍA.

NICODEMUS

(A DON JUNÍPERO.)

Cuando pase un mes Teresa

allí...

GARCÍA

¡Mi competidor!

(Siéntase en un sillón que le oculta.)

JUNÍPERO

Es preciso, es de rigor

que ella se me rinda al cabo.

Siempre tuve (y no me alabo)

con las niñas buena suerte.

(NICODEMUS se va a dejar la capa y la gorra.)

GARCÍA

¿Sí? Bueno voy a ponerte.

(Abre la caja y toma de ella un polvo.)

JUNÍPERO

¡Soy galán!...

GARCÍA

¡Oh! Como un pavo.

(Sopla el polvo GARCÍA, y JUNÍPERO se convierte en pavo.)

JUNÍPERO

¡Pau, pau, pau!

NICODEMUS

¡Calla! ¿Es corral

de avechuchos mi botica?

(Emprende a puntapiés con el pavo.)

¡Fuera! Mas ¿qué significa

no querer este animal

salir? ¡Fuera! ¡Voto a tal! (Échale a palos.)

¡Fuera! (Vase persiguiéndolo.)

CELESTINA

Niega ya el poder

de mis polvos.

GARCÍA

Conocer

lo que pueden es preciso.

CELESTINA

Tendré que darte un aviso:

vernó será menester.

GARCÍA

A media noche corrida

en tu casa nos veremos.

CELESTINA

Y un negocio trataremos

para mí de muerte o vida.

GARCÍA

De mi bella fementida

me lleva el amor en pos.

He de hablarla.

CELESTINA

Hablad los dos;

pero anda ya prevenido

para olvidarla.

GARCÍA

Si ha sido

infiel...

CELESTINA

Fiel o infiel: adiós. (Vase.)

Escena VIII

DON GARCÍA

¡Fiel o infiel! ¿A qué propósito

lo dirá la nigromántica?

Debo al punto con mi pérvida

tener un rato de plática.

(Coge un polvo y sóplalo.)

Vista exterior del convento de las feas, en cuya fachada hay una colección de bustos de mujeres feísimas. Una taberna a un lado con un moro por distintivo, y en la muestra un letrero que dice «Taberna del Corsario Barbarroja.» Una mesa delante de la taberna.

Escena IX

GARCÍA, después TERESA.

GARCÍA

¡Qué miro! Me quedo atónito.

¿En tal convento encerrármela!

Aquí recluyen a jóvenes

que se enamoran románticas;

no a las que burlando al prójimo

se casan con otro impávidas.

¿Si el aprendiz farmacéutico

me habrá encajado una fábula?

(Sale TERESA a una reja, debajo de la cual hay una lápida.)

TERESA

¡García!

GARCÍA

Teresa, explícame

una mutación tan rápida.

¿Te refugias aquí, huyéndome

para hacer vida monástica,

o es que tu cuñado el cómitre

te oprime con mano bárbara?

TERESA

Vino a su poder tu epístola;

yo me quité la carátula,

y declaré a Don Junípero,

sin andarme con metáforas,

que no le aceptara cónyuge

aunque en la mano por dádiva

me pusiera el cetro antípoda
de la región magallánica.
Entonces ambos caníbales,
poniendo su acuerdo en práctica,
trajéronme aquí, intimándome
que no saldré de esta cámara,
donde habrá de ir convirtiéndose
mi rostro en horrible máscara,
mientras no pronuncie explícita
el sí que repugna el ánima,
y suba al odioso tálamo

por voluntad o a la trágala.
GARCÍA
No encenderá ese cuadrúpedo
contigo nupciales lámparas;
romperá mi mano intrépida
sus mal dirigidas cábalas,
y asegurará sus vínculos
nuestro cariño sin mácula.

Ya soy rico.
TERESA
¿En qué? ¿En imágenes

para alguna obra fantástica?

GARCÍA

En oro.

TERESA

¿Es verdad?

GARCÍA

Escúchame.

TERESA

Di, que me dejas extática.

¿Has heredado en América
de algún opulento sátrapa,
que hizo doblones sin número
merced a sus uñas de águila?
GARCÍA
(Una mentirilla pródiga
será aquí muy diplomática.)

Sí, mi bien.
TERESA
¿Cierto?
GARCÍA
Certísimo.
TERESA
Ten de tu Teresa lástima,
que, aunque no peca de tímida,

no gusta de la farándula.
GARCÍA
¿Quieres una prueba auténtica?
TERESA
Sí tal.
GARCÍA
El dinero es máxima

que todo lo puede.
TERESA
Dícese.
GARCÍA
Pues bueno: su fuerza mágica

va a darme a tu celda tránsito

por esa mansión seráfica.
TERESA
¿Y eso cuándo?
GARCÍA
Ahora mismísimo.
TERESA
¿Ahora? ¡Noticia plácida!

¿Tienes ya la llave?
GARCÍA
Téngola.

Hoy dejarás la camándula

y la correa y el hábito

que has llevado desde párvula,

y nupcial diadema fúlgida

lucirá en tu frente cándida.

TERESA

Te estoy escuchando incrédula

y vierto de gozo lágrimas.

Ven, García. (Quítase TERESA de la ventana.)

GARCÍA

Voy: retírate.

Conviértete en puerta, lápida.

(Ábrese una puerta en el muro y éntrese por ella GARCÍA.)

Escena X

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y Alguaciles.

JUNÍPERO. -No dudéis, señor Cigarrón, que el lance pasó ni más ni menos como lo he contado.

CIGARRÓN. -¿Dudar! Un familiar de la Inquisición cree a puño cerrado cuanto mal le digan del prójimo. Creo firmemente que es un hechicero consumado el señor Verdolaga, y ofrezco a voacedes echarle el guante siempre y cuando que se deje pillar.

NICODEMUS. -Él vendrá por aquí a rondar a Teresa.

JUNÍPERO. -Y nosotros le rondamos a él. Yo solo basto para una legión de brujos, eso es claro: por lo mismo, traigo a usarcedes en mi defensa (digo, en mi compañía), para que sean testigos de que mi coraje no es como el de un pavo, cháchara todo.

CIGARRÓN. -Mi gente le acechará desde esa taberna. Adentro, chicos; esperad bebiendo a la salud de este caballero.

JUNÍPERO. -Sí, hijos, bebed a mi salud, que el señor paga. (Por NICODEMUS.) (A un alguacil que entra en la taberna.) ¡Eh, mocito! Que me saquen a mí también para refrescar la garganta. (Un mozo de la taberna sale un poco después, y pone una botella y un vaso en la mesa que hay a la puerta.)

NICODEMUS. -Pues, amigo Don Junípero, ya que afortunadamente se os ve desplumado, creed que, si hubierais conservado la empavonadura, no hubiera yo faltado a la obligación de hombre de bien. En mi gallinero hubierais tenido un puesto de preferencia, y se hubieran guardado con vos todas las atenciones debidas a quien muda casaca por fuerza. Eso sí: no hubiera podido casaros con Teresita, en atención a la incompatibilidad de humores: ella nada tiene de pava. Restituido vos a vuestro ser, nada se opone...

JUNÍPERO. -Os doy las gracias por... por... por... (El moro de la taberna baja y se bebe el vaso de vino que habrá llenado DON JUNÍPERO.) ¿Por qué está sin vino este vaso?

NICODEMUS. -Porque no se le habréis echado.

JUNÍPERO. -Porque alguno se lo habrá bebido. Lo lleno otra vez. (Lo hace.) Decía, pues, que os daba mil gracias por vuestra decisión en favor de mi boda, que se verificará sin pérdida de tiempo, porque al fin sólo nos falta el consentimiento de la novia. La chica ha dado en la tontería de aborrecerme y prendarse de otro, con quien se promete casarse; pero quemado vivo que sea el otro, de seguro perderá Teresita las esperanzas de ser su mujer. Y lo que es prender al dichoso rival me parece cosa tan fácil como echarme este trago al colete. (El moro baja y se bebe el vino.) ¡Caspitina!, que me lo ha escamoteado el Barbarroja de la muestra.

NICODEMUS. -Hombre, no calumniéis a los pobres moros, que no beben vino.

JUNÍPERO. -Los de carne y hueso puede que no; pero los de madera lo cuelan de lo lindo. Señor Chirinela, por aquí anda nuestro poeta brujo. Miento. (Salen del convento DON GARCÍA y TERESA.) Donde anda es ¡allí!

NICODEMUS. -¡Y con Teresa!

JUNÍPERO. -¡Alguaciles! (Éntrase en la taberna.)

Escena XI

GARCÍA y TERESA, por un lado; DON JUNÍPERO, CIGARRÓN y Alguaciles, por otro; NICODEMUS.

NICODEMUS. -¿A dónde vais, perdidos?

GARCÍA. -A Mahudes a pasear.

TERESA. -Acompañadnos y veréis que no andamos perdidos, sino muy bien hallados.

JUNÍPERO. -Ya os daremos el hallazgo nosotros. Cortadles (A los alguaciles) la retirada.

NICODEMUS. -Prendedlos.

GARCÍA. -Mide tú la espada conmigo.

JUNÍPERO. -¿Para qué la he de medir, hombre? ¿No estáis viendo que la mía es más larga?

GARCÍA. -Aquí os espero. Venid a prenderme, si os atrevéis. (Súbese GARCÍA con TERESA a la mesa de la derecha.)

CIGARRÓN. -Embistamos.

JUNÍPERO. -Abajo con él. (La mesa de la taberna se convierte en un carro elegante, tirado por genios. Los alguaciles se transforman en volantes, y echan a palos a DON JUNÍPERO, NICODEMUS y CIGARRÓN.)

ALGUACILES. -Fuera estorbos.

Campo de Mahudes: a la derecha un poste con un letrero en una tablilla; al pie del poste un banco de piedra. En el fondo un pueblo arruinado, y delante una pared.

Escena XII

CELESTINA, ESPARAVÁN.

CELESTINA. -Ya estás en Mahudes de sobra. Dale ese recado al maese.

ESPARAVÁN. -Yo se le daré, pero no me creerá.

CELESTINA. -¿Tan buena opinión tiene de ti?

ESPARAVÁN. -No tal: yo no miento nunca sino cuando despacho, porque eso es de cajón; pero me decís unas cosas tan raras... Vengo de parte de maese Nicodemus a noticiaros que el señor Verdolaga se ha metido a brujo, y me respondéis: «Sea enhorabuena...» Que me han convertido en chiquillo gruñón y mi madre me ha desollado a azotes... «Muy bien empleado.» Que a Don Junípero le han incorporado en

el regimiento de Pavía. «Perfectamente.» ¿Cómo ha de persuadirse el que una amiga como vos se explique de este modo?

CELESTINA. -Este arcano está fuera del alcance de un enjuagador de redomas. Vete y haz lo que te he dicho.

ESPARAVÁN. -¿Con que iréis mañana por casa?

CELESTINA. -Muy temprano.

ESPARAVÁN. -Hasta mañana. (El diablo que la entienda, que es el único que puede entender a los suyos.) (Vase.)

CELESTINA. -Los amantes vienen aquí: les dejo que se entreguen a sus ilusiones de dicha por un instante, ya que será el postrero. (Vase.)

Escena XIII

DON GARCÍA, TERESA.

GARCÍA. -En este despoblado no nos perseguirán.

TERESA. -¿Qué seguridad nos ofrece? Estamos a las puertas de Madrid.

GARCÍA. -Aquí tiene su habitación la célebre maga Celestina; y como ejerce su facultad con real privilegio, nadie se atreverá con nosotros, hallándonos bajo su protección.

TERESA. -Bien extraño es que nos favorezca, siendo tan amiga de mi cuñado.

GARCÍA. -El amor halla siempre auxiliares, y a los tutores codiciosos no les suelen faltar enemigos. ¿Quieres que tomemos algún refrigerio?

TERESA. -Con mucho gusto, porque la amenaza de ponerme en el convento a pan y agua me ha hecho el efecto de un verdadero ayuno. ¿Pero dónde habrá quien nos sirva?

GARCÍA. -Allí. (Coge un polvo, se abre la pared y se ve un cenador con una mesa aparada.)

TERESA. -¡Qué maravilla! Vaya, pues entremos. (Los amantes se entran en el cenador y la pared se cierra.)

Escena XIV

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y ESPARAVÁN, todos con escopetas.

DON JUNÍPERO trae además un quitasol cerrado.

JUNÍPERO. -Sí, señor: ya que se han desperdigado los alguaciles, nosotros cuatro daremos el golpe: el refuerzo de Esparaván llega muy a propósito.

NICODEMUS. -Sí por cierto: suplirá por mí, porque me habéis traído tan aprisa que no puedo moverme de puro cansado. Aquí me siento sin aguardar más. ¡Huy! (Va a sentarse al pie del poste y el asiento se pasa al otro lado.)

JUNÍPERO. -¿Qué ha sido eso, maese?

NICODEMUS. -Una costalada que me ha descacharrado. Alargadme el quitasol para que me levante.

JUNÍPERO. -Ya le alargo. (Le desvía.)

NICODEMUS. -Acercádmelo, he querido decir.

JUNÍPERO. -Vamos, asíos. Procurad no romperle, que el astil es de caña. (Levántase

NICODEMUS: el asiento se pone donde estaba.)

NICODEMUS. -Quitasol y escopeta me parece que se estorban, señor Don Junípero. Además, el día está nublado.

JUNÍPERO. -Si llueve, el quitasol servirá de quita agua: peregrina invención, que a nadie se le había ocurrido.

ESPARAVÁN. -Y ¡es verdad!

CIGARRÓN. -¡Asombroso descubrimiento!

JUNÍPERO. -¡Oh! ¡Yo! ¡Ah! ¡Puf!

NICODEMUS. -Tratemos del asunto del día. ¿Cuál es vuestra receta... digo, vuestra opinión?

JUNÍPERO. -Mi opinión es que nos apoderemos cuanto antes de los fugitivos, pues cuanto más les dejemos correr tanto más lejos se irán de nosotros.

NICODEMUS. -Sabiamente raciocinado. Y ¿cómo y dónde hemos de atraparlos?

JUNÍPERO. -¿Dónde? En su carricoche, si van en él. ¿Cómo? Parándole, si rueda.

NICODEMUS. -Yo, la verdad, no había pensado en esos pormenores, porque, amigo... como estoy tan cansado... (Va a sentarse y repítase el juego.)

JUNÍPERO. -Digo, pues, que si han de venir a Mahudes los prófugos, será por un camino; si han de ocultarse de nosotros, habrá de ser en alguna casa. Ahora bien, yo de Mahudes... nunca he salido...

NICODEMUS. -Porque no habréis entrado.

JUNÍPERO. -Cabal. ¿Qué casas hay en él?

ESPARAVÁN. -En pie, creo que no existe más que un ventorrillo, pegado a la casa de la madre Celestina.

JUNÍPERO. -Y ¿dónde está el ventorro? Yo sólo he viajado hasta hoy desde Fuentidueña a Madrid.

NICODEMUS. -Yo tan sólo desde mi casa a San Blas.

CIGARRÓN. -Yo desde la Inquisición hasta el quemadero.

JUNÍPERO. -(A ESPARAVÁN.) Condúcenos tú, que has hablado con Celestina.

ESPARAVÁN. -Yo la he hablado en este sitio.

JUNÍPERO. -Pero si tenemos aquí un (Por el poste) indicador fiel que nos saque de apuros. Vean vuestras mercedes: «A la vuelta del cerrillo está el ventorrillo.» (Lee.) Desde luego hay que guardar este paso, por si vienen por aquí. (La tablilla del poste se muda al lado opuesto.)

NICODEMUS. -No, señor: en tal caso vendrán por allí. Leed... «A la vuelta del cerrillo está el ventorrillo.»

JUNÍPERO. -¡Es verdad! Yo lo había entendido al contrario. Pues como iba diciendo... Pero no, señor: yo lo (La tablilla se cambia) había entendido perfectamente. (Cámbiase otra vez.) Ahí está.

NICODEMUS. -Qué ha de estar, ¡pecador de mí! ¡La tablilla señala ese lado!

JUNÍPERO. -Está visto que no sé cuál es mi mano derecha. Maese Nicodemus, vos y Esparaván os apostaréis en este camino; yo me quedaré aquí, y el señor Cigarrón me servirá por este otro punto de centinela avanzada. Cada cual a su puesto, y en avistando a los tráfugas, un aviso disimulado y acudimos todos.

NICODEMUS. -Vamos. (Vanse todos, menos DON JUNÍPERO.)

Escena XV

DON JUNÍPERO. -Me parece que no he escogido la peor posición: aquí estoy defendido por ambos flancos. (Truena y llueve.) Sostenía el bendito del maese que la escopeta y el quitasol se estorbaban: ¡qué disparate! Ya principia a llover: introduzco la caña del quitasol en el cañón de mi espingarda y manejo los dos trastos juntos. Otra invención feliz de que debe aprovecharse el ejército de Indias, porque allí el sol incomoda bastante. (Se le va la tela del quitasol.) Vistoso espectáculo ofrecerá en las pampas de América una columna de arcabucería coronada con seis mil quitasoles. Pero ¡qué demontre! Yo me mojo, aunque estoy debajo de cubierto. ¿En qué consistirá?

¿Llueve al revés? (Ábrese el muro del fondo y aparecen DON GARCÍA y TERESA comiendo.)

Escena XVI

DON GARCÍA y TERESA, en el cenador; DON JUNÍPERO, fuera.

GARCÍA. -Mira, mira tu amante.

TERESA. -¡Qué bien está! ¡Ah, ah, ah!

JUNÍPERO. -No hay que mofarse, niña. Estoy estudiando un problema físico. ¿Son vuesarcedes capaces de explicarme cómo es que llueve sobre mí teniendo encima un quitasol abierto?

TERESA. -Si está sin tela.

JUNÍPERO. -¿Sin tela! No hay duda. ¡Ah! ya lo entiendo: los quitasoles no tienen obligación de quitar el agua, y en sacándolos de su oficio, se despiden del amo.

GARCÍA. -Y nosotros de vos.

TERESA. -A más ver, señor Don Junípero. (Ciérrase el muro.)

JUNÍPERO. -Sí, sí, embozaos con la pared para que no se os vea: no os libraréis por eso. García no lleva armas de fuego, y nosotros sí: los tenemos cogidos. Echo fuera la caña del quitasol. (La arrima al poste.) Yo traía la escopeta cargada, con que... ¡Oiga! (Levanta el rastrillo.) Le falta el cebo. ¿Le faltará la carga también? (Mete la baqueta en el cañón.) Sin carga está. Pues, señor, ¿a dónde han ido a parar la pólvora y la bala que yo le puse? (Dispárase la caña del quitasol.) ¡Santo Dios! A la caña del quitasol se había pasado la carga de la escopeta. ¡En qué tiempos vivimos! Las escopetas rehúsan hacer fuego, y las cañas tiran balazos.

Escena XVII

NICODEMUS, ESPARAVÁN, CIGARRÓN, DON JUNÍPERO.

NICODEMUS. -¿Ocurre algo?

JUNÍPERO. -Sí.

ESPARAVÁN. -¿Los habéis visto?

JUNÍPERO. -Sí.

CIGARRÓN. -¿Cómo?

JUNÍPERO. -Comiendo.

NICODEMUS. -¿Dónde?

JUNÍPERO. -En el cenador.

NICODEMUS. -¿En qué cenador?

JUNÍPERO. -Ahí, detrás de la pared. Yo quería hacer a usarcedes una seña disimulada...

NICODEMUS. -Y habéis disparado un tiro. No cabe disimulo mayor.

JUNÍPERO. -Si no he sido yo quien ha disparado.

NICODEMUS. -Pues ¿quién fue?

JUNÍPERO. -Ese tronco.

NICODEMUS. -¡Hombre, por Dios!

ESPARAVÁN. -¡Por la Virgen del Carmen!

CIGARRÓN. -¡Por Santo Domingo el inquisidor!...

JUNÍPERO. -Por toda la corte celestial, crean vuestas mercedes que ese leño es un recluta disfrazado de alcornoque. ¿No vieron antes cómo giraba a derecha e izquierda?

NICODEMUS. -Vos deliráis.

JUNÍPERO. -¿Que deliro? Batid esa pared, Cigarrón: verán usarcedes cómo están ahí dentro García y Teresa, que tal vez lo habrán visto todo por alguna rendija. (Dispara

CIGARRÓN y se abren en la pared cuatro agujeros grandes.) Ya hay brecha: asómese por su boquerón cada uno.

NICODEMUS. -Veamos. (Mete cada uno la cabeza por un hueco y vuelve a sacarla poco después rídiculamente desfigurada con una máscara grotesca.)

JUNÍPERO. -(A ESPARAVÁN.) ¿Quién es ucé?

NICODEMUS. -(A JUNÍPERO.) ¿Quién eres tú?

CIGARRÓN. -(A JUNÍPERO.) Tú eres el brujo: preso.

TODOS. -¡Preso! ¡Tú, tú, tú! ¡A la cárcel, a la cárcel! (Vanse bregando unos con otros. Truenos, lluvia.)

Cueva de Celestina en Mahudes, obra de la naturaleza y del arte. Puerta de madera con llave. Unos vasares con redomas excavados en piedra; unas puertecillas como de otro hueco, abierto igualmente en la roca; una cabeza de elefante con trompa, clavada en el muro; chimenea o fogón irregular a un lado; dos sillones, una mesa, y en ella un libro; en el fondo un alambique, de cuya lumbre cuida una porción de sátiros.

Escena XVIII

CELESTINA, los Sátiros.

CELESTINA. -¿Si vendrá a la cita? Creo que sí, porque le conviene conservar el poder que le he dado, a favor del cual ha podido evitar las persecuciones de sus enemigos. La posesión de un talismán que le hace árbitro de la fortuna, debe lisonjear mucho su amor propio. Con todo, no puedo desechar cierta inquietud. Mis muchos años, el poco juicio de García... Un comerciante, un cortesano me inspirarían más confianza; pero un poeta... Los poetas no han sabido calcular nunca. Ahora anochece, y llueve con furia: mucho tengo que esperar todavía. Pero ¿no es él quien llega? Buena señal es que se haya adelantado.

Escena XIX

DON GARCÍA, dichos.

GARCÍA. -Ya ves, Celestina, que vengo con tiempo.

CELESTINA. -¿Te ha servido mi cajita?

GARCÍA. -Completamente. Con ella he logrado, entre otras cosas, poner a Teresa en Madrid, en paraje seguro. ¿Qué he de hacer para manifestarte mi agradecimiento?

CELESTINA. -Siéntate y escucha. Ya has experimentado hasta dónde llega mi poder: a mi voz obedecen los elementos, y el abismo tiembla; cuantos placeres pueden proporcionar las riquezas están en mi mano. El destino, al darme tan absoluto dominio sobre la naturaleza, me concedió también el don de la inmortalidad; pero lo contrabalanceó con la pensión terrible de que viviese en vejez perpetua. Para el anciano casi no existen goces, y sin ellos una vida sin fin es una desgracia sin límites. Yo puedo, sin embargo, rejuvenecerme; puede reducirse mi vida a la duración común, y lo deseo con ansia.

GARCÍA. -Y ¿por qué no cumples tu gusto?

CELESTINA. -Porque sólo he de recobrar la juventud con una condición muy difícil.

GARCÍA. -¿Cuál?

CELESTINA. -Un caballero mozo y galán ha de darme un abrazo.

GARCÍA. -Si yo soy bastante galán para el caso, yo me ofrezco a regenerar tu persona.

CELESTINA. -El abrazo ha de ser después de haberse casado conmigo.

GARCÍA. -Eso complica la cuestión algún tanto. ¿Has puesto ya la mira en alguno?

CELESTINA. -Lee, García. (Le da el libro que está en la mesa.)

GARCÍA

«Da al olvido tu amor y sé mi esposo,

y vivirás feliz y poderoso.»

Celestina, mil gracias; no quiero dicha ni poder a ese precio.

CELESTINA. -García, reflexiona que eres pobre.

GARCÍA. -Tengo ingenio.

CELESTINA. -Te falta instrucción.

GARCÍA. -Aprenderé.

CELESTINA. -Tienes mucha vanidad y poca constancia.

GARCÍA. -Escribiré obras ligeras; me dedicaré a la sátira.

CELESTINA. -Te perseguirán.

GARCÍA. -Me haré soldado.

CELESTINA. -Como no te hagas fraile, no vivirás seguro; y entonces también tendrás que renunciar a tu amor. Mira allí. (Transparéntanse las que parecían puertecillas de armario, y dejan ver un cuadro que representa a Calixto muerto al pie de la pared de un jardín, y a Melibea precipitándose de un terrado.) Aquélla es Melibea; aquél es Calixto.

GARCÍA. -¿Eres tú la Celestina de su época?

CELESTINA. -Yo soy, García.

GARCÍA. -¿No te quitaron la vida los criados de Calixto?

CELESTINA. -No: un cadáver desfigurado fue a la sepultura con mi nombre; yo en tanto saboreaba una venganza más ilustre que la que me dio la justicia castigando a mis matadores: el desastrado fin de los dos amantes.

GARCÍA. -¡Cómo! Cuando Calixto cayó desde el muro del jardín al separarse de Melibea...

CELESTINA. -Mi mano invisible precipitó a Calixto; mi aliento inspiró a Melibea la desesperada resolución de arrojarle de la azotea a vista de su padre.

GARCÍA. -¿Qué ofensa te habían hecho esos dos infelices?

CELESTINA. -La que tú me haces ahora: servirse de mi ciencia, y despreciarme luego. García, la trágica suerte de esos amantes os aguarda a ti y a Teresa, si rehúsas mis ofrecimientos. Teme mi cólera, García.

GARCÍA. -Teme tú mi espada, hechicera infame. Veremos si tu inmortalidad te guarece de mis iras. (Desnuda la espada y va a herirla.)

CELESTINA. -¡Venganza! (Desapareciendo y dejando sus vestidos en la silla. Los sátiros acometen a GARCÍA.)

SÁTيروس. -¡Venganza, venganza! (Ocúltase el alambique y se abre un hueco detrás, por el cual sale LA LOCURA: en el fondo de este hueco se ve una cascada.)

Escena XX

LA LOCURA, DON GARCÍA, Sátiros.

LOCURA. -Monstruos, huid. (Huyen los sátiros, y se van también los dos sillones.)

GARCÍA. -¿Quién eres tú, que vienes a protegerme?

LOCURA. -¿No lo adivinas? Rehusando la mano de Celestina, has rehusado las riquezas, y amiguito, positivamente hablando, la riqueza es casi la felicidad; prefiriendo tu amor al oro, has hecho lo que llamarán casi todos una locura: razón es que la Locura en persona se declare por ti; los poetas siempre habéis tenido grandes títulos a mi protección.

GARCÍA. -Si tú me favoreces, nada tengo que temer: tú eres la soberana del mundo.

LOCURA. -Sígueme, y vamos a tranquilizar a Teresa. (Vanse.)

Escena XXI

DON JUNÍPERO. -¡Ah de casa! ¡Madre Celestina! ¡Doña Celestina! ¡Misa Doña Celestina! (Da vuelta por sí la llave en la cerradura y se abre la puerta.) ¡Ya abrieron! Saludo a la gente honrada (Saliendo), si la hay por aquí: lo que es yo no la veo. ¡Qué llover! ¡Señor, qué llover! Calado estoy hasta lo más recóndito de mi individuo. Pero Nicodemus exigió que me viera y aconsejara con la señora Celestina, asegurándome que es persona bonísima, sabidorísima y complacidorísima. ¿Dónde colgaría yo esta capa que se enjugase? ¡De los hombros me la han quitado!... (La cabeza del elefante alarga la trompa, y se queda con la capa de DON JUNÍPERO.) Estimo el obsequio; pero convendría ver dónde me la ponen, porque, a obscuras, buenos somos todos y mi capa no parece. (Le sale una luz de la copa del sombrero.) ¡Ah! ¡Ya veo! ¡Extraña mansión! ¿De dónde viene la claridad? Del techo, no; del suelo, tampoco. ¡Canario! Sale de mi cabeza. No quiero estar en candelero; pueden querer despabilarme: prefiero mil veces la obscuridad. (Se quita el sombrero y apaga la luz de él: aparece otra sobre la mesa.) ¡Hola!, bien: ahí está bien la luz. Si pudiera encender lumbre con ella, me sería muy útil, porque voy sospechando que tengo frío; y ya que hay allí fogón y leña... (Sale un fuelle que va a la chimenea, sopla y enciende lumbre.) ¡Calla!, ¡un fuelle andando! Fuelles ambulantes con otra forma no faltan por Madrid: los agentes de policía inquisitorial vienen a ser trastos de la misma especie: soplan y encienden llamas... Con luz y lumbre no se está aquí tan mal; con una silla, y algo comestible, bien colocado en esta mesa, podría esperar sin fastidio la llegada de la madre Celestina, porque la verdad es que me siento con hambre: como he visto a mi novia comiendo con otro, me ha dado apetito. Un libro hay aquí: no pudiendo suministrar pasto al estómago, se le daremos al espíritu. ¡Y un sillón! ¡Soberbio! (Sale un sillón.) ¿De qué trata esta obra? (Abriendo el libro.) ¡Ah!, son las profecías de Pero Grullo. Oigamos al profeta. «Juicio del año. Sabed que el cielo ordenado tiene que haya este año y el que viene guerra y peste y hambre y sed.» ¡Bah, bah! ¡Con tal aviso fácil es el remedio! Mudaremos a este año el número, y ya no será éste, sino otro. En cuanto al que viene, se le avisa que suspenda su viaje. (La vela a cuya luz lee DON JUNÍPERO se alarga cuatro varas más.) ¡Digo, digo! ¡Lo que ha dado de sí mi vela! Ningún día de la Candelaria he visto un cirio tan larguirucho. No hay forma de leer si no me pongo al nivel de la luz. (Súbese en la silla y lee. Mientras tanto sale un pavo desplumado y destripado, se asa en la chimenea y después se sube a la mesa, en la cual se han ido colocando por sí una servilleta, platos, jarros y vaso.)

«Peste habrá particular

de necios de sí pagados,

y habrá guerra entre casados

y en el juego de billar.» (Baja la vela.)

Esto es menos incómodo. (Se sienta.) Prosigamos desgarrando el velo del porvenir.

(Lee.)

«Hambre y sed ha de tener,

sin distinción de fortunas,

todo cristiano en ayunas

o con ganas de beber.»

(Suben la luz y la silla a una grande altura.) ¡Ay, Jesús! ¿Dónde me he encaramado? ¡A ver, una escalera, una gradilla! ¡Miren lo que remanece en la mesa! Servilleta, platos, vaso, jarro... ¿Qué viene en el jarro? Porque si es agua, está de más: ¡harta he recibido sobre mi piel! No, no: ¡es vino! Y ya que vino vino, ¿cómo no vino comida? Pero ya se me presenta un ave. ¡Qué diantre! ¡Es un pavo! Pavo, pavo... como yo lo he sido, aunque interinamente, no me deja de repugnar esa carne. Para mí un pavo es un compañero, casi un prójimo: ser yo pavífago equivaldría casi a ser antropófago. Bien podía haberme servido otro plato esa bruja endiablada. (Truenos, relámpagos: la cabeza del elefante se agita y brama; se oye música lamentable.) ¡Bestia de mí! Se ha enfadado la vieja maldita porque la he llamado con el nombre de su oficio. (Queda encerrado DON JUNÍPERO en una ratonera: le rodean multitud de gatos; suena música maulladora.) ¡Qué veo! Todos los trasgos de Madrid me acometen. ¡Eh!, señores, a la mesa: allí hay pavo asado; yo soy pavo crudo. ¡Arre, gatería! (Logra forzar la ratonera y huye seguido de los gatos.)

Calle con una posada que tiene por muestra un brazo saliente con una redoma en la mano. A cada lado de la puerta un poyo.

Escena XXII

DON GARCÍA, TERESA y LA LOCURA, saliendo de la posada.

GARCÍA. -Pero oye, Teresa.

TERESA. -No tengo que oír: se acabó.

LOCURA. -Deteneos. ¿A dónde vais?

TERESA. -A mi casa, al convento, a cualquier parte donde me vea libre de este hombre.

GARCÍA. -¿Oís esto, señora? Cuando soy yo quien debiera quejarse...

TERESA. -¿Vos? ¿Podéis vos formar queja de mí?

GARCÍA. -¿Es poco haberme dicho en mi cara que no debíais haber hecho ningún sacrificio por mí?

LOCURA. -Ha sido una locura decir eso.

GARCÍA. -(A TERESA.) ¿No merezco yo ser preferido a un estúpido?

LOCURA. -(A GARCÍA.) Es otra locura alabaros así.

TERESA. -Yo tenía razón de sobra para estar incomodada con vos. Me dijisteis con tanto énfasis que al proponeros Celestina su mano, la rechazasteis al punto sin atender a lo que perdíais... No pude menos de preguntar si valía tanto como yo esa bruja con más años que Matusalén. Id a buscarla; es partido muy a propósito para un poeta: magia y poesía todo es embuste.

GARCÍA. -¡Teresa!

LOCURA. -Teresita, vos también deliráis.

GARCÍA. -Dejadla: es muy natural que me desdeñe, habiéndome quedado sin el talismán prodigioso, que me proporcionaba riqueza y poder.

TERESA. -Según eso, ¿yo sólo os amaba por interés?

LOCURA. -Locos rematados estáis los dos.

GARCÍA. -Señora, vos no debéis culparnos.

TERESA. -Algo ha de influir en nosotros vuestra compañía.

LOCURA. -Sólo os faltaba indisponeros con vuestra única protectora.

TERESA. -Mil gracias por vuestros favores. Para no abusar de ellos, me vuelvo con mi aleve cuñado. Adiós.

LOCURA. -¡Teresa!

GARCÍA. -Adiós.

LOCURA. -¡García!

TERESA. -(Retrocediendo.) ¡Ay!, que viene por allí Nicodemus.

GARCÍA. -(Volviendo pies atrás.) ¡Por allí vienen los alguaciles!

TERESA. -Defiéndeme, García.

GARCÍA. -Amparadnos, señora.

LOCURA. -¡Gracias al cielo! El peligro os volvió la razón. Seguidme otra vez a esa posada. (Éntranse en ella.)

Escena XXIII

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, ESPARAVÁN y varios criados, uno de ellos con un farol: salen por una bocacalle; por la opuesta CIGARRÓN y Alguaciles, también con linternas.

JUNÍPERO. -Tomadas quedan las avenidas por este lado.

CIGARRÓN. -Y por este otro también.

NICODEMUS. -Celestina me ha dicho que están los fugitivos aquí, en la posada de la redoma.

ESPARAVÁN. -Si los he visto yo ahora entrarse y cerrar la puerta.

CIGARRÓN. -Ellos tendrán que abrirla. A la voz de mi Tribunal no hay puerta cerrada. Yo llamaré. (Da órdenes a los alguaciles.)

JUNÍPERO. -Para no perder tiempo, voy a continuar la nota de las brujerías que ese canalla de poeta lleva hechas conmigo. El Santo Oficio está esperando mi relación circunstanciada. Alumbra, tú. (El criado que trae el farol se acerca a DON JUNÍPERO, quien se sienta en uno de los poyos de la posada.)

CIGARRÓN. -(Llamando.) ¡Ah de casa!

UNA VOZ DENTRO. -¿Quién es?

CIGARRÓN. -¡La Inquisición!

VOZ. -Chitón. (Bájase el brazo de la muestra y da un golpe a CIGARRÓN.)

CIGARRÓN. -¿Quién me ha pegado, voto al aspa roja! ¡Posadero, salid!

NICODEMUS. -¡Si no hay posadero aquí: se murió!

ESPARAVÁN. -Son sus hijas las que llevan la casa.

CIGARRÓN. -¡Posaderas!

NICODEMUS. -¡Fregonas!

ESPARAVÁN. -¡Mozos!

CIGARRÓN. -Abrid, o van a arder vivas las posaderas.

JUNÍPERO. -(Brincando del asiento.) ¡Uff! Las mías ya están ardiendo, ya están abrasadas. (El poyo se ha transformado en un hornillo de castañera con lumbre y sartén.)

NICODEMUS. -¿Qué ha sido?

JUNÍPERO. -Que me he sentado ahí, y no sé cómo se le ha prendido fuego al asiento.

NICODEMUS. -¡Toma! ¡Si estabais sobre un tostador de castañas! Mirad, mirad. (El poyo vuelve a su ser.)

JUNÍPERO. -¿Tostador? ¿Dónde está el tostador?

ESPARAVÁN. -En efecto, maese: aquí no hay más que un poyo liso, llano y lego.

JUNÍPERO. -Pero abonado, no. Libre está que me siente yo en él.

NICODEMUS. -Ni yo.

ESPARAVÁN. -Yo sí: vedlo. (Se sienta.)

CIGARRÓN. -Llamad vos, maese.

NICODEMUS. -Abran aquí: guarden al Santo Oficio el respeto oportuno.

VOZ. -¡Por tuno! (El brazo pega a NICODEMUS.)

NICODEMUS. -¡Ánimas benditas!

ESPARAVÁN. -¡Santa Bárbara! (Saltando del poyo, que vuelve a convertirse en tostador.)

NICODEMUS. -Me han desquiciado la cabeza.

ESPARAVÁN. -Me han achicharrado la retaguardia.

JUNÍPERO. -No hay que amedrentarse: un brazo y un hornillo son débiles obstáculos para hombres como nosotros. Acuchillemos ese brazo y forcemos entre todos la puerta.

CIGARRÓN. -¡Sí, sí!... Paso a la Inquisición.

VOZ. -Pasad a ella.

Escena XXIV

LA LOCURA

Invadid con frenético alborozo

la mísera posada,

y os hallaréis en negro calabozo

donde ministros míos al momento

pongan a cada cual en un tormento.

DENTRO

¡Ay!, ¡ay!

LOCURA

Está la burla ejecutada.

Calabozos de tormento, donde todas las personas de la escena anterior aparecen castigadas con alguno.

Escena XXV

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y ESPARAVÁN atormentados por sayones; LA LOCURA.

ESPARAVÁN y CIGARRÓN

¡Piedad!

JUNÍPERO

¡Misericordia, cielo santo!

LOCURA

No: padeced ahora

la pena del Talión, tanto por tanto.

ESPARAVÁN

¡Por Dios, por Dios, señora!

Si me sacáis de aquí, mañana pego

a esta mazmorra fuego.

JUNÍPERO

Yo también.

NICODEMUS

Yo también.

LOS CUATRO

Sacadnos fuera.

LOCURA

Anticípese el día

que aplaudirá la raza venidera:

caiga en escombros la mansión impía

donde se trata al hombre como fiera.

(Arruínase el edificio.)

Acto segundo

Sala de una venta. Una chimenea a la izquierda del espectador; en medio de la pieza un armario y una cómoda; sillas colocadas sin orden como en cuarto sin arreglar.

Escena I

LA LOCURA, DON GARCÍA.

LOCURA. -Escondeos, García; escondeos, vuelvo a decir.

GARCÍA. -Pero ¿y Teresa?

LOCURA. -Teresa está arriba, donde no la verán.

GARCÍA. -Ya que nos habéis sacado de Madrid, ¿por qué no nos habéis llevado más lejos?

LOCURA. -¿A la Locura vais a hacer cargos?

GARCÍA. -Pero si esta venta se halla a cuatro pasos de la corte...

LOCURA. -Así os han alcanzado tan pronto los que os perseguían.

GARCÍA. -¿Nos favorecéis a nosotros o a ellos?

LOCURA. -Estoy por vosotros; pero no quiero incomodarlos a ellos, porque al fin son vasallos míos también, son locos de otra especie.

GARCÍA. -Y ¿vais a recibirlos aquí?
LOCURA. -Para eso me he transformado en ventera.
GARCÍA. -Y ¿no os conocerán?
LOCURA. -Nunca.
GARCÍA. -¿Aunque os vean a cada paso?
LOCURA. -A quien han visto ya es a vos.
JUNÍPERO. -(Dentro.) Aquí todos, aquí. (Escóndese GARCÍA.)

Escena II

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, ESPARAVÁN, CIGARRÓN, ALGUACILES, LA LOCURA; GARCÍA, en el armario.
JUNÍPERO. -¡Ventera!, ¡patrona! ¿sois vos el ama de la venta?
LOCURA. -Hoy es el primer día que ocupo esta casa: por eso, como veis, están los trastos sin arreglar.
NICODEMUS. -A propósito de trastos: ¿no han entrado aquí una dama y un caballero, a quienes venimos buscando?
LOCURA. -Un caballero que estaba aquí se ha escondido en ese armario al oír vuestra voz.
GARCÍA. -(¿Qué está diciendo esa mujer?)
JUNÍPERO. -¡Oh!, pues de aquí no se ha de escapar.
NICODEMUS. -¿Y la dama?
LOCURA. -De la dama no puedo yo daros noticias.
CIGARRÓN. -No andará lejos.
ESPARAVÁN. -¿Si estará en el armario también?
JUNÍPERO. -¡Cáspita!, veamos.
NICODEMUS. -Abrid, abrid. (Abren y salen dos niños.)
JUNÍPERO. -Un par de angelitos.
ESPARAVÁN. -¿Si serán hijos de mi señora?
NICODEMUS. -Haberse casado y tener familia tan granada en tan pocas horas, no me parece natural.
CIGARRÓN. -Pero si no es natural nada de cuanto nos está pasando.
NICODEMUS. -¿No dijisteis que se había escondido en este armario un caballero?
LOCURA. -Y dije la verdad.
JUNÍPERO. -Si desde allá fuera le he visto yo aquí.
NICODEMUS. -No puede ser.
GARCÍA. -Sí puede ser. (Abre y cierra.)
LOCURA. -¿Lo veis?
JUNÍPERO. -¿Lo veis, farmacéutico descreído? A ver, señor Don García: ya que no podéis escaparos, haced el favor de dejaros prender, y veniros derechos a la cárcel. (Salen otros dos chicos.) ¿Otra parejita tenemos?
ESPARAVÁN. -¡Lo que da de sí mi señora!
CIGARRÓN. -Cuatro sobrinitos, maese.
NICODEMUS. -Los hongos en muy poco tiempo se forman: si hay sobrinos hongos también...
GARCÍA. -¿No hay tíos cermeños?
JUNÍPERO. -Sí, señor; y poetas calabazas, como por ejemplo...
LOCURA. -Ésos son calabacines de seis en libra. (Abre JUNÍPERO y salen dos niños.)
JUNÍPERO. -Señora, ¿es armario esto o es escuela pía?
LOCURA. -El inquilino del trasto lo sabrá mejor.

GARCÍA. -Aún falta. (Abre y cierra.)
JUNÍPERO. -¡Cá! Sobra ya mucho.
NICODEMUS. -Pues ve echando, hija, hija: abrid. (Abren y salen dos chicos.)
JUNÍPERO. -¡Ocho pelones! Pues, señor, me parece ya bastante familia.
GARCÍA. -A mí no. (Abre y cierra.)
JUNÍPERO. -No trataréis de mantenerla: maese, de esta vez no hay más que aflojar el dote de la muchacha.
NICODEMUS. -Pero ¿no hemos de atrapar a ese pícaro que atrapó a mi cuñada? (Abren y salen dos niños más y dos amas de cría, cada una con un niño de pecho.) ¡Cristo del Pardo!
CIGARRÓN. -¡Cuatro más!
NICODEMUS. -¡Doce chiquillos!
ESPARAVÁN. -¡Y dos pasiegas!
JUNÍPERO. -¡Libera nos Domine!
LOCURA. -¡Seguid, seguid abriendo!
JUNÍPERO. -Yo he cerrado ya la intención.
NICODEMUS. -Quieto el nido: vamos a ver por otra parte si cazamos la pájara. (Vanse todos, menos DON JUNÍPERO.)

Escena III

DON JUNÍPERO, luego CELESTINA.
JUNÍPERO. -Siendo ya Teresa mujer de otro, y tan mujer, fuerza será ir pensando en renunciar a ella; mas como pueda yo vengarme del chasco...
CELESTINA. -(Dentro.) ¡Don Junípero!
JUNÍPERO. -(Esta voz extraña me asusta.)
CELESTINA. -(Dentro.) ¡Don Junípero Mastranzos!
JUNÍPERO. -(Quiero hacerme el desentendido.) No estoy en casa.
CELESTINA. -(Saliendo por la chimenea.) No mientas, cobarde.
JUNÍPERO. -(¡Celestina! ¡Ya se ve! ¿Quién había de venir por una chimenea sino una bruja?)
CELESTINA. -¿Quieres vengarte de tu rival?
JUNÍPERO. -¿Que si quiero! Por tener yo a mi disposición al señor Verdolaga, sería capaz...
CELESTINA. -¿De casarte conmigo?
JUNÍPERO. -¿Cómo es eso?
CELESTINA. -¿Vacilas?, ¿rehúsas? ¡Adiós!
JUNÍPERO. -Espacio, señora: concededme unos momentos para serenarme. La sorpresa, el empacho juvenil... vacilo; pero no digo que no.
CELESTINA. -Con mi mano te ofrezco riquezas y poder sin límites.
JUNÍPERO. -Es que soy rico también.
CELESTINA. -Yo puedo dejarte pobre, si no hay más obstáculo.
JUNÍPERO. -¿Para qué? Lo que abunda no daña. ¿Con que tan opulenta sois?
CELESTINA. -De más para adquirir un imperio.
JUNÍPERO. -No soy ambicioso: dos o tres principados me bastarían. -Y ¿como cuántos años contáis?
CELESTINA. -No quiero engañarte: tengo dos siglos y...
JUNÍPERO. -¡Dos siglos! ¡Justo Dios!...
CELESTINA. -Y ochenta y cuatro años.

JUNÍPERO. -¡Friolera es el pico! ¡Doscientas y ochenta y cuatro navidades! Luego ¿sois la mismísima Celestina de Juan de Mena? ¡Es una curiosidad una mujer semejante!. -Y sería una moza como unas peladillas cuando nació Don Enrique IV. Vuestra edad me decide, abuela; digo, hermosa. Ahí va mi mano.

CELESTINA. -Toma la mía.

JUNÍPERO. -(¡Huy! Parece un manojito de sarmientos.)

CELESTINA. -Pide ahora lo que quieras.

JUNÍPERO. -Lo primero, que me aseguréis a García y a la boticaria.

CELESTINA. -¿Dónde quieres que ponga a García?

JUNÍPERO. -En una jaula de locos.

CELESTINA. -Concedido: Teresa, por lo pronto, volverá a casa de su tutor; yo trasladaré dormido a cada uno de los dos al encierro que les hemos destinado.

JUNÍPERO. -Estoy deseando presenciar una prueba de vuestra habilidad.

CELESTINA. -Vuélvete a Madrid sin tardanza, y no te quejarás de que te haya engañado. Mañana nos veremos. Hasta mañana, querido. (Vase por donde vino.)

JUNÍPERO. -Adiós, criatura. Me parece que no he hecho del todo mal en renunciar a Teresa, puesto que no había apariencias de que fuera mía.

Escena IV

ESPARAVÁN, CIGARRÓN, DON JUNÍPERO.

CIGARRÓN. -Ea, aquí estamos nosotros.

JUNÍPERO. -¿Qué es eso? ¿Habéis hallado a Teresa?

CIGARRÓN. -No: venimos a extender la diligencia de lo ocurrido con ese condenado armario para conocimiento del santo Tribunal.

JUNÍPERO. -¿Y maese Nicodemus?

ESPARAVÁN. -Anda en descubierta de una cama; pero hasta ahora no ha encontrado más que la del suelo.

JUNÍPERO. -Voy a persuadirle que se acomode en el pajar.

Escena V

ESPARAVÁN, CIGARRÓN.

CIGARRÓN. -Joven farmacéutico, sentémonos.

ESPARAVÁN. -Sentémonos. (Al sentarse en las sillas, éstas dan una especie de graznido.)

CIGARRÓN. -Amigo Esparaván, ¿habéis observado?

ESPARAVÁN. -No; pero he oído sin observar. Las sillas han dicho guay.

CIGARRÓN. -Sí, han dicho guay.

ESPARAVÁN. -Y guay quiere decir ay. Y ay quiere decir quejarse.

CIGARRÓN. -Vaya, vaya, el miedo es el que os aqueja a vos, y no poco. Esto debe ser una ilusión. (Vuelven a sentarse y repítense.)

ESPARAVÁN. -¿Lo veis, pecador?

CIGARRÓN. -¡Por el aspa de San Andrés! Ésta es una ilusión que se parece mucho a un graznido.

ESPARAVÁN. -¿No habéis oído decir que todo cuanto existe en la naturaleza tiene vida, y que es delito abusar? ¿Quién sabe si estas viejas sillas?...

CIGARRÓN. -No, señor: la silla, en el mero hecho de serlo, debe saber para lo que sirve, y será una debilidad de nuestra parte atender a tan injusta reclamación. ¡Firmes en ellas!

ESPARAVÁN. -¡Firmes! (Se sientan, graznan las sillas y ellos se caen.) ¡Ay Cristo de la caída! Ya estoy lo mismo que Adán al criar Dios a Eva.

CIGARRÓN. -¿Con una buena cara delante?

ESPARAVÁN. -Con una costilla menos detrás.

CIGARRÓN. -Pues de mí pueden haber salido tres Evas o cuatro. ¡Otra!, el legajo que pusimos aquí, voló.

ESPARAVÁN. -Si hubiera volado, le hubiéramos visto. Sin duda hay algún escotillón en el tablero de la papelera, y por él se ha colado dentro.

CIGARRÓN. -Saquemos el cajón de arriba. (Lo hacen.) Está vacío, como bolsa de estudiante.

ESPARAVÁN. -Vaya el del medio... Vacío también.

CIGARRÓN. -A ver el de abajo... Ídem, ídem.

ESPARAVÁN. -¿Me sabréis explicar, amigo Cigarrón, en que consiste que, habiendo sacado los tres cajones de este mueble, se quede tan cerrado como antes?

CIGARRÓN. -Consiste en que tiene cajones suplentes para ausencias y enfermedades.

ESPARAVÁN. -Afuera los suplentes. (Sacan sucesivamente otros tres.) Uno.

CIGARRÓN. -Dos.

ESPARAVÁN. -¡Tres!

CIGARRÓN. -Y no hemos hecho nada.

ESPARAVÁN. -Repitamos la operación. ¿Ha de ser interminable esta cajonería?...

(Sacan otros tres.) Uno, y van siete.

CIGARRÓN. -Dos, y van ocho.

ESPARAVÁN. -Tres, y van nueve.

CIGARRÓN. -Cuatro, y van diez.

ESPARAVÁN. -Cinco, y van once.

CIGARRÓN. -Seis, y van doce. ¡Y cerrado como antes! Esto es brujería, y ya pasa de raya. No, pues no se ha de reír de mí el dueño del trasto. Esparaván, saquemos al camino papelera y cajones y hagamos con todo un auto de fe. O soy familiar de la Santa... o no. ¡Hola, muchachos! Venid, ayudadnos.

ESPARAVÁN. -Al fuego con ellos. (Se van, llevándose los cajones, etc.)

Escena VI

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, LA LOCURA, dichos.

NICODEMUS. -Una vez que me aseguráis tan positivamente que Teresa está en casa, quiero marchar sin dilación a Madrid.

LOCURA. -En la venta acaban de parar un coche de retorno y unos mozos con una silla de manos.

NICODEMUS. -Me apodero del coche: Esparaván se volverá despacio con los caballos. (Vase LA LOCURA.)

JUNÍPERO. -En la silla iríais más cómodo; pero ya que os empeñáis en que yo la ocupe...

NICODEMUS. -Yo no tengo empeño en tal cosa; pero me urge mucho el estar en Madrid para custodiar a aquella pícara cuñada. ¿Qué le diré de vuestra parte?

JUNÍPERO. -Decidle... que he dicho yo que no le digáis nada.

NICODEMUS. -El recado, aunque se olvide, no compromete a nadie.

JUNÍPERO. -Hasta que yo os avise, alto silencio acerca de mi persona: lo mismo que si no nos hubiéramos conocido. Esto importa.

NICODEMUS. -Está bien: adiós, mi cuñado.

JUNÍPERO. -Si me dais ese nombre, lo echáis a perder. Desentendeos de mí; haceos cuenta que soy un parroquiano mal pagador.

NICODEMUS. -Ya estoy. Dios le guarde.

JUNÍPERO. -Vaya con Dios. (Vase NICODEMUS, y sale LA LOCURA y dos mozos que traen una silla de manos.)

LOCURA. -Aquí están los mozos con la silla. (Tú pagarás el que Celestina se haya apoderado de los dos pobres amantes.)

JUNÍPERO. -(A su tiempo sabrá el maese mis relaciones con Celestina.) ¡Eh!, ganapanes, llevadme con cuidado. (Entra en la silla.)

LOCURA. -Descuidad: es gente hábil y forzuda. Si queréis, os llevarán hasta Madrid de una corrida.

JUNÍPERO. -Que me place. Ea, de un tirón a Madrid. (Los mozos echan a correr con la silla; cáese el fondo de ésta, y DON JUNÍPERO, no pudiendo salir de ella, tiene que correr al paso de los mozos.)

JUNÍPERO. -¡Eh, eh!, muchachos, que esto es peor que ir a pie. Aguardad, ¡deteneos!

LOCURA. -Sin parar, a Madrid. Ya lo habéis oído.

JUNÍPERO. -Parad, parad.

LOCURA. -Paso redoblado. (Vanse todos.)

Interior de un hospital: en el fondo el departamento de convalecientes; a la derecha el de los locos.

Escena VII

DON GARCÍA, a una ventana.

GARCÍA

¡Válgame el cielo!, ¡qué veo!

¡Válgame el cielo!, ¡qué miro!

Con poco espanto lo admiro,

con mucha duda lo creo.

En los brazos de Morfeo

me abandoné por mi mal;

pues en mi sueño fatal

aquella mágica maula,

soplándome en una jaula,

me instaló en un hospital.

Según yo creí, según

la Locura me decía,

nada que temer tenía...

¿Si estaré durmiendo aún?

Soñar es cosa común

en mundo tan singular,

donde se ve sin cesar

triste experiencia que enseña

que todo el que vive sueña

lo que es, hasta despertar.

Yo sueño que arrastro aquí

la cadena que me agobia,

y soñé que con mi novia

de ceca en meca me fui;

a mi costa conocí

que me engañó el corazón,

que la dicha es ilusión,

y el bien mayor muy pequeño,

y que al fin la vida es sueño,

como dice Calderón.

Escena VIII

DON JUNÍPERO, conducido dentro de la silla con los mozos que vienen corriendo;
ESPARAVÁN, que los sigue; DON GARCÍA.

GARCÍA. -Gente llega; no quiero que me vea nadie. (Éntrase.)

ESPARAVÁN. -Alto, alto. (Asiendo al mozo delantero por los cabezones.) Aquí es.
Párate, condenado: ¿quieres matar a ese pobre señor? (Páranse los mozos y DON
JUNÍPERO sale de la silla.)

JUNÍPERO. -(Apoyándose en él.) ¡Ay, Esparaván! ¡Ay, Esparaván de mi alma! ¡Si no
es por ti echo los bofes!

MOZO. -Con que nuestro amo, ¿qué nos da ucé para remojarse la palabra?

JUNÍPERO. -Plomo derretido es lo que merecéis, caribes.

MOZO. -Pues me parece que no debe ucé quejarse, ¡caramba!, que hemos traído buen
paso.

JUNÍPERO. -Volveos con el mismo, si no queréis...

MOZO. -Es que si ucé no nos paga, le llevamos corriendo a la venta.

JUNÍPERO. -Todo menos que eso: prefiero pagar. Tomad (Les da dinero) y reventad
con ello.

MOZO. -Gracias: Dios le dé a ucé lo que desea. (Vanse los mozos.)

ESPARAVÁN. -¿Os vais a quedar aquí?

JUNÍPERO. -Sí, avisa a mis criados que no me esperen: quiero refugiarme en esta Santa
casa, porque en la mía no estoy seguro de mis enemigos. Veremos si respetan los brujos
este sagrado. Llama por ahí a un dependiente.

ESPARAVÁN. -¡Señor comisario, porteros!...

Escena IX

LA LOCURA, de hombre; dichos.

LOCURA. -(Al salir.) (Quieres librarte de mis persecuciones, y vienes al lugar donde la
sociedad encierra a los menos ofensivos de mis vasallos. Ello dirá.) ¿Quién llamaba?

¿Quién preguntaba por el comisario?

JUNÍPERO. -Un servidor vuestro, que os suplica le sirváis.

LOCURA. -¿Qué es lo que queréis?

JUNÍPERO. -Una cama por mi dinero.

LOCURA. -Al momento. ¡Mozo! (Llamando.) ¿Qué enfermedad padecéis?

¿Timpanitis? ¿Gastro-enteritis? (Sale un mozo y trae dos muletas.)

JUNÍPERO. -Derrengaditis. No puedo conmigo de cansado; y si me tengo en pie, no es sino por decencia y porque Esparaván me sirve de Cirineo.

LOCURA. -(Al mozo.) ¿Qué llevas ahí?

MOZO. -Las muletas para el número quince. Aquel pretendiente a quien, a fuerza de correr, se le dislocaron las rótulas.

JUNÍPERO. -Dadme acá las muletas del pretendiente, que yo también, por serlo, estoy tan descompaginado, que más necesito de encuadernador que de médico. (Se apoya en las maletas, que van creciendo.)

LOCURA. -¿Qué pretendíais?

JUNÍPERO. -¡Casarme! Vea vuestra merced qué bicoca.

LOCURA. -¿Y no lo habéis conseguido estando, como estamos, en minoría los varones?

JUNÍPERO. -Pues a pesar de la minoría, y hacerme pertenecer a la mayoría, mi novia me ponía gratis un sustituto y... (Repara en la altura que lo han subido las muletas.) ¡Virgen de la Asunción! Si el pretendiente subía como sus muletas, habrá sido ministro.

LOCURA. -A consecuencia de esto se volvió loco. Casi todos paran así.

JUNÍPERO. -¡Socorro!, ¡que me caigo!... Ya no me caigo. ¡Ay, el tal pretendiente estaba enamorado! Esparaván, sostenme.

ESPARAVÁN. -Por cierto, señor, que pesáis como disparate ministerial.

JUNÍPERO. -Ruégooos que me deis, y así logréis lo que más falta os haga, un cuarto donde haya muchísimo silencio, muchísima tranquilidad, donde no se sienta volar una mosca.

LOCURA. -Os acomodaré en el departamento de los paralíticos, que son, como podéis figuraros, gente poco bulliciosa.

JUNÍPERO. -Bien: me arreglaré con la parálisis.

LOCURA. -Mozo, llevad al señor al corredor de San Babilés, cuarto número 5.

ESPARAVÁN. -Señor Don Junípero, que descanséis.

JUNÍPERO. -Adiós. (Se entra con el mozo por la puerta del fondo. ESPARAVÁN se va por la izquierda.)

LOCURA. -Ahora no me falta más que traer aquí al boticario. -Ya he tranquilizado al pobre García con la esperanza de su próxima libertad. Pensaré después en Teresa.

(Paséase cruzando el teatro.)

JUNÍPERO. -(Desde el cuarto.) ¿Con que ésta es mi habitación?

LOCURA. -Ya lo veis: es ventilada y tranquila.

JUNÍPERO. -Y está servida como la alcoba de un arcediano. (Al mozo.) A ver tú, dame ese balandrán y un gorro de dormir: necesito estar holgado para descansar. (Se sienta en un sitial.) ¡Ay, qué gusto cuando puede uno extender sus miembros doloridos!...

(Ábrense todas las ventanas del departamento: en la una aparece un trompeta tocando, en la otra un calderero, en otra un zapatero machacando suela, etc.) ¡Virgen de Belén! ¿Qué baraúnda es ésta? ¡Ni el caballo del Retiro que lo aguante! ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! (Quítase de la ventana, ciérranse las otras y cesa el ruido. Sale DON JUNÍPERO.)

LOCURA. -¿Qué sucede, caballero?

JUNÍPERO. -Esto es un horror, una herejía.

LOCURA. -Pero ¿cuál?

JUNÍPERO. -¿Cuál? ¡Friolera! Que me habéis aposentado entre una cáfila de caldereros, de músicos de la murga, de zapateros que arman un estrépito diabólico. (Ábrense las ventanas y aparecen enfermos, leyendo unos, y otros durmiendo.)

LOCURA. -Yo no entiendo lo que decís: mirad a las ventanas, y ved si los enfermos que no están durmiendo pueden tener ocupación más silenciosa.

JUNÍPERO. -¿Habrás sido todo aprensión mía? Cierto que los tales camaradas parecen personas bastante quietas: sin embargo, yo juraría que había un zis-zas, que aún me anda zumbando en las orejas. Amigo, perdonad; puedo haberlo soñado: veinticuatro horas hace que tengo la cabeza perdida. Me vuelvo a mi cuarto a dormir. (Vase.)

LOCURA. -Pesado sueño ha de ser el tuyo, si duermes hoy. (Ciérranse las ventanas.)

JUNÍPERO. -(Desde el cuarto.) En efecto, me había equivocado: no me vendrían mal unos paños de nieve en la cabeza. (Se sienta: vuelven a abrirse las ventanas y se repite el alboroto.) No: pues ahora estoy seguro de que no lo sueño. ¡Comisario!... ¡Mozos! ¡practicantes!... ¡obregones!! (Cesa el ruido.)

LOCURA. -¡Dale! ¿Qué ocurre de nuevo? Caballero, vos a cada paso turbáis la tranquilidad del establecimiento.

JUNÍPERO. -No es mala tranquilidad la suya.

LOCURA. -Si no os halláis bien aquí, marchaos.

JUNÍPERO. -Sí, señor, que me marcho: a la hospedería de los cartujos.

LOCURA. -Pues andad con mil diablos.

JUNÍPERO. -Ellos son los que andan conmigo.

Escena X

NICODEMUS, DON JUNÍPERO, LA LOCURA.

NICODEMUS. -Aquí me ha dicho Esparaván que se halla mi hombre. Buen amigo, ¿podréis decirme dónde para mi cuñado?

LOCURA. -Y ¿quién es ese caballero?

NICODEMUS. -El que se va a casar con mi pupila.

LOCURA. -Pero ¿quién se casa con ella?

NICODEMUS. -El hidalgo.

LOCURA. -Dad esas señas al pregonero para que le busque, que son seguras.

JUNÍPERO. -(Desde la ventana.) ¡Maese Nicodemus!

NICODEMUS. -¡Don Junípero! Amigo, teníais razón: Teresa está en casa.

JUNÍPERO. -¿No os lo dije yo?

NICODEMUS. -Y ¿qué os ha sucedido?

JUNÍPERO. -Mil calamidades. Venid al cuarto y os contaré más pasos que tiene un vía-crucis.

NICODEMUS. -Con permiso de este señor. (Vase.)

LOCURA. -Ya están reunidos como yo deseaba. Rejas y cerrojos que guardáis a tantos infelices, cuya desgracia consiste en no saber ocultar su locura, caed a mi voz. Amantes ofendidos, mujeres olvidadas, venid y gozad un momento de alegría y de libertad. (Caen las rejas del departamento de los locos, y salen éstos en tropel y gritando. Vase LA LOCURA.)

Escena XI

DON GARCÍA, locos y locas; DON JUNÍPERO, y NICODEMUS, en el cuarto.

CORO DE LOCOS

Empiece el ruido

y los porrazos,

caigan las rejas

hechas pedazos:

y en este día

atruene el mundo

nuestra alegría.

La calma y el silencio

son tristes por demás:

silencio, pues, y calma

vayan a pasear.

Cuanto más ruido hagamos

menos silencio habrá.

GARCÍA

¡Oíd, castellanos! Yo soy

el Conde Fernán González;

y como el Rey de Aragón

me tiene mucho coraje,

tratándome como a joya

creyó prudente guardarme.

Mas mi esposa la Condesa

cambió conmigo de traje,

y salí dando respingos

con sus sayas por las calles,

seguido de dos mancebos

a quien prendó mi talante.

Allí gime la Condesa

cautiva; con que ayudadme:

bloqueemos el alcázar,

traed pertrechos.

LOCOS

Al instante.

(Parte de locos se va, y vuelve en el momento con tres escaleras; dos tinajas preparadas a manera de morteros, y dos jeringas a manera de cañones.)

NICODEMUS

¿Con que se volvió García

demente?

JUNÍPERO

¡Qué disparate!

Desde que nació lo está.

¡Si es poeta!

NICODEMUS

¡Ya!

GARCÍA

(A su gente.) Alinearse.

¡Ah! ¡Mirad allí mi esposa!

(Señalando a DON JUNÍPERO.)

¡Mirad su rostro de Ángel!

Juradme verter por ella

la última gota de sangre.

LOCOS

Lo juramos.

GARCÍA

¡Ah bien mío!

JUNÍPERO

¡Ay!, que me toma el salvaje

por mujer; que me bloquea

el amante de mi amante.

Salvémonos, Nicodemus.

NICODEMUS

¿Por dónde?

JUNÍPERO

Por cualquier parte.

GARCÍA

Hagan fuego los morteros,

atruene el cañón los aires.

Rifi-rafe.

(Dispáranse las tinajas y las jeringas; abren boquetes en el piso principal, y lo escalan: al mismo tiempo se ve a NICODEMUS y JUNÍPERO sobre las dos chimeneas del tejado.)

NICODEMUS

¡Ay!

JUNÍPERO

¡Que me tuesto!

LOCOS

¡Rafe-rifi-rifi-rafe!

Portal en casa de DON JUNÍPERO: a un lado el cuartito del portero.

Escena XII

ESPARAVÁN, un PORTERO.

ESPARAVÁN. -Guárdele Dios, amigo. El señor Don Junípero Mastranzos...

PORTERO. -No recibe hoy a nadie.

ESPARAVÁN. -Hombre, si casualmente vengo a avisar a usarcedes...

PORTERO. -Ya digo que no está en casa.

ESPARAVÁN. -Sí; pero yo tengo que prevenir...

PORTERO. -Lea ese rótulo si sabe, lo que yo no necesito. Ahí dicen que dice que nadie pase sin hablar con el portero.

ESPARAVÁN. -Si yo no trato de pasar: si yo sólo tengo necesidad de...

PORTERO. -Respete usarcé las leyes interliminarias.

ESPARAVÁN. -Pero atienda usted a razones.

PORTERO. -Pediré auxilio a la cocina.

ESPARAVÁN. -Pídale usarcé, si quiere, a la caballeriza; pero...

PORTERO. -Y soltaré el perro que muerde.

ESPARAVÁN. -Probablemente será más racional que su amo.

JUNÍPERO. -Mi obligación es echar con cajas destempladas a la gentecilla.

ESPARAVÁN. -La obligación de usarcé es oír a los que le hablan; y aunque le lleve pateta...

PORTERO. -Y por más que ucé se empeñe...

ESPARAVÁN. -Ha de saber que su amo se queda en el hospital descansando, y me envía a decir a usarcedes que acaso no vendrá en todo el día de hoy.

PORTERO. -(Hablando al mismo tiempo que ESPARAVÁN.) Ha de salir del portal inmediatamente, o cogeré una tranca y le moleré las costillas... ¡Ah!, ¿con que venía usarcé con recado de mi señor?

ESPARAVÁN. -Pues, para que no estuvieran aquí con cuidado.

PORTERO. -¡Qué disparate! Cuando él está en casa es cuando debemos tener cuidado. En saliendo fuera, maldito; pero allí viene ya.

ESPARAVÁN. -Pronto se ha restablecido.

Escena XIII

DON JUNÍPERO, dichos; luego LA LOCURA.

PORTERO. -¡Oh, señor!, seáis bien llegado. Este buen hombre me había dado un susto, diciéndome que os hallabais echadillo a perder.

JUNÍPERO. -Ya me he repuesto.

ESPARAVÁN. -En efecto, no se os conoce ya el cansancio de la jornada en silla de pies, quiero decir, de manos.

JUNÍPERO. -¿Qué se ha de conocer? ¿Qué es aquello para un hombre de mi fibra? Yo soy un roble. (Gracias al talismán que me acaba de dar Celestina.)

LOCURA. -(Dentro.) ¡Calabazas y pimientos!

PORTERO. -Ésta no es la voz de la foncarralera que viene a casa.

LOCURA. -(Dentro.) ¡Berenjenas y tomates, cebolletas y pepinos! ¡So, borrico, so!... (Sale vestida de labradora.) Guarde Dios a la buena gente. ¿Vive aquí Don Junípero Mastranzos?

PORTERO. -No recibe a nadie.

LOCURA. -Es que...

PORTERO. -No está en casa: está invisible.

JUNÍPERO. -¿Qué le quieres a Don Junípero, prenda?

LOCURA. -¡Toma, que es su mercé! ¿Pues a qué me dice ese tío que no está en casa?

JUNÍPERO. -Es mi portero, y le pago para que mienta.

LOCURA. -No desempeña mal el encargo. Pues, señor, yo soy nieta de la tía Magallona... y la tía Magallona me envía de Fuencarral con una carga de hortaliza para su mercé. Ella no viene, porque como ya es de noche...

JUNÍPERO. -Ha hecho muy bien la abuelita en quedarse por allá. (¡Por la barca de Fuentidueña que la chica es preciosa!)

LOCURA. -Con que voy a entrar el serón.

JUNÍPERO. -No consentiré yo que te tomes ese trabajo. Descargad vosotros la caballería. (Vanse el PORTERO y ESPARAVÁN.)

LOCURA. -Viva su mercé mil años. (Voy a ver si le quito los polvos de Celestina.) Pues, señor, yo tenía que pedir a su mercé un favor.

JUNÍPERO. -Pide cuanto quieras, hermosa.

LOCURA. -Mi abuela me trujo por navidaes a Madrid, y juimos una tarde al corral de la Cruz a ver una comedia. ¡Ay!, ¡lo que yo me divertí en aquella junción! ¡Cómo se me iban los ojos tras de una reina mora con guarda-infante, que la iban a meter monja, y ella no quería, porque estaba casada en secreto con un arzobispo! En fin, ¿qué quiere su mercé que le diga! Yo conocí que aquél era mi sino, y sin más ni más hice voto de ser comedianta.

JUNÍPERO. -Muy bien.

LOCURA. -No, no tan bien; porque cuando allá en el lugar se lo dije a mi abuela, me hartó de mojicones para quitarme de la cabeza aquella aprensión.

JUNÍPERO. -Y ¿qué efecto produjo la retórica manual de la abuela?

LOCURA. -¡Toma!, inficionarme más al teatro.

JUNÍPERO. -Y ¿qué es lo que pretendes de mí?

LOCURA. -Que su mercé, que tendrá conocimiento con el autor y el despabilaor y todos los regidores de la compañía, les hable por mí, y les diga que soy muy buena muchacha, y que tengo mucha habilidad, y que no soy fea.

JUNÍPERO. -Eso último ya lo dirán ellos sin que yo se lo advierta. (Vale más que Teresa con tercio y quinto.) Pero, hija, ¿cómo respondo yo de tu disposición cómica, si no veo antes una muestra de ella?

LOCURA. -¡Toma! Cabalitamente quería yo que su mercé me oyera un paso de una trajería, que he aprendido en menos de seis meses.

JUNÍPERO. -¿De qué pieza es?

LOCURA. -De una que lleva el nombre de una señora muy pícara, que se llamaba como otra que fue muy buena.

JUNÍPERO. -Esas señas convienen a todo nombre de mujer.

LOCURA. -El nombre de la tal acaba así como en recia o necia, y el apellido se parece a alforja.

JUNÍPERO. -¿Lucrecia Borja?

LOCURA. -Eso es.

JUNÍPERO. -Vaya en gracia.

LOCURA. -Y se llamaba Lucrecia.

JUNÍPERO. -Yo sé de memoria todo ese drama. Principia; que sea la escena que fuere, yo te daré las réplicas.

LOCURA. -Comienzo, pues:

Envenenado estás. (Declamando.)

JUNÍPERO

Señora, ¿es cierto?

LOCURA

Como catorce y diez son veinticuatro.

JUNÍPERO

Vos me servisteis la traidora copa,

y bebí sin recelo: soy un asno.

LOCURA

Deja tus alabanzas por ahora,

que el lance es peliagudo y apurado,

y ya verás al acabar la escena

cómo sobre una silla me desmayo.

Escucha: sabe que mi esposo el Duque

de ti celoso está; se ha figurado

que eres tú mi cortejo, y me propuso

que te viese morir a candilazos,

o que en el vino que beber debías

te presentara un tósigo mi mano.

Un veneno terrible, aquel veneno

cuyo nombre no más cubre de espanto

la faz de todo el que en Italia sabe

cuántas víctimas ha despabilado.

JUNÍPERO

Sí, ya estoy: el veneno de los Borjas,

que son incomparables boticarios.

LOCURA

Ése es el que bebiste: en el bolsillo

siempre a la cinta su remedio traigo,

combinación secreta que en el mundo,

si no mi hermano, y yo, y el Padre Santo,

nadie la sabe hacer. En este pomo

está la vida y la salud, Genaro;

y de la muerte próxima te libra

sólo una gota, cuanti más un trago.

(Registrando a DON JUNÍPERO.)

Su mercé debe tener

por aquí en la faltriquera

algo que haga de frasquete.

Esta cajita... ¡qué bella! (La de los polvos.)

¿Es de rapé?

JUNÍPERO

No es rapé.

No sabes lo que te pescas.

LOCURA

Al contrario, Don Junípero:

tendí el anzuelo muy diestra;

y tanto sé lo que pesco,

que sé que esta caja encierra

los polvos que Celestina

os dio de su amor en prueba;

y como pueden perder

a García y a Teresa,

a tenerlos decidida

vine por ellos resuelta.

JUNÍPERO

Pero ¡esto es una locura!

LOCURA

Justamente yo soy ésa.

JUNÍPERO

Y ¿así tratáis a un vasallo?

LOCURA

No, que vos sois de otra secta:

la de los tontos, la más

poblada que hay en la tierra.

JUNÍPERO

Gracias y escuche.

LOCURA

Soy sorda.

JUNÍPERO

Mire a lo menos...

LOCURA

Soy ciega.

JUNÍPERO

Oiga razones.

LOCURA

Soy loca.

JUNÍPERO

Dice bien; y yo un babieca.

Vista exterior de la venta en que principió el acto. Una galera arrimada a la pared.

Escena XIV

CELESTINA, NICODEMUS.

NICODEMUS. -Yo creía que Teresa estaría tan segura en el convento como un aceite esencial en una redoma tapada herméticamente.

CELESTINA. -Las esencias se disipan en las redomas, y las niñas en cualquier punto de la corte están expuestas a la disipación. Por eso os he aconsejado este viaje y que la dejéis conmigo en la casa que acabo de construir a corta distancia de Huesca. No tengáis cuidado ninguno en orden a la chica, ya que me confiáis su custodia.

NICODEMUS. -La tal Doña Teresita Loreto, mi dichosa cuñada, me tenía la paciencia saturada de fastidio. Pero allá en vuestra nueva habitación, ¿os prometéis conseguir que se case con Don Junípero?

CELESTINA. -(No lo verán tus ojos.) Por lo menos se evitará que se case con García.

NICODEMUS. -Y ¿por qué no queréis que Don Junípero nos acompañe? No parece sino que formáis empeño en separarle de su novia y tenerle siempre a vuestro lado. Pues el trato engendra cariño, y viceversa, la incomunicación no engendra nada.

CELESTINA. -(Cederé, para que no sospeche.) Convengo en que marche con vuestras mercedes en lugar de venirse conmigo. Voy a avisarle, y me marcho sola en seguida.

NICODEMUS. -Ea, pues, hasta la vista.

CELESTINA. -(Al retirarse.) Buen viaje. (Al cabo Teresa no le quiere, y él sabe que la jornada ha de acabar con nuestro casamiento.) (Vase.)

Escena XV

NICODEMUS, TERESA; luego DON JUNÍPERO, ESPARAVÁN y Mozos.

NICODEMUS

Esta madre Celestina

me tiene un cariño tal...

Como que los dos untamos,

es cosa muy natural.

Digo, Loretito, niña.

TERESA

Cuñadito.

NICODEMUS

Ven acá.

TERESA

Estoy furiosa, cuñado.

Según dice Esparaván,

lo que era una diversión

es un viaje formal.

¡Digo! ¡Hasta Huesca!

NICODEMUS

Eso es.

Hasta Huesca nada más.

El doctor me ha recetado,

si pretendo pelechar,

algo de rústicación.

TERESA

Bien rustiquecido estáis.

Vuestro médico os adula.

¡A Huesca! ¿Pensáis quizá

que con la mudanza de aguas

me parezca más galán

Don Junípero, que es...

NICODEMUS

Un hidalgo. (Sale DON JUNÍPERO.)

TERESA

Un animal.

JUNÍPERO

Servidor. Yo siempre llevo

con mucha oportunidad,

según maese. Teresa,

me gustáis diez varas más

desde la última jornada

(en que hice la atrocidad

de venderme a Celestina

por un pedazo de pan).

Tenéis, así, un no sé qué

y un no sé cuándo... pues.

TERESA

Ya.

NICODEMUS

¿Os ha dicho Celestina

que podéis acompañar

a vuestra novia?

JUNÍPERO

Eso mismo

no dijo, pero es igual;

pues siendo vos...

NICODEMUS

¿Yo la novia?

JUNÍPERO

Por merced tan singular

yo le di un millón de gracias

(y le diera otro en metal,

que por no mirar su cara

no es grande la cantidad.)

NICODEMUS

Y decidme, Don Junípero,

¿qué habéis hecho por allá

dentro? A ninguna doncella

antes de matrimoniar

se la debe buscar sola

en un retrete...

JUNÍPERO

¡Yo!, ¡quia!

La fui a decir un requiebro,

pero ella con esa sal

que tiene, y esa franqueza
tan encantadora y tan...
Me dijo tanta insolencia,
que yo, temiendo quizá
que me diera en su entusiasmo
diez arañazos o más
para mostrarme su amor
y dulzura natural,
desfilé hacia la cocina
a fin de dejarla en paz
y a preparar colación:
lista la tenemos ya;
pero, amigo, en esta venta
los cubiertos son de pan,
a excepción de el del ventero,
que es de cuerno, y que será
reservado para vos.

Ahora me voy a buscar
en la maleta el de plata
para Loretito, y más
quisiera que fuera de oro,
que en su boca de coral
deben entrar sólo cosas

muy preciosas: esperad. (Vase.)

TERESA

Con que ¿no hay remedio? ¿A Huesca?

NICODEMUS

A Huesca, y sin replicar,

o te pongo por badajo

de la campana fatal.

TERESA

¿No veis que mi novio es tonto?...

NICODEMUS

De esposo lo será más.

TERESA

Y feo...

NICODEMUS

Dios le hizo así,

y es pecado replicar.

TERESA

Y presumido, y que yo

no podré amarle jamás.

NICODEMUS

Ésa es cuenta tuya y suya,

y del diablo cuando más.

Pero ¿dónde estáis metido,

cuñadito?

JUNÍPERO

¡Voto a San!...

Si no encuentro mi cubierto;

lo dicho: él echó a volar

y yo estoy volado.

VOZ

(Dentro.) Vuela.

(La galera se despedaza y vuela; DON JUNÍPERO queda pegado en una pared. Al ruido sale de la venta una porción de gente.)

JUNÍPERO

¡Ay!

NICODEMUS

¡Virgen del Tremedal!

ESPARAVÁN

¿No lo dije?

NICODEMUS

¡Y Don Junípero?

TERESA

Se ha estrellado... ¡ja, ja, ja!

NICODEMUS

¿Y aún te ríes? Venga pronto

una escalera. ¡Trepad!

(DON JUNÍPERO cambia de sitio a medida que colocan la escalera.)

Despegadle... a la derecha...

No: a la izquierda.

VOCES

Al centro.

TODOS

¡Ah!

NICODEMUS

Junípero, a tus míseros despojos

consagrará mi fe kiries y oremus;

tu pérdida le pone a Nicodemus

miedo en el corazón, llanto en los ojos. (Vanse.)

La sala en que principió el acto.

Escena XVI

DON GARCÍA disfrazado de peregrino viejo, con barba larga, esclavina adornada de conchas, y en la mano un bordón de estoque.

Facilitó Celestina

mi proyecto con su ausencia;

sus polvos, que la Locura

pudo lograr que volvieran

a mi poder, alejaron

al galán de Fuentidueña:

ya solamente me falta

llevarme de aquí a Teresa.

Escena XVII

NICODEMUS, TERESA, un MOZO, DON GARCÍA.

NICODEMUS

¡Pobre hidalgo! ¡Pobrecito!

Se quedó como una oblea,

y una bocanada de aire

le hará dar mil volteretas.

Todas son calamidades

para el que una vez se estrella...

No hay consuelo para mí...

Si no me sacan la cena.

MOZO

Consuélese, buen señor,

que voy al punto por ella. (Vase.)

GARCÍA

Guárdeos el cielo.

NICODEMUS

Y a vos.

TERESA

(¿Qué voz oigo? Me penetra

el alma.)

NICODEMUS

Hermano conchudo,

¿a dónde peregrinea

vuestra merced?

GARCÍA

A Loreto.

TERESA

(¡Él es!)

NICODEMUS

¿Se llama?...

GARCÍA

Esteban

Chirinola.

NICODEMUS

¡Hombre!, ¡qué diantre!

Yo me llamo Chirinela.

GARCÍA

Por muchos años. En gracia

de lo poco que discrepan

los apellidos de entrambos,

vuestra bondad me conceda

su compañía esta noche,

si ha de dormir en la venta.

NICODEMUS

No tengo dificultad;

pero, camarada, advierta

que es con una condición.

GARCÍA

¿Cuál?

NICODEMUS

Que no le doy mi mesa.

TERESA

Yo os la doy, buen peregrino.

(Dos mozos sacan una mesa aparada y con luces.)

GARCÍA

Caritativa doncella,

no tengáis por mí cuidado:

yo cenaré lo que quiera.

MOZO

¡Cómo! ¡Por amor de Dios!

GARCÍA

Por amor de la moneda.

TERESA

(A NICODEMUS.) Una mesa para mí;

yo no me siento a la vuestra.

GARCÍA

Ni yo.

NICODEMUS

(Sentándose.)

Pues que traigan otras,
que yo me apodero de ésta.

Siéntese el buen Chirinola

donde mejor le parezca.
GARCÍA
Todo puede componerse.

Vuestra merced ¿se contenta

con la que tiene?

NICODEMUS

Sí tal.

GARCÍA

(A TERESA.) Venid vos a la derecha

y yo pasaré a ese lado.

(Tira de la mesa, primero por un extremo, y por cada lado sale otra mesa con viandas y luces, quedando sin nada la de en medio, a la cual está sentado NICODEMUS.)

TERESA

¡Bien!, ¡muy bien!

(GARCÍA y TERESA se sientan y comen.)

NICODEMUS

(Levantándose.)

¿Con que me deja

sin nada el buen Chirinola?

GARCÍA

Siéntese el buen Chirinela.

NICODEMUS

(Éste es brujo.) Una ración,

chico.

MOZO

Veré en la despensa.

NICODEMUS

¡Por vida de!...

GARCÍA

Sin jurar.

Ayune el buen Chirinela.

NICODEMUS

(Peregrino y viejo... debe

ser gran hablador por fuerza.

Le haremos que charle, a ver

si su apetito se temple,

y a mi estómago infeliz

alza la terrible veda.)

Usarcé de sus viajatas

podrá contar muchas nuevas.

GARCÍA

Sí.

NICODEMUS

Diga usarcé: ¿ha estado

alguna vez en Judea?

En la Tierra Santa.

GARCÍA

Sí.

NICODEMUS

Lacónico es de respuestas

usarcé.

GARCÍA

Sí.

NICODEMUS

(¡Cómo traga!)

Y ¿hay también en esa tierra

boticarios?

GARCÍA

Sí.

NICODEMUS

¿Qué tal

les va por allá? ¿Pelechan?

¿Son ricos?

GARCÍA

Se mueren de hambre.

NICODEMUS

Desgracia es de que se queja

también aquí alguno.

GARCÍA

¡Ya!

NICODEMUS

Un poco de escamonea

necesito, porque yo

tengo una botica en regla,

y me alegrara infinito

de entablar correspondencia

con un profesor de allá.

Si vuesarcé conociera

por acaso a quien pudiere...

GARCÍA

Sí: yo conocí un babeiaca,

tutor de una hermosa joven,

honrada, amable, discreta,

viva imagen de la dama

que enfrente de mí se sienta.

TERESA

Gracias; lisonjero sois.

GARCÍA

Cobró afición a un poeta...

TERESA

¿Quién? ¿El tutor?...

GARCÍA

La pupila.

NICODEMUS

¿También hay allí tontuelas

que se enamoran de coplas,

como hacen las madrileñas?

GARCÍA

Un hidalgo cerril

le quiso la preferencia

disputar...

NICODEMUS

¿Qué? ¿También hay

en Palestina nobleza?

GARCÍA

Y el boticario tutor,

que usurpaba sin conciencia

los bienes de su pupila,

hombre soez, alma hebrea...

NICODEMUS

¡Por Dios, señor Chirinola!

GARCÍA

Siéntese el buen Chirinela.

NICODEMUS

Con que decía usarcé...

GARCÍA

Que vuestro digno colega

negó al ingenio la dama

y la vendió a la riqueza.

NICODEMUS

¿Y el ingenio se hizo brujo,

por llevarse la prebenda?

GARCÍA

Sí; y aunque ya le sobraba

poder para echar en tierra

del rival y del tutor

la ridícula soberbia

y vengar la tropelía

que sufrió su dulce prenda,

se contentó generoso

con resistir la violencia

y al despedirse decir:

«Mentecato, mira y tiembla.»

(Desaparecen los vestidos de disfraz que trae GARCÍA y queda en su traje ordinario.)

Acércase a TERESA y la coge la mano.)

NICODEMUS

Ya miraba yo y temblaba

sin que ucé me lo dijera.

TERESA

¡García!

GARCÍA

Sigue mis pasos.

NICODEMUS

No hay remedio, ¡se la lleva!

GARCÍA

Adiós, y véngame a ver

cuando yo a la corte vuelva,

que me ha dado ciertamente

buen rato el buen Chirinela.

TERESA

Véngame también a ver

a mí con toda franqueza,

que en el banquete de boda

le doy mi formal promesa

de indemnizarle esta noche

de involuntaria abstinencia.

NICODEMUS

Dios os guarde.

GARCÍA

No acompañe.

Quédese el buen Chirinela.

NICODEMUS

¡Cielos!, que a un tutor le roben

su pupila en una venta,

y que él no pueda romperle

al robador la cabeza!

(Sale un mozo trayendo en la frente una cabeza de ternera.)

MOZO

Romped ésta, si os parece.

NICODEMUS

Tal la gazuza me aprieta,

que sería hasta antropófago.

GARCÍA

Sedlo, pues.

MOZO

¡Huy! (Vase.)

NICODEMUS

¡Santa Tecla!

¿A que en vez de merendar

el manjar se me merienda?

Dile a tu mágico amante

que mi estómago es un déspota,

que me pongan donde aplaque

mis gástricas exigencias.

TERESA

Vaya a Jauja.

GARCÍA

Vaya a Jauja

el ínclito Chirinela.

Mutación.

Escena XVIII

NICODEMUS, multitud de cocineros y cocineras.

NICODEMUS

¡Qué veo! ¡Esto sí me gusta!

Jamones, perdices, tencas...

¡Cómo me voy a vengar

de mi forzosa abstinencia!

COCINERO PRIMERO

Cómase esta polla.

NICODEMUS

Gracias.

COCINERO SEGUNDO

Este palomino.

NICODEMUS

Venga.

COCINERA

Este pastel.

NICODEMUS

¡Qué bonita!

¡Bien sirve esta cocinera!

TODOS

De lo mío, de lo mío.

NICODEMUS

Señores, que me marean.

COCINERO PRIMERO

Esta gallina.

COCINERO SEGUNDO

Este pavo.

COCINERO PRIMERO

Este salmón.

COCINERO TERCERO

Esta crema.

TODOS

De lo mío, de lo mío.

NICODEMUS

¡Que se me va la cabeza!!

BAILETE Y CORO

CORO

Pinches, criados,

venid, venid,

el forastero

a recibir.

Las cacerolas

hagan chis, chis,

los almoreces

tin-ti-rin-tín.

No es de los nuestros,

es de Madrid,

que según dicen

es buen país...

Donde teniendo

chispa o monís

brilla cualquiera

chisgarabís.

NICODEMUS

¡Ay que me ahogo,

pobre de mí!

CORO

Pinches, criados,

venid, venid,

el forastero

a recibir.

Las cacerolas, etc.

Acto tercero

Horno de vidrieros.

Escena I

VIDRIEROS, bebiendo y cantando. Después de concluido el coro sale NICODEMUS.

NICODEMUS

Dios os guarde, mancebos.

UN VIDRIERO

Igualmente.

NICODEMUS

¿Habéis visto cruzar por el camino

una figura de cartón viviente,

un hombre recortado en pergamino,

un hidalgo, que, nueva maravilla,

vuela con rapidez hecho tortilla,

y convertido en extensión sin peso,

ancho y largo hay en él, y falta el grueso?

VIDRIERO

Por las señas que ucé nos proporciona,

no es fácil atinar con la persona:

yo conozco de hidalgos un enjambre

ya tan avitelados por el hambre,

que cuando al sol pasean

lo mismo que espejuelo se clarean.

Escena II

DON JUNÍPERO, dichos.

JUNÍPERO

¡Fuego, fuego!, que avisen a la villa.

(Saliendo con el pelo ardiendo de entre un montón de leña.)

TODOS

¡Qué es esto?

JUNÍPERO

(Sacudiéndose la cabeza con las manos.)

Que se quema mi buhardilla.

¡Socórranme, señores;

embarguen una runfla de aguadores!

Agua, por Cristo, en mi cabeza a mares;

traigan en una cuba a Manzanares.

VIDRIERO

¡Vaya que no es el fuego para tanto!

¡Basta un puchero!

(Le arroja un puchero de agua a la cabeza.)

JUNÍPERO

Gracias: el tal río

quizá no lleve dos algún estío.

NICODEMUS

¡Don Junípero!

JUNÍPERO

¡Insigne Chirinela!

NICODEMUS

¿Cómo hasta aquí vinisteis?

JUNÍPERO

Por encanto.

¡Si de hechizos jamás libre me veo!

Cuando no se me empluma, se me pela.

Ya me apagué; mas juraré que humeo.

¿Dónde me dejo ver con esta calva?

NICODEMUS

En el riesgo de ser cristalizado,

no repara en pelillos quien se salva.

JUNÍPERO

Es verdad; pero en todas ocasiones

triste papel hacemos los pelones.

¿Y Teresa?
NICODEMUS

No sé: me la han robado;

y si robar se deja una doncella,

luego sólo el infierno sabe de ella.

Mas ¿de dónde venís?
JUNÍPERO

Vengo... me olvido

de que debo decir que soy venido.

Parte en mis viajes yo ninguna tengo;

luego en todo rigor, si bien lo apuro,

me vienen y me van; no voy ni vengo.
NICODEMUS

¿Dónde, cuando escapasteis desde el muro

en forma de viviente tan incierta

que cantamos por vos el de profundis,

hicisteis alto?
JUNÍPERO

En una isla desierta

que nunca figuró en los mapa-mundis.

Allí me recibieron al momento

con los brazos abiertos a porfía.
NICODEMUS

La isla desierta ¿población tenía?
JUNÍPERO

¡Jesús, maese! ¡Población sin cuento!

Capital del imperio de los locos.

Digo, ¿serán sus moradores pocos?
NICODEMUS

¡Oh!, si la corte de los locos era

os debieron hacer los habitantes

acogida cordial sobremanera.
JUNÍPERO

Son los tales isleños muy galantes,

y a trueque de abusar del forastero

mil cortesías hácenle primero.

Viniéronse hacia mí muy afanados

más de cien matachines titulados,

y al verme comprimido de aquel modo,

volumen nada, superficie todo,

cada Galeno súbito ambiciona

ser el restaurador de mi persona.

Cércanme en derredor; citan latines,

sacan lancetas, abren botiquines,

me revuelven, me suben y me bajan,

me pinchan y me sajan,

y con piedad cruel me dan tormento

por curarme de un mal que yo no siento.

Harto ya de sufrir, doy un arranque,

me zampo de cabeza en un estanque,

me esponjo con el agua, me dilato;

y a despecho de tanto mentecato,

en mi estado repóngome yo mismo,

sin deber a la ciencia un sinapismo.

NICODEMUS

Muy bien.

JUNÍPERO

Pero ¡ay, amigo! ¡Qué severa

es la cólera médica extranjera!

La facultad se enoja

de que yo sin ayuda me recobre

con un baño no más de agua salobre:

tras mí la turba con furor se arroja;

por huir de su enojo,

en un montón de cal ciego me arrojó:

como estaba mojado,

me quedo con la cal calificado.

Agárrame un vidriero, porque sea

componente tal vez de un medio chico;

el horno se caldea,

y aunque con su calor me mortifico,

no quiero que me tueste,

y salir quiero, cueste lo que cueste.

Salgo a medio tostar, como habéis visto;

me cogéis, me apagáis: laus tibi Cristo.
NICODEMUS

¿Y qué resolución tomar debemos,

ya que de mi cuñada no sabemos?
JUNÍPERO

Eso me desatina.

(Me perdió la maldita verdulera.

¿Quién otra vez tuviera

los polvos de la madre Celestina?)
NICODEMUS

Discurrid.
JUNÍPERO

Discurramos: por mi voto,

lo que en este momento nos conviene...
NICODEMUS

Decid, hablad.
JUNÍPERO

A lo que observo y noto,

ninguna duda tiene

que...
NICODEMUS

¿Qué?
JUNÍPERO

Que hace calor.
NICODEMUS

Pues bien, corriente...
JUNÍPERO

Cuando tanto calor el cuerpo siente,

todo el que sabe bien lo que se pesca...
NICODEMUS

O se baña o refresca.
JUNÍPERO

Sí; pero es más barato y da más prisa

el quedarse uno en mangas de camisa.

(Quítase la ropilla y cinco o seis justillos. NICODEMUS se aligera también.)

NICODEMUS

¿Todo eso discurrió vuestro talento,

para calmarme la inquietud que paso?
JUNÍPERO

No diré que es sublime el pensamiento;

mas no me negaréis que viene al caso.
NICODEMUS

Andáis, señor hidalgo, abrigadillo.
JUNÍPERO

Para aquí, sí; para Madrid, es poco.
NICODEMUS

¿Cuál viene a ser el último justillo?
JUNÍPERO

Azul es el primero que me emboco.
NICODEMUS

Y quitado el azul, que aún no le veo,

¿qué queda? ¿Algún espárrago? ¿Un fideo?
JUNÍPERO

No sé; mas sé que aquí me derritiera,

según lo que esa lumbre me hace daño:

yo no sé lo que diera

por poderme encontrar dentro de un baño.

Mutación.

JUNÍPERO y NICODEMUS, en paños menores, dentro de un baño.

NICODEMUS

¡Vaya!, que os sirven a pedir de boca,

¡voto a cribas!

JUNÍPERO

¡Señor! ¿No es cosa fuerte

que cojan la palabra de esta suerte?

NICODEMUS

¡Sí! ¡Valiente bicoca

el coger la palabra hubiera sido!

Pero ¿y el cogimiento de vestido?

JUNÍPERO

¡Hif! ¿Cómo estáis?

NICODEMUS

Más fresco que un aljibe.

¿Y vos?

JUNÍPERO

Hecho un carámbano ambulante,

desde cráneo a talones inclusive.

Pero allí hay una choza, que presumo

que lumbre ha de tener, si no se engaña

el refrán que decimos en España,

de que sin duda hay fuego donde hay humo.

NICODEMUS

El Señor nos depare hombre que sea

tan bueno que de ropa nos provea.

JUNÍPERO

¡Ah de casa! (Llama a la puerta de la cabaña.)

Escena III

GARCÍA, que sale de la cabaña con capa y sombrero de labrador, y embozado hasta los ojos; dichos.

GARCÍA

¿Quién es?

JUNÍPERO

Dos infelices

que de frío no sienten las narices.

GARCÍA

¿Qué se ofrece?

JUNÍPERO

Ofrecer... Nada tenemos

sino frío: si os gusta, partiremos.

GARCÍA

Al caso, sin hacer el resabido.

JUNÍPERO

Pues digo que no ofrezco, sino pido.

GARCÍA

¡Vaya! ¿Y qué es lo que piden?
JUNÍPERO

Hospedaje.
GARCÍA

Que sepa con quién hablo es necesario.
JUNÍPERO

El señor es un triste boticario;

yo caballero soy de alto linaje;

pero este frío que la sangre hiela

la diferencia entre los dos nivela,

porque en paños menores

iguales son plebeyos que señores.
GARCÍA

Voacedes, caballeros,

tienen trazas de locos o rateros

que tratan de robar.
NICODEMUS

Nuestros pecados

nos hicieron venir a ser robados.
JUNÍPERO

Veis que corre un ambiente que traspasa:

con que abridnos las puertas de la casa.
GARCÍA

Gente que no conozco, no la admito.

NICODEMUS

Por caridad.

GARCÍA

¡Que no!

JUNÍPERO

No alcéis el grito.

GARCÍA

Me da la gana.

JUNÍPERO

Sepa el zamacuco

que si en negar porfía,

y se vuelve la súplica combate...

Somos dos, y formamos mayoría.

GARCÍA

Entonces habrá empate,

que también somos dos: yo y mi trabuco.

(Saca un arma de fuego que ocultaba debajo de la capa, apunta a DON JUNÍPERO.)

Largo de aquí a buen paso,

porque si no de un tiro los abraso.

JUNÍPERO

Ése es ya mucho abrigo.

NICODEMUS

Calentarnos bastaba.

JUNÍPERO

Adiós, amigo.

GARCÍA

(A los muchachos que están corriendo sobre la laguna.)

Arrojadme a esa gente aventurera.

Chicos, bolas en ellos.

MUCHACHOS

¡Fuera!, ¡fuera!

(Apedrean con bolas de nieve a DON JUNÍPERO y NICODEMUS, y van tras ellos.)

Un lavadero: campo en el fondo; en los tendederos ropa colgada.

Escena IV

CELESTINA, TERESA, ESCUDEROS, LAVANDERAS, ocupadas en su labor.

CELESTINA. -Adelante, niña; adelante, digo.

TERESA. -¿Por qué me llevan presa vuestros escuderos, madre Celestina? ¿Qué mal os he hecho yo?

CELESTINA. -El mayor que pudieras: privarme de dos amantes, de dos maridos.

TERESA. -¿Con cuántos os queríais casar a la vez?

CELESTINA. -Tú tendrás la culpa, si me quedo sin ninguno.

TERESA. -No la tengo yo de que García y Don Junípero me hayan querido; no la tengo de que los hayáis querido vos; no la tengo de que me prefieran a vos tampoco: vos habéis tratado de usurparme mi amante, y yo debiera quejarme de vos si vuestra competencia fuera temible; pero, madre Celestina, dos novios hay, y dos somos nosotras: abandonemos cuestiones poco decentes. Casaos con el Don Junípero, y dejad en paz a García.

CELESTINA. -García no ha querido ser feliz conmigo, y yo no quiero permitir que lo sea con nadie. En la vida volverás a verle: a mi lado estarás siempre, allá en el palacio que ha construido mi saber para celebrar mis desposorios. Vamos, que cerca estamos ya de él.

TERESA. -¿Y no receláis algún peligro de tenerme en vuestra casa? Don Junípero me quiere también; viéndome a vuestro lado, decid, ¿os favorecerá mucho el contraste?

CELESTINA. -Yo respondo de él y de ti.

TERESA. -Gracias, por lo que toca a García.

CELESTINA. -Vamos. (Vanse.)

Escena V

LAVANDERAS, después ESTUDIANTES.

LAVANDERA PRIMERA. -(Acercándose a los bastidores de la derecha.) Tomasillo, arrea esa bestia para que descarguemos aquí los talegos.

LAVANDERA SEGUNDA. -¡Qué ufana está la Sidora, porque trae la ropa en un carricoche!

LAVANDERA TERCERA. -¡Ya!, si cada una de nosotras tuviese un cortejo carretero, y otro chalán, y otro labrador, a ninguna nos faltaría carruaje, ni caballería, ni pienso.

LAVANDERA SEGUNDA. -¡El demontre de la invención!

LAVANDERA CUARTA. -No se debiera consentir que se alterasen de este modo los estilos del lavadero.

Escena VI

Dichas, GARCÍA y ESTUDIANTES; luego DON JUNÍPERO y NICODEMUS.

ESTUDIANTES. -¡Bien, bien! Siga el jaleo. ¡Vivan las lavanderas!

LAVANDERAS. -¡Vivan los estudiantes!

ESTUDIANTE PRIMERO. -Domina lavatrix, ¿tibi oportet bailare mecum?

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Talegos a tierra, y alto a bailar.

GARCÍA. -Bien está que os divirtáis; pero no olvidéis lo que habéis prometido a un antiguo cursante de las aulas de Huesca. Es preciso alborotar la boda de Don Junípero y Celestina.

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Todavía no ha venido el novio al palacio; con que no será tan pronto la ceremonia. Pierde cuidado, que no se librarán de la broma dispuesta.

ESTUDIANTE PRIMERO. -Cencerradam habebunt. Accipe guitarram, magister.

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Que toque y que cante. ¡Bravo!

ESTUDIANTE PRIMERO. -Recte, pulchre, optime.

ESTUDIANTES. -¡Otra, otra, otra! La última.

GARCÍA. -Sí; pero que la cante el novio, que es ese que llega: hacedle que cante.

TODOS. -Sí, sí, que cante. (Salen DON JUNÍPERO y NICODEMUS.)

JUNÍPERO. -¡Señores, por San Damián!...

ESTUDIANTE PRIMERO. -Que cante o al lavadero con él.

JUNÍPERO. -No por Dios, basta de baños: yo cantaré.

No saco en las partidas (Cantando.)

nota de bueno,

pues no tengo más libro

que tus ojuelos;

y hace ya días

que olvido mis derechos

por tus partidas.

GARCÍA. -Me parece que basta de diversión: acerquémonos al palacio.

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Sí, vamos. Adiós, muchachas.

ESTUDIANTE PRIMERO. -Valetote, puellae.

LAVANDERAS. -Con Dios, señores. (Vanse GARCÍA y los estudiantes.)

Escena VII

LAVANDERAS, DON JUNÍPERO, NICODEMUS.

LAVANDERA PRIMERA. -¿Qué os sucede, buen viejo?

JUNÍPERO. -¡Qué le ha de suceder! Que se figura que está cansado y no quiere andar.

¡Hi, hi, hi! ¡Qué frío hace! En parándome me hielo.

NICODEMUS. -¡Qué ha de hacer frío! Es que se os figura y nada más.

LAVANDERA PRIMERA. -La verdad, sus mercés andan un poco a la ligera. ¿Vienen de echar algún partido de pelota?

JUNÍPERO. -No; pero han andado a pelotazos con nosotros.

NICODEMUS. -Si permitieseis que me llevaran en ese carrito hasta el pueblo...

JUNÍPERO. -Si me dierais en préstamo una mantita para arroparme...

NICODEMUS. -No os podríamos pagar ahora, porque mi dinero se fue con mi ropilla.

JUNÍPERO. -Cierto que no podemos pagar a toca-teja; pero yo os dejaría en prendas a este prójimo, que es una buena alhaja.

NICODEMUS. -Yo soy un boticario rico de Madrid.

JUNÍPERO. -Tiene rolliza espalda, y por lo pronto puede servirnos de mozo de cordel.

LAVANDERA PRIMERA. -Me acomoda. ¡Ea! Subid vos en el carro, y tomad vos esa manta. (Da una a DON JUNÍPERO.)

JUNÍPERO. -¡Oh lavandera magnánima!

LAVANDERA PRIMERA. -Tomasillo, ven, te diré por qué camino has de llevar al señor: cuidad entre tanto vos de mi ropa. (NICODEMUS ocupa el carro, y se van con él la lavandera primera y el niño.)

JUNÍPERO. -Desde que no siento tanto el frío, me parece que voy entrando en calor. ¡Ay qué hijo tan desgraciado parió mi madre! ¿Por dónde andará a la hora de esta mi novia Celestina, que no se acuerda de su novio? Verdad es que yo tampoco me acuerdo de ella mucho que digamos, si cuando nos casemos es lo mismo que ahora, vamos a vivir en una paz octaviana: no viéndonos, ¿cuándo hemos de reñir? Saben su oficio estas lavanderas. Dejan la ropa de color ¡blanca como la nieve! (La ropa desaparece.)

LAVANDERA PRIMERA. -(Saliendo.) Ya va para mi casa ese buen hombre; pero, hidalgo, ¿y mi ropa?

JUNÍPERO. -¿Qué ropa decís?

LAVANDERA PRIMERA. -La que dejé a este lado.

JUNÍPERO. -¡Calle! Pues en efecto que ha desaparecido. Se la habrá llevado el aire.

LAVANDERA PRIMERA. -¿Qué aire, si no se mueve un pelo? Vos la habréis ocultado.

JUNÍPERO. -¿Cómo se entiende? Que me registren, que me reconozcan...

LAVANDERA PRIMERA. -¡No que no! Compañeras, ayudadme a espulgar a este pícaro, que me ha robado.

JUNÍPERO. -Yo no he robado a nadie. Ya quisiera ella tener las manos tan nítidas como yo la conciencia. (Las lavanderas rodean a DON JUNÍPERO.) ¡Eh!, cuidado cómo se hurga, que tengo cosquillas. (Las lavanderas sacan a DON JUNÍPERO, de entre la ropa que tiene puesta, las prendas que dice.)

LAVANDERA PRIMERA. -¿No lo decía yo? Debajo de la camisa tenía una toalla.

JUNÍPERO. -¡Dios mío!

LAVANDERA SEGUNDA. -Y una mantilla.

JUNÍPERO. -¡Santa Orosia!

LAVANDERA TERCERA. -Y unos calzoncillos.

JUNÍPERO. -¡Ánimas benditas!

LAVANDERA CUARTA. -Y unas medias blancas.

JUNÍPERO. -¡Ésa es más negra!

LAVANDERA PRIMERA. -¡Y una sábana! ¡Es un ladrón!

TODAS. -¡A la cárcel!

LAVANDERA PRIMERA. -No, señor; hagámonos justicia por nuestra mano: démosle un buen jabón en el lavadero.

TODAS. -Sí, al lavadero, al agua con él. (DON JUNÍPERO consigue escaparse de ellas: síguenle todas.)

Plaza de aldea: una casa de mediana altura en el fondo.

Escena VIII

ESPARAVÁN, CIGARRÓN.

ESPARAVÁN. -¿Estáis persuadido, en efecto, amigo Cigarrón, de que hemos hecho bien en mudar de amos?

CIGARRÓN. -Lo estoy, y vos debéis estarlo igualmente, porque habiéndome encargado yo de pensarlo por vos, estáis vos obligado a creerlo por mí.

ESPARAVÁN. -Corriente. Creo y confieso que hemos hecho bien en entrar de criados de Doña Celestina.

CIGARRÓN. -Por mil razones: la primera, porque nos conviene.

ESPARAVÁN. -Omitid las demás.

CIGARRÓN. -Si es bruja nuestra ama; si mañana pueden retirarla su salvoconducto y soplarla en la casa negra, ¿qué nos importa a nosotros eso?

ESPARAVÁN. -¿Y si nos llevan a hacerla compañía?

CIGARRÓN. -Mientras estemos allí no tenemos que buscar acomodo. Nos preguntan lo que sabemos, lo declaramos; nos preguntan lo que no sabemos, lo afirmamos como si lo supiéramos. Nos preguntan lo que sabemos que es mentira, decimos que es verdad; nos dan por buenos confidentes, nos echan a la calle y a nuestra ama a la hoguera. A ella podrá este porvenir escocerle un poco; a nosotros, ¿qué? Ea, vamos, no nos echen de menos.

Escena IX

DON JUNÍPERO, CIGARRÓN, ESPARAVÁN.

JUNÍPERO. -¡Eh, eh! ¡Cigarrón! ¡Esparaván! Aguardarse.

CIGARRÓN. -¡Señor Don Junípero!

ESPARAVÁN. -Señor nuestro, ¡qué mal pergeñado venís!

CIGARRÓN. -Nosotros os andamos buscando de orden de misa Doña Celestina: sólo a vos esperan para el desposorio. Venid a tomar posesión del palacio que vuestra novia os ha fabricado.

ESPARAVÁN. -Vestíos corriendo, que viene ya mi ama con toda la comitiva para la boda.

JUNÍPERO. -(¡Dios nos asista!)

CIGARRÓN. -Tomad el ropón. Está magníficamente bordado. Es obra de vuestra esposa.

JUNÍPERO. -Es cosa de gusto; pero la cabellera me agrada más. Este color me hace mucha gracia en el pelo y en las medias.

ESPARAVÁN. -Os cogió ese gusto de pies a cabeza. (Sale CELESTINA con acompañamiento de damas, caballeros y dueñas.)

CELESTINA. -Esposo, vos seáis bien venido. Tenéis la cabellera torcida. (Aparte a JUNÍPERO, que se tira la cabellera a un lado.)

UN CABALLERO. -Lo mismo digo, señor Don Junípero.

CABALLERO SEGUNDO. -Lo mismo añado.

CABALLERO TERCERO. -Repito lo propio.

JUNÍPERO. -¡Qué diablos! (DON JUNÍPERO da vuelta a la peluca, hasta ponerla al revés.) ¿Quieren vuestas mercedes que me caigan las melenas a las narices?

CELESTINA. -Estos caballeros os daban la bienvenida: no hablaban de más. Vamos al templo.

JUNÍPERO. -¡Ay! Vamos allá.

CELESTINA. -¿Qué ruido es ése?

Escena X

DON GARCÍA; ESTUDIANTES, haciendo estrépito con sartenes, cazos, almireces y cencerros; dichos.

JUNÍPERO. -¡Uy!, ¡qué cacofonía!

CELESTINA. -Esposo, alejad de aquí a esos impertinentes.

JUNÍPERO. -Cigarrón, ya lo oís. Echad de aquí a esa chusma.

CELESTINA. -Acometedlos, esposo: mi poder os protege.

JUNÍPERO. -Seguidme, caballeros: ¡a ellos!

CABALLEROS. -¡A ellos! (DON JUNÍPERO y los caballeros desenvainan las espadas y acometen a los estudiantes: algunos de éstos sacan armas también y combaten; otros continúan la cencerrada.)

GARCÍA. -Ya te encontré por fin, cobarde. Lidia conmigo.

JUNÍPERO. -Poco a poco. Deje usarcé que haga coraje.

CELESTINA. -Lidiad con él, yo os defiendo. (DON GARCÍA tan pronto estará a la derecha como a la izquierda.)

JUNÍPERO. -(Acometiendo a GARCÍA.) Tu hora ha llegado. ¿Te retiras, eh? No te librarás de la muerte. Ahí está. (DON GARCÍA se va retirando de DON JUNÍPERO: aparece en el fondo un dragón enorme, que se traga al poeta.) Si no se le engulle ese bicho, me le sorbo yo. Canallas, allí, allí dentro todos, a pagar la burla que me habéis hecho. (Persiguiendo a los estudiantes y obligándoles a arrojarse por la boca del dragón.) Ya no hay enemigos que combatir.

Marchemos al altar, esposa mía,

y aunque allí se repita la pelea,

pendiente de mis hombros todavía

mi formidable acero centellea:

si cualquier perillán nos cencerrea,

tuyo el triunfo será, la gloria mía.

Calabozo debajo del palacio de Celestina.

Escena XI

TERESA

Por más que tiento y que miro,

la escapatoria no encuentro:

me encerraron aquí dentro

como al león del Retiro.

Terribles son los enojos

de una enamorada vieja:

bien lo dicen tanta reja,

tantas llaves y cerrojos.

Si acaso se me condena

por ser poeta mi amado,

si es el quererle pecado,

en él mismo va la pena.

Mas ¡ay! que el que me confina

no entiende de ego te absolvos:

mi delito son los polvos

de la madre Celestina.

Escena XII

NICODEMUS, TERESA, CIGARRÓN.

NICODEMUS

(Dentro.) ¡Cigarrón! ¡Por Jesucristo!...

CIGARRÓN

(Dentro.) No hay que cigarronear.

TERESA

¡Qué oigo!

CIGARRÓN

Yo os he de encerrar:

con que adentro... y ande listo.

NICODEMUS

¡Vos a mí hacerme traición!

¡A mí!

CIGARRÓN

¡Calle, o le deslomo!

Sirvo a Celestina como

antes a la Inquisición. (Vase.)

TERESA

¿Qué os pasa, querido hermano?

NICODEMUS

¡Teresa! ¿Tú aquí sujeta?

¿Quién te recluye? ¿El poeta?

Dios me venga por su mano.

TERESA

No, señor; quien nos abisma

no es el pobre Verdolaga:

es vuestra amiga, la maga.

NICODEMUS

¿Quién? ¿Nuestra amiga?

TERESA
La misma.

Es Celestina, que hoy

con Don Junípero casa.

NICODEMUS
Esto ya de broma pasa.

Tú estás loca.

TERESA
No lo estoy.

NICODEMUS
¡Ah! ya lo entiendo: sagaz

en mil dudas me sumerges,

para que me quede asperges

y calle y te deje en paz.

No lograrás la intención:

oye, beata embustera,

mis quejas, y por contera

la más negra maldición.

Por tu loca liviandad,

que merece mil azotes,

olvidado de mis botes,

afrento la Facultad.

Ya no hay poder en Madrid

que enfrene a su vecindario,

faltando allí el boticario,

a quien teme más que al Cid.

Ya el médico más severo

sufre de la plebe zumbas,

y se apolillan las tumbas

y huelga el sepulturero.

Y encima del ataúd,

que ni al moribundo espanta,

blasfemando se levanta

carrilluda la salud.

¡Plegue al cielo, si te pilla

la mano el poeta chirle,

que nadie llegue a pedirle

ni una triste redondilla!

Si tuviese algún momento

de feliz inspiración,

encájese de rondón

un idiota en su aposento;

atúrdale con su charla

y la idea se le vuele,

y después, aunque se pele,

no consiga recobrarla.

Rabioso él como una hiena,

vayas a calmarle tú,

y envíete a Belcebú,

y ande la marimorena.

Y si aun padeciendo así

sois de tan pícara estampa

que no se os lleva la trampa

a tu marido y a ti,

conspiren a vuestra ruina

síncopes, cólicos volvos,

catarros, y, en fin, los polvos

de la madre Celestina.

TERESA

Con discurso tan extraño,

aunque muy de vuestro filis,

habéis echado la bilis,

que os estaba haciendo daño.

Me hubiera asustado al pronto;

pero me queda el consuelo

de que no hace caso el cielo

de una maldición de tonto.

Y al cabo, en esta mansión

tan enojosa y desierta,

el tener una reyerta

proporciona distracción.

Pero es muy particular

que vuestro labio me afrente,

cuando vos únicamente

de vos os podéis quejar.

No a tontas y a locas hablo,

porque viene todo el mal

de vuestra afición al tal

Don Junípero o Don Diablo.

NICODEMUS

Habla con tono mejor

de tu futuro y de mí.

TERESA

¿Si querrá asustarme aquí

un cuñado?

NICODEMUS

Soy tutor.

TERESA

Novio tengo.

NICODEMUS

Rico soy,

y desprecio a un monigote.

TERESA

¡Ay si te pido mi dote!

NICODEMUS

¡Ay si las cuentas te doy!

Escena XIII

CIGARRÓN, NICODEMUS, TERESA.

CIGARRÓN

Señores, sin replicar

a un tiempo habéis de partir:

por allí vos a reír;

por aquí vos a rabiar. (Vanse.)

Gabinete de carácter gótico y construido con mármoles de color oscuro: una alcoba en el fondo.

Escena XIV

DON JUNÍPERO, CELESTINA, DAMAS y CABALLEROS.

JUNÍPERO

(Al acompañamiento.) ¡Vaya! ¿Con que era tan tarde!

¡Quién lo hubiera imaginado!

Os estoy muy obligado.

CABALLEROS

Buenas noches.

JUNÍPERO

Dios os guarde.

(Vanse las damas y los caballeros.)

CELESTINA

¿No os cansabais de banquete,

y de bulla y confusión?

JUNÍPERO

Perdonad, si la función

ha durado un periquete.

O será que la alegría

hizo minutos las horas.

CELESTINA

Muy galán con las señoras

anduvisteis.

JUNÍPERO

Cual debía.

CELESTINA

Pero para mí, ni aun

tuvisteis una mirada.

JUNÍPERO

Dicen luego que es monada

propia de gente común.

CELESTINA

¿Qué miráis?

JUNÍPERO

Este habitáculo

que, por triste y melancólico,

parece algo antisimbólico

para nupcial receptáculo.

CELESTINA
Su luto característico

trocaré en gala magnífica;

pero en esta hora específica

sed, por Dios, menos artístico.

Aquí, de contento justo,

mi corazón desfallece.

JUNÍPERO
¿Pues y el mío? Si parece

que me muero...

CELESTINA
¿Eh?

JUNÍPERO
¡Pues!, ¡de gusto!

CELESTINA
¡Vuestro tono es tan glacial!

JUNÍPERO
Nace del respeto inmenso

que me inspiráis.

CELESTINA
Te dispenso...

JUNÍPERO
¿Qué?

CELESTINA
Todo ceremonial.

JUNÍPERO
(¡Llegó el tremebundo plazo!)

Sois tan buena...

CELESTINA
Que permito...

JUNÍPERO
¿Que me retire solito?

CELESTINA
¡Eh! Que me deis un abrazo.

JUNÍPERO
Vuestro pudor me acobarda

y me convierte en un hielo.

CELESTINA
¡Si supieras, picaruelo,

la fortuna que te aguarda!...

JUNÍPERO
Es tanta, que no resisto

su peso, que me derrienga.

CELESTINA
Esposo, abrazo y no arenga.

JUNÍPERO
(Cierro los ojos, y embisto.)

¡Uf!

CELESTINA
¡Ay!

(DON JUNÍPERO, aunque con repugnancia, abraza a CELESTINA, y al momento desaparecen las canas y arrugas y deformidad de ésta, lo mismo que su vestido rico, pero extravagante, quedando joven, hermosa y galana.)

JUNÍPERO

¡Qué veo! ¡Señora!

¿Sois vos mi mujer? Yo paso

por el trueque en todo caso,

y abonaré la mejora.

CELESTINA

Cumpliose la predicción.

Ya soy joven, sí: lo siento

en mi altivo pensamiento,

en mi ardiente corazón.

¡Y hermosa debo de ser,

tan hermosa como fui!

JUNÍPERO

Treinta años ha que nací,

mal os puedo responder;

pero aun sin saber yo nada

de vuestra edición primera,

me parece la postrera

corregida y aumentada.

CELESTINA

Quiero mirarme. Un espejo.

JUNÍPERO
Tomad, tomad.

CELESTINA
¡Oh ventura!

Volvió a mi tez la frescura:

ya el arrugado entrecejo

no marca la frente mía,

ni hay canas en mi cabeza;

mi pie cobró ligereza,

mi talle su gallardía.

Respondedme: ¿no es verdad

que soy bella?

JUNÍPERO
Como el sol,

y fresca como un perol

de cuajada en Navidad.

CELESTINA
¿No es cierto que no sentís

ahora ser mi marido?

JUNÍPERO
Siento el haberlo sentido.

He sido un chisgarabís.

Yo daré satisfacción,

aunque no la reclaméis.

CELESTINA

¿No es cierto que no valéis

para mí?...

JUNÍPERO

Ni un cañamón.

CELESTINA

¿Y que menos debo echar

al amante de Teresa?

JUNÍPERO

Cuestión personal es ésa:

yo me abstengo de votar.

CELESTINA

Pero, hijo, si os hizo Dios

tan idiota, que eso espanta.

JUNÍPERO

Siendo vuestra ciencia tanta,

desidiotizadme vos.

CELESTINA

Es que entonces mi poder

aventuro.

JUNÍPERO

Pues, amigo...

Hay que apechugar conmigo,

que al cabo sois mi mujer.

CELESTINA

No, no; mi felicidad

es primero: una porción

os daré de discreción

y dos de docilidad.

¡Hola!

(Sale del suelo un veladorcito con una copa.)

JUNÍPERO

¿Con que me queréis

mansito como una malva?

CELESTINA

Venid, os haré la salva

para que no receléis.

(Toma la copa y bebe; se la da luego a DON JUNÍPERO.)

JUNÍPERO

¡Qué maneras tan galantes!

CELESTINA

Bebed.

JUNÍPERO

Bebí.

CELESTINA

¿Qué será?

Su fisonomía está

tan estúpida como antes.

(Suenan voces dentro, que cantan al son de música funeraria.)

UNA VOZ

De mal de tontería

muere la enferma.

MUCHAS

El que tenga enemigos

que no se duerma.

CELESTINA

(¿Si habrá mi poder cesado?)

JUNÍPERO

¿Quién trajo a mi casa curas?

(Apáganse las luces del cuarto; húndese la mesita.)

¡Calla! ¡Nos dejan a oscuras

sin habernos acostado!

Escena XV

PENITENTES enmascarados, que salen en dos filas, por los dos costados del teatro, cantando y con hachas encendidas; DON JUNÍPERO, CELESTINA.

UN PENITENTE
Un capricho imprudente

todo lo arruina.

TODOS
Ya no valen los polvos

a Celestina.

JUNÍPERO
¿Qué demonios me dicen

éstos que cantan?

PENITENTES
Que se quedó tu novia

Per istam sanctam.

CELESTINA
¡Me perdí! ¡La ira me abrasa!

JUNÍPERO
Pero oyes: ¿estos sayones

a qué nos vienen con sones?

¿Dónde estamos?

Escena XVI
LA LOCURA; dichos.
LOCURA
En mi casa.

CELESTINA
¡Qué veo! ¿Y me ha de vencer

una rival como aquélla?

Pero ¡ay! ¿A quién no atropella

la Locura con poder?

LOCURA
Mágica combinación

te volvió la mocedad;

pero también esa edad

te trajo la imprevisión.

Abriste al amor tu seno,

discreto esposo quisiste,

le diste a beber, bebiste,

y habéis bebido un veneno.

Tal fin reserva la suerte

a la ambición criminal.

Mirad el lecho nupcial

trocado en mansión de muerte.

CELESTINA y JUNÍPERO
¡Piedad!

LOCURA
En vano es pedir

lo que es inútil que ordene:

vuestro tósigo no tiene

más remedio que morir.

(Vanse los penitentes.)

Gabinete enlutado y baile de esqueletos que aparecen y desaparecen.

CELESTINA

¿Qué es esto, fortuna mía?

JUNÍPERO

Un gabinete mortuorio

y muertos que todavía

tienen gana de jolgorio.

(Baile de esqueletos.)

Escena XVII

CELESTINA, DON JUNÍPERO.

CELESTINA

¡Esposo!

JUNÍPERO

¡Mi serafín!

CELESTINA

¡Nuestro término es llegado!

JUNÍPERO

Se nos ha dicho rezado,

cantado, y en baile al fin.

Yo moriré; mas protesto

para el día de mañana,

que muero... de mala gana.

CELESTINA

¡Qué destino tan funesto!

JUNÍPERO

Dame en tus brazos lugar,

mientras mi aliento se trunca.

Como no me he muerto nunca,

no sé por dónde empezar.

Siento, a pesar del dolor,

que el duodeno me destroza,

que asido a una buena moza

se muere mucho mejor.

¡Ya la vista se me va!...

¡Ya descubro mil visiones!...

¡Figurillas!... ¡Figurones!...

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

CARCAJADAS DENTRO

¡Ah! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Vergel magnífico de LA LOCURA a la orilla del mar. Sale el sol e ilumina la escena.

Escena última

Dichos; LA LOCURA, en su solío; NICODEMUS, haciendo que se den las manos
GARCÍA y TERESA.

CELESTINA y JUNÍPERO

¿Qué es esto?

LOCURA

Que aunque traviesa

os tengo ya compasión,

y os doy vida en atención

al enlace de Teresa.

Pero tú ten entendido,

Celestina, que de hoy más

únicamente podrás

hechizar a tu marido.

JUNÍPERO

Pregunto, cara de rosa,

¿y esta chica en adelante

se queda bruja cesante

sin sueldo?

LOCURA

No, poderosa.

JUNÍPERO

Pues con oro siempre a mano,

bien que sin polvos quedemos,

nosotros hechizaremos

a todo el género humano.

Alfonso el Casto

Drama en tres actos en verso

Estrenado en el teatro de la Cruz a 25 de junio de 1841

PERSONAS

ALFONSO, llamado después el Casto.

JIMENA

SANCHO

ORDOÑO

BERNARDA

SILO

LUPO

TOIDA

NEFTALÍ

UN PLATERO

UN ESPADERO

UN ENTALLADOR

SOLDADOS

ESCLAVOS

ESCLAVAS

DUEÑAS

PAJES

La escena en el acto primero es en un valle de Galicia poco distante del monasterio de Samos (anteriormente Sámanos); el segundo acto y el último pasan en Oviedo. La acción es en el año 792.

Acto primero

A la derecha del espectador, en las últimas cajas, un cobertizo o soportal, que da entrada a una casa de labor; a la izquierda, en el proscenio, una cruz grande de piedra sobre un pedestal rodeado de escalones; en el fondo un país fragoso. Debajo del cobertizo una mesa, y sobre una silla una rueca con un copo de lana blanca.

Escena I

SANCHO, BERNARDA, SILO, LUPO; Soldados.

(SANCHO está debajo del cobertizo, sentado a la mesa, escribiendo en un papiro o pergamino; BERNARDA tiene toca de viuda.)

SANCHO

(A BERNARDA.) Yo daré cuenta en Oviedo

de vuestras declaraciones.

BERNARDA

Y eso ¿qué me importa?

SILO

Mucho,

si le mintierais al Conde.

BERNARDA

¡Conde, y tan mozo! Persona

será de mérito enorme.

¿Dónde gobierna?

SILO

En Saldaña

tierra de León.

BERNARDA

¡Demontres!

¡Tierra de pan! Si pudiera

irme trayendo a terrones

a Galicia tres yugadas

de la buena, era en el orbe

yo la más feliz.

Escena II

JIMENA, que sale con toca blanca, trayendo unas llaves en la mano; dos esclavos, dos esclavas; dichos.

JIMENA

(A BERNARDA.)

Las llaves

de las puertas y los cofres.

BERNARDA

Téngalas.

(Tomándolas, y poniéndolas encima de la mesa.)

SILO

(Cogiendo una.)

¡Llave de hierro!

No es utensilio de pobre.

BERNARDA

No las uso yo de palo,

gracias a los bienhechores.

SANCHO

(A LUPO.) Vos registraréis la casa.

BERNARDA

(A JIMENA.) Vaya ella con esos hombres.

Deles cuanto quieran; pero

ellos, sin pedir, no tomen.

LUPO

Nada tomarán, villana.

BERNARDA

Bernarda, no se equivoque,

Bernarda me llamo.

LUPO

Sepa

que no trata con ladrones.

SANCHO

Id.

(LUPO toma las llaves, y entra en la casa precedido de JIMENA y seguido de algunos soldados y de los esclavos.)

Escena III

SANCHO, BERNARDA, SILO; Soldados.

BERNARDA

Inútil será.

SILO

Basta

con verlo.

BERNARDA

Aunque se desojen

no hallarán al fugitivo.

SANCHO

Según todos los informes,

aquí pasó cuatro días

o cinco.

BERNARDA

Cinco, señores,

cinco.

SILO

Y la tarde de ayer.

BERNARDA

¿La tarde? Y también la noche.

Durmió, se levantó en paz,

cumplió con sus devociones,

le di el almuerzo, me dio

un abrazo, y acogiose...

SILO

¿A dónde?

BERNARDA

A otro nido.

SILO

¿Cuál?

BERNARDA

Así mi difunto Jorge

gloria tenga, como es cierto

que puesta en los escalones

de aquella cruz, le perdí

de vista mirando al bosque.

SANCHO

(A SILO.) Nada sabrá; y si lo sabe,

lo callará.

BERNARDA

Se supone.

¿Había de permitir

que llevaran en prisiones

al que yo di de mamar?

Aunque me hicieran jigote.

Cuando él se vino a Subregio,

ya tendría sus razones.

SANCHO

¿Con que en vuestra casa, en fin,

Don Alfonso no se esconde?

BERNARDA

A fe de gallega honrada

lo juro; a fe de mi nombre

y de nodriza de Rey.

SILO

Ya no es Rey.

BERNARDA

No se alborote.

Si Alfonso no reina ya,

reinó, y en dos ocasiones.

Mas sáqueme, por la Virgen,

el de Saldaña, y perdone,

de una duda; pues con todo

que he nacido en estos montes,

tengo un sobrino alarife,

maestro de gran renombre,

y fui de casa del Rey

Fruela, que de Dios goce;

y allí, de oír platicar

a guerreros y Doctores

tantas veces, comprendí

que ha de haber algún desorden

en Asturias y Galicia

siempre que haya sucesiones

de reyes; pero elegido

el sucesor, acabose.

Y como hace un año ya

que juntos los electores

admitieron la renuncia

de Don Bermudo, y acordes

juraron a Alfonso, digo:

para que así le destronen,

¿qué habrá hecho?

SANCHO

Malquistarse

con la Iglesia y con los nobles.

SILO

Y basta.

BERNARDA

Pueden alzar

el Rey que les acomode,

verdad es; pero a éste dicen

que van a meterle monje

si le pillan, y le quieren

cegar como a los traidores:

¿de qué delito le acusan

los que tal pena le imponen?

SANCHO

Quiso hacer guerra a los moros

contra el voto de la corte,

y que tuvieran ancianas

por amas los sacerdotes...

SILO

Y que al francés Carlomagno

rindieran los españoles

vasallaje.

BERNARDA

Si es verdad

Lo que habéis dicho a la postre,

merecería por eso

que le colgaran de un roble.

SILO

Pues todo es cierto.

BERNARDA

Pues yo

me figuro que los próceres

no tendrían mucha gana

de ir a sacudir mandobles;

los clérigos no querrían

ver a su lado visiones;

la embajada vino bien

para achacar mil horrores

a Alfonso; y si da la gente

en decir que rabia el gozque,

sea verdad o no sea,

todos a matarle corren.

Escena IV

JIMENA, LUPO; Soldados, Esclavos; dichos.

LUPO

No está.

BERNARDA

Ya lo dije.

SANCHO

Silo,

mirad los alrededores

antes de emprender la marcha,

si gustáis.

SILO

Estoy conforme.

Pero escuchad. (Aparte a SANCHO.) Esa hija...

(Baja la voz.)

SANCHO

No deis en cavilaciones.

(Siguen hablando aparte.)

SILO

Ordoño lo encargó tanto...
BERNARDA

(A su gente.) Cada cual a sus labores.

(Los esclavos se retiran; JIMENA toma la rueca, se sienta y se pone a hilar.)

SILO

¿Queréis que yo la examine?
SANCHO

Yo lo haré.
SILO

A ver qué responde.

(Se marcha con algunos soldados.)

Escena V
SANCHO, JIMENA, BERNARDA, LUPO; Soldados.
SANCHO

¿Con quién vino Don Alfonso?
BERNARDA

Con su bridón y su estoque.
SANCHO

¿Llegó solo?
BERNARDA

Rey caído

suprime los batidores.
SANCHO

¿Y su hermana?
JIMENA

(Aparte.) ¡Oh Dios! (Cáesele el huso.)
BERNARDA

¿Jimena?
SANCHO

Pues.

BERNARDA

¿Corriendo él a galope,

le pudiera ella seguir?

Ni ¿a qué? Si no la conocen.

¿Hay alguien que la haya visto

en trece años o catorce?

Donde quiera está segura.

(JIMENA deja caer otra vez el huso; BERNARDA le alza.)

Tenga cuidado la torpe.

JIMENA

Perdone, señora madre.

BERNARDA

Vaya adentro.

JIMENA

No se enoje.

(Se levanta para retirarse.)

SANCHO

Temblando está. Si nosotros

damos a vuestros temores

motivo, pronto marchamos.

BERNARDA

A su cuarto, y no se asome.
SANCHO

No me privéis de la vista

de esa bellísima joven,

que juro que su habla dulce,

sus angélicas facciones,

la agitación que amortigua

el brillo de sus colores,

la mirada de modestia

y el señorío del porte,

impresión hubieran hecho

en un corazón de bronce.

¡Qué poco, serrana bella,

te ennegrecieron los soles!

¡Qué poco se ha ejercitado

en campesinas labores

la mano con que avergüenzas

el blanco vellón que coges!

BERNARDA

Ya que el de Saldaña mira

con ojos tan reparones,

y lo blanco de la cara

le ha dado al momento golpe,

¿cómo es que la blanca toca

no parece que le choque?

A doncella consagrada

a Dios, no se dicen flores.

JIMENA

Denme licencia...

SANCHO

Esperad.

Hablé así, no porque ignore

cuánto respeto merece

quien ese velo se pone,

sino porque me dejé

llevar de las ilusiones

que hace un año a mi memoria

vienen y se van veloces.

JIMENA

No me está bien escuchar

livianas conversaciones.

SANCHO

Con ese desdén, zagala,

con que tus elogios oyes,

me pagó también un día

la ingrata de mis amores. -

Era una tarde de otoño:

trasponía el horizonte

el sol, dorando la cima

de los árboles mayores

que daban sombra a una casa

coronada de una torre;

cantaban allá a lo lejos

alegres trabajadores,

que cerraban los portillos

de unos rotos paredones;

percibíase a otro lado

el eco de una harpa, dócil

a una mano, que en la tuya

hizo el Señor que se copie.

¡Qué bien a la tañedora

me representas! Al borde

de una fuente se sentaba,

dando la espalda a unos bojes;

y clavados en la arena

los ojos deslumbradores,

y asomando en su mejilla

encendidos arreboles...

JIMENA

(Aparte a SANCHO.)

Callad.

SANCHO

«Callad, exclamaba,

si al jardín queréis que torne.»

Pensé que amenazas eran

para encubrirme favores:

pronto abatió el desengaño

lisonjeras presunciones.

Por vez primera veía

la luz de mi sol entonces:

un año entero ha pasado

sin gozar sus resplandores.

El ornato de la esquiva

revelaba sus blasones;

su lenguaje recatado

no era el de un ánimo doble;

y atrás tendido el cabello

sin velos usurpadores,

por libre la señalaba

para admitir corazones.

Más ¡ay! con rigor más duro

que a la virtud corresponde,

la que sencilla supuse,

palabras olvida y rompe;

huye de mí; no parece

ni en vergeles ni en balcones;

yo sufro; quiero indignado

que el alma su imagen borre,

y a mi pesar en el pecho

siempre permanece inmoble.

JIMENA

¡Ah!

SANCHO

(A BERNARDA.)

No eran a esta doncella

mis corteses expresiones.

BERNARDA

(Aparte.) Ahora sí que no lo creo;

mas nunca peor se logre.

Escena VI

SILO, Soldados; dichos.

SILO

Conde, a lo largo del río

sube tropa; los pendones

son los nuestros, y conozco

el clarín de Ordoño.

SANCHO

Toquen

el nuestro en aviso, y vamos.

JIMENA

(Aparte.) ¡Ay! A partir se disponen,

y no puedo vindicarme

de injustas acusaciones.

SANCHO

Casual, como veis, ha sido

que mi visita os estorbe.

Perdonad, y a Dios.

JIMENA

A Dios.

BERNARDA

Él de gloria le corone.

SANCHO

(Aparte a JIMENA.)

No puedo hablaros: tomad

y leed estos renglones.

(Dale el pergamino en que escribió.)

JIMENA

(A él.) ¡Ah!, sí.

SANCHO

Ya que vuestro estado

la obligación os impone

de orar por todos, ¿tendré

parte en vuestras oraciones?

JIMENA

Sí.

SANCHO

No olvidéis la promesa.

JIMENA

No olvido yo nada, Conde.

(Vanse SANCHO, SILO, LUPO y los demás soldados.)

Escena VII

JIMENA, BERNARDA.

(Siguen con la vista por algunos momentos a los que se retiran.)

BERNARDA

Ya salimos de afán.

JIMENA

¡Gracias, Dios mío!

BERNARDA

(A JIMENA.) ¡Gracias, Madre de Dios de Covadonga!

Soltad la rueca de silvestre caña:

es de marfil la que ceñir os toca.

(Se la quita y la arroja al suelo.)

JIMENA

Si vuelven, si te ven...

BERNARDA

No; que la peña

que nos oculta de su vista, doblan,

y al ver la novedad, avisaría

el zagal que aposté sobre la loma.

Ya el Rey puede salir.

JIMENA

Llamaré gente.

BERNARDA

Sobro yo aquí para mover la losa.

(Aparta una piedra del pedestal de la cruz, descúbrese un hueco y sale de él
ALFONSO.)

JIMENA

(Aparte.) ¡Esta carta del Conde! Mal mi grado,

el ansia de leerla me devora.

Escena VIII

ALFONSO, JIMENA, BERNARDA.

ALFONSO

¡Hermana! (La abraza.)

JIMENA

¡Alfonso mío! ¡De qué riesgo

nos liberta una mano generosa!

ALFONSO

¿Cómo pagar?...

BERNARDA

Negocio más urgente,

príncipe amado, resolver importa.

Guía y disfraz sabéis que puedo daros;

la distancia de Sámanos es corta:

¿persistís en pasaros al convento?

ALFONSO

¿Qué camino al venir trajo esa escolta?

BERNARDA

El de Sámanos era, y por la orilla

del río abajo, la vereda toman.

Libre os dejan el paso.

ALFONSO

Le aprovecho.

BERNARDA

Será vuestra partida sin demora. (Vase.)

Escena IX

ALFONSO, JIMENA.

JIMENA

¿Con que partes al fin?

ALFONSO

Sí, nos separan;

me separan de ti por breves horas;

en tu busca vendré cuando la noche

callada tienda favorable sombra;

pero tiemble de mí, si triunfo un día,

quien hoy consigue que te deje sola.

Tú fuiste de mi júbilo testigo

cuando ciñó mi sien esa corona

que ambicioné, porque valor me siento

para poderla sostener con gloria;

viste las miras que abarcaba; viste

que en lucha fiera con la raza mora

quise a gallegos, cántabros y astures

empeñar; que a los hijos de Vasconia

importuné también y a Carlomagno,

para que desde Braga a Barcelona

se alzarán con un fin, con una idea,

cuantos la cruz del Redentor adoran,

y de manos del árabe arrancaran

la herencia rica de la estirpe goda.

Ya de aquel porvenir esplendoroso

me han dejado no más que la memoria:

de trono, de poder, de hacienda y fama

bárbaros enemigos me despojan;

y con todo, Jimena, te lo juro,

más en este momento me acongoja

la idea del peligro en que te veo,

que la expulsión que mi vergüenza colma.

JIMENA

¡Hermano!, ¡dulce hermano!

ALFONSO

En tu presencia

enmudece mi orgullo, y con su antorcha

disipa la razón la niebla oscura

que en el pecho mis iras amontonan.

A tu lado, el huir, el ocultarme,

acción no me parece ignominiosa:

perdido el trono, conservar la vida,

creo que es un deber; que a toda costa

debo esa vida conservar, pues ella

debe ser de la tuya protectora.

Si a tu lado no estoy... ¡Cuánto martirio,

cuánto! El despecho y el furor me ahogan,

y me afrenta el vivir. -Si tú quisieras

bajo nuevo disfraz seguirme ahora...

JIMENA

Recuerda que hoy, al despuntar el alba,

contigo iba a partir.

ALFONSO

¡Ah, sí! Perdona.

Yo fui quien te detuvo. No es posible:

fuera la fuga hacer más peligrosa.

Es verdad que el vecino monasterio

de la piedad de nuestro padre es obra;

que en él hallé refugio cuando, niño,

me dejó en orfandad mano alevosa;

que en él, mancebo ya, de Mauregato

los rencores burlé; mas ya reposan

en la etérea mansión los cenobitas

que entonces me tuvieron en custodia.

Si almas heladas por mi mal encuentro...

Si también ellos contra mí se tornan...

¡Oh!, no: espérame aquí.

JIMENA

Corta es la ausencia.

Cabe en ella vivísima zozobra.

Mas dime... En ese pedestal oculto,

ni pude ver ni oír. ¿Quién esa tropa

que me viene a prender, capitanea?

JIMENA

Un joven...

ALFONSO

¿Joven?

JIMENA

De presencia airosa,

grata conversación, humano pecho...

ALFONSO

¡A un enemigo tuyo tanto elogias!

JIMENA

No es mi enemigo, no; no es tu enemigo.
ALFONSO

¿Pudiste averiguar cómo se nombra?
JIMENA

Es...
ALFONSO

¿Quién?
JIMENA

El Conde de Saldaña.
ALFONSO

¿Sancho?

¡Bien la facilidad me galardona

con que le di un gobierno! ¡Bien me paga

los alazanes y la fina cota

con que le honré después, al concederle

mi licencia real para su boda!
JIMENA

¡Qué oigo! ¿Sancho, el traidor que te persigue,

tiene mando por ti?, ¿tiene la esposa?
ALFONSO

Para dentro de un año difirieron

del vínculo la santa ceremonia.
JIMENA

¡Para dentro de un año, que ahora cumple!

¿Y no recordarás quién fue la novia?

ALFONSO

Fue la hermana de Ordoño.

JIMENA

¿Floresinda?

ALFONSO

La que hablaste una vez.

JIMENA

Sí, y es hermosa.

Bien me acuerdo. Hace un año. -¿Ves, Alfonso?

¿Ves tú qué de perfidias nos acosan?

Marchémonos de aquí. Vuelve a la noche:

donde quiera que vayas, estoy pronta

siempre contigo a dividir tu suerte.

¡Qué de ilusiones la ignorancia forja!

Ya en ese Conde contemplé un amigo,

porque falaz me dirigió lisonjas...

ALFONSO

¡Sancho a ti!...

JIMENA

Nada temas: él no sabe

que era Jimena la villana tosca.

ALFONSO

¿Qué te dijo?

JIMENA

Mentiras: que mi rostro

le recordaba aquél que le enamora.

Tal vez era verdad: a Floresinda

galanteó tal vez en mi persona.

¡Es el Conde muy fiel!

ALFONSO

Es deber suyo:

marido es ya quien el contrato forma.

JIMENA

Tal es la ley.

ALFONSO

Pero interés sobrado

parece que te inspira...

JIMENA

Me sonrojas.

Como nunca el amor has conocido,

tú siempre sus indicios equivocas.

Yo tampoco amaré.

ALFONSO

¡Pluguiera al cielo!

JIMENA

Para mi hermano mi ternura toda.

ALFONSO

Y para ti no más Alfonso vive.

Sí, que jamás Alfonso me abandona.
ALFONSO

Nunca: mi voluntad irrevocable

del amor para siempre me divorcia.

Jamás a una mujer al pie del ara

la banda me unirá cándida y roja.

Mira, Jimena mía: este momento

de exaltación sublime y religiosa,

de despedida y riesgo, acaso ofrece

la coyuntura favorable y propia

para un designio...

JIMENA

Dile.

ALFONSO

Nuestro padre

manchó con un delito sus victorias:

a su hermano mató, fue asesinado

él también a su vez...

JIMENA

¿Y bien?

ALFONSO

Costosa,

tremenda expiación, querida hermana,

debemos a una víctima y a otra.

JIMENA

¿Y cuál?

ALFONSO

Por esto quise que tu vida

corriera en soledad: todos ignoran

cuáles son las facciones de Jimena

sólo Ordoño te ha visto, y veces pocas,

porque, pariente fiel, de mis intentos

hícele sabedor.

JIMENA

Di, que afanosa

me tienes.

ALFONSO

En el reino que fue mío,

no hay hombre que merezca de tu boca

oír el dulce sí, que llevaría

la obligación de hacerte venturosa.

Yo codiciaba ese deber. Jimena,

por alcanzar de Dios misericordia

para el que ser nos dio, por imitarme,

por orgullo además, la blanca toca

puesta por mano de mi fiel nodriza,

de otra mano recíbela devota,

postrada ante el altar.

JIMENA

Yo lo prometo.

ALFONSO

¿Lo prometes?

JIMENA

Lo juro.

ALFONSO

Tú coronas

mi esperanza.

JIMENA

Aniquílese en nosotros

una prosapia mísera y odiosa,

que fatigada de mirarse siempre

blanco de la traición, cede y se postra.

ALFONSO

Ven, ven, y el respetable juramento

pronuncia allí, donde el Señor nos oiga,

delante de la cruz. (Lléganse a ella.)
JIMENA

(De rodillas.) Padre piadoso,

que nos ofreces del dolor la copa,

sálvanos del peligro que nos cerca,

y yo renuncio la mundana pompa,

y en la morada fraternal viviendo,

sierva tuya seré y humilde esposa.

Escena X

BERNARDA, ALFONSO, JIMENA.

BERNARDA

Vuestro mandato en mi aposento espera

quien os ha de guiar: vestid la ropa

que ha de encubriros, y partid.

ALFONSO

Al punto.

BERNARDA

Por el huerto saldréis.

(Cierra el pedestal, y éntrese en la casa.)

ALFONSO

Blanca paloma,

de carnívoras aves acechada,

vele por ti quien la naciente rosa

firme en el frágil vástago mantiene

cuando furioso el aquilón le azota.

Fía en aquél a quien tu fe dedicas,

y en el único bien que no me roban:

mi aliento, mi tesón. Prestado cetro

el que me dieron fue; si le recobran,

pueden hacerlo. Para destronarme,

precisa era primero mi deshonra:

por eso la calumnia les perdono;

el filo de una espada vencedora

borrará con el tiempo las señales

que manchan de mi honor la rica joya.

No crean los cobardes enemigos

que destruyen la fábrica grandiosa

comenzada por mí, que soy quien pierde:

son ellos, es la patria. Ruda choza

tenga, pues, el creyente por asilo,

mientras huella el sectario de Mahoma

pavimento de mármoles, y tiende

en él nuestras banderas por alfombra.

Desheredado en el país nativo,

con mis hazañas en región remota

quizá más rico patrimonio gane

que ese que mi altivez hoy abandona.

(BERNARDA se presenta a la puerta con unos vestidos de hombre en el brazo, y se dirige al Rey.)

BERNARDA

(A JIMENA.) Venid. Quedad aquí vos en acecho.

ALFONSO

Adiós, Jimena.

JIMENA

Adiós: aguardo ansiosa.

(Entran en la casa BERNARDA y ALFONSO.)

Escena XI

JIMENA

Él sólo en mi amparo vela,

sólo él. -Y tiene razón:

hijos de desgracia son

los hijos del Rey Fruela.

Piadoso el cielo por mí

debéis hallar, padre mío:

con harto dolor expío

culpa que no cometí.

Por vos de su pecho lanza

Jimena el amor. -¡Ay!, no:

consigo se le llevó

fugitiva la esperanza.

¡Y el traidor me llama linda,

y se atreve a darme quejas!

¡Y desertor de mis rejas,

me olvidó por Floresinda!

Dice que huyo con rigor

las veces que a verme acude.

¿Cómo libertarme pude

de tanto avizorador?

Deber suyo hubiera sido

los obstáculos vencer:

de más hice yo en querer

que los hubiese vencido.

En fin, ya todo le aparta

de mí, ya somos extraños:

aunque encierre mil engaños,

bien puedo abrir esta carta.

Yo no sé si la destroce

sin verla. Sí debería.

No, que ignoro todavía

si el pérfido me conoce. (Abre y lee.)

«Aparentando tomar un informe, trazo estas palabras al pie de un escrito de mano ajena: la ocasión me obliga a no decir sino lo necesario. La única vez que os vi en Oviedo, cuando un presentimiento venturoso me llevó a registrar el jardín del alcázar, os dije mi nombre, y me callasteis el vuestro: indicios recientes me han descubierto quién sois.»

¡Sabe quién soy!

«Yo he solicitado el encargo de perseguir al Rey, para salvarle; pero no he podido traer sino soldados de quienes no me debo fiar. Ordoño es el autor y el jefe de la conjuración, como veréis por ese plan escrito y firmado por él propio, el cual ignora que yo posea este documento, y aun está persuadido de que no existe. Ordoño, que os conoce como sabéis, quiere a toda costa descubrir vuestro asilo, y quizá no se halla lejos. Avisad a vuestro hermano, y huid, Jimena: huid, o, por lo menos, ocultaos de Ordoño.»

Ni siquiera
una palabra hay aquí
de lo que esperaba. Fui,
fui demasiado altanera.
Sancho de salvarnos trata;
como bueno corresponde:
¿Qué más quiero? Gracias, Conde;
no me tengáis por ingrata.
Fuera ya un empeño loco
volver los ojos atrás:
ni él debe decirme más,
ni yo esperarlo tampoco.
Hecha la promesa santa,
¿quién devaneos medita?
No ambicione la proscrita
lo que no logró la infanta,
pues en tal persecución
es harta felicidad
que algún resto de piedad
nos quede en un corazón.
(Óyese a lo lejos el chasquido de una honda.)

En la cumbre del collado
el pastor la honda restalla.
Algo que avisarnos halla.

¿Vendrá gente? (Llégase al fondo a observar.)

¡Qué he mirado!

¡Es Ordoño! ¡Otra agonía!

¡Ordoño y Sancho! ¿Si habrá

partido mi hermano ya?

¡Valednos, Virgen María!

(Éntrase en la casa y cierra.)

Escena XII

SANCHO, ORDOÑO; Soldados.

(Los soldados no hacen más que cruzar por el fondo; ORDOÑO sale reconociendo el sitio.)

ORDOÑO

¡Oh!, la ventaja es inmensa.

SANCHO

Distinto es mi parecer.

ORDOÑO

Aquí se pudiera hacer

a pedradas la defensa.

SANCHO

(Aparte.) (¿Habrá servido el aviso

que di a Jimena?) Pensemos,

Ordoño, qué resolvemos.

ORDOÑO

Sí, vamos a lo preciso.

SANCHO

Tiempo quedará después

para ver esa doncella.

ORDOÑO

Silo dice que es muy bella;

pero no tengo interés...

SANCHO

¿Con que afirmáis que Teudón

está en Sámanos armado?

ORDOÑO

Banderas ha levantado

por Alfonso.

SANCHO
Es campeón

de gran valor y pericia.

ORDOÑO
Hombre debe ser de cuenta,

cuando así que se presenta,

la rebelión se desquicia.

SANCHO
¿Ya la llamáis rebelión?

ORDOÑO
No me parece un insulto

dar este nombre a un tumulto

que perece en embrión.

SANCHO
No torno yo por injurias

vuestras palabras.

ORDOÑO
Son copia

fiel, o más bien son la propia

voz de Galicia y Asturias.

SANCHO
Aunque yo mi voto aprecio,

cuando son de otro sentir

los más...

ORDOÑO
Ir a desmentir

a todos...

SANCHO

Es duro.

ORDOÑO

Es necio.

SANCHO

Pues ¿qué partido tomar?

ORDOÑO

Señor, al hundirse un bando...

SANCHO

Se puede morir lidiando...

ORDOÑO

Más vale capitular.

SANCHO

Yo no tengo inconveniente,

si no le hubiere por vos.

ORDOÑO

Yo os creía de los dos

el menos condescendiente.

SANCHO

Más natural es que tema

el autor de la asonada.

ORDOÑO

¿Y no debe temer nada

quien se llevó la diadema?

No estéis, buen Conde, tan ancho.

SANCHO

De asombro me quedo mudo.

¿No fue aclamado Bermudo

segunda vez?

ORDOÑO

Lo fue Sancho.

SANCHO

¡Yo he sido nombrado Rey!

ORDOÑO

Y por toda una semana

grandeza y plebe asturiana

obedeció vuestra ley.

SANCHO

¿Qué es esto? ¡Sin mi noticia

de mi nombre se abusó,

mientras he corrido yo

las montañas de Galicia!

ORDOÑO

Por ser tan ejecutivo

la noche del alzamiento,

que partisteis al momento

tras el real fugitivo,

se hizo sin vos la elección;
y después aquí engolfado,
dar no pudo el enviado
con vos por ningún rincón.

Yo he llevado en vuestra ausencia
de los negocios el peso:
con que no tengáis por eso

escrúpulo de conciencia.

SANCHO

Debió seros imposible

conseguir que os aclamaran,

y haríais porque nombraran

al rival menos temible.

ORDOÑO

Ansiaba cada elector

el trono...

SANCHO

Y más han querido

cederle a un desconocido,

que darle a un competidor.

ORDOÑO

Hallándome desairado

de votos en la asamblea,

dije: a lo menos, que sea

Rey mi futuro cuñado.

SANCHO

(Aparte.) ¿Habrán huido?

ORDOÑO

¿Qué afán

os tiene, Conde, perplejo?

SANCHO

Nada.

ORDOÑO

Entremos en consejo

para evitar un desmán.

A Saldaña gobernó

vuestro padre tiempo largo;

y habiendo muerto, el encargo

que tuvo, se os confió.

Allí donde mil testigos

de vuestros hechos contáis,

natural es que tengáis

un gran número de amigos.

El poder del cetro godo

es en Castilla una sombra:

el Rey los Condes le nombra,

y libre la deja en todo.

Vos en Galicia estáis mal:

es claro hasta la evidencia

que os tomarán residencia

del reinado semanal.

Si vais a Saldaña al punto

y dais al moro un avance,

como salga bien el lance

se sepulta el otro asunto.

Crecida escolta os daré

que os libre de un accidente,

y lo demás de la gente

al Rey se la entregaré,
bajo expresa condición
de que yo quede bien puesto,
y os otorgue, por supuesto,
completísimo perdón.
SANCHO
Hablaré al Rey: a mi cuenta

eso quede.
ORDOÑO
Es que...
SANCHO
Acabad.
ORDOÑO
Hay una dificultad

para que yo lo consienta.
SANCHO
¿Dificultad? Y ¿cuál es?
ORDOÑO
Conde, que no me conviene.

Amigo, cada uno tiene
que consultar su interés.
Haced lo que os he indicado,
pues aquí soy el que manda,
y tenéis fibra algo blanda
para negocios de Estado.
Entended que yo el favor
de Alfonso puedo alcanzar,
y vos habéis de pasar
sin recurso por traidor.
SANCHO
Hay medio de sincerarme,
y fácil, os lo prevengo.

ORDOÑO

Por si es el mismo que tengo

para mí, debo explicarme.

Aquí vio, según me dijo,

Silo una joven...

SANCHO

Serrana

del país.

ORDOÑO

¿Y si es la hermana

del Rey?

(SANCHO se turba; ORDOÑO le da una mirada, y dice después con seguridad.)

Es ella de fijo.

Cercada la casa está;

la hallaré; se la presento

al Rey, y este miramiento

su consecuencia tendrá.

¿Qué decís?

SANCHO

¿Por qué he salido

nunca del hogar paterno?

ORDOÑO

Por alcanzar un gobierno.

Sois Conde... y seréis marido.

Disgusto ya deja ver

mi hermana; mas no os aflija,

que aceptada la sortija...

SANCHO

Nunca será mi mujer.

Descubro con claridad

que habéis jugado conmigo.

ORDOÑO

Conde, perdonad si os digo...

SANCHO

¿Qué me diréis?

ORDOÑO

Que es verdad.

SANCHO

¡Ordoño!

ORDOÑO

Tenéis valor,

erais útil a mi empresa,

mi hermana es linda y traviesa:

os gané con el amor.

SANCHO

Bien que su artificio ruin

me ha podido deslumbrar,

sepa...

ORDOÑO

Si os hizo olvidar

a la dama del jardín.

SANCHO

¿Quién reveló?...

ORDOÑO

Cierta buena

mujer que escondida os vio,

y ella fue la que estorbó

la cita que dio Jimena.

SANCHO

¡Jimena! ¡Trama infernal!

Ya todo me desengaña...

ORDOÑO

¿De qué, Conde de Saldaña?

¿De que soy vuestro rival?

SANCHO

Ordoño... Los de la tierra

que llaman de los castillos,

aunque pecan de sencillos,
rayos son para la guerra.

Fronterizos del infiel,
vivimos desde la cuna,
con buena o mala fortuna,
lidiando siempre con él.

Siembra y coge sin contienda
aquí el labrador el grano;
allí ha de saber su mano
labrar y salvar su hacienda.

Lanza es la ahijada, chuzo es
el cayado del pastor,
y la hoz del segador
alfanje por el revés.

Fe, sin embargo, y decoro
guarda entre sí el fiel linaje,
porque allí todo el coraje
se reserva para el moro.

Como tener deberéis
de noble alguna vislumbre,
os oí, por la costumbre,
con la paciencia que veis.

Mas ya que en justo furor
contra vos el pecho se arde,
mirad si no sois cobarde,

que yo sé que tengo honor.

ORDOÑO

Le tenéis, por de contado;

pero no hay que blasonar,

que es algo particular

el honor de un conjurado.

SANCHO

No: si conspirar fingí,

de salvar al Rey traté.

ORDOÑO

Veo que no me engañé

cuando yo me lo temí.

Y a fe que si me descuido,

me sacrifica mañana

esa honradez castellana

que me habéis encarecido.

Es forzoso que partáis.

Ya tendrá Silo informados

de mi plan a los soldados.

Resolved. ¿En qué os paráis?

SANCHO

Con un enemigo vil,

¿qué hace un noble?

ORDOÑO

Acaso nada.

SANCHO

¿No miráis que tengo espada?

ORDOÑO

Vos tenéis una, y yo mil.

SANCHO

Cuando lleguen en tu ayuda,

ya te habré yo confundido.

Defiéndete, fementido.

(Sacan las espadas y riñen.)

ORDOÑO
¡Soldados!

Escena XIII
SILO, LUPO; Soldados; SANCHO, ORDOÑO.
SILO
(A los que salen con él.)

Mirad: no hay duda.

Rehúsa el medio en que estriba

nuestra salvación.

SANCHO
¡Villanos!
ORDOÑO
¡Matadle!
SILO
¡A él, asturianos!
ORDOÑO
¡Viva Don Alfonso!
SOLDADOS
¡Viva!

(Retírase el Conde por la derecha, haciendo frente a ORDOÑO y a los soldados que le persiguen.)

Acto segundo

A la izquierda del espectador un ángulo de la torre perteneciente a la primitiva iglesia del Salvador en Oviedo; desde el punto donde termina la pared de la torre, parte hacia la derecha una galería o pasadizo abierto, que comunica con el palacio de Alfonso. Ventanas en la galería, por donde se verán a lo lejos varios edificios de una plaza aún no acabada de construir. El espacio que media entre el proscenio y la galería corresponde a un jardín, del cual se verá un grupo de árboles a la derecha.

Escena I

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, TOIDA, NEFTALÍ; un ENTALLADOR, un PLATERO y un ESPADERO.

(Salen de la iglesia a la galería.)

ALFONSO

Venid por aquí, maestros:

abreviemos el camino.

ORDOÑO

La galería nos da

paso al palacio.
ALFONSO
Se hizo

para que fuera mi madre
desde su aposento mismo

a la iglesia.
TOIDA
¿Es necesario

que la conserve?
ALFONSO
Preciso.

vendrá por ella la Infanta
cada día a los oficios

al templo del Salvador.
TOIDA
En lugar de un cobertizo

como éste, veré de hacer
algo que merezca el título
de galería, que Ordoño

por favor le ha concedido.
ALFONSO
Arquitecto, reservad

la ostentación, ya lo he dicho,

para la iglesia.
TOIDA
Señor...

No os enojaréis conmigo.

Yo al Salvador alzaré
templo decoroso y digno,
en lugar de ese que, hablando
con el respeto debido,

manifiesta solamente

la prisa y devoto ahínco

del Rey vuestro padre; pero

también labraros confío

mejor casa que tenéis.

ORDOÑO

Toida, palacio decimos

a la mansión del monarca.

TOIDA

Yo la advertencia os estimo;

pero con todo, si vos

hubierais como yo visto

los alcázares de Córdoba

y de Sevilla, imagino

que os repugnaría dar

igual nombre a los prodigios

del arte, y a unas paredes

hechas de barro y ladrillo.

ALFONSO

Tiene sobrada razón:

Oviedo está en sus principios.

Deba la posteridad

al afán vuestro y al mío

una ciudad en que al menos

halle un remedo mezquino

de la grandeza de aquéllas

que perdió el triste Rodrigo.

¿Qué me pedís por ahora? (A TOIDA.)

TOIDA

Por ahora y siempre os pido

a vos libertad y manos,

y dinero a este judío. (Señalando a NEFTALÍ.)

ALFONSO

Todo lo tendréis: andad. (Vase TOIDA.)

Escena II

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, NEFTALÍ; un PLATERO, un ESPADERO, un ENTALLADOR.

PLATERO

Señor, aún no habéis podido

ver mi obra.

ALFONSO

¿Sois?...

PLATERO

El platero.

(Presenta al Rey una arquita o cofrecillo de plata.)

ALFONSO

A ver. ¡Trabajo exquisito!

ORDOÑO

¡Caja preciosa!

ALFONSO

A guardar

una joya la destino

de gran valor. (A SILO.) Vos, oíd. (Le habla en voz baja.)

ORDOÑO

¿Y dónde habéis aprendido

la profesión?

PLATERO

En Sevilla:

viví diez años cautivo

en la casa en que se labra

la moneda.

ALFONSO

Id pronto, Silo.

Tomad, y volved con ella. (Dale la arquita.)

SILO

Corriendo. (Vase.)

PLATERO

(Al Rey.) Estoy instruido

en el arte de acuñar,

y si queréis...

ALFONSO

¡Ay amigo!

Ése ya para mi reino

fuera lujo intempestivo.

Con moneda antigua y árabe

pasamos cerca de un siglo:

pasaremos de este modo

mientras Dios fuere servido.

Maestro, para mi hermana

quiero un espejo macizo

de plata.

PLATERO

Lo haré más terso

que una lámina de vidrio. (Vase.)

Escena III

ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ; un ESPADERO, un ENTALLADOR.

ESPADERO

Yo soy espadero.

ALFONSO

Como

estaréis ocupadísimo

mientras yo reine, he rogado

que os dé licencia el Obispo

para poder trabajar

sin pecado los domingos.

ESPADERO

Por el día, bien; la noche...

ORDOÑO

Es para el sueño.

ESPADERO

Y el vino.

ORDOÑO

¿Quién os ha enseñado?

ESPADERO

Un moro

de Toledo.

ORDOÑO

¡Otro discípulo

del infiel!

ESPADERO

Infiel o no,

quién sabe, tiene legítimo

derecho para enseñar.

ENTALLADOR

Yo nada les he debido

a los árabes.

ALFONSO

Ya, sois...

ORDOÑO

Entallador, lo adivino.

Mal pudieran enseñaros

ellos a hacer crucifijos.

ALFONSO

Os encargo un elegante

reclinatorio esculpido...

ENTALLADOR

¿Para vos?

ALFONSO

Para mi hermana.

ENTALLADOR

Espero que he de serviros.

(Vanse el espadero y el entallador, y sale SILO con la arquita.)

Escena IV

SILO, ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ.

SILO

Aquí está.

ALFONSO

Bien. -Neftalí,

mirad a la plaza: alisto
gente allí para la guerra,
y aquí dispongo edificios
para engrandecer a Oviedo:

un número muy crecido
de libras de oro es forzoso

en tal ocasión pedirlos.

NEFTALÍ

Señor, el Dios de Abraham

se ha dignado hacerme rico.

Cincuenta años ha que soy

mercader: cuanto he adquirido,

es vuestro; pero no basta

mi caudal y el de mis hijos

para completar la suma

que necesitáis: me obligo

a que la den compañeros

en toda España esparcidos;

sin embargo, no os conocen.

Una prenda necesito

para que fien de mí

como yo de vos me fío.

ALFONSO

Se había pensado en ello.

Traed ese cofrecillo.

(SILO se acerca con la arquita; el Rey la abre, y saca de ella un paño de seda en el cual está envuelta una llave grande de hierro.)

¿Qué os parece, Neftalí,
que hay dentro de este tejido?

Mirad, mirad: esta llave
de trabajo tan sencillo,
es la llave del alcázar
de Toledo. En el dominio
del moro Toledo yace:
de Rey en Rey ha venido
a mí esta joya sagrada;
y un siervo de Dios predijo
que un día con ella propia
se abrirían los postigos
del palacio que fue silla
del gótico poderío,
y que sería un Alfonso
el Rey, el feliz caudillo
que plantara en sus almenas
el estandarte de Cristo.

Mirad si sobre esta alhaja

me prestarán.

NEFTALÍ

(Hablando aparte con el Rey.)

Yo la admito...

En apariencia no más:

hablemos aquí en sigilo.

Diré que tengo la llave,
y el cofre estará vacío:
ninguno vendrá a mi casa
a levantar el pestillo.
ALFONSO
Bien, Neftalí.
NEFTALÍ
¿Queréis algo

más?
ALFONSO
El dinero que al cinto

llevéis ahora.
NEFTALÍ
Os lo entrego

en la bolsa, y me retiro. (Vase.)

Escena V
ALFONSO, ORDOÑO, SILO.
ALFONSO
Silo, después de apagada

la rebelión que he vencido,
parece que a competencia
sus autores y yo fuimos:
ellos a ocultarse bien,
yo a no querer descubrirlos.

Pero me dicen de vos
que os habíais ofrecido

a matarme.
SILO
Señor, fue...
ORDOÑO
(Aparte.) ¿Qué es esto?
ALFONSO
No hay que afligiros.

Como nunca os hice mal,

no podéis ser mi enemigo:

la necesidad por fuerza

os convirtió en asesino.

Remediaos con el oro

que os doy en este bolsillo,

y haya paz entre los dos;

porque si un día me irrito,

con alzar un pie, hago polvo

semejantes hombrecillos.

SILO

(Aparte.) No puedo hablar de vergüenza.

ALFONSO

(A ORDOÑO.) Quería desde este sitio

ver a mi hermana venir

del convento, a donde ha ido:

ya llega. En tanto que salgo

a la plaza y la recibo,

acabad la conversión

de aquel pecador contrito,

que os interesa.

ORDOÑO

¿Creéis?...

ALFONSO

Yo de vos nada he creído,

sino solamente aquello

que a vos decir os convino.

Tenéis mi sangre, tenéis

talento: Conde, os elijo

de los notarios.

ORDOÑO

Señor,

me deja tan confundido

lo que antes oí, que dudo

si es favor ese o castigo.

ALFONSO

Si os honrare, agradecedlo;

si os castigare, sufridlo.

ORDOÑO

¿Con qué?...

ALFONSO

Lo que dije a aquél,

tenedlo vos entendido. (Vase.)

Escena VI

ORDOÑO, SILO.

ORDOÑO

Pasmado me deja.

SILO

A mí

ciego de rabia. ¡Maldito

sea quien tiene la culpa

de que me vea corrido!

No volveré a dar lugar

yo, no, por Dios uno y trino,

a que me eche en cara el Rey

ni traición ni deservicio.

ORDOÑO

¿Te resuelves a ser hombre

de bien? Yo te felicito.

SILO

Felicitar me podéis

de veras; que es muy distinto

de ser partidario vuestro,

y partidario gratuito,

el tener la bolsa llena

con el corazón tranquilo.

ORDOÑO

Me figuro, sin embargo,

que puedo contar contigo.

SILO

Para todo lo que fuere

razonable, justo, lícito,

sí, señor; pero en trayendo

al Rey daño en lo más mínimo,

tan seguro como hay sol,

que os pierdo.

ORDOÑO

Aprecio el aviso.

SILO

Y si manda que os degüelle

un día, por un capricho,

para que Alfonso conozca

la lealtad con que le sirvo,

cierro los ojos y acabo

con vos.

ORDOÑO

Sentiré infinito

dar ocasión a que tengas

que hacer ese sacrificio.

SILO

Bien: pues si llegare el caso,

no os coja desprevenido. (Vase.)

Escena VII

ORDOÑO.

Necesario es confesar

que Alfonso es hombre de tino.

Muerto el Conde de Saldaña,

sepultada en el olvido

la revuelta, honrado yo

con el cargo de Ministro,

tengo que servirle bien:

no me queda otro partido.

Ese voto de Jimena...

No es difícil rescindirlo,

si ella quiere. Y bien, ¿querrá?

Por ahora es un delirio

pensarlo; más adelante...

Desde que en triunfo trajimos

de Sámanos a los dos

hermanos, ha concedido

Alfonso más libertad

a la Princesa. Concibo

la razón: fía en el voto.

Pero ella no ha recibido

el velo aún: ¿hallaría

ya en las bodas atractivos?

La he de sondear. -Alfonso

le tiene tanto cariño...

demasiado ciertamente

para un corazón tan frío.

¡Frío el corazón de un hombre
de aquel ánimo! -¡Qué miro!

Escena VIII

BERNARDA, ORDOÑO.

ORDOÑO

¡Bernarda! ¿Vos por aquí?

BERNARDA

¿Vos, Ordoño, en este sitio?

Vuestra hermana se desposa,

¡y vos no habéis parecido

por allá!

ORDOÑO

¿Venís de casa?

BERNARDA

Es claro: como testigo

de la muerte del primer

novio...

ORDOÑO

Cierto: es requisito

indispensable probar

que el enlace primitivo

quedaba disuelto.

BERNARDA

Pues;

aunque si hubiera vivido

el Conde, creo que hubieran

roto al fin el compromiso

los contrayentes.

ORDOÑO

El Conde,

aunque peleó con brío,

falleció de las heridas

en vuestra casa; y colijo

que hizo bien, porque ya estaba

entonces por su delito

condenado a muerte.

BERNARDA

Si él

no muriera, tan benigno

fuera con él Don Alfonso,

como con otros lo ha sido.

ORDOÑO

Pidieron esa cabeza

allá en Sámanos a grito

unánime cuantos jefes

se congregaron...

BERNARDA

Que en limpio

fue decir: «Pague por todos

quien tenga menos arrimo.»

ORDOÑO

Con afecto habláis del Conde.

BERNARDA

Con afecto... compasivo.

Yo le cuidé, yo le vi

dar el último suspiro...

ORDOÑO

¿Y por qué no permitisteis

que viera el cadáver Silo?

BERNARDA

Encomendadle al Señor,

pues iba a ser el marido

de vuestra hermana, y al menos,

muerto, dejadle pacífico.

¿Temeréis que resucite?

ORDOÑO

En el ordinario estilo

no es común, pero...

BERNARDA

(Aparte.) ¿Qué diantre?...

ORDOÑO

Todo lo puede el Altísimo.

BERNARDA

Voy a cerrar, que me envía

(Llegándose a la puerta que va a la iglesia.)

por las llaves mi sobrino.

ORDOÑO

¿El arquitecto? -Ya pronto

va a principiar el derribo

de la iglesia.

BERNARDA

¡Pronto!

ORDOÑO

Sí.

BERNARDA

(Aparte.) Toida no me lo previno.

ORDOÑO

(Aparte.) Se ha quedado algo parada.

BERNARDA

¿Lo ha dicho el Rey?

ORDOÑO

Él lo dijo.

Si tenéis algún tesoro

en sus muros escondido,

sacadle sin dilación.

BERNARDA

(Aparte.) (Me inquieta.) Ya sé el peligro.

Quedad con Dios.

ORDOÑO

Anochece,

y en el lúgubre recinto

del templo desmantelado,

quizá tengáis un poquito

de pavor.

BERNARDA

No creáis tal.

ORDOÑO

Con mi compañía os brindo

para...

BERNARDA

Gracias.

ORDOÑO

Ha de ser.

BERNARDA

Si ello ha de ser, no replico.

Venid. (Aparte. Si no recelara.)

ORDOÑO

Vamos. (Aparte. Haré buen registro.) (Vase.)

Escena IX

SANCHO, TOIDA y NEFTALÍ, en la torre.

TOIDA

Es pieza más ventilada.

NEFTALÍ

Estaréis aquí mejor.

TOIDA

El mercader es doctor

que sabe...

SANCHO

Mal empleada

está en curarme su ciencia:

no de su triunfo se loe,

porque la fiebre que roe

mi corazón, es dolencia

sin remedio, Neftalí.

NEFTALÍ

Si fuere mi auxilio vano,

imploradle de la mano

del gran Dios de Sinái.

TOIDA

Dice bien; que es algo feo

que un valiente así se explique,

y a un cristiano le predique

resignación un hebreo.

SANCHO

¡Por un infame vendido,

por una ingrata olvidado,

como si fuera un malvado,

en este cuarto escondido!...

TOIDA

Dejad esos pensamientos.

NEFTALÍ

Mil veces, si bien se apura,

suele echar la desventura

de la dicha los cimientos.

SANCHO

Cuando muerto me juzgaron,

y del ataúd me alcé,

¿por qué, Dios mío, por qué

vinieron y me ocultaron?

Fue una mortaja y arena

lo que mi tumba encerró,

sí; pero encima quedó

el baldón de mi condena.

¡Huyo falto de vigor,

entro de noche en Oviedo,

busco a Ordoño, ¡ay!, y no puedo

saciar en él mi rencor!

TOIDA

Se empeñó el Rey en traer

a su palacio a mi tía;

faltó allá la que os ponía

freno, y... adiós, a correr.

NEFTALÍ

Guionos a vuestro lado

un impulso celestial,

al caer en el umbral

de la iglesia desmayado.

TOIDA

Bernarda tuvo el acierto

de venirse con nosotros

aquella noche; que si otros

os hubieran descubierto...

SANCHO

Me librasteis de morir,

lo sé: vida me habéis dado;

mas para un desventurado,

¿qué beneficio es vivir?

Escena X

BERNARDA; dichos.

BERNARDA

(Aparte al salir.) A la calle le envié,

y va sin que nada note:

para que no se alborote

Sancho, disimularé.

Una noticia importante (Al Conde.)

que es forzoso que sepáis,

me han dado. -Sobrino, ¿vais

a derribar al instante

este edificio desierto,

que asilo al Conde le presta?

TOIDA

El Rey siempre me molesta

con instancias.

BERNARDA

¿Con que es cierto?

Señor Conde, ya lo oís.

¿Podréis regir un caballo?

SANCHO

Mejor dicen que me hallo;

pero...

BERNARDA

¿Por qué no partís?

¿Por qué habéis de consumiros

en tan amargo despecho?

¿No tengo yo algún derecho,

Conde, para persuadiros

lo que os conviene?

SANCHO

Bernarda,

sé que os expongo a los tres;

pero tú sabes quién es

quien mi partida retarda.

NEFTALÍ

Dejémosla que se entienda

(Aparte a TOIDA, y ambos se retiran.)

sola con él.

BERNARDA

No me atrevo,

señor, lo digo de nuevo:

es fuerza que se sorprenda

Jimena mucho, si os ve.

SANCHO

Que sufra.

BERNARDA

Una reflexión.

No siendo su corazón

vuestro ya...

SANCHO

¿Cuándo lo fue?

Sólo yo pude pensar

¡insensato! que nacida

de un monarca fratricida,

Jimena pudiese amar.

BERNARDA

Hacéis un cruel ultraje

a su virtud.

SANCHO

¡Su virtud!

Si lleva la ingratitud

en la sangre su linaje.

BERNARDA

Conde, mirad que esa raza

tiene sangre que me toca,

y al injuriarla esa boca,

mereciera una mordaza.

El ingrato aquí sois vos,

que me estáis atormentando:

yo, por quien vivís, yo mando

que me habléis bien de los dos.

SANCHO

¡Generosa recompensa

le debo a la noble dama,
cuando ve que se me infama
y no sale a mi defensa!

Ella debe de guardar
en su poder un escrito,
que del soñado delito
me pudiera vindicar;
y aunque sabe mi inocencia,
dejó sobre mi memoria
caer la afrenta notoria
de una bárbara sentencia.

Mas yo comprendo el motivo.

Sí: por Ordoño ha callado.

Le ama, y ha sacrificado

el rival difunto al vivo.

BERNARDA

Si os dije...

SANCHO

Bien lo denota

la repugnancia que siente

a ver ceñida su frente

con el velo de devota.

No tienes que disculparla.

BERNARDA

Y aunque la infanta quisiera

a Ordoño u otro cualquiera,

¿de qué podéis acusarla?

Si aquella tarde de otoño

quedasteis por ella ciego,
¿por qué pretendisteis luego
emparentar con Ordoño?
SANCHO
Calla, imprudente, que ignoras
la rabia que en mí despiertas.

Ábreme luego esas puertas,
de mi oprobio encubridoras.

Poco el salir me embaraza
como estoy, sin un acero:

se le arrancaré al primero
que atraviese por la plaza;

y en alas del frenesí

que mi sentido enajena,

iré y quitaré a Jimena

la carta que la escribí,

y en la hoja la pondré

de un puñal, y por padrón

de infamia, en el corazón

de Ordoño la clavaré;

que defensa darán, harta

para destruir mi mengua,

muda de Ordoño la lengua

y acusándole la carta.

BERNARDA

(Aparte.) Es capaz de ejecutarlo.

SANCHO

Yo pagaré la merced

que te debo. Adiós.

(Encaminándose a la puerta.)

BERNARDA

Tened.

Ya que no puedo evitarlo,

me resuelvo a daros gusto.

Veréis a Jimena.

SANCHO

¡Oh gozo!

Falleciera de alborozo.

BERNARDA

Y tal vez ella de susto,

si no le aviso con tiento.

SANCHO

¡Oh!, parte, no te detengas,

pon cuidado en tus arengas,

y no la des sentimiento,

y sé breve. -¿En qué paraje

la veré? ¿Cuándo ha de ser?

BERNARDA

Ahora al anochecer,

cuando, como suele, baje

a rezar sobre la losa

de su padre.

SANCHO

¿Al templo? ¿Aquí?

¡Tan cerca, y no percibí

las pisadas de mi hermosa!

BERNARDA

Yo la suelo acompañar.

Os escondéis en lo obscuro,

y cuando podáis seguro

hablarla, os iré a llamar.

SANCHO

¡Voy a verla! Me acobardo...

No, que sabrá la falsía

del rival que me vendía.

Ven pronto.

BERNARDA

Voy.

SANCHO

Allí aguardo. (Vanse.)

Escena XI

JIMENA, ORDOÑO; dos Dueñas y dos Pajes con hachas, todos en la galería.

JIMENA

Llegar hasta aquí permito;

más allá no lo consiento.

ORDOÑO

Nunca falta impedimento

cuando hablaros necesito.

JIMENA

¿Qué me queréis?

ORDOÑO

¡Ah señora!

Que recordarais el día

que os vi en aquella alquería,

vestida de labradora.

JIMENA

Con fácil condescendencia

me hallaréis a vuestro ruego,

que los lances de Subrego

los recuerdo con frecuencia.

ORDOÑO

Si de vuestra indignación

tal vez provoco el suplicio,

me valdré de aquel servicio

para obtener el perdón.

JIMENA

Aunque no lo divulgué

por más de un justo respeto,

ya con usura en secreto

esa merced os pagué.

Me encontrasteis fugitiva

en poder de unos soldados

que, de orden vuestra apostados,

hiciéronme su cautiva.

Llegasteis haciendo muestra

de obsequioso rendimiento,

con el rostro amarillento,

manchada en sangre la diestra;

y aunque la sangrienta mano

me dio terrible pesar,

de ella me dejé llevar

a los brazos de mi hermano.

Borrar con aquella hazaña

quisisteis unos errores,

y hacer que otros, aún mayores,

no salieran a campaña.

Se cumplió vuestro deseo,

y mi corazón confuso

adoró lo que dispuso

el Dios, a quien amo y creo.

Con testimonios bien claros

os pude entonces perder;

pero yo quise tener

un servicio que alegaros.

Y pues, a lo que imagino,

la ocasión propia llegó,

mirad lo que el Rey no vio:

mirad ese pergamino.

(Saca de la escarcela la carta de SANCHO, y se la presenta a ORDOÑO desplegada.)

ORDOÑO

(Aparte.) ¡Cielos!, debí de borrar

otro equivocadamente.

JIMENA

¿Calláis? Luego es evidente...

ORDOÑO

Que os dejo continuar.

JIMENA

Sancho aquí por jefe os pone

del pasado desconcierto;

Sancho lo dice... ¡y ha muerto!

La razón ya se supone.

Vos me buscasteis a mí...

ORDOÑO

Para mostraros mi ley,

para entregaros al Rey.

JIMENA

Yo me lo persuado así;

pero ya, según justicia,

creo que os he satisfecho

callando lo que habéis hecho

en mi favor en Galicia.

Y si estimáis un aviso,

guardaos de recordar

lo que trato de olvidar

porque así el cielo lo quiso.

(Esforzándose a disimular el sentimiento con la cólera.)

Prevenid la ira y sonrojos

que en mí la memoria labra,

o yo con una palabra

os haré bajar los ojos.

ORDOÑO

¡Me amenazáis... y se trunca

vuestra voz entre suspiros!

JIMENA

Tanto me cuesta el oír.

No volváis a verme nunca.

(Vase, y síguenla las dueñas y los pajes.)

Escena XII

ORDOÑO, y después ALFONSO y SILO.

ORDOÑO

¿Que nunca la vuelva a ver?

Os veré, bella enojada;

pero será cuando nada

tenga de vos que temer.

Preciso es que me apodere

de la carta. (Salen ALFONSO y SILO.)

ALFONSO

Silo, estoy

de prisa; a la iglesia voy

a orar: sea la que fuere,

decid a Ordoño la urgencia.

SILO

A vos.

ORDOÑO

¿No fiáis de mí?

SILO

¿Quién reina?

ORDOÑO

¡Oh!, yo no.

ALFONSO

Yo sí.

SILO

A vos toca darme audiencia.

ALFONSO

La doy.

ORDOÑO

¡Bondad sin ejemplo!

SILO

Que salga, y después alabe.

ALFONSO

Salid.

ORDOÑO

Voy. (Aparte. Cogí una llave

a Bernarda: torno al templo.) (Vase.)

Escena XIII

ALFONSO, SILO.

ALFONSO

¿Qué es ello?

SILO

Yo he procedido

con vos como un desalmado,

y vos me habéis perdonado.

ALFONSO

Eso es...

SILO

Notorio y sabido,

no hay duda; mas viene a cuento

para añadir que sería

un vil yo, si ver no hacía

pronto mi agradecimiento.

ALFONSO

Muy bien.

SILO

Pues, señor, salí

de aquí con harto bochorno,

y paseándome en torno

de la iglesia, hablar oí.

ALFONSO

¿Dentro del templo?

SILO

En un cuarto

de la torre; me da gana

de escuchar a la ventana,

llego, oigo, miro... y me aparto

al punto con tal asombro,

que os juro sentí en el cuello

erizárseme el cabello,

retirándose del hombro.

ALFONSO

¿Quién pudo rendir tu brío

con sólo el aspecto suyo?

SILO

¿Quién? Un enemigo...

ALFONSO

¿Tuyo?

SILO

Es vuestro, de Ordoño y mío.

ALFONSO

¿Algún conjurado?

SILO

Pues,

que allí aguarda por ventura

favorable coyuntura

para acabar con los tres.

ALFONSO

Has obrado cuerdamente

en hablar conmigo solo.

SILO

En ese escondite hay dolo,

y el peligro es inminente,

porque el refugiado es hombre

capaz...

ALFONSO

¡Silencio profundo!

SILO

Sabed que es...

ALFONSO

A todo el mundo

has de ocultar ese nombre.

SILO

¿Ya dais en quién puede ser?

(Aparte. Este Rey no tiene precio.)

ALFONSO

(Aparte.) (Aún no ha comprendido el necio

que no lo quiero saber.)

Te nombro por la lealtad

que en guardar mi vida pones,

alcaide de las prisiones

de palacio.

SILO

Descuidad.

No ha de escapárseme reo,

poniéndole yo entre barras.

ALFONSO

A tu enemigo...

SILO

A mis garras

venir a parar le veo.

Daré de mi celo pruebas.

ALFONSO

Le buscas.

SILO

Bien.

ALFONSO

Llevarás...

SILO

Espada.

ALFONSO

Estará de más.

SILO

Él no la tiene.

ALFONSO

La llevas.

Te daré, como a hombre fiel,

un bolsillo.

SILO

Recibí

uno ya.

ALFONSO

No es para ti

éste.

SILO

Pues ¿es para él?

ALFONSO

Justo.

SILO

¿Para el escondido?

ALFONSO

Sí.

SILO

Yo creí que era pago...

Y de la espada, ¿qué hago?

ALFONSO

Te llegas muy comedido,

con ella y con el dinero

en la mano, y dices: «Soy

de casa de Alfonso, que hoy

supo de vos, caballero;

y no siendo esa morada

la que hombre cual vos merece,
en el alcázar se ofrece
a daros mejor posada:
pero si vos aceptar
no queréis la franca oferta,
un paje os tiene a la puerta
caballo para viajar;
y este hierro y este oro
os darán, si el caso llega,
favor en una refriega,
y en toda ocasión decoro.

Partid, pues, sin embarazo,
y luego volved acá;
porque si tardáis, irá

el Rey...

SILO

Y os dará...

ALFONSO

Un abrazo.»

SILO

¡Un abrazo! Y yo que quiero

interpretar... ¡Me he lucido!

Vamos, quedo convencido

de que soy un majadero.

Escena XIV

ORDOÑO, que sale de la iglesia; ALFONSO, SILO.

ORDOÑO

(Al Rey.) ¿Aquí estáis? Oíd.

ALFONSO

¿De dónde

venís?

ORDOÑO
Del templo, señor.

He descubierto un traidor

que en esos muros se esconde.

Peligra vuestra corona.

ALFONSO

No tal.

SILO

Bien segura está.

Sabe el Rey el caso ya,

y conoce la persona.

ORDOÑO

¿Cómo?

ALFONSO

(A ORDOÑO.)

Que calléis os pido.

Voy a enviarle a decir

que puede verme, o partir.

(Vase, y síguele SILO.)

ORDOÑO

Si habla con él, soy perdido. (Vase.)

Escena XV (En la torre.)

SANCHO, que trae en brazos a JIMENA, desmayada; BERNARDA, con una luz.

BERNARDA

Colocadla en un asiento.

(Pónenla en una silla.)

En el claustro se quedó

todo el acompañamiento;

nada han visto.

SANCHO

¡Respiró!

Albricias. Cobrad aliento,

señora.

BERNARDA

Prenda del alma,

vuelve en ti.

JIMENA

¡Jesús!, dijera...

(Haciendo ademán como de quien se quiere desasir de una persona.)

¡Qué osadía tan grosera!

BERNARDA

No te fatigues; ten calma.

SANCHO

¡Siempre conmigo severa!

JIMENA

(Mirando al Conde.) Esa voz es conocida.

Habla, habla más, por favor.

SANCHO

Perdona, bien de mi vida.

JIMENA

¿Cómo, estando prevenida,

me asustó mi salvador?

Yo de vos perdón imploro.

SANCHO

¡Ángel del cielo estrellado,

causa de mi eterno lloro!...

JIMENA

¿Vos habéis por mí llorado?

SANCHO

¿Pues no sabes que te adoro?

JIMENA

Acaso en mi turbación

hable yo sin fundamento;

mas tengo en el corazón

la nueva de un casamiento,

la herida de una traición.

Y a no ser hoy liviandad,
quizá os dijera con ira
que os culpan de falsedad
palabras que son mentira
y acciones que son verdad.

(BERNARDA se retira.)

SANCHO

A escuchar hoy me resigno
con la humildad que otras veces
quejas de que no soy digno,
ya que un labio tan benigno
todo es para mí esquivaces.
Fue, cuando allá en la quietud
de un aposento enlutado
me dio el Señor la salud,
y me encontré abandonado,
tendido en un ataúd,
fue el pensamiento primero
que el alma supo formar,
pedir al Dios verdadero
que me dejase llegar
a decir cuánto te quiero.
Porque yo, luz de mis ojos,
que te di sin conocerte
vida y alma por despojos,

y sentí más que la muerte
ocasionar tus enojos,
yo no entendía que hubiera
mayor dicha, mayor bien,
que vivir hasta que viera
mi amada la fe sincera
del que llora su desdén.
Aunque adorarte es delito
que puede costarme caro,
mi amor, Jimena, es tan raro,
que tú infanta y yo proscrito,
yo ni en ti ni en mí reparo.
Media un abismo sin fin
entre ambos; pero en ti yo
sólo miro el serafín
cuya luz me deslumbró
hace un año en el jardín.
¡Ay!, en aquel paraíso
donde fe pura y ardiente
juró mi labio sumiso,
resbalando por el piso
nos sorprendió la serpiente.
Una mujer, una espía
por Ordoño asalariada,
nos miraba, nos oía.

JIMENA

(Aparte.) ¡Y respeté a la malvada,

cielos, cuando me vendía!

SANCHO

Ese vil calumniador,

aborto de los infiernos,

hizo cundir el rumor

de que intentaba vendernos

tu hermano al Emperador;

y contra mi sencillez

de soldado, hicieron liga

dos monstruos de avilantez,

y me pareció su intriga

empresa de honor y prez.

Logró Floresinda echar

a mi cuello una cadena

que no supe rechazar;

sí. -Yo tenía que amar,

y no encontré a mi Jimena.

JIMENA

Sólo de Ordoño el acento

en mi pecho despertaba

desdén y pesar violento,

y yo capricho juzgaba

lo que era presentimiento.

Mas ya vengo a comprender

que a la invencible aversión

hacía bien en ceder,

pues hizo mi corazón

justicia en aborrecer.

SANCHO

¿Tú le aborreces? ¿Es cierto?

JIMENA

Ya a perdonarle me inclino.

Ayer os juzgaba muerto,

y él era vuestro asesino.

SANCHO

¡Yo no sé si estoy despierto!

Mas no: todo es ilusión

de que es tiempo que despierte,

pues me dice la razón

qué poco sintió mi muerte

quien permitió mi baldón.

Al Rey le debiste osada

poner mi pliego en la mano.

JIMENA

Y al verme en llanto anegada,

¿qué hubiera en tal abogada,

qué hubiera visto mi hermano?

SANCHO

Será mucho presumir;

pero en esos ojos noto...

Di, por Dios...

JIMENA

¿Qué he de decir,

si el labio me cierra un voto

que tengo a Dios que cumplir?

SANCHO

¿Qué amante ese voto hace?

JIMENA

¿Y qué celosa deslinda

si es bien que al altar se abrace?

Yo supe el funesto enlace

tratado con Floresinda.

Tiempo es de que reflexiones,

tú que con tal arrogancia

me hiciste reconvenciones,

que de ti tomé lecciones

de perfidia, de inconstancia.

Tú, con dejarme de ver,

dejaste en mí de pensar,

y quisiste otra mujer;

yo no te debí querer,

y no te pude olvidar.

SANCHO

¡Qué oigo!

JIMENA

En esta confesión,

Conde, sólo tienen parte

mi decoro y mi opinión,

porque tengo que anunciarte...

SANCHO

¿Qué?

JIMENA

Nuestra separación.

Ser del Señor ofrecí,

si de un riesgo me salvaba,

y al punto libre me vi:

ya del Señor soy esclava,

pues hizo lo que pedí.

Contra la suerte luchamos,
y no hay poder que esclavice
tal poder. -Sancho, cedamos.

Conspiraste, y votos hice:

no es dable que nos unamos.

SANCHO

¡Separarnos, cuando afable

tu rostro vine a mirar!

Mas ¿qué tengo que extrañar?

Soy un reo miserable:

nos debemos separar.

JIMENA

¡Ingrato! Mi triste duelo

podrás hacer que se aumente;

pero yo tendré el consuelo

de haber cumplido igualmente

con el hombre y con el cielo.

Yo te justificaré,

para que cobres tu honor;

yo a mi hermano le diré

que si conspiraste, fue

para servirle mejor.

Aquí es fácil que te vean,

y tu carta es de tal suerte,

que más habrá de valerte,

si yo logro que me crean

y no se duda tu muerte.

Parte a Castilla, y después
de absuelto, podrás sin miedo
descubrirte donde estés;
mas no pongas en Oviedo
en mucho tiempo los pies.

Disimular no sabrás
tu pasión, por más que hicieres;
y si mi hermano quizás
adivina que me quieres,
no te perdona jamás.

Renuncia esperanzas vanas,
y acometiendo las villas
a la frontera cercanas,
envíanos a gavillas
las banderas africanas;
y un grito de admiración
a cada instante una nueva
traiga de mi campeón,
de la margen del Carrión
hasta la orilla del Deva;
y deme yo el parabién
si con tierno lloro mancho
el velo que orne mi sien:
sabré que si quiero a Sancho,

que si le adoro, hago bien.
SANCHO

No prosigas de esa suerte,
que al mirar tanto heroísmo
se hace mi pasión más fuerte,
pues conozco por lo mismo
cuánto pierdo con perderte.

No hagas caso del dolor
a que ves que me rendí:
ya me grita el pundonor
que si no tengo valor,
no seré digno de ti.

Bien: partiré, viviremos
en diferente lugar,
en apartados extremos;
por apartados que estemos,
al fin nos hemos de hallar.

Rival que mi fe venera,
gozará en ti señorío
de duración pasajera:
sólo a Dios yo le sufriera
que me robe tu albedrío.

Pero la Suma Bondad
bien querrá favorecernos
acortando nuestra edad,
para dejarnos querernos
por toda una eternidad.

Di, pues, cuándo partiré,

aunque el corazón me tronces.

JIMENA

Con la aurora.

SANCHO

¿Volveré

a verte?

JIMENA

Recibiré

tu abrazo segundo entonces.

SANCHO

¿El segundo?

JIMENA

¿Cuál intento

fue el que esta noche tuviste,

que al entrar tan desatento

en la capilla, me hiciste

perder el conocimiento?

SANCHO

¡Jimena!

JIMENA

¡Tú con el manto

la cara de mí ocultar

cuando hacia ti me adelanto,

y para mayor espanto

la única luz apagar!

SANCHO

¡Jimena!

JIMENA

¡Un rapto! ¿Qué furias

te hicieron desatender

los fueros de una mujer?

¡Robar la Infanta de Asturias!

Quien ama, no ha de ofender.

SANCHO

¿Yo robarte? ¿Qué demencia

te asalta? ¿Cuándo me oíste?...

JIMENA

Silencioso a mí viniste;

que te acusó la conciencia

y por eso enmudeciste.

SANCHO

Aguarda, Jimena, aguarda,

que ya un odioso recelo

todo el pecho me acobarda.

Mira que te hallé en el suelo

cuando llegué con Bernarda.

JIMENA

¡Dios mío!

SANCHO

Mira que hallamos

en tinieblas la capilla;

mira que los dos te alzamos;

mira que mi fe sencilla

te respetó siempre.

JIMENA

¡Estamos

ya descubiertos!

SANCHO

¿Qué ha sido?

JIMENA

Sí, cuando yo sola estaba,

y trémula te aguardaba,

allí un hombre ha parecido.

SANCHO

Sus señas, su porte: acaba.

Escena XVI

BERNARDA, JIMENA, SANCHO.

BERNARDA

Señora, vamos corriendo,

que el Rey os viene a buscar

extrañando la tardanza,

y tengo un susto mortal.

Me falta una llave: Ordoño

me la debió de quitar,

y puede entrar en la iglesia.

JIMENA

¡Él entró sin duda ya!

SANCHO

¡Ordoño!

JIMENA

Huyamos.

SANCHO

Escucha.

Escena XVII

ALFONSO, ORDOÑO, SILO y Soldados, en la galería; SANCHO, JIMENA y BERNARDA, en el cuarto de la torre.

ALFONSO

(A ORDOÑO.) Vos esta puerta guardad.

(Aparte. ¡Sancho y Jimena en el templo!)

JIMENA

Adiós: luego me verás. (Vase con BERNARDA.)

ALFONSO

Vosotros conmigo.

(Pasa con algunos soldados a la iglesia.)

SANCHO

Voy

a matar a mi rival

donde quiera que le encuentre. (Vase.)

ORDOÑO

Las linternas ocultad.

Silo, que serváis al Rey.

SILO

A él, sí; pero nadie más.

JIMENA

(Dentro.) ¡Socorro!, ¡favor!

BERNARDA

(Dentro.) ¡Socorro!

SANCHO

Ya tengo con que lidiar.

(Saliendo a la galería con una espada en la mano, defendiéndose de los soldados que le acosan.)

Venid. -¡Ordoño! (Se encamina a él.)

ORDOÑO

Prendedle.

ALFONSO

Prended a ese desleal.

(Volviendo a la galería con JIMENA de la mano.)

JIMENA

No es desleal: en mi mano

su vindicación está.

Conde, soltad esa espada,

que no la necesitáis. (La entrega el Conde.)

ALFONSO

¿Por qué te hablaba ese aleve?

JIMENA

Porque viene a reclamar

un escrito que en Galicia

me confió. Escucha y haz

justicia. (Abriendo la escarcela.)

ORDOÑO

Ved el escrito;

sí, vedle.

JIMENA

¡Dios de piedad!

¡Me le han robado!

SANCHO

Ese infame...

ALFONSO

Basta. Silo, sepultad

al villano usurpador

de la corona real

en el más ruin calabozo

que a un esclavo se le da.

JIMENA

Respétese su fuero.

ALFONSO

Le degradó un tribunal.

SANCHO

Me sentenció sin oírme.

ALFONSO

Llevalle atado: acabad.

JIMENA

Eso no. Sancho es mi esposo:

tratádmele como tal.

Acto tercero

Sala del palacio de ALFONSO. Una mesa con recado de escribir. Algunas armaduras colgadas del muro. Una puerta a cada lado.

Escena I

ALFONSO, sentado cerca de la mesa; BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ, que salen conducidos por SILO.

SILO

Ordoño, si dais licencia,

se os quisiera presentar

después de acabado el juicio.

ALFONSO

¿Cómo se defiende?

SILO

Mal;

pero niega bien.

ALFONSO

¿Y el Conde?

SILO

O no dice la verdad,

o yo no sé conocerla,

o él no la puede probar.

ALFONSO

Traed a Ordoño al volverle

a la prisión.

SILO

Bien está. (Vase.)

TOIDA

Los jueces nos encomiendan,

señor, a vuestra piedad.

Perdonadnos. (Arrodíllanse TOIDA y NEFTALÍ.)

NEFTALÍ

¡Perdonadnos!

TOIDA

Tía, ¿no os arrodilláis

con nosotros?

BERNARDA

No pequé:

no tengo por qué rogar.

ALFONSO

¿Por qué habéis favorecido

a mi enemigo mortal?

NEFTALÍ

Era un joven...

TOIDA

Un guerrero.

NEFTALÍ

Y quisimos imitar

vuestro ejemplo.

TOIDA

Recordamos

con qué magnanimidad

les disteis a los rebeldes

amnistía general.

ALFONSO

A él no.

TOIDA

Ya; pero nosotros

dijimos: por uno más...

NEFTALÍ

Bernarda, señor, que os tiene

un cariño maternal

a vos y a Jimena, dijo...

BERNARDA

Que era su deber salvar

a un huésped suyo.

NEFTALÍ

Que el Conde,

aunque conoció el disfraz

de la Infanta allá en Galicia,

se portó noble...

ALFONSO

Y galán;

decidlo: es su amante.

TOIDA

Y bien:

¿por qué lo hemos de negar,

si ya la vida del Conde,

mediando respeto tal,

nos debió de parecer

sagrada?

NEFTALÍ

Considerad

que nuestro amor a Jimena

socorro nos hizo dar

al Conde, y por ella diéramos

la vida.

ALFONSO

Libres estáis.

BERNARDA

¡Ah señor!

(Queriéndose arrodillar con TOIDA y NEFTALÍ.)

ALFONSO

Hicisteis bien.

TOIDA

Mi sangre...

NEFTALÍ

Mi oro...
ALFONSO
Marchad.
(Vanse BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ.)

Escena II
SILO, ORDOÑO, ALFONSO.
SILO
Aquí está el reo: uno de ellos

quise decir.
ORDOÑO
¡Silo!
SILO
¡Bah!

¿Quién no le sufre a un amigo

una familiaridad?
ALFONSO
Dejadnos solos.
SILO
Entonces

permitidme colocar

centinelas a las puertas,

porque a mí me pedirán

el preso, si se me fuga

por una casualidad.
ALFONSO
Cumplid vuestra obligación,

que él la suya cumplirá. (Vase SILO.)

Escena III
ALFONSO, ORDOÑO.
ALFONSO
¿Os han sentenciado?
ORDOÑO
Sí.
ALFONSO
¿A qué?
ORDOÑO
A perder mi caudal

y a destierro.

ALFONSO

No esperé

yo tanta severidad.

ORDOÑO

Yo sí: os lo dije.

ALFONSO

¿Y a Sancho?

ORDOÑO

A lo que era de esperar,

se confirma la sentencia

de antes: pena capital

e infamia. Dentro de poco

os traerán a firmar

ambos fallos; para mí

hay una distinción.

ALFONSO

¿Cuál?

ORDOÑO

En vista de mis servicios,

y de que vuestra bondad

me tenía perdonado,

una súplica eficaz

en mi favor os dirigen.

ALFONSO

Bien: atendida será.

Si he permitido a los jueces,

por no mostrarme parcial,

que os prendieran, mi palabra

no debe volver atrás.

Conservaréis vuestra hacienda.

ORDOÑO

Gracias.

ALFONSO

Con sinceridad

os declaro que no puedo
concederos que sigáis
de Conde de los notarios,
por la grande enemistad
que ha mostrado en este juicio
una parte principal

de los nobles hacia vos.

ORDOÑO

Conspiraron a la par

conmigo; nada alcanzaron,

y yo sí: era natural

que a la primera ocasión

me quisieran derribar.

Luego, Sancho (yo confieso,

señor, mi temeridad)

me ha acusado de un delito

que a vos no debo negar.

ALFONSO

¡Cómo!

ORDOÑO

Compasión imploro:

es cierto, fui su rival.

ALFONSO

¡Tú amas a Jimena, tú

también!

ORDOÑO

Muchos años ha.

ALFONSO

¿Y no has temblado al hacerme

revelación tan audaz?

¡Un enemigo, un traidor,

sus pensamientos alzar
hasta la hermana de aquél
que entre ignominia y afán
hoy viviera desterrado
lejos del suelo natal,
si no hubiera una justicia

que abatiese la maldad!

ORDOÑO

Señor...

ALFONSO

¿Qué jueces son esos

que no saben despojar
el corazón de un culpado
de todo velo falaz?

¡Muerte a Sancho, a vos destierro,
y ser el delito igual!

Porque ya la acusación
que no ha podido probar
el Conde, para mí queda
convertida en realidad,
pues un rival de la especie

que vos, de todo es capaz.

ORDOÑO

¡Ah!, quien ama, y años y años

tiene su amor que callar,
porque ve que sus suspiros
aversión excitarán,
¿cómo no ha de aborrecer

de muerte al hombre fatal
que le usurpa una ventura
que ya no espera jamás?
Vos, que por una excepción,
harto digna de envidiar,
tranquilo entráis en los años
de la varonil edad
sin haber sentido celos
ni saber lo que es amar,
achacaréis a delito
lo que es infelicidad;
y no podréis entenderme,
y aun oírme os cansará,
porque juez que nunca erró
no acostumbra perdonar.
A las flaquezas ajenas
las propias disculpas dan;
y vos, que absoluto imperio
en vuestro pecho gozáis,
que a vuestro querer las olas
le detenéis a ese mar,
que lleváis a la razón
sujeta la voluntad,
y miráis una hermosura
cual un busto de metal,

vos ¡ah!, no podéis en mí

vuestro retrato mirar.

ALFONSO

¿Quién os ha dicho que yo

no pagué a la humanidad

el tributo que ninguno

debe ni puede negar?

ORDOÑO

Pero si habéis una vez

amado vos, confesad

que habrá sido sin tener

imposibles que allanar.

ALFONSO

¡Imposibles!

ORDOÑO

No habréis sido

el testigo presencial

y continuo de las gracias

nacientes de una beldad;

no la habréis visto, capullo

escondido en el rosal,

crecer, sus hojas abrir,

y lozano derramar

en las auras el aroma

de su cáliz virginal;

no habréis sentido el horrible

tormento de codiciar

una prenda que no había

de ser para vos.

ALFONSO

Cesad.

ORDOÑO

No habréis querido a una joven,

que os escuchara jovial

como deuda, que os tuviese

deferencia y amistad,

y os hubiera aborrecido

en llegando a sospechar

que por ella vuestro pecho

ardía en llama voraz.

¡Alfonso! ¡Dichoso vos,

dichoso os vuelvo a llamar,

que de amor no habéis sufrido

la dura cautividad!

ALFONSO

Ordoño...

ORDOÑO

Compadecednos,

y no dudéis que será

horroroso padecer

y no poderse quejar.

ALFONSO

¡Qué! ¿Nunca habéis roto vos

ese silencio tenaz?

ORDOÑO

Quise atreverme una vez;

mas al quererme explicar,

me atajaron los enojos

de la rígida beldad.

ALFONSO

Si ella os castigó por eso,

no os debo yo castigar.

Escena IV

BERNARDA, LUPO, ALFONSO, ORDOÑO.

BERNARDA

Señor, la Infanta me envía

a pedir que permitáis

que os vea ya.

ALFONSO

Sí: mandé

que no me pudiese hablar

mientras no se sentenciara

esa causa, y ya lo está.

Que venga. (Vase BERNARDA.)

LUPO

Os presento aquí

los fallos del tribunal.

ALFONSO

Los veré. Llamad a Silo. (Vase LUPO.)

ORDOÑO

(Aparte.) Amansó la tempestad.

Echada está la semilla;

su fruto producirá. (Sale SILO.)

ALFONSO

Llevad a Ordoño a la torre, (A SILO.)

y vos mi firma esperad. (A ORDOÑO.)

SILO

(A ORDOÑO.) Vamos.

ORDOÑO

De un grave negocio

(Aparte a SILO al irse.)

me importa conferenciar

con Bernarda al punto: creo

que tú la permitirás

que venga a la cárcel.

SILO

¡Oh!

No tengo dificultad.

(Vanse ORDOÑO y SILO.)

Escena V

JIMENA, ALFONSO.

JIMENA

Ya que hoy el entredicho se levanta

que en medio de los dos vuestra ley puso,

fuerza será que me escuchéis. No intento

quejarme ya del abandono duro

que por tres días padecí...

ALFONSO

Jimena,

Jimena, perdonad si os interrumpo.

El Rey de su presencia os alejaba;

pero el hermano sin cesar estuvo

viendo a su hermana, por angosto hueco

disimulado en el macizo muro

que cerca esa mansión.

JIMENA

¿Tú me veías?

ALFONSO

Te vi, te vi, de admiración confuso,

llanto afrentoso derramar, y al cielo

dirigir ayes de dolor espurio;

y la vergüenza que de ti me daba,

tan sola fue la que impedirme pudo

que corriese a decir: «Ven, mi Jimena,

vierte en mi seno la aflicción del tuyo.»

JIMENA

¡Ah!, me queda un hermano todavía;

todavía no estoy sola en el mundo.

ALFONSO

¿Qué quieres de tu Alfonso?

JIMENA

Que no extrañe:

si por un desdichado le pregunto,

y su sentencia me revele: a todos

con iguales palabras importuno,

y en respuesta me dan vaga esperanza

con labio alegre y con semblante mustio.

¿Qué falló el tribunal?

ALFONSO

Míralo.

(Dándole la sentencia del Conde.)

JIMENA

¡Muerte!

¡Y a Ordoño Sancho confundir no supo!

ALFONSO

¿Con qué pruebas?

JIMENA

¡Ay Dios!, no recordaba

que fuera allí mi testimonio nulo,

a tenerle que dar. A ti, que sabes

que es incapaz mi boca de un perjurio;

a ti, que puedes la cruel sentencia

deshacer con un rasgo de tu puño,

por esta cruz del sacrosanto leño

(Poniendo la mano sobre la que lleva al cuello.)

la inocencia de Sancho afirmo y juro.

Él en Galicia me entregó una carta,
y en ella el plan del bárbaro tumulto
por Ordoño su autor; y el vil Ordoño,
a favor luego del horrible susto
que mis sentidos embargó un instante,
medio de recobrar el pliego tuvo.

Falte a mis ojos la celeste lumbre,
si a Ordoño en algo sin verdad acuso.
ALFONSO
¡Crédula! Tus palabras son el eco
de la pérfida voz que te sedujo.

Alzarse contra mí, y a los halagos
de mi hermana aspirar, era un insulto
que tú no habías de sufrir; el Conde
para evitar tu cólera, supuso
la carta que perdiste, y a mostrarla,

se volviera tal vez en daño suyo.

JIMENA

¡Ah!, ¡qué mal le conoces!

ALFONSO

A sus jueces

remito mi opinión. Mas ¿qué disputo?

¿Puedes negarme que estalló en su nombre

la rebelión que de mi trono augusto

con furor me lanzó? ¿Puedes negarme

que entre ruidosos vítores del vulgo

fue proclamado Rey, mientras corría
tras mí con una tropa de verdugos?
Si fue leal a mi persona el Conde,
¿por qué con tan extraño disimulo
los lazos ocultó que me tendían,
y ayudó a los rebeldes para el triunfo?

JIMENA

Pide sagacidad al cortesano
en las marañas áulicas maduro;
que un joven de Castilla sólo sabe
con sangre de Ismael hacer fecundo
el nativo confín. Ordoño, Ufila,
cuantos crédito dieron al absurdo
rumor del vasallaje a Carlomagno,
reos son como Sancho, y a ninguno
quisiste castigar.

ALFONSO

Por eso es fuerza,
si el reino quiero mantener seguro,
un escarmiento hacer. Yo no buscaba
la víctima; su estrella la condujo
aquí; la ley sobre su cuello pide
que hiera; hiero: mis deberes cumplo.

JIMENA

¡Cielos! Y Ordoño en tanto...

ALFONSO

Yo no puedo
distinguir el malvado del iluso.
Ni Ordoño, ni otros ciento de mi corte,

que son cobardes aunque son astutos,
conspirarán jamás, a no ofrecerles
el Conde su valor. Muy útil juzgo
que la ambiciosa juventud aprenda,
viendo a Sancho morir, cuál es el fruto
de la imprudencia y la traición.

JIMENA
¡Ingrato!

El Conde libertarte se propuso.

ALFONSO
Perfidia doble: pues a dos vendía,

tome venganza por los dos el uno.

JIMENA
¡Sancho, Sancho morir! Es imposible

que puedas tú pensar lo que iracundo

tu labio dice sin querer. ¿Olvidas

que yo le tengo amor?

ALFONSO
Ése es un hurto

que haces a Dios, a quien te liga un voto.

JIMENA
Yo lo quise cumplir, aunque me indujo

a formarlo el pesar, más que el deseo

de que tuviera fin nuestro infortunio.

Aquella noche que prendiste a Sancho,

noche cubierta para mí de luto,

¿sabes cuál fue la ley que irrevocable

mi varonil resolución le impuso?

La de alejarse para nunca verme,

la de morir por libertar del yugo

musulmán españoles, que aumentaran
fuerzas a tu poder, glorias al culto.

Esto me prometió, y esto cumpliera,
sin el lance fatal que le detuvo.

ALFONSO

¿Cómo al verme después, se convirtieron

tan bizarros propósitos en humo?

JIMENA

Tú quisiste en mi amado envilecerme,

y eso jamás lo sufrirá mi orgullo.

ALFONSO

Lo tendrá que sufrir. La decantada

separación entiendo, el fin descubro.

Esperabas que al Conde sus proezas

engrandecieran a tan alto punto,

que pudiese pedir tu mano en premio,

y en mí negarla pareciera injusto.

Acaso calculasteis los azares

de la guerra también, a que conduzco

mi nación hasta hoy adormecida,

y os prometisteis el aciago nudo

estrechar algún día, siendo el ara

de esa unión que detesto, mi sepulcro.

No, que te hará otra tumba con oprobio

buscar en una celda tu refugio.

JIMENA

Se estrechará, se estrechará primero

esa unión infeliz, contra tu gusto.

De mi voto el prelado me dispensa,

y esposa puedo ser; niega el indulto
a Sancho, manda que su sangre corra:
mujer que a costa de su honor sostuvo
que era esposa de un hombre, ya es forzoso

que la mano le dé.

ALFONSO
Será difunto

un instante después.

JIMENA
Sancho del golpe,

yo de la pena, moriremos juntos.

ALFONSO
¡Cuánto le ama, oh Dios!
JIMENA
¿Que si le amo?

Tú no lo puedes comprender, y dudo
si yo misma hasta aquí supe que fuese
mi amor tan entrañable como puro.
Pocos instantes por la vez primera
le hablé cuando la suerte le condujo
al vergel cuya cerca levantaban;
pocos instantes, que cortés anduvo
(acaso por demás) en retirarse
cuando vio mi desdén sobrado adusto;
y sin embargo, sus palabras fueron
por todo un año mi placer, mi estudio,
mi continua ilusión. En nuestra fuga
veloz, en medio del peligro sumo,
sólo me consolaba el pensamiento

de que siguiera Sancho nuestro rumbo.

¿Que si le amo? Por amarle sólo,
disimulando mi dolor agudo,
que a Saldaña partiera le pedía;
porque le amo, resistí el impulso
de tus iras, al ver que con afrenta
le iban a hundir en calabozo inmundo;
porque le amo, en fin, ves que a tus plantas
de la altivez de Infanta me desnudo,
y te pido piedad, perdón, la vida
de Sancho, que es la mía.

ALFONSO

(Aparte.) (¡Cuánto sufro!)

Levanta.

JIMENA

No, derramaré en el suelo

mi ardiente lloro sin reparo alguno,
aunque a tus pies me vean, y me ahogue

mi sonrojo después.

ALFONSO

(Aparte.) ¿Dónde me oculto?

JIMENA

Tú, benigno con todos, ¿es posible

que con tu hermana rígido y sañudo

sólo vengas a ser? Selo en buen hora.

Yo cedo a tu rigor y no murmuro,

si la víctima soy: muera yo y viva

Sancho.

ALFONSO

¿Por él?... (Con un violento ademán de cólera.)

JIMENA

Tu rostro furibundo

me anuncia que te enojo con hablarte

de mi amor; está bien: ya le sepulto

en el pecho, ya callo, y me levanto.

No te irrites; mudemos de discurso;

hablemos del cariño que te tengo,

del que me tienes tú: siempre mi escudo

fue mi hermano, mi guía. Alfonso, dime:

con mi fatal pasión, ¿en qué te injurio?

¿Temes acaso que te olvide? Mira:

primero a Sancho. Indúltale, y pronuncio

mi voto. Pero lloras. ¡Ah!, yo venzo.

Naturaleza cobra su tributo.

Vivirá el Conde.

ALFONSO

Vivirá.

JIMENA

Consiente

que mis brazos...

ALFONSO

Aparta. Restituyo

a Sancho sus honores, si le dices...

JIMENA

Habla: ninguna condición rehúso.

ALFONSO

Le dirás, y de modo que lo crea,

para atajar a su ambición el curso,

que se olvide de ti, que no le amas

ni le amaste jamás.

JIMENA

¿Qué es lo que escucho?

¡Yo desmentir mi amor! ¡Mentirle a Sancho!

ALFONSO

Con tu primera falsedad te arguyo.

Mentísteme diciéndote casada;

mentira fue que deshonor produjo:

miéntele al Conde por honor ahora.

O mientes, o perece: no hay efugio.

JIMENA

No morirá, que tu palabra tengo:

la diste y eres Rey.

ALFONSO

Tiembla si abuso

de mi poder, Jimena. Mi mandato

se ha de cumplir.

JIMENA

Tirano sin segundo,

ya te conozco: porque nunca puerta

para el amor en tus entrañas hubo,

de nuestras almas desterrar pretendes

el dulcísimo afecto que no plugo

al cielo coronar. Odio quisiste

sembrar entre nosotros: harto justo

es que recaiga en ti.

ALFONSO

Calla: no digas

que me aborreces, no.

JIMENA

Lo digo, y huyo

de tu presencia.

ALFONSO

Ve, ve a prepararte

para tus bodas, que al momento, al punto

las voy a celebrar; no con el Conde,
no con el Redentor: con un verdugo
cuya vista no más te martirice;
con Ordoño: tus votos oportuno
el prelado anuló. Parte, no temas;
el Conde vivirá, yo lo aseguro.
JIMENA
Un sacrificio que me dé la muerte
será un favor: te lo agradezco mucho. (Vase.)

Escena VI

ALFONSO, y después LUPO.

ALFONSO

Vivirá, vivirá; mas no imagines

que ha de volverte a ver. Fallemos. -¡Lupo!

(Siéntase a la mesa, examina las dos sentencias y toma la de SANCHO.)

La sentencia de Ordoño, la del Conde...

(Sale LUPO.)

(A LUPO.) Aguardad. (Díctase y escribe.)

«Quiero como Rey, en uso

de mi prerrogativa, la sentencia

de muerte mitigar.» Me tiembla el pulso.

«Cárcel perpetua y...» (Sigue escribiendo.)

Escena VII

BERNARDA, ALFONSO, LUPO.

BERNARDA

Necesito hablarle.

(A LUPO desde la puerta.)

LUPO

Ocupado le veis.
ALFONSO
Firmo y concluyo.

(Toma la otra sentencia.)

A Ordoño en libertad.

(Ve a BERNARDA y a LUPO que se le acercan.)

Lejos, espías.

(Sigue escribiendo, firma y sella.)

BERNARDA
(Aparte.) Por Dios, que este despecho tan profundo

es un indicio más.

ALFONSO
Tomad: entrambas

(Levantándose y dando a LUPO ambos pliegos.)

sentencias al alcaide, y que no excuso

ni la más leve dilación.

(LUPO va a retirarse, el Rey le detiene y le habla un momento al oído.)

LUPO
Entiendo. (Vase.)

ALFONSO
(Aparte.) No ha de volver a verla: yo lo juro.

Escena VIII
ALFONSO, BERNARDA.
BERNARDA
Quisiera, si no os enoja,

decir...
ALFONSO
¿Alguna mentira?

¿Qué hace Jimena?

BERNARDA

Suspira

de modo que da congoja.

ALFONSO

¿Qué le has oído?

BERNARDA

Enmudece

con empeño pertinaz;

manda que la deje en paz;

replico, y se ensoberbece.

ALFONSO

Su cólera es el castigo

justo de tus libertades.

BERNARDA

Mayores (y no te enfades)

me voy a tomar contigo.

ALFONSO

Soy hombre, y es diferente,

que al fin te debí el primer

sustento; pero haz por ser...

BERNARDA

¿Qué?

ALFONSO

Menos impertinente.

BERNARDA

Lo haré.

ALFONSO

¿Cuál es el asunto

que a verme te determina?

BERNARDA

Esa boda repentina.

ALFONSO

¿Quién te dio parte?, pregunto.

BERNARDA

Respondo: si en una casa

se grita cuando se alterca,

y hay quien escuche de cerca,

se ha de saber lo que pasa.
ALFONSO
¿Cómo en tal negocio cabe

que tengas tú que mediar?
BERNARDA
Te voy a comunicar

un escrúpulo muy grave.

Si se entrara en religión

la Infanta, yo callaría,

pues un esposo elegía

que nunca fue reparón;

pero Ordoño es caballero

que mira (y yo se lo alabo)

mucho por su honor, y al cabo

la conciencia es lo primero.

ALFONSO
Por Dios, que me apurarás

la templanza antes que empieces.

Al caso.
BERNARDA
Si te enfureces

ahora, luego ¿qué harás?

ALFONSO
Sigue, Bernarda: adelante.

BERNARDA
Ten.

(Presentándole un espejo pequeño de plata.)

ALFONSO
¡En la mano me pones

un espejo!
BERNARDA
En tus facciones

¿hallas algo semejante

a las de Jimena?

ALFONSO

Absorto

me dejas. ¿Qué relación?...

BERNARDA

Será tu contestación,

echando por lo más corto,

que no.

ALFONSO

Pero ¿a qué te vales

hoy de tan extraordinarios

reparos?

BERNARDA

¿No son contrarios

también vuestros naturales?

ALFONSO

¡Contrarios! ¡Ay! ¡Ojalá

no lo fueran tan de lleno!

Pero, Bernarda, que peno

demasiado. ¿A dónde va

a parar esa prolija

cuestión con que me molestas,

que entre mil dudas opuestas

yo no sé lo que colija?

BERNARDA

A ofrecer un testimonio

de honradez, aunque yo pague

sola por dos, y naufrague

de Jimena el matrimonio.

ALFONSO

¿Naufragar? ¿Por qué?

BERNARDA

Faltó

hacer una diligencia.

ALFONSO

¿Cuál?

BERNARDA

Obtener la licencia

de su madre, que soy yo.

ALFONSO

¡Su madre! ¡Dios infinito!

¿Es cierto lo que escuché?

Dime que no me engañé.

¡Tú su madre!

BERNARDA

Lo repito.

Madre de Jimena soy.

ALFONSO

¡Cielos hasta aquí tiranos!

¿Con que no somos hermanos?

¡Qué misterio rompéis hoy!

BERNARDA

Muerta desgraciadamente

de la vida en el umbral

la hija del lecho real,

hallándose el Rey ausente,

quiso la Reina...

ALFONSO

Lo entiendo.

Quiso excusar el dolor

de mi padre, o su furor:

uno y otro era tremendo

en aquel carácter fuerte

incapaz de reprimir.

No tienes más que decir:

yo necesito creerte.

No es mi hermana: ¡si el cariño

fraternal tiene otros goces,

si lo está diciendo a voces

mi corazón desde niño!

Sal ya de mi pecho, sal,

secreto que yo temblaba

de averiguar, y hoy acaba

de mostrármese cabal;

sal, que ya la Providencia

de toda culpa te exime:

ya es puro mi amor, sublime

le hizo mi resistencia.

Parte, y a mi hermana di

(no es mi hermana, que es mi cielo,

mi bien, mi gloria) que el velo

que me cegaba rompí,

que ya no será de Ordoño,

que en vano se desconsuela,

que la sangre de Fruela

no ha de quedar sin retoño.

Pero no me satisface

que tú... (Hace que se va.)

BERNARDA

¿Vos amáis?...

ALFONSO

Sí a fe.

Siempre a mi Jimena amé:

la adoro quince años hace.

BERNARDA

¿De veras la amáis?

ALFONSO

Con loca

pasión: ¿no ves mi alegría?

BERNARDA

Eso es lo que yo quería

escuchar de vuestra boca.

ALFONSO

Bernarda, me dan recelos...

BERNARDA

Niega ya, desalumbrado,

que a tu hermana has castigado

y al Conde, sólo por celos.

ALFONSO

La pasión me despeñaba

sin conocerlo yo mismo.

BERNARDA

Tu rigor en un abismo

de males hoy sepultaba

a dos, cuyo amor honesto

es digno de compasión.

ALFONSO

¿No lo es también mi afición?

BERNARDA

Rey, la tuya era un incesto.

ALFONSO

Mas ya sin crimen aspira

a que Jimena...

BERNARDA

No esperes

nada, no: su hermano eres.

Cuanto has oído, es mentira.

ALFONSO

¡Oh!

BERNARDA

Lo cierto es que poseo

tu secreto, y esta vez

no podrá vengarse juez

quien se ha confesado reo.

ALFONSO

Pues bien, mi furor se aquiete

con sangre de quien le atiza.

(Toma una espada, que hay con otras armas colgada del muro.)

BERNARDA

¡Infeliz! ¡A tu nodriza!

ALFONSO

¡Insensato de mí! -Vete.

(Soltando la espada y sentándose abatido.)

(Pausa. BERNARDA da algunos pasos para retirarse, y luego se para; el Rey vuelve la cabeza y manifiesta en su rostro su sentimiento: entonces BERNARDA se acerca a él.)

ALFONSO

¿No quieres obedecer?

BERNARDA

Señor, os oigo gemir.

ALFONSO

Quita.

BERNARDA

No me puedo ir,

no, que os veo padecer.

ALFONSO

Déjame.

BERNARDA

Aunque no me cuadre

tan excelsa dignidad,

llorad conmigo, llorad,

que no tenéis otra madre.

Forzoso ha sido que apele

al secreto que os amengua;
pero cortadme la lengua
si teméis que lo revele.
Vos solo y yo lo sabremos:
Jimena lo ignora todo,
y aun podéis hacer de modo
que vos y yo lo olvidemos.
De una pasión una hazaña
las consecuencias ataje...
Y pagadme el hospedaje
que hallasteis en mi cabaña.
Ofrecísteisme por Dios
una gracia; lo sabéis:
os pido que me otorguéis
mi perdón... y el de otros dos.

(Se arrodilla.)

ALFONSO

Alza, que no debe estar

a mis pies, ni un breve espacio,

la que tiene en mi palacio

derecho para mandar.

Que venga mi hermana.

BERNARDA

¡Ahora

sí que tenéis sangre mía!

(Corriendo hacia la puerta.)

¡Señora! -Me ahogaría

si no llorara. -¡Señora! (Vase.)

ALFONSO

¡Hola! -Afortunadamente

(Siéntase a la mesa y escribe con rapidez unas líneas.)

sé que no tuvo lugar

Silo para ejecutar

esa sentencia inclemente.

Escena IX

LUPO, ALFONSO.

ALFONSO

Volad: esa orden entregad a Silo.

(LUPO toma la orden y se va.)

Mandé que con la trompa me avisara

luego que la sentencia ejecutara;

no sonó la señal: estoy tranquilo.

Escena X

ORDOÑO, ALFONSO.

ORDOÑO

A vuestros pies la gratitud me guía...

ALFONSO

(Aparte.) ¡Cielos!

ORDOÑO

Os dejo al punto, sin embargo.

Sentencia bien distinta de la mía

el momento presente os hace amargo.

Dignaos de leer estos renglones

(Le da un pliego cerrado.)

que acabo de escribir con prisa grande:

conoceréis aquí mis intenciones,

y en casa espero que mi Rey me mande.

ALFONSO

Partid a vuestra casa en derechura,

y con ninguno habléis. (Vase ORDOÑO.)

Escena XI

ALFONSO, y luego SILO, dentro.

ALFONSO

Me da martirio

el ver esa sardónica medida.

¡Casarle con Jimena! Fue un delirio.

(Abre el pliego y lee.)

«El secreto de vuestro corazón no le ha sorprendido Bernarda, sino yo, que se lo he confiado a ella, por ser de los que humillan mucho revelados por un hombre. Si este secreto se divulgara, perderíais el concepto de todos los que admiran la pureza de vuestras costumbres: vuestros enemigos aprovecharían la noticia para completar vuestro descrédito, y os arrojarían del trono. He oído vuestra conversación con Bernarda, de quien no me quejo porque haya servido a su señora y no a mí; pero os aviso que el premio de mi silencio es la mano de Jimena.»

Primero el corazón sabré arrancarte.

(Se encamina a la puerta por donde salió ORDOÑO.)

La puerta me cerró. ¡Mísera treta!

(Va a la puerta del lado opuesto.)

¿Dónde de mi furor has de librarte,

infeliz?

(Ruido a la derecha de voces y armas, y al mismo tiempo tocan una trompeta.)

¡Cielos santo! ¡La trompeta!

VOCES

(Dentro.) ¡Arma! ¡Traición!

SILO

(Dentro.) A él: ved que os engaña.

(ALFONSO toma una maza de armas; al mismo tiempo salen por la izquierda algunos pajes, que a una señal del Rey corren a echar abajo la puerta de la derecha.)

ALFONSO

Aquí...

SILO

(Dentro.)

¡Muera!

ALFONSO

Tened. -¡Piedad divina!

SILO

(Dentro.) No respetéis que es Conde.

ALFONSO

¡Le asesina!

(Fuerza la puerta de un golpe de maza.)

Ya abrí.

(Franca la puerta, va a la pieza inmediata; pero se detiene al oír la voz de SILO, que sale precipitado con la espada desnuda.)

SILO

(Saliendo.)

Traed al Conde de Saldaña.

Escena XII

SILO, ALFONSO.

ALFONSO

¿A quién esos crueles mercenarios

han muerto?, ¿a quién?

SILO

(A los pajes.) Salid. (Vanse los pajes.)

ALFONSO

Responde luego.

SILO

A ese Conde traidor de los notarios,

que a Lupo quiso arrebatarse el pliego.

ALFONSO

¿Detener el perdón Ordoño quiso?

SILO

Y ciego queda Sancho, si la Infanta

por un momento más no se adelanta,

dándome ya de la merced aviso.

Lupo la entrega del perdón resiste,

le hiere Ordoño, de prenderle trato,

lidia, tocan sin orden a rebato,

y el criminal expira.

ALFONSO

¿Ya no existe?

SILO

Mirad. (Señalándole la puerta.)

ALFONSO

¿Nada al morir ha descubierto?

SILO

Nombró a Sancho y a vos: «Erré el camino,»

dijo; después: «Merezco mi destino,»

y le faltó la voz al labio yerto.

Escena última

JIMENA, SANCHE y BERNARDA, por la izquierda; ALFONSO, SILO.

JIMENA

¡Hermano!...

SANCHE

¡Mi señor!...

JIMENA

Siempre esperaba...

BERNARDA

(A JIMENA.) Bien os decía yo.

SANCHE

Mientras respire

Sancho, vuestro será.

JIMENA

Seré tu esclava.

ALFONSO

Callad, o haréis que de vergüenza expire.

Oíd. Porque no hay crimen sin castigo,
porque os defiende el cielo soberano,
libres ambos estáis de un enemigo.

Ordoño ha muerto.
JIM., SAN. y BER.
¡Ordoño!
SILO
Por mi mano.
ALFONSO
(A SANCHO.) Acaso declarar vuestra inocencia

quiso, y en vano fue, ya moribundo:
justificado estáis en mi conciencia;
pero falta la prueba para el mundo.

Un escarmiento mi dosel reclama,
que haga a la rebelión temer su estrago:
sacrificadme, Conde, vuestra fama,
y la ventura vuestra os doy en pago.

Con un anuncio que sospechas borre,
se mostrarán de Ordoño los despojos;
de vos se contará que en una torre
gemís, privados de la luz los ojos.

De Jimena dirán que sin su amante
eligió en su dolor un monasterio;
huid en tanto, y en región distante

vivid cercados de feliz misterio.
JIMENA
¡Separarnos de ti!
ALFONSO
No es sin motivo.
SANCHO
¿Permitiréis un día que volvamos?

JIMENA

Nadie sabrá...

ALFONSO

Jamás: os lo prohíbo.

La vez postrera viéndonos estamos.

JIMENA

¿La vez postrera?

ALFONSO

Sí. Para tu dote

los bienes todos de mi padre cedo,

y a la noche en secreto un sacerdote

os uniré.

JIMENA

A tu vista.

ALFONSO

No, no puedo...

SANCHO

Señor...

ALFONSO

(A SANCHO.)

Si el cielo os concediere un hijo

que retrate a Jimena, de ése aguardo

que ser el padre me otorguéis.

BERNARDA

Yo exijo

que se le ponga el nombre de Bernardo.

ALFONSO

(A BERNARDA y SILO.) Adiós. -Vosotros seguiréis su suerte.

Mudad de nombre. Partiréis mañana;

(A los amantes.) Y nunca me verás, nunca he de verte.

(A JIMENA. Hace que se va.)

JIMENA

¿Te vas sin un abrazo de tu hermana?

(Vuelve ALFONSO, abraza a JIMENA y da la mano a SANCHO.)

ALFONSO

Adiós, hermana. Adiós. -Tú que mi pena

(Aparte a BERNARDA, separándose de SANCHO y la Infanta.)

sabes, si el cielo de mi vida el plazo

acorta en una lid, dile a Jimena

cuánto habré padecido en ese abrazo.

.....

Apéndice

Los malaventurados amores de la infanta Doña Jimena y el Conde de Saldaña, de quienes nació, según el Arzobispo D. Rodrigo, el célebre Bernardo del Carpio, pasan hoy generalmente por una fábula, y aun se niega que haya existido ninguno de estos tres personajes, porque, a la verdad, ni los dos escritores de aquella época, Sebastiano y el Monje de Silos, ni aun el Obispo D. Pelayo en las adiciones que hizo al primero, dicen una palabra acerca de los padres ni del hijo, cuyas primeras noticias aparecen en dos escritores del siglo decimotercio. Éste no es inconveniente para el que pretenda introducirlos en un poema dramático, porque si tiene facultad el poeta para crear personajes de su invención y ponerlos al lado de los que realmente existieron, nadie podrá impedirle que al presentar en la escena una figura histórica, le coloque alrededor otras inventadas por los historiadores, y que han pasado como históricas también por espacio de muchos siglos. Sin embargo, aun en estos últimos tiempos hay escritor bien respetable que ha admitido la existencia de la Infanta y del Conde, negando sólo que dieran el ser a Bernardo: ponemos las palabras del autor a quien nos referimos, al frente de las otras autoridades que abajo se copian, para manifestar en qué fundamentos estriba la parte histórica del drama.

«Fruela... tuvo un hijo que reinó después con el nombre de Alonso el Casto, y una hija llamada Doña Jimena, tan célebre en las antiguas fábulas españolas por sus amores y casamiento clandestino con el Conde de Saldaña, y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio.» -D. Alberto LISTA, Historia de España, tomo XXVI de la Universal.

«Alonso II, sucesor de Bermudo e hijo de Fruela I, empuñó el cetro en el día 14 de septiembre del año 791. No lo recibirían todos con igual gusto, pues, según refiere el Monje de Albelda, hubo gente rebelde y poderosa que al año siguiente (no diez años más tarde, como dice Rodrigo Jiménez) se atrevió a encerrarlo en un monasterio, de donde lo sacaron con noble denuedo algunos fieles vasallos, entre quienes se distinguió Teudan por su fidelidad y constancia.» -MASDEU, Historia crítica de España, tomo XII.

«Alonso, joven a la sazón (791) de veinticinco años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situación. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fe.

.....

Teudio y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le restituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron después de haberla logrado, ni el castigo que se les dio.» -LISTA.

Como hubo razones para que Sebastiano callara un acontecimiento de tanto bulto, y el Silense, que lo menciona, guardara profundo silencio acerca de las personas que intervinieron en él y acerca de sus pormenores, ¿no pudo haberlas también para omitir la noticia del casamiento de Jimena y Sancho? ¿No pudo esta razón ser la misma? ¿No pudo el casamiento coincidir con la rebelión, y haber tenido parte en ella los dos amantes o el uno? Por lo menos es innegable que la pena de perder los ojos no se imponía por la legislación gótica sino a los reos de alta traición, a quienes el Rey perdonase la vida: el casamiento clandestino era castigado con mucha menos severidad. Véanse las leyes siguientes:

«Si alguno probare de matar al príncipe, o de le toler el regno, a cualquier que se le pruebe estas cosas o algunas de ellas, despois que fuere fallado, reciba muerte, e non sea dejado vevir: e si el príncipe por piadat le quisiere dejar vevir, nol' deje, que nol' saquen los ojos, porque tal non vea el mal que cobdizó facer, e que haya siempre amargosa vida e penada.» -Fuego Juzgo, lib. 2.º, tít. 1.º

«Si la moyer libre casar con ome libre, el marido dela debe fablar primeramente con sos padres; e si la podier haber por moyer, dé las arras a los padres así como es derecho; e se non la podier ovier, finque la moyer en poder de los padres; e si ela casar sen voluntad del padre o de la madre, e ellos non la quisieren recibir de gracia, ela nen los fijos non deben heredar en a buena de los padres, por que se casó sen voluntad delos; mas sel' quisieren dar alguna cosa los padres, bien lo poden facer.» -Ibid., lib. 3.º, tít. 2.º

«Si los hermanos tardan el casamiento de la hermana... por tal que la podan meyor casar, e ela (non catando so ondra) tomar marido de menor guisa que non debe, pierda todel derecho que debe haber de la bona de sos padres.» -Ibid., ibid.

Estas conjeturas serán de poquísima importancia miradas bajo el aspecto histórico; pero bajo el aspecto dramático no las creo sin interés, porque al aplicar la historia a la escena, casi vale tanto lo que pudo ser como lo que fue.

«El buen Rey D. Alfonso que vio al tirano (Mauregato) con tantas fuerzas que era imposible resistirle... salió de Asturias, y fuese a meter a Álava... Estuvo también huido y escondido en el monasterio de Samos... Parece como estuvo agora el Rey allí escondido, por un privilegio que tienen los monjes... Dice en castellano: Estuvo despacio allí en Sámanos y en otro lugarejo llamado Subrego en la ribera del río Daura, y con los monjes mucho tiempo en el tiempo de su persecución.» -MORALES, Crónica general, tomo VII.

«El Arzobispo D. Rodrigo cuenta luego tras esto cómo se le rebelaron al Rey D. Alfonso algunos de los suyos con tiranía, y lo pusieron en tanto estrecho, que se hubo de retirar a un monasterio llamado Abeliense... -Tierra de Abelania... se llama aquélla de Samos; y hemos de entender que el Rey estuvo en Samos siendo niño, y en tiempo de Mauregato, y agora también. Así que estuvo tres veces.» -MORALES, ibid.

«Los gloriosos principios del reinado deste Príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en la casa real; y fue que su hermana, la Infanta Doña Jimena, olvidada del respeto que debía a su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandía o Sancho, Conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él... Acusáronle (al Conde) de traición y de haber cometido ofensa contra la majestad.» -MARIANA, tomo V de la edición de Sabau.

Masdeu observa que la simple falta de honestidad, cometida voluntariamente entre solteros ingenuos, ni se castigaba en tiempo de los godos, ni daba derecho a la doncella para pretender la mano del autor de su deshonor. Por la ley 5.ª del libro 3.º título 4.º del Fuego Juzgo, se permitía al padre, hermano o tío que sorprendiese en aquel delito dentro de la casa paterna a la hija, hermana o sobrina, matarla o hacer de ella lo que le pareciese; pero la calificación de adulterio que allí se da al crimen, y la disposición

última de la ley 12 del mismo título, manifiestan que se trata de doncellas ya desposadas con otro que su corruptor. Las penas que señala la ley 11 del título anterior, comprenden a los que seducen solteras con engaño, por medios de tercería y faltando a lo que prometieron, o bien se casan por fraude con ellas y contra la voluntad de la contrayente. Nada de esto hubo en el casamiento de Sancho y Jimena, tal como se pinta el suceso; y así no es de creer del virtuoso Rey Alfonso II un rasgo de crueldad y tiranía tan escandaloso. Si existieron aquellos dos personajes; si fue cegado el Conde y encarcelado por vida, y la Infanta reclusa, otras circunstancias más graves debieron ocurrir en su culpa; y si ésta no fue más que un matrimonio clandestino, por ella no pudo imponérseles el castigo citado. En tal duda, el autor del drama, aprovechando la frase última de Mariana, conciliadora de ambos extremos, ha manejado el asunto del modo que favorecía más a los personajes, dejando la tradición a cubierto; pues reputado el hecho por fabuloso, no había motivo para guardar a la ficción el miramiento y consideraciones que ni aun se suelen guardar a los fueros de la historia.

«También algunas doncellas, sin salir de su casa paterna, se vestían de religiosas, profesando virginidad por toda su vida, y se llamaban, ya vírgenes sacras, y ya devotas, por corrupción de la palabra latina Deo votas, que equivale a consagradas a Dios. Cuando el Obispo las recibía en la iglesia a la profesión, no sólo las bendecía como a las viudas, pero también las cubría con un velo blanco, que habían de llevar siempre sobre la cabeza, como por testimonio glorioso de su virginidad.» -MASDEU, Historia crítica de España, tomo XI.

Romey copia a Masdeu este pasaje como otros muchos.

Conde de los notarios era, según Masdeu, cargo que entre los godos equivalía al de secretario de Estado; según Salazar, se daba este nombre a los notarios mayores, a los notarios principales. La autoridad de Masdeu es de más peso, y la idea que da más clara. Tioda es el verdadero nombre del arquitecto de Alfonso el Casto: se ha invertido el orden de las dos primeras vocales por hacer su pronunciación más suave en el teatro. Alteraciones de esta especie eran comunes en los nombres de aquella época: Teudis, Teudio, Teuda, Teudas, Teudan, Teudo, Teudon y Teudonio son variantes de un nombre mismo, y acaso el Tioda lo sea también.

El personaje de Ordoño, amigo falso del Conde y enamorado de la Infanta, está ideado a semejanza del Conde don Rubio que introduce Cubillo en la conocidísima comedia titulada Primera parte del Conde de Saldaña, cuyos dos primeros actos se han tenido presentes al escribir este drama.

Primero Yo

Drama en cuatro actos en verso

Estrenado en el teatro del Príncipe a 14 de abril de 1842(1)

PERSONAS

LUCIANO

ROSALÍA

ISIDORO

MARIANA

DON FABIÁN

DON BLAS

AGAPITO

DAMAS

CABALLEROS

MONJES

GUARDIAS DE CORPS

SOLDADOS

ALGUACILES

UN OFICIAL

UN ESCRIBANO

UNA CRIADA

UN UJIER

La escena es en el Escorial.

La acción principia el día II de octubre de 1757.

Acto primero

A la derecha del actor la peña que llaman LA SILLA DE FELIPE II; a la izquierda la subida a una casa grande de guardas, de la cual se verá un ángulo; en el fondo, a lo lejos, se descubren los lienzos de oriente y mediodía del Monasterio del Escorial.

Escena I

MARIANA, en lo alto de la peña, y mirando hacia dentro; LUCIANO, al pie, apoyado en un árbol en ademán de persona débil y fatigada.

MARIANA

Sí, tío, no dude usted:

ésa es la casa del guarda.

LUCIANO

¿Con que nos tienen ahí

la merienda preparada?

MARIANA

Pues, ahí.

LUCIANO

Me alegro mucho,

porque ya me fatigaba.

MARIANA

Sí, para un convaleciente...

LUCIANO

Es bien grande la distancia

desde el Escorial aquí.

MARIANA

Es tal que fastidia. -Nada,

no parecen Isidoro

ni mi tía.

LUCIANO

Se cansaban

también, y se detuvieron

junto a la fuente que llaman

de las Arenitas.

MARIANA

Ya,

pero...

LUCIANO

¿Qué?

MARIANA

¡Qué flema gastan!

LUCIANO

Pues tenla tú. -En esa peña

cada día se sentaba

el Rey Felipe segundo

para fijar sus miradas

en la fábrica que había

de ser maravilla octava.

Para él se labró el asiento

donde estás encaramada.

MARIANA

(Bajando.) Pues si hubiera sido yo

entonces Reina de España,

tuviera un defecto menos

esta especie de atalaya.

LUCIANO

¿No ves bien desde ese punto

el Monasterio?

MARIANA

No basta.

Se había de ver también

una senda despejada,

por la cual se descubriera...

LUCIANO

Sí, ya estoy: a los que tardan

en llegar, como Isidoro.

MARIANA

Excusado verbigracia:

como otro cualquiera.

LUCIANO

Vamos,

vamos, yo sé lo que pasa.

MARIANA

Eso es decir...

LUCIANO

La verdad:

que estás muy enamorada.

MARIANA

¿Yo enamorada? ¿De quién?

LUCIANO

De Isidoro.

MARIANA

Yo pensaba

que no.

LUCIANO

Pues cree que sí.

MARIANA

Como usted me lo persuada,

lo confesaré. ¿Qué hacen

dos, así, cuando se aman?

LUCIANO

Si se quieren, y no pueden

hablarse...

MARIANA

Eso preguntaba.

LUCIANO

El galán en ese caso

procura ver a la dama

en la calle, en el paseo,

en la iglesia... donde vaya.

MARIANA

¿Sí?

LUCIANO

Suele alquilar un cuarto

enfrente de sus ventanas...

MARIANA

¡Oiga!

LUCIANO

Suele con frecuencia,

si maneja la guitarra,

cantar alguna canción

tierna, y en un anagrama

decir, en secreto a voces,

el nombre de su adorada.

MARIANA

¡Mire usted!

LUCIANO

Suele la niña,

cuando hay pajarera en casa,

llevar a los pobrecitos

canarios pamplina y agua,

y de camino asomar

furtivamente la cara

por una guardilla, y luego

dar dos o tres ojeadas

a las tejas, a las nubes,

a las veletas; arranca

un yeso de la pared,

se le tira a un papanatas

que cruza la calle, ríe

la señorita la gracia,

y oye entonces una voz

que en tono jovial exclama:

«¿Con que usted tira la piedra

y esconde la mano?» Para

la atención, y en la guardilla

de enfrente ve que se halla

el que los pasos le sigue

de día, y de noche canta:

se turba la niña un poco,

pero se sonríe; baja

los ojos, huye; y con esto

no más (¿quién lo imaginara?)

ya queda fija la base

del tratado de alianza.

MARIANA

¿Con que usted todos los días

en Madrid nos acechaba,

a mí y a Isidoro?

LUCIANO

Soy

tutor, y la vigilancia

es mi obligación primera.

MARIANA

Pero, tío, unas niñadas

de esa especie ¿son amor?

LUCIANO

Son su carrera ordinaria:

por ahí principia.

MARIANA

¿Hicimos

mal?...

LUCIANO

Tú querrás ser casada,

supongo.

MARIANA

Muy bien supuesto.

LUCIANO

Entonces es circunstancia

precisa que trates gentes

para ver el que te agrada.

MARIANA

Ese camino ya está

andado.

LUCIANO

¿Haciendo escapadas

a la pajarera?

MARIANA

Pues.

LUCIANO

Ya vas siendo buena pájara

tú.

MARIANA

Con todo, usted me quiere

mucho: no seré tan mala.

LUCIANO

Porque te quiero, deseo

verte bien acomodada.

MARIANA
Creo que Isidoro...

LUCIANO
Es pobre.

MARIANA
Yo soy rica: eso se gana.

LUCIANO
No es de ilustre cuna.

MARIANA
¿Qué

importa? Un sí nos iguala.

¿No quiere usted que me case (Afligida.)

con él?

LUCIANO
Pero, atolondrada,

¿quién le admitió en la familia

sino yo?, ¿quién?

MARIANA
Principiaba

a temer ya... ¡Qué locura!

Cuando veo que le tratan

mi tía y usted lo mismo

que a un hermano, y que le pagan

una pensión, a pretexto

de que nos tenga ordenada

la biblioteca, y es sólo

para que adelante salga

mientras que se llegue a hacer

jurisconsulto de fama.

LUCIANO

Todo eso y algo más hice

cuando vi que te prendabas

de él.

MARIANA

¡Cuánto debo a mi tío!

LUCIANO

Y a tu parecer (sé franca),

¿te quiere mucho?

MARIANA

Yo ¿cómo

lo he de saber? No se apartan

ustedes nunca de mí,

y él no me dice palabra.

LUCIANO

Ya rondará por las noches

tu reja en esta jornada.

MARIANA

¡Ay!, no, señor: ¡ay!, ¡qué miedo!

¿Y si viene la fantasma?

LUCIANO

¿La fantasma? ¿Viste tú

la de la noche pasada?

MARIANA

Sí, señor.

LUCIANO

¿Sí? Yo creía

que fuese alguna patraña.

MARIANA

No, no.

LUCIANO

Yo he dormido fuera

del palacio, y como nada

turbó mi sueño... Di.

MARIANA

Anoche,

un poco antes que sonaran

las cuatro, como yo estoy

hace días desvelada,

me puse un rato a la reja.

LUCIANO

Ya se adivina la causa.

MARIANA

Por tomar el fresco.

LUCIANO

Y ver...

MARIANA

¡Ay!, ¡lo que vi!

LUCIANO

¿Qué fue? Acaba.

MARIANA

No sé de dónde salió,

si brotó de las entrañas

de la tierra, si... ¡Jesús!

Era una figura blanca

tan grande... ¿cómo diré?

¡Oh!, mayor que las estatuas

que en el patio de los Reyes

hay puestas en la fachada.

LUCIANO

(Aparte.) (¿Qué será esto?) Y bien, ¿qué hacía?

MARIANA

Hacía temblar. Vagaba

entre los árboles, ya

lenta, ya precipitada;

vino hacia palacio: entonces

dio un alarido...

LUCIANO

¿Gritaba?

MARIANA

Gritaba, y también reía;

pero como cosa mala,

como cosa de otro mundo:

por último, alzó con rabia

la mano, haciendo ademán

de dar una puñalada,

y pronunció...

LUCIANO

¿Una blasfemia?

MARIANA

Peor que si blasfemara,

mucho peor: lo que dijo

fue mi nombre, fue «¡Mariana!»

LUCIANO

¡Mariana! (Aparte.) Debí soñando

levantarme de la cama.

¡Maldito achaque!

MARIANA
Al oírlo,

yo me caí desmayada.

LUCIANO
Eso ¿lo has contado?

MARIANA
A nadie.

LUCIANO
Sintiera que me engañaras.

MARIANA
Que no: como me mandaron

ustedes que me acostara,

y no obedecí...

LUCIANO
Pues es

de muchísima importancia

que acerca de esa visión

guardes silencio.

MARIANA
Bien.

LUCIANO
Trata

de ser también desde ahora

un poco más reservada

con Isidoro.

MARIANA

¿Por qué?

LUCIANO

Sólo el que yo lo indicara

te debía bastar.

MARIANA

Una

razoncita más no daña.

LUCIANO

Hija, el hombre estima poco

lo que sin afán alcanza;

y harto temprano comienza

la mujer a ser esclava,

sin que se abrevie los días

que tiene de soberana.

Tú, que en la senda de amor

fijas la inexperta planta,

y que bella, virtuosa

y pura, mereces que ardan

de cien y cien albedríos
las ofrendas en tus aras,
apréciate en lo que vales;
mantén oculta la llama
de tu pasión; mira y oye
siempre con desconfianza
promesas que hace el deseo
y las borra la inconstancia,
suspiros hijos acaso
de miras interesadas,
y obsequios que han de parar
en tiranía mañana;
que si rindes sin defensa
el baluarte del alma,
bien pronto del vencedor
te mirarás despreciada,
cual contrario que no supo

capitular con ventaja;

y olvidándote, irá en busca

de otra conquista más ardua.

MARIANA
Y con esa alegoría

¿quiere usted decirme en plata

que sea con Isidoro

eso que, a estilo de Francia,

llaman coqueta?

LUCIANO
No; pero

cuanto más desvío, cuanta

más indiferencia afectes,

has de ser más cortejada,

más querida de tu amante.

MARIANA
¿De veras?

LUCIANO
De fijo.

MARIANA
Basta.

Si fomenta la pasión
tenerla y disimularla,
no ha de saber Isidoro
que yo le estoy inclinada,
si no pena más por mí
que Amadís por Oriana.
Algún escrúpulo tengo
de que es traidorcilla y falsa
esta conducta, con todo
que mi vanidad halaga;
pero mi tutor lo exige;
yo le estoy subordinada:
si peco en obedecerle,
sobre él mi culpa recaiga.

Escena II
ISIDORO, LUCIANO, MARIANA.
ISIDORO
Señores...

LUCIANO
¡Hola, Isidoro!

Ya aquí de menos te echaban.

ISIDORO

¿A cuál debo de los dos

el favor?

MARIANA

Al tío.

ISIDORO

(Aparte.) ¡Ingrata!

MARIANA

(Aparte a LUCIANO.)

¿He mentido bien?

LUCIANO

¿Qué has hecho

de mi esposa?

ISIDORO

La acompaña

Don Fabián, y no he podido

sufrir su enfadosa charla.

LUCIANO

Pues es un viejo muy guapo.

ISIDORO

Como yo me adelantaba

aquí, me dio Rosalía,

que por tu salud se afana

más que tú mismo, este pomo.

LUCIANO

Mi medicina: tomarla

debo a esta hora, es verdad;

voy arriba a pedir agua

y azúcar.

MARIANA

El brazo.

LUCIANO

No.

(Aparte a ella.) Si ahora Isidoro hablara

de amor, le podías dar

unas medias calabazas.

MARIANA

(Aparte a su tío.) Bien.

LUCIANO

(Aparte.) Serás mía, aunque todo

el mundo me lo estorbara. (Vase.)

Escena III

MARIANA, ISIDORO.

ISIDORO

¡Luciano venturoso!

¿Quién no le tiene envidia?

Joven, rico, adorado

de una consorte fina,

cuya virtud encanta,

cuya beldad admira,

él tan sólo parece

no conocer su dicha.

MARIANA

(Aparte.) No me divierten estos

elogios a mi tía.

ISIDORO

¿No piensa usted lo mismo?

¿No es verdad, Marianita,

que es muy feliz el hombre

a quien el cielo envía

un ángel que a su lado

continuamente asista,

que le haga más preciosos

los goces de la vida,

y con su cauta mano

desvíe las espinas

que cercan el sendero

donde a su bien camina?

MARIANA

Y ese ángel ¿sólo puede

llamarse Rosalía?

ISIDORO

Ídolo de mi pecho,

no cautelosa finjas;

que, bien lo sabes, eres

alma del alma mía.

Mil veces lo dijeron

los ecos de mi lira,

y hoy, dulce prenda, el labio,

que de temor vacila,

humilde te declara

que eres por quien suspira.

MARIANA

(Aparte.) ¡Ay!, ¡qué bien enamora!

¡Ay!, ¡lo que perdería,

si su fervor menguara,

mi inclinación sabida!

ISIDORO

¿Callas? ¿Nada respondes?

MARIANA

Prosiga usted, prosiga.

ISIDORO

No imagines que ciega

mi presunción olvida

que soy hidalgo pobre,

y eres ilustre y rica;

lo sé, y mi amor se engríe

con mi pobreza misma.

Nombre, blasones y oro

son del saber conquista:

¡Cuán dulce es consagrarlos

a la beldad querida!

¡Qué de veces que el sueño

dobló mi frente encima

del libro a cuyas hojas

robaba la doctrina,

lisonjeó mi gusto

grata la fantasía,

y vime colocado

en eminente silla,

y vi que por la esfera

volando a mí venía

deidad que coronada

de mirto y siempreviva,

la sien se despojaba

para ceñir la mía!

Y eras, Mariana hermosa,

tú la que me traías

amor y dicha en premio

de afanes y vigiliás;

y yo, no hallando entonces

palabras expresivas

para el inmenso gozo

del alma agradecida,

mudo ante ti doblaba

la frente y la rodilla. (Lo hace así.)

MARIANA

No se punce la pierna

usted con las ortigas.

ISIDORO

Perdóname, Mariana;

perdona mi osadía.

Si en infeliz albergue

mi cuna fue mecida,

yo sabré hacerme digno

de merecerte un día.

Entonces, y no ahora,

te rogaré que admitas

el homenaje puro

con que mi fe te brinda.

Dime entre tanto sólo

que no lo desestimas.

MARIANA

Lo estimo mucho.

ISIDORO

¡Oh gloria!

MARIANA

Pero alce usted: arriba.

ISIDORO

Mi gratitud eterna...

MARIANA

¿Cómo no estimaría

al hombre que me dice

cosas tan divertidas?

Me jura que me adora,

me llama usted bonita,

me quiere dar la mano

vestido de golilla

luego que el Rey le nombre

corregidor en Indias;

si esto no es de apreciarse,

venga Dios y lo diga.

ISIDORO

Ese tono ligero,

Mariana, me intimida.

MARIANA

¿Prefiere usted que calle?

ISIDORO

No, siga usted, prosiga.

MARIANA

Admiro la franqueza,

la heroica bizarría

de un amante que ofrece

bienes en perspectiva,

suerte que yo no dudo

que al cabo la consiga;

mas si un galán mañana

mi mano solicita,

rico, gallardo, amable,

¿no fuera bobería

dejar por la dudosa

la oferta positiva?

Corren, Don Isidoro,

los años muy aprisa,

y plazos dilatados

aterran a las niñas.

Quizá será muy bueno

pasar embebecida

en esperanza alegre,

que cumplirá tardía,

la verde primavera

de juventud florida;

pero ir a desposarse

y ser ya talludita,

para mi gusto, vamos,

es cosa que horroriza.

Así, Don Isidoro...

ISIDORO

No siga usted, no siga.

Ya veo la sentencia

que contra mí fulmina.

MARIANA

No se fíe usted mucho

tampoco de su vista.

ISIDORO

¿Qué quiere usted decirme?

Sea usted compasiva,

que no sabe la pena

con que me martiriza.

Declare por lo menos...

MARIANA

Prosiga usted, prosiga.

ISIDORO

Que me permite amarla.

MARIANA

¿Cómo lo impediría?

ISIDORO

Que espere.

MARIANA

¡Ay! A ninguno

la esperanza se quita.

ISIDORO

Prométame el consuelo

de escucharme benigna.

MARIANA

Si hiciese lo contrario,

no fuera buena amiga.

ISIDORO

Ya nada más deseo.

Nada; y en pago, exija

usted la sangre toda

que por mis venas gira.

MARIANA

No es tanto lo que quiero.

ISIDORO

Dígalo usted, prosiga.

MARIANA

Quiero que usted a todos

amarme les permita.

ISIDORO

¿Cómo?

MARIANA

Y que no se enfade

de sus galanterías.

ISIDORO

¡Mariana!

MARIANA

Y que les deje

que esperen.

ISIDORO

¡Señorita!

MARIANA

Pues, y que sus requiebros

oiga yo complacida.

ISIDORO
Eso es decir...

MARIANA
Que gusto

de la igualdad estricta,

y no de que un privado

mande mi monarquía.

Usted, que hace ya tiempo

que reina me apellida,

medite bien ahora

la ley que se le dicta,

y vea en sus amores

a qué se determina,

que a mí me da lo mismo

que cesen o prosigan.

No hago mal de coqueta (Aparte al irse.)

Para quien hoy principia. (Vase.)

Escena IV

ISIDORO

¿Qué lenguaje es el que oí,

que me aflige y maravilla?

¿Ésta es la joven sencilla

que era un ángel para mí?

Yo por ídolo escogí

dentro de la mente un ser

que me forjé a mi placer;

pero al tocar la verdad,

hallo, en lugar de deidad,

solamente una mujer.

A la que sin distinción

ha de admitir al momento

el galante rendimiento

de cualquiera inclinación,

niego yo la posesión,

niego en mi pecho la entrada;

pues cuando doy a mi amada

la llave del albedrío,

exijo, en cambio del mío

todo un corazón, o nada.

Mariana, tú a nadie quieres,

presumiendo más que vales:

¿serán a Mariana iguales

todas las demás mujeres?

¿Serán sueño los placeres

que yo del amor espero?

¿Existe amor verdadero?

Si Mariana me engañó,

preciso será que yo

sospeche del mundo entero.

En mi retiro profundo

con los libros encerrado,

temo haberme figurado

mejor de lo que es el mundo.

Por dicha en poco lo fundo.

No hace ley un ejemplar.

Otra mujer puedo hallar

que ame como un serafín,

porque la mujer al fin

ha nacido para amar.

Escena V

LUCIANO, ISIDORO.

LUCIANO

Mi específico tomé;

mas aunque por él abogas,

pronto bebidas y drogas

a la calle arrojaré.

Les tengo un odio mortal,

y voy estando valiente:

me prueban perfectamente

los aires del Escorial.

Libre del todo me advierto

de las punzadas rehacias

ya del dolor, a Dios gracias.

ISIDORO
Y a tu mujer.

LUCIANO
Es muy cierto.

Me cuidó... ¡de qué manera

Rosalía me cuidó!

Quince noches se llevó

clavada a mi cabecera.

Yo nunca lo olvidaré.

ISIDORO
¿Nunca?

LUCIANO
Ya lo verás tú.

Vale mi esposa un Perú:

es de lo que no se ve.

Tratarla, confesarás

que es un rato de los buenos.

ISIDORO

Alábala un poco menos,

y quíerela un poco más.

LUCIANO

Yo soy con ella finura

todo, todo cortesía.

ISIDORO

Pues ella preferiría

más franqueza y más ternura.

Mira, cuando tú me hiciste

salir de mi guardillón

en Madrid, mi situación

era harto infeliz y triste.

Débote mi entendimiento,

que ensanchó por ti su esfera:

con miseria, ni siquiera

se puede tener talento.

Me honraste con tu amistad,

y para pagarla en parte,

no puedo hacer más que hablarte

con toda sinceridad.

Civil sin afectación,

apoyo del desgraciado,

justamente has alcanzado

general estimación.

A brindarte varias veces

con cargos de honra han venido,

y no los has admitido:

señal de que los mereces.

Voz de numerosa grey

que tu mano socorrió,

tu nombre en Madrid llevó

a los oídos del Rey,

que, de su favor en señas,

te dio de su mano esposa,

noble, bella, poderosa,

la flor de las madrileñas;

logrando así por modesto,
sin que pretendieras nada,
casarte con una ahijada
del mismo Fernando el sexto.

Pues bien, Luciano, a pesar
de tu mérito eminente,
que te hace ser justamente
el ídolo popular,
yo, puesta al pecho la mano,
diré, si me das licencia,
que hay en ti gran diferencia
del esposo al ciudadano.

Tú das a la gente rica
de honor y virtud ejemplo;
tu devoción en el templo
a los fieles edifica;

y vertiendo diversión

en la plática tu labio,

nunca se inclina al resabio

de la vil murmuración:

por eso es tan de sentir

que estés haciendo a la par

en tu casa suspirar,

y en las ajenas reír;

que a un mendigo tu favor

ofrezcas con bizarría,

y tengas a Rosalía

necesitada de amor.

Luciano, este proceder

es culpable, y, no lo dudes,

no autorizan mil virtudes

para faltar a un deber.

LUCIANO

Sufrida la reprehensión,

mi panegórico emprendo;

pero hay que empezar diciendo

que no te falta razón.

Confesar en la querella

de Rosalía es preciso,

que ella me quiere, o me quiso,

más que yo la quiero a ella.

ISIDORO

¿Hay alma que al aliciente

de tal belleza resista?

LUCIANO

Ése es placer de la vista,

cuando el alma no lo siente.

No basta con la hermosura

sola para enamorar:

a nadie vi requebrar

una imagen de escultura.

ISIDORO

Tiene ingenio tu señora,

y es de admirar esa dote.

LUCIANO

Aunque admiro el Don Quijote,

maldito si me enamora.

Por cálculo y reflexión

mi voluntad no se inflama:

cautívemela mi dama,

porque ésa es su obligación.

Si vivo interés no tomo

por ella, que no haga extremos:

queremos y no queremos

sin saber por qué ni cómo.

Y pues a esto nos conduce

la cuestión, sufre que diga

que es oro con mucha liga

ese que tanto reluce.

Con su belleza hechicera,

mi mujer no es tan cabal

que no tenga tal y cual

defecto, como cualquiera.

ISIDORO

Me dejas de asombro lleno.

Yo no he descubierto...

LUCIANO

Eso es

porque tú todo lo ves

sólo por el lado bueno.

Su modesta mansedumbre,

que de una santa parece,

no es más sino que obedece

el genial a la costumbre.

Largo tiempo con afán

sus sentimientos acalla;

pero al fin rompe y estalla

bajo la nieve el volcán.

Celosa hasta el frenesí,

su disimulo me asusta:

yo soy franco, y no me gusta

que me quiera nadie así.

Y a no haber separación

de cuartos, ¡ay!, recelara

que el mejor día, me ahogara

por exceso de pasión.

Aquí tienes de qué modo

nació en mí la indiferencia

de su reserva y violencia,

por ser yo blandura todo.

Mas yo siempre he de seguir

con ella galán y atento.

ISIDORO

Y ¿no es eso fingimiento,

Luciano?

LUCIANO

Es saber vivir.

ISIDORO

Esa ciencia y la honradez

no suelen juntas andar.

LUCIANO

Tú das en equivocarse

la virtud con la sandez.

ISIDORO

¿Qué prometiste al casarte?

Rosalía no es feliz.

Mientras no incurra en deslizo

que de tus brazos la aparte,

justicia es que el voto augusto

cabal cumplimiento tenga.

LUCIANO

Lo que al hombre le convenga,

aquello sólo es lo justo.

ISIDORO

Ninguna ventaja toco

de hacer el mal que señalo.

LUCIANO

¿Qué sabes tú lo que es malo,

ni lo que es bueno tampoco?

ISIDORO

Por mi conciencia instruido,

me consta con evidencia.

LUCIANO

Una cosa es la conciencia,

y otra el hábito adquirido.

Antes de saber hablar,

nos dan para que estudiemos

la pauta porque debemos

obrar, sentir y pensar;

y hombre que con vanagloria

cree por sí discurrir,

no hace más que repetir

una lección de memoria.

El que eleva más la vista,

y en el mundo colocado,

sabe que Dios se le ha dado

por herencia o por conquista,

busca la felicidad,

que es la mira que le rige,

y de los medios elige

según la oportunidad,

siendo, en todo lo que intenta,

su axioma regulador,

que es el arbitrio mejor

aquel que tiene más cuenta;

y así juzga, con desdén

de la voz universal,

malo lo que sale mal,

bueno lo que pinta bien.

Como de ser mero amigo

de mi mujer, hasta aquí

ningún perjuicio sufrí,

creo que hago bien, y sigo;

y de tu sermón apelo

al público testimonio,

de que a más de un matrimonio

soy citado por modelo.

En fin, hacer los casados
con su mujer de galanes
es propio de ganapanes,
no de hombres acaudalados;
y aun raya en usurpación
que un enlace, cuya esencia
fue la pura conveniencia,
resulte de inclinación.

Y pues por ti me cansé
con un discurso tan largo,
en represalia un encargo

Te voy a dar, que olvidé,
y es llevar a Doña Mónica
la viuda estos treinta duros,

(Saca un bolsillo.)

para que de sus apuros

salga en su dolencia crónica.

Le has de ocultar, claro está,

quién socorre su vejez,

y sufrir tanta chochez

como allí te encajará.

Mi mujer viene: ahí te entrego

la bolsa. Haga este favor

el señor procurador

de casadas, y hasta luego.

(Vase dejándole a ISIDORO el bolsillo en la mano.)

ISIDORO

¿No es cosa particular

tener esas opiniones,

cuando tan bellas acciones

las desmienten sin cesar?

Escena VI

DON BLAS, con un paraguas abierto; AGAPITO. Algunos Caballeros y Damas que cruzan la escena en dirección a la casa del guarda; ISIDORO.

BLAS

(A ISIDORO.) A la orden.

ISIDORO

Don Blas Querol,

salud.

BLAS

Ya no necesito

de sombra: toma, Agapito;

guárdame ese quitasol.

AGAPITO

Soy paje, no soy lacayo.

BLAS

Soy médico, y si te coge

una fiebre...

AGAPITO

No se enoje

usted, que voy como un rayo.

(Le toma el paraguas y se va corriendo.)

BLAS

¡Qué día de baraúnda

tendremos!

(Saca del bolsillo un pañuelo para limpiarse el sudor, y deja caer al mismo tiempo una

funda de paraguas.)

¡Eh, muchacho, eh!

Ponle al quitasol... Tendré

que ir a llevarle la funda. (Vase.)

Escena VII

LUCIANO, ROSALÍA, DON FABIÁN, ISIDORO.

LUCIANO

Descansa, estarás rendida.

ROSALÍA

Yo no. ¿Tú cómo llegaste?

LUCIANO

Bien.

ROSALÍA

¿Por qué te adelantaste?

(Aparte a LUCIANO.)

Me ha traído consumida

Don Fabián.

FABIÁN

Vuelvo el pañuelo.

(Dando a ROSALÍA un pañuelo con un poco de arena.)

ROSALÍA

¡Ah, sí! Repara, Isidoro,

¡qué polvos! Parecen oro.

Los cogí en un arroyuelo.

ISIDORO

Veamos.

ROSALÍA

¿Cómo se llama

eso, o para qué se aplica?

ISIDORO

Le dan el nombre de mica...

FABIÁN

Usted confunde a esta dama.

¡Mica! ¿Y de qué nos informa

usted? ¡Buena explicación!

Señora, esas cosas... son...

Son... cosillas de esa forma.

Yo no me atengo a la letra,

sino que lo específico:

no digo mica ni mico,

sino tal y cual, ecetra.

LUCIANO

¡Viva nuestro regidor!

ROSALÍA
Di nuestro alcalde.

FABIÁN
Interino,

y de usted atento y fino

y seguro servidor.

ROSALÍA
¿Bebiste ya?...

LUCIANO
Al punto.

FABIÁN
A ver

(con perdón de la conjunta,

Don Luciano), una pregunta

en materia de beber.

(Apártanse los dos a un lado. ROSALÍA se sienta.)

LUCIANO
¿Qué hay?

FABIÁN
Que según casualmente

vi ayer tarde en la farmacia

de la villa, por desgracia

dejó usted un ingrediente

por notar, cuando me dio

la receta cuyo uso

le prueba tan bien.

LUCIANO

La puso

mi mujer, que se encargó

tiempo ha de ser mi enfermera,

y ese remedio fabrica.

FABIÁN

Entrando yo en la botica,

me hallé al mancebo Mosquera,

que al paje Agapito daba

una droga, que dijeron

ser para usted.

LUCIANO

Pues fingieron

eso.

FABIÁN

Mosquera ocultaba

el bote; yo no soy manco,

y soy alcalde: cogí

el bote, el rótulo vi...

LUCIANO
Y ¿decía?...

FABIÁN
Espejo blanco.

LUCIANO
¡Hombre!

FABIÁN
Es, creo, un anodino

para...

LUCIANO
¡Oh!, sí, todo lo cura.

(Aparte. ¿Si mi mujer por ventura

querrá hacer un desatino?)

¿Leyó usted bien?

FABIÁN
Specul. al.

Speculum album.

LUCIANO
Marchemos

de aquí, Don Fabián, y hablemos

de ese lance original. (Vanse los dos.)

Escena VIII

ROSALÍA, ISIDORO.

ROSALÍA

(Aparte.) Sin mirarme se fue.

(Pausa de algunos instantes, durante los cuales ROSALÍA clava tristemente la vista en el Escorial.)

ISIDORO

(Aparte.) ¿Qué he de decirle?

¿Por qué miras allí con tal ahínco?

ROSALÍA

Isidoro, ¡qué amargas reflexiones

me inspira ese magnífico edificio!

¡Qué paz debe ofrecer al desgraciado

la sagrada quietud de su recinto!

ISIDORO

¿No habitamos en él?

ROSALÍA

No recordaba

que es palacio además. Ni sé qué digo.

Ver los muros creí del monasterio

que dedicado a Juana y a Francisco

allá en Madrid de levantar acaba

la regia cristiandad de mi padrino.

«¿Querrás vivir en él?» me dijo un día:

¡oh!, ¡si entonces el hábito me visto!

Dios por boca del Rey el bien me daba;

lo deseché: mi vanidad expió.

ISIDORO

Lanza esas melancólicas ideas.

ROSALÍA

¿Qué fue lo que de mí Luciano dijo?

¿Cómo disculpa su desdén? Responde.

¿Por qué no paga mi leal cariño?

ISIDORO

¡Ay Rosalía! Quien de veras ama,

yerra en darlo a entender, yerra en decirlo,

que un amor entrañable declarado

la ingratitud engendra y el olvido;

y tú cuya pasión...

ROSALÍA

Del blanco lejos

tu pensamiento da. ¿Pues no me ha visto

ese esposo cruel, para agradarle,

caricias alternar con el desvío,

trocar la seriedad en travesura

y dejar la razón por el capricho?

¿Qué más puede exigirse de una esposa?

Ni tanto. De furor pierdo el sentido.

Si acaso una rival...

ISIDORO

¡Oh!, no delires.

¡Luciano serte infiel!

ROSALÍA

¡Con regocijo

supiera su traición! Así vería

que no es su pecho de insensible risco,

y que puedo esperar.

ISIDORO

No desconfíes:

a tu afecto y virtudes sometido

un día ha de quedar.

ROSALÍA

¿Y cuándo llega?

Seis años hace que por él suspiro.

¡La virtud! ¿Qué le importa al que la llama

flaqueza de un espíritu mezquino?

¿Qué es el amor para quien no conoce

su tierno afán, su encantador delirio,

y en vez de abandonarse al bien que adora

para vivir en él más que en sí mismo,

sufre con repugnancia que le quieran

y guarda con candado su albedrío?

Ahora que mi fe, mis oraciones

del Señor la salud le han conseguido,

¡mira tú lo que obtengo de mi esposo

en recompensa del desvelo mío!

Más abandono aún: le es insufrible

la fiel constancia de mi porte digno;

con su estudiada indiferencia intenta

mi orgullo exasperar; está ya visto:

quiere que le aborrezca, y hay instantes...

Muchos... en que ha logrado su designio.

ISIDORO

¡Rosalía!

ROSALÍA

Isidoro, impulsos tales

me dan alguna vez, que me horrorizo.

Ayer... ¡Jesús! -Mas ¡ay! ¿De qué me quejo?

En esta sociedad en que vivimos,

de pegadiza liviandad francesa

y española esquivez extraño mixto,

un sentimiento que avasalle el alma

befa merece y general ludibrio.

No hay en la corte corazón que sepa

dar a un cariño fiel premio debido;

no le hay que sepa amar. -Le hay, me equivoco.

Hay éste al menos con que yo respiro,

y otros habrá también: es suerte suya

que nunca se han de ver dos reunidos.

ISIDORO

(Aparte.) ¡Ah Mariana cruel!, ¡si el tuyo fuera

como el de esta infeliz!...) Sí, bien has dicho.

Jamás se unen, jamás, porque era entonces

trasladar a la tierra el paraíso.

ROSALÍA

¡Dichoso tú mil veces, Isidoro,

que jamás el amor has conocido!

ISIDORO

¡Qué!, ¿te figuras que mi pecho alberga

un corazón indiferente y frío?

ROSALÍA

Indiferente no. ¿Cómo ha de serlo

quien es con mi pesar tan compasivo?

Mas la razón en ti por dicha tuya

someterá el amor a su dominio.

ISIDORO

Lo espero así.

ROSALÍA

¿Lo esperas?

ISIDORO

Lo deseo.

ROSALÍA

¿Lo deseas también?

ISIDORO

Lo necesito.

ROSALÍA

¿Con que no eres feliz?

ISIDORO

Es imposible.

Feneció mi esperanza, y es preciso

renunciar para siempre a la ventura

y al bien que codicié.

ROSALÍA

¿Le habrás perdido?

¿Murió tu dama?

ISIDORO

Vive.

ROSALÍA

Desahoga

por un momento tu dolor conmigo.

Di, ¿quién es la mujer que preferías?

De casa rara vez salir te vimos,

y al venir con el Rey a la jornada,

tú sin dificultad nos has seguido.

Poco debiste verla.

ISIDORO

A todas horas.

ROSALÍA

¿Cómo?

ISIDORO

Un techo a los dos nos daba abrigo.

ROSALÍA

¡A los dos! No prosigas, Isidoro.

ISIDORO

Era en mí presunción, era delito

sobrado grande pretender...

ROSALÍA

¡Ah! Cesa;

líbrame, al menos, del rubor de oírlo:

demasiado mis ojos, demasiado

mi corazón callando me lo dijo.

ISIDORO

¡Señora!...

ROSALÍA

Una imprudente confianza

nos conduce a los dos al precipicio:

tiempo es de retirarnos todavía

de la garganta horrible del abismo.

Sólo un camino que seguir nos queda,

y buscarlo te toca y elegirlo.

Necesitaba amar, y sé que amo;

pero yo quiero amar a mi marido. (Vase.)

Escena IX

ISIDORO

¡Va engañada, y lo tolero,

y no destruyo su idea!

Pero ¿a quién no lisonjea

que se le diga: «te quiero?»

¿A qué corazón de acero

no mueve tanta pasión?

¡Y eché a Luciano un sermón

poco antes con tanto brío!

Vamos, o yo desvarío,

o empiezo a ser un bribón.

¿Soy el que se prometía

nunca a Mariana olvidar?

En mí puede escarmentar

el que en propósitos fía.

Ni ver debo a Rosalía,

ni ya pensar en Mariana.

Pues ¿qué he de hacer? ¿Qué? Mañana

huir del peligro. Sí:

mañana salgo de aquí,

y no paro hasta la Habana.

Acto segundo

Vista de la Galería de los convalecientes, y a la derecha del actor la bajada desde la botica a los jardines del convento. Una fuente hacia la izquierda. Varias banquetas esparcidas por el teatro.

Escena I

LUCIANO, ISIDORO.

LUCIANO

¿Aún me persigues aquí?

Deja ya esas tonterías.

ISIDORO

Hace una porción de días

que andas huyendo de mí.

LUCIANO

Es claro: si el porfiar

lo has tomado por costumbre,

y a mí me da pesadumbre

cuando tengo que negar.

Por eso de ti me escondo.

ISIDORO

Pero es hacerme un ultraje...

LUCIANO

Si vas a tratar de viaje,

cuenta con el no redondo.

Tu partida se frustró.

ISIDORO

Me es de precisión extrema.

LUCIANO

A mí no, y en mi sistema,

primero yo y siempre yo.

ISIDORO

Pues el viaje se hará.

LUCIANO

¡Bravo!

¿Y los medios, caballero?

Usted no tiene dinero,

y yo no suelto un ochavo.

ISIDORO

Las razones considera

que tengo manifestadas.

LUCIANO

Si son mentiras forjadas

mal y de mala manera.

ISIDORO

¡Luciano!, ¿con que tendré

que revelar el misterio?

LUCIANO

¡Hombre!, ¡qué tono tan serio!

Vamos: ¿qué es el caso?, ¿qué?

ISIDORO

¿No has sido tú negociante?

LUCIANO

Sí: noble y pobre nací;

contraté, me enriquecí...

Vaya el misterio adelante.

ISIDORO

Algo la conservación

de tu oro te importaría.

LUCIANO

Mi bienestar dependía

de él y mi reputación:

no era, pues, de descuidar.

ISIDORO

¿Fía un mercader prudente

sus arcas de un dependiente

que le pudiera robar?

LUCIANO

No doy con la aplicación

del ejemplo que has citado:

yo no sé que de letrado

te hayas metido a ladrón.

ISIDORO

¿Y no hay en tu casa joya

que pueda yo codiciar?

LUCIANO

Acabara usted de hablar.

Ya comprendo la tramoya.

¡Pobre Isidoro!, vacila

tu juicio, y todo lo yerras.

¿Con que, en suma, te destierras

porque amas a mi pupila?

ISIDORO

No, no.

LUCIANO

(Desentendiéndose.)

¿Y a qué es la rareza

de tal determinación?

¿Es por desesperación,

o bien por delicadeza?

ISIDORO

Si me oyes...

LUCIANO

Por la presente,

puede ponerse una tacha

a tu amor a esa muchacha

que goza un caudal decente.

ISIDORO

Yo no aspiro...

LUCIANO

Su tutor

soy, y al fin me alcanzaría

alguna bachillería

del vulgo murmurador.

Si falto de clientela

con la niña hago que cases,

dirán que es porque me pases

embrollos en la tutela.

ISIDORO

¡Dale!

LUCIANO

Sigue en tu bufete,

trabaja y prosperarás,

que no te envejecerás

tanto en seis años o siete.

ISIDORO

Pero dime, ¿cuándo cesas?...

LUCIANO

Mientras tanto a Marianita

nos la tendrá guardadita

la madre Ana en las Salesas.

ISIDORO

Es inútil, es absurda

la separación que trazas.

LUCIANO

¡Qué!, ¿te ha dado calabazas?

¡Diantre! La niña no es zurda.

Pues bien, para que no veas

a la que tu descontento

causa, entrará en el convento.

ISIDORO

Abandona esas ideas,

por Dios, que me desatina

tu empeño en favorecerme.

¿Es justo, por no quererme,

oprimir a tu sobrina?

Ella procedió discreta

en hacer desaire y mofa

de un amante de mi estofa,

insubstancial y veleta.

Debió hacerle presentir

su espíritu perspicaz

que era mi pecho capaz

de olvidar, de delinquir,

de abandonarse al furor

de una pasión reprobada,

de querer a una casada

mujer de mi bienhechor.

LUCIANO
¡A mi esposa!

ISIDORO
Su presencia

debo evitar: es preciso.

LUCIANO

Yo te agradezco el aviso,

y obraré en su consecuencia.

Pero si parece cuento.

¿Quién se pudo figurar

que hubiese de tropezar

en ese mal pensamiento

joven de prendas tan altas,

de tanta sabiduría,

de... vamos, el que me hacía

avergonzar de mis faltas?

ISIDORO

Con esa idea importuna

lidio también sin cesar,

y me quiero disculpar

y no hallo disculpa alguna.

¿Cómo hallarla? No la hay, no.

Porque, al fin, Mariana ha sido

por quien de amor el latido

primero mi pecho dio.

Y después... ¡ah!

LUCIANO

No te asombres

de lo que pasó después,

que lo mismo que en tí ves

sucede a todos los hombres.

Nos sale una empresa mal;

se tiene un rato molesto;

luego... a rey muerto, rey puesto:

no hay cosa más natural.

Tú casi de veinticinco

a enamorar principiaste;

por lo mismo que tardaste,

quieres con mayor ahínco.

Si es forzoso: a cierta edad,

a no ser uno de leño,

tener un galante empeño

es una necesidad.

A nadie ves, ni te trata

nadie sino dos personas:

llega un día, y te aficionas...

Pues... de la más inmediata.

Ella es mujer de entusiasmo,

y ese que caracteriza

tu natural, simpatiza

con el suyo que es un pasmo:

fuera de ser cosa clara

que, teniendo que elegir,

nos hemos de decidir

por la que nos hace cara.

ISIDORO
Tu mujer no...

LUCIANO
Me adelanto

a la disculpa que alegues,

pues aunque tú me lo niegues,

yo sé que te quiere y cuánto.

Y no me perdone Dios

en mi hora, si no es cierto

que lo había descubierto

antes que vosotros dos.

ISIDORO

Todo eso es acrecentar

de mi partida la urgencia.

LUCIANO

¿Qué gano yo con tu ausencia,

ni a qué fin te has de alejar?

Poco tiene por su honor

un marido que temer,

cuando el que le ha de ofender

de sí propio es delator.

Para que en ti se sofoque

ese fugaz frenesí,

bastará que por ahí

veas otra que te choque.

Y si sois tan infelices,

que la pasión que brotó

en vosotros, extendió

ya tan hondas las raíces,

que a la razón se rebela

y al tiempo; que toda extremos,

es de aquéllas que no vemos

sino escritas en novela;

Entonces, aunque viváis

tú en Lima y ella en Madrid,

¿quién os quitará, decid,

que os améis cuanto queráis?

No más la cuestión entables

de fuga; oye mis consejos:

objetos hay que de lejos

parecen más agradables.

Yo sé el respeto a que obligo;

yo sé que no faltaréis

jamás a lo que debéis

a vosotros... y a un amigo.

ISIDORO

No, jamás: si mi flaqueza

me infundía desaliento,

con tu confianza siento

que renace mi entereza.

Me quedo: no partiré,

ya que tú no lo aprobaras;

pero sólo veces raras

a tu mujer hablaré;

y en ellas, si algún instante

nos quedamos sin testigo,

en tu nobleza conmigo,

tu honor tendrá un vigilante.

Cuando me tendiere lazos

la ingratitud seductora,

sabré buscar, como ahora,

seguro asilo en tus brazos;

y aquí la debilidad

será entre llanto propicio

la ofrenda del sacrificio

que selle nuestra amistad.

Escena II
MARIANA, una Criada, LUCIANO, ISIDORO.
MARIANA
Tío.

LUCIANO
¿Qué hay?

MARIANA
Para usted vino

visita, así que salió.

LUCIANO
¿Quién?

MARIANA
Don Fabián el alcalde,

y con él Don Blas Querol.

LUCIANO
¿El médico? Doy la vuelta

al punto a mi habitación.

MARIANA
Se fueron ya.

LUCIANO
¿Sin dejar

un recado?

MARIANA
No, señor.

Se vendrán a los jardines,

poco antes de la oración,

aquí, frente a la botica

del convento.

LUCIANO
¡Ah! Bien.

MARIANA
Yo voy

con Ramona a visitar

a Doña Inés Calderón;

pero como no hay allí

sino viejos, y yo estoy

a matar con ellos, pido

a usted autorización

para abreviar la visita

y hacérsela de doctor.

LUCIANO

Bien. Si quieres que Isidoro

te acompañe... (Aparte a ella.) Di que no.

MARIANA

No, no. (Aparte.) Según le desairo,

debe estar loco de amor.

ISIDORO

Gusta poco Marianita

de que esté a su lado yo.

MARIANA

Es Isidoro sujeto

de rara penetración.

LUCIANO

Si no me engaño, hace días

que aquella amistad cesó,

que tomabais al principio

con demasiado calor.

MARIANA

¡No sino que una estuviera

obligada a pensar hoy

del modo que ayer!

ISIDORO

Las damas

gustan de la variación.

LUCIANO

Los hombres también.

MARIANA

A mí,

lo confieso, me da horror

ver siempre lo mismo.

LUCIANO

Entonces

la idea que me ocurrió

hace poco, debo al punto

ponerla en ejecución.

MARIANA

¿Y es?

LUCIANO

Aunque Su Majestad

habitaciones nos dio

en palacio por hacer

a Rosalía favor,

y estamos cómodamente,

he pensado acá inter nos

que ya te fastidiaría

El Escorial.

MARIANA
Se engañó

usted.

LUCIANO
Por lo cual mañana

tendrás la satisfacción

de salir para Madrid

antes que despunte el sol.

MARIANA
¡Para vivir sola en casa!

Vaya, tío, ¡qué aprensión!

ISIDORO
Yo me opuse.

MARIANA
Hizo muy bien

usted, y gracias le doy.

Me aburro en viéndome sola.

LUCIANO
Es que estás en un error.

MARIANA

¿En cuál?

LUCIANO

No es a casa a donde

te envió.

MARIANA

¿A dónde si no?

LUCIANO

A las Salesas.

MARIANA

No me hace

falta más educación

que la que me dio mi tío.

LUCIANO

Pero el tío decidió

que a su sobrina conviene

la paz de aquella mansión.

MARIANA

Replicará la sobrina

a su tío y su tutor

que le contrista en el alma

tan dura resolución;

pedirá que la revoque;

y él, que nunca la afligió,

renunciará a sus ideas,

ganándose en galardón

un abrazo de la niña,

y si uno no basta, dos.

LUCIANO

Deberá entonces el tío

revestirse de valor

para poder resistir

a tan fuerte seducción,

porque le es forzoso hacer

lo que primero pensó.

MARIANA

Pero cuando ella la mano

le bese con sumisión, (Béasela.)

cuando algún tierno sollozo

ponga por intercesor,

él, compadecido entonces,

se rendirá a discreción.

LUCIANO

Él la enjugará piadoso

las lágrimas que vertió;

procurará con cariños

disiparla el mal humor;

y con la risa en los labios,

con la sincera efusión

del hombre que ha obrado bien,

dirá: «Me cuesta un dolor

inexplicable, hija mía,

negarme a tu petición;

pero ésta es la vez primera

desde que se me encargó

la tutela, que me opongo

a tu voluntad: por Dios,

cede siquiera una vez,

una, a quien tantas cedió.»

¿Qué haría la niña oyendo

la postrera observación?

MARIANA
(Abatida.) Probablemente callar

y obedecer, como yo.

ISIDORO
(Aparte.) Este empeño de alejarla

me llena de admiración.

MARIANA
¿Quiere usted venir conmigo,

Isidoro, a donde voy?

ISIDORO
Por mí, Marianita...

LUCIANO
(Aparte a ISIDORO.)

(Espérate.)

Recuerdo una ocupación

ahora, y le necesito.

MARIANA
No es día de gracias hoy

para mí.

LUCIANO
Adiós.

MARIANA
(Aparte a ISIDORO.)

(Isidoro,

tenemos que hablar.) Adiós.

(Vase con la criada.)

Escena III

LUCIANO, ISIDORO.

ISIDORO

¿Con que hospedas en tu casa

a un amigo seductor,

y echas fuera a tu pupila?

¡No es mala contradicción!

LUCIANO

Mariana entre palaciegos,

frailes y guardias de Corps,

iba por días aquí

tomando el resabio atroz

de recibir los obsequios

de todos sin distinción;

y la maña de traer

siempre un ciento alrededor,

si se arraiga, no se quita

con la nupcial bendición.

En la quietud del colegio

se irá ese primer hervor

de la edad amortiguando;

y si hace comparación

a sus solas de los hombres

que en la corte conoció,

quizás en su aprecio salgas

declarado vencedor.

Entonces ya te habrán hecho

perder toda la ilusión

las manías de mi esposa

y tu propio pundonor;

entonces irá Mariana

ganando tu estimación

cada vez que en el convento

charléis un rato los dos,

y al fin parará en noviazgo

formal el que se frustró.

ISIDORO

Pero tú...

LUCIANO

Quéjate ahora

de lo que hago en tu favor.

ISIDORO

¿Te figuras?

LUCIANO

Es inútil

dar vueltas a la cuestión.

Salga verdadero o falso

mi pronóstico anterior;

lleguéis a quereros bien,

o a cobraros aversión

tú y Marianita... Isidoro,

te digo en buen español

que me conviene apartaros

ahora, y... antes soy yo. (Vase.)

Escena IV

ROSALÍA, AGAPITO, ISIDORO.

(Durante esta escena y la siguiente cruzan algunas personas por el jardín.)

ROSALÍA

(Bajando la escalera.) Tanto misterio me pasma.

¿Sólo eso saber quería

Don Fabián?

AGAPITO

Pues, que si había

visto yo el duende o fantasma.

ISIDORO

(Aparte.) Rosalía con su paje.

Nada la debo ocultar.

AGAPITO

Un modo tiene de hablar

Don Fabián, que da coraje.

Y está de Dios que el maldito

se halle en todo cuanto pasa.

Con las manos en la masa

nos vio en la botica...

ROSALÍA

Chito,

y aguarda cerca. (Vase AGAPITO.)

(A ISIDORO.) Según

vi desde la galería,

hablabas...

ISIDORO
Sí, Rosalía,

con nuestro amigo común.

ROSALÍA
¿Le has hecho ya convenir

en tu partida?

ISIDORO
No cede:

tanto insiste en que me quede,

que ya no pienso partir.

ROSALÍA
¿Ya no partes? ¡Ay!, me expones

con loca temeridad.

Isidoro, por piedad

te pido que me abandones.

Si hemos de vivir luchando

siempre en continua zozobra,

pon ese viaje por obra:

yo lo exijo, yo lo mando;

que si ausentes apagar

nuestro amor no conseguimos,

el esfuerzo último hicimos

para poderlo alcanzar.

ISIDORO

Quedarse aquí y resistir

hazaña más grande fuera.

ROSALÍA

Amando, la verdadera,

la única hazaña, es huir.

Quien busca con fe ilusoria

la ocasión para triunfar,

ése antes de pelear

ha perdido la victoria.

No me inspires valentía

que me haga más desgraciada:

quiero ser mujer honrada,

ya que lo soy todavía.

Recuerda que me engañé

creyendo que fiel esposa,

sólo por estar celosa,

de Luciano me quejé.

Aquel lenguaje feroz

no era de amor ultrajado:

para engañar disfrazado,

fingía el crimen la voz.

El tiempo rinde los bronce;

y cuando de mí sin nuevas

me olvides, lo que no apruebas

hoy, lo aplaudirás entonces.

Vete, olvida, y ¡ojalá

su auxilio el Señor te preste,

y el olvidar no te cueste

lo que a mí me costará!

ISIDORO

Pero aquí ¿no olvidaremos

también, si nos empeñamos?

ROSALÍA

¿Y si conocen que amamos,

y no el valor que tenemos?

¿Y si a Luciano el rumor

llega, y engañado entiende

que su consorte le vende,

que su amigo le es traidor?

ISIDORO

Luciano de la malicia

desprecia el lenguaje impuro,

y ya estoy yo bien seguro

de que nos hace justicia.

ROSALÍA

Quizá con ruin complacencia

mi descrédito verá,

pues así disculpará

conmigo su indiferencia.

ISIDORO

Le haces una ofensa grave

sospechando de ese modo.

Luciano lo sabe todo.

ROSALÍA

¡Dios mío! ¿Cómo lo sabe?

¿De quién?

ISIDORO

Yo lo revelé

por vencer su resistencia

a mi fuga.

ROSALÍA

¡Qué imprudencia!

Me perdiste.

ISIDORO

Te salvé.

No era para él un arcano

nuestra inclinación naciente.

ROSALÍA

¡Y calla y no te consiente

huir a país lejano!

A nadie debo acusar

yo que tan débil me muestro;

pero ese porte siniestro

da mucho que recelar;

y en los golpes desiguales

con que mi pecho se explica,

desgracias me pronostica,

bien que yo no entienda cuáles.

Ya no puedo sin sonrojo

la vista a mi esposo alzar;

y así, o me has de abandonar,

o a un monasterio me acojo.

ISIDORO

¿Cómo sufro que reciba

la honra tuya ese baldón?

No resiste mi tesón

a tan dura alternativa.

Podrá Luciano, podrá

culparme de veleidoso;

mas su pecho es generoso,

y al cabo me excusará.

Yo de tu casa ahuyenté

la quietud con mi llegada:

con mi pronta retirada

a dárosla volveré.

ROSALÍA

Pronta debe ser; no aguardes

a mañana: por instinto

preveo un riesgo indistinto,

pero terrible, en que tardes.

Verás en tu gabinete

un bolsillo que he bordado:

en él hay oro sobrado

para el viaje. Por Dios, vete.

ISIDORO

Partiré al instante.

ROSALÍA

Ahora.

Sepárenos mar y tierra.

Mientras te veo, me aterra

angustia devoradora.

ISIDORO

¿Podré esa mano estrechar

que otro tiempo más risueño

fue de amiga?

ROSALÍA

Tiene dueño,

y no te la debo dar.

El alma se fuera en pos

de ti: la estoy deteniendo

por estarnos aquí viendo,

no sólo los hombres, Dios.

Vete ya.

ISIDORO

¿Cómo obedezco,

si ese llanto reprimido?...

ROSALÍA

Atiende a que te despido;

no mires lo que padezco.

ISIDORO

¡Ah!

ROSALÍA

Ni esto es padecer; lucho

por no llorar: lo notaran...

Y al fin... dos que se separan,

no se habrán querido mucho.

ISIDORO

Adiós: con más apacible

estrella te veré un día.

ROSALÍA

Pronto, imprudencia sería;

más tarde será imposible.

Adiós. (Vase ISIDORO.) Por fin ha partido,

por fin ya puedo llorar.

Basta de disimular, (Rompe en sollozos.)

Basta. -¡Jesús!, ¡mi marido!

Escena V

LUCIANO, ROSALÍA.

LUCIANO

Todavía no han llegado

Querol ni Don Fabián. -¡Hola!

¿Tú aquí? Pues ¿cómo tan sola?

ROSALÍA

Así estoy bien.

LUCIANO

¿Has llorado?

ROSALÍA
Sí.

LUCIANO
¿Gustarás de decirme

la razón?

ROSALÍA
Sí.

LUCIANO
Representate

mi sorpresa de que...

ROSALÍA
Siéntate.

LUCIANO
Y cuánto debe afligirme

verte... (Se sientan.)

ROSALÍA
Cuando de mi mano

te hizo dueño nuestra unión,

yo, por tu reputación,

adoraba en ti, Luciano.

LUCIANO
Poníamos a la par

nuestro estudio en complacernos.

Y al cabo de seis inviernos,

¿cómo estamos de adorar?

ROSALÍA

Sabes que te conocía

muy poco al tiempo de hacerse

nuestra boda.

LUCIANO

A conocerse

mejor, ¿quién se casaría?

ROSALÍA

Pronto observé con dolor

que no tenía en mi esposo

un amigo cariñoso,

sino un especulador,

que después que le condujo

la fortuna o su destreza

al lujo de la grandeza,

si se casó, fue por lujo.

LUCIANO

Fuese una especulación

o no mi objeto al casarme,

ninguno podrá negarme

que hice muy buena elección.

ROSALÍA

¿Cómo luego paso a paso

cesaste de ser galán?

¿Es un sistema, es un plan

también el no hacerme caso?

LUCIANO

¡Un plan! ¿Y con cuál intento?...

ROSALÍA

Tal vez quisiste irritar

mi venganza, y provocar

por último un rompimiento.

LUCIANO

Ya ves que te oigo tranquilo;

con que háblame francamente.

¿Te parece conveniente

que nos separemos? Dilo.

ROSALÍA

¡Ah!

LUCIANO

Si no hay quien se convenza

más pronto que yo. -Batallas

entre ti...

ROSALÍA
¡Luciano!

LUCIANO
¿Callas?

Accedes.

ROSALÍA
No. ¡Qué vergüenza!

LUCIANO
¿Cómo?

ROSALÍA
No quiero exponerte

a hablillas del vulgo rudo,

ni debe romper el nudo

sagrado, sino la muerte.

¡Sepáramos! ¿Qué concepto

el Rey de mí formaría,

si viera tal rebeldía

contra su gusto y precepto?

Dios y el Rey en su lugar

nos han unido: suframos

nuestra cadena, y veamos

si se puede aligerar.

Yo tu abandono lamento;

tú puedes también quejarte:

pues cada cual, por su parte,

que olvide el resentimiento.

Juntos hemos de vivir;

da pena el aborrecer;

la amistad es un placer:

ella nos puede servir

de áncora fiel y segura

que evite un naufragio cierto,

y que nos ponga en el puerto

de la paz y la ventura.

La ejecución de esta idea

necesita soledad:

no más corte ni ciudad;

marchémonos a una aldea;

y allí, en la quietud del campo,

entre sencillos placeres,

mientras yo de mis deberes

la ley en mi pecho estampo,

mi esposo lo que no supo

ver antes advertirá,

y a estimar aprenderá

la consorte que le cupo.

Yo al menos para querer,

si veo mi amor pagado,

mucho tengo adelantado,

y poco esfuerzo que hacer.

LUCIANO

Yo con una condición

aprobaré que emigremos

a un pueblo y resucitemos

a Baucis y Filemón.

La mudanza climatérica

que me propones, requiere

un testigo, y si viniere

Isidoro...

ROSALÍA
No, va a América.

LUCIANO
No tal, si me ha prometido...

ROSALÍA
Yo después le he aconsejado

bien, y le he facilitado

el viaje, y ya habrá partido.

LUCIANO
(Vivamente agitado.)

¡Partido ya!

ROSALÍA
Sí.

LUCIANO
(Después de una pausa.)

¡Es tan serio

el campo!...

ROSALÍA
Y bien...

LUCIANO
¡Tan groseras

las gentes! -¿No te pudieras

retirar a un monasterio?

ROSALÍA

¡Luciano!

LUCIANO

Mariana va

a las Salesas mañana:

yo creo que con Mariana

estarías bien allá.

ROSALÍA

¿Eres tú quien me propuso?...

LUCIANO

Un retiro necesario.

ROSALÍA

Me agradara voluntario;

forzoso, no: lo rehúso.

LUCIANO

Será inútil.

ROSALÍA

Pues ¡qué!...

LUCIANO

Irás.

ROSALÍA

No, nunca.

LUCIANO

¿No?

ROSALÍA

Aunque perezca.

LUCIANO

Sé hacer que se me obedezca,

y así... me complacerás.

ROSALÍA

¿Tú separarme pretendes

de ti de ese modo infame?

Tú no quieres que te ame;

tú amas a otra y me vendes.

LUCIANO

Ésa es una inculpación

bien difícil de probar:

más te puedo yo asustar

con igual acusación.

ROSALÍA

¡Oh!

LUCIANO

Pero es un miserable

quien usa de armas vedadas:

quiero, sí, que te persuadas

de que es mi orden inmutable.

¿Cómo he de desconocer

que el amor propio se irrita?

Pero esto conviene.

(Acércase a tomarla una mano.)

ROSALÍA
Quita.

No creas que he de ceder.

Incansable acechadora

tus pasos he de seguir

desde hoy, hasta descubrir

mi oculta competidora.

LUCIANO
Eso muda ya de aspecto.

La energía de ese tono

da a entender...

ROSALÍA
Que no abandono

mi plan.

LUCIANO
Ni yo mi proyecto.

Siento la desavenencia

que nos viene a perturbar,

porque ahora iba a implorar

de ti una condescendencia.

ROSALÍA

¿Cuál?

LUCIANO

Días ha que no tomo

mi bebida acostumbrada

que tú me tienes guardada.

¿Quisieras traer el pomo?

ROSALÍA

Para irritar mi altivez

me encargas ese mandado.

Muy bien: haré de criado

tuyo, por última vez. (Vase.)

Escena VI

DON FABIÁN, DON BLAS, LUCIANO.

(Poco a poco va llenándose el jardín de caballeros, damas y guardias de Corps: unos se sientan y otros pasean.)

BLAS

Buenas tardes.

LUCIANO

Bien venido,

doctor.

FABIÁN
(A ROSALÍA, que va ya lejos.)

A los pies de usted,

señora. -Enojada va,

según al llegar noté.

LUCIANO
No ha sido nada. Sentémonos.

FABIÁN
Sí, que estoy cansado.

(Siéntanse los tres junto a la fuente, y DON BLAS pulsa a LUCIANO.)

BLAS
A ver

el pulso.

FABIÁN
Aunque mil negocios

acometen de tropel

hoy a mi interenidad,

yo le reconciliaré

a usted con madama, en caso...

LUCIANO
Fuera una ridiculez.

No hay necesidad.

FABIÁN
Mejor.

Cuando dos se quieren bien,

¿qué valen tres, cuatro o quince

quimeras en medio mes?

BLAS
La otra mano.

LUCIANO
Usted estuvo

en mi casa.

FABIÁN
Y no le hallé.

LUCIANO
Me lo han dicho, y he sentido

no haberme...

BLAS
Va para seis

días que usted no adelanta.

LUCIANO
Será porque no tomé

la medicina.

BLAS
Pues hace

usted mal: es menester

seguir.

FABIÁN

Como iba diciendo,

estuve allá...

LUCIANO

¿Para qué

era?

FABIÁN

Su Majestad quiere

que averigüe...

BLAS

Hay pesadez

aquí, plenitud.

FABIÁN

Que informe

sobre lo que puede ser

esa maldita fantasma,

que una noche, la del diez,

alborotó el Sitio todo,

y puso en arma el cuartel.

Usted se quedó esa noche

en casa de Don Andrés,

y por si acaso notó

algo...

Escena VII

MARIANA, dichos.

MARIANA

Tío, ¿qué papel

es éste que desde un coche,

que sale a todo correr,

Isidoro me ha arrojado

sin detenerse?

LUCIANO

(Aparte levántandose.)

(Se fue

ya.) -Sepamos lo que dice.

(Lee.) «Adiós para siempre.»

FABIÁN

Amén.

LUCIANO

Esto es decir que se marcha...

FABIÁN

Y que no piensa volver.

MARIANA

Pero, tío, ¿qué ha pasado?

(Llevándose a un lado a LUCIANO y hablándole aparte.)

¿A qué se ausenta? ¿Por quién?

¿Cómo así se desvanece

la esperanza que formé?

Si me ha tomado aversión

por mi fingido desdén,

usted, que tiene la culpa,

debe el yerro deshacer.

Disponga usted que le sigan,

o yo gente buscaré

que le detenga y le traiga.

LUCIANO

Sí, no hay tiempo que perder.

Envía a Luis.

MARIANA

Voy. (Aparte.) No quiero

decir que ya le envié. (Sube la escalera.)

FABIÁN

(Aparte a DON BLAS.) Bromas hay en esta casa.

BLAS

(Aparte a DON FABIÁN.) Malos síntomas se ven.

LUCIANO

(Aparte.) Aunque le alcancen, yo creo

que no se querrá volver.

Escena VIII

ROSALÍA, AGAPITO, dichos.

ROSALÍA

Mariana, escucha.

(Encontrándose con MARIANA en lo alto de la galería.)

MARIANA

No puedo

escuchar hasta después. (Vase.)

FABIÁN

Pues como iba diciendo, esa

fantasma de Lucifer

me tiene fuera de juicio,

¿estamos? Ya consulté

al Padre Pavón, al Padre

Cañaverál...

(AGAPITO, a una seña de su ama, pone encima del brocal de la fuente un estuche o cajita, y se retira luego a corta distancia. ROSALÍA saca de la caja un frasco pequeño

con agua, una copa y un pomito que entrega a LUCIANO.)

ROSALÍA
Tome usted.

LUCIANO
Gracias. (Aparte a ella.) ¿Te has determinado

a ir?

ROSALÍA
(Aparte a LUCIANO.)

No señor, no iré.

LUCIANO
Don Blas, tomo la bebida.

BLAS
Salud.

FABIÁN
(Aparte a DON BLAS.)

Es de suponer

que usted receta eso.

BLAS
Mucho.

FABIÁN
Sobre esa agua pregunté

una cosa a Don Luciano,

y no quiso responder.

Será algún secreto, pero

ya sé yo lo que entra en él.

¿A que tiene espejo blanco?

BLAS

Hombre, no: ¿qué ha de tener?

Si ése es uno de los nombres

del arsénico.

FABIÁN

¿Sí?

LUCIANO

(A ROSALÍA, volviéndola el pomo.)

Ten.

ROSALÍA

No.

LUCIANO

(Aparte a ella.)

Repórtate, no demos

que hablar.

ROSALÍA

(Aparte.)

Me consumiré.

(Toma el pomo y lo coloca en el brocal de la fuente.)

LUCIANO

Prosiga usted, Don Fabián.

Siéntate. (A ROSALÍA.)

ROSALÍA
(Aparte.)

¿Eso más? (Se sienta.)

FABIÁN
Pardiez,

si he de hablar, diga primero

usted si me ha de atender.

LUCIANO
¡Oh! Sí.

FABIÁN
¿Vio usted la fantasma?

LUCIANO
No, señor, no desperté

aquella noche, a pesar

del ruidoso somatén

que hubo.

FABIÁN
Por más que huroneo,

nada, no puedo coger

el hilo de esta aventura;

y era ganar un laurel,

pues Su Majestad me ha dicho

que tiene sumo interés
en saber la procedencia
del duende que armó el belén.

El mismo Rey, como estuvo

la Reina tan mala ayer,
y en tal caso el primerito
que la vela siempre es él,

toda la noche de Dios
al balcón tuvo un hujier,
que le avisara si el trasgo

aparecía otra vez.

Mas no.

LUCIANO
Dame el abanico

si gustas, me aventaré,

que me ahogo de calor.

ROSALÍA
(Aparte.) ¡Cómo se burla el cruel!

FABIÁN

Dígame usted su dictamen.

LUCIANO

Si es la aparición un ser

sobrenatural, entonces...

FABIÁN

Yo el flaco le buscaré.

Hisopazo y tente, perro,

hasta que diga quién es

y qué pide y cómo y cuándo.

LUCIANO

También puede suceder

que sea un tuno que quiera

jugar con la timidez

supersticiosa del pueblo.

¡Ay!

ROSALÍA

¿Qué tienes?

LUCIANO

Yo no sé.

FABIÁN

Si es un pícaro, y le cojo,

y no tiene un cuarto, ¡ay de él!

BLAS

¿Y si es un loco?

FABIÁN
La pena

le hará en su juicio volver.

LUCIANO
¿Y si fuere... algún somnábulo?

FABIÁN
No es cosa de ese jaez.

Los que andan y hablan dormidos,

¿cómo se han de entretener

en disfrazarse de espectro?

LUCIANO
El señor dirá...

(Manifiesta gran desasosiego y fatiga.)

BLAS
Diré

que hay quien tenga esa manía

de hacer soñando tal vez

algo de lo que trató

de día. Murió en Uclés

ha tiempo un amigo mío

íntimo, a quien yo curé;

y al tal, si no se le ataba,

le solía acontecer...

ROSALÍA

Tú te indispones, Luciano.

LUCIANO

Sí, mucho.

BLAS

El pulso. -Esta piel

abrasa.

FABIÁN

¡Hombre!

BLAS

Usted padece...

LUCIANO

Horrible dolor... y sed

devoradora.

ROSALÍA

¡Dios mío!

LUCIANO

Las entrañas siento arder.

FABIÁN

¿Si será que la bebida?...

ROSALÍA

No, si yo la preparé.

BLAS

¿Usted? A ver ese pomo

(Echa en la copa algo del líquido que contiene el pomito.)

Voy a la botica.

(Sube apresuradamente la escalera.)

ROSALÍA

Ven

a casa, ven.

FABIÁN

(Aparte.) ¡Qué sospecha!

LUCIANO

Por Dios, no me abandonéis.

Escena IX

MARIANA, ISIDORO, dichos.

(Varios caballeros y damas que han observado la indisposición de LUCIANO, se acercan a él con interés.)

MARIANA

Aquí está, aquí estamos.

LUCIANO

¡Ah!

No veo.

ISIDORO

¡Qué palidez!

MARIANA

¡Querido tío!

LUCIANO

¡Mariana!

¿Eres tú?

ROSALÍA
¡Esposo!

BLAS
Corred.

(Desde la galería a dos religiosos que bajan corriendo la escalera, uno con un vaso y otro con una redoma.)

Beba el antídoto al punto.

Ese hombre va a perecer.

Le han dado veneno.

ROSALÍA
¡Cielos!

TODOS
¡Veneno!

FABIÁN
¡Favor al Rey!

Guardias, prended a ese paje.

ROSALÍA
No, no.

FABIÁN
Es culpable, lo sé.

De la farmacia del pueblo

ese doméstico infiel,

engañándome, ha sacado

un tósigo.

ISIDORO
¡Infame!

AGAPITO
Fue

por orden de mi señora.

TODOS
¡Por orden de su mujer!

ISIDORO
¡Rosalía!

ROSALÍA
¡Estoy perdida!

MARIANA
¡Tía!

ROSALÍA
Yo se lo mandé.

Quise... no puedo... (Se desmaya.)

TODOS
¡Qué horror!

ISIDORO
Yo no acabo de creer...

FABIÁN
En tanto que al Rey aviso,

que presa en palacio esté.

Acto tercero

Galería alta de la Iglesia por el costado del Palacio, vista de ángulo: descúbrese por los vanos parte de la bóveda de la capilla mayor, una pechina y el arranque del cimborio.

Escena I

MARIANA, DON FABIÁN.

FABIÁN

(Al salir, dirigiéndose hacia dentro.)

Vaya usted con el hujier;

no se detenga un momento,

y vuelva después aquí,

porque es necesario vernos.

Yo le haré a usted compañía (A MARIANA.)

mientras tanto.

MARIANA

¿Qué hay de nuevo,

Don Fabián? Me habla usted hoy

con un aire tan risueño,

que a no ser descortesía

y pecado el juramento,

jurara que usted va a darme

buenas noticias.

FABIÁN

Es cierto.

Mi interinidad es época

de...

MARIANA

¿De?

FABIÁN
De grandes sucesos.

MARIANA
Sí, pero tristes.

FABIÁN
Y alegres

también.

MARIANA
Dígame usted ésos.

FABIÁN
En primer lugar, su tío

de usted, mi señor y dueño...

MARIANA
Sí.

FABIÁN
Si quiere contentarse...

MARIANA
¿Qué?

FABIÁN
Puede dar un contento...

MARIANA
¿A quién? ¿Sobre qué? ¿Por qué?

Diga usted.

FABIÁN
(Aparte.) (Por poco entrego

la carta.) ¿Por qué será?

Cosa es que la viera un ciego.

Porque se pudo morir

del tósigo, y no se ha muerto.

MARIANA

¿Y a qué fin Su Majestad

llama hoy al tío? ¿Qué objeto

le parece a usted que tiene

semejante llamamiento?

FABIÁN

El Rey desde la tribuna

donde ha poco estaba oyendo

misa, reparó en ustedes...

MARIANA

Ya lo vi.

FABIÁN

Tiene un proyecto:

me le ha confiado...

MARIANA

¿Y cuál,

cuál es?

FABIÁN

Hija, es un secreto,

y no un secreto interino,

sino vitalicio, eterno.

MARIANA

Pero ¿y mi tía?, ¿y mi pobre

tía? ¿Cuándo la veremos?

¿Cómo está?

FABIÁN

Sin novedad.

Afligida...

MARIANA

Ya lo creo.

¿Es cosa de diversión

lo que la está sucediendo?

¡Acusada injustamente

de ese delito tan feo!

FABIÁN

¿Injustamente? Eso es mucho

decir.

MARIANA

Pues yo lo sostengo,

y lo he declarado así

una vez, y lo haré ciento.

Y usted, que la puso presa

con tal escándalo; el médico

Don Blas, que sólo debió

callar y aplicar remedios,

y el juez, que aún no ha sabido

hallar la verdad del hecho,

son ustedes, todos tres,

unos...

FABIÁN
¿Qué?

MARIANA
Unos majaderos.

FABIÁN
Eso fue lo que de mí

sus Majestades dijeron.

Ni era posible otra cosa:

como tienen tal extremo

por su ahijadita, no había

forma de que diesen crédito

a los indicios; después

ya se han ido convenciendo.

MARIANA

No hay tal; antes cada día

quieren con mayor empeño

salvarla: por eso fue

nombrar comisario regio

para esta causa, y se altera

en ella el procedimiento

ordinario: al fin, mi tía

no padece en un encierro;

está en su cuarto, y aún viene

aquí, donde le han dispuesto

una tribuna, a oír misa.

Todos estos privilegios

prueban que Sus Majestades

tienen el presentimiento

de que es inocente.

FABIÁN

O quieren

que lo parezca a lo menos.

MARIANA

Pero ¿puede usted creer

que ella haya dado veneno

a su marido?

FABIÁN

Yo no;

mas ¡qué diantre!, el argumento

del juez es tal que, hija mía,

no hay con qué desvanecerlo.

Su tía de usted confiesa

que por su mandato expreso

se compró el tósigo. Aquí

de Dios. Señora, ¿qué objeto

llevaba usted al hacerse

con esa droga? -Silencio

a esta pregunta. -¿Es usted

la que desde que anda enfermo

su marido, le prepara

las bebidas? -Yo. -¿Y hay medio

de que alguna otra persona

pueda intervenir en ello?

-Yo guardo las medicinas

en un botiquín, y llevo

siempre conmigo la llave.

-Venga la llave. -Se ha abierto

el botiquín, se ha encontrado

en él la droga que dieron

en la botica: faltaba

un poquito para el peso,

y ese poco es justamente

lo que se ha encontrado dentro

del pomo de que bebió

Don Luciano: ellos tuvieron

aquella tarde palabras;

ella hacía mucho tiempo

que no se llevaba bien

con su esposo... -Santo y bueno

será que uno no calumnie

al prójimo; mas confieso

que con tales datos, yo

sospechara del lucero

del alba.

MARIANA

¿Será posible?

Pero no, no; algún misterio,

algún misterio horroroso

hay aquí, y no le comprendo.

¿Ha confesado mi tía

que cupo en ella el intento

de envenenar a su esposo?

FABIÁN

¡Qué candidez! Por supuesto

que no; pero eso ¿qué prueba?

Que quiere salvar su cuello.

MARIANA

¿No espera usted que la den

por libre?

FABIÁN

¿Libre? Sospecho

que nadie le ha de quitar

un calabozo perpetuo.

Y aun así, cuando se sepa,

se ha de alborotar el pueblo,

según está furibundo

contra ese atentado horrendo.

MARIANA

¡Ay Jesús!

FABIÁN

Pero yo estoy

aquí para contenerlo.

¡Pese al diantre! Si se armara

una bolina por eso

cuando llevase la tropa

de aquí a su confinamiento

a Rosalía, y hubiera

pedradas y tiroteo,

y pudiéramos coger

unos cuantos prisioneros

que sacar luego a caballo

a recibir los doscientos

de costumbre, entonces sí

que quedaba en San Lorenzo

una memoria indeleble

de mi interino gobierno.

MARIANA

¿Y no es mejor dejar fama

de virtudes sin estruendo?

¿Fama de ser complaciente

con las damas, por ejemplo?

FABIÁN

Como eso se sabe poco...

MARIANA

Si no hay más que ese tropiezo,

permítame usted hoy ver

a mi tía, y yo le ofrezco

declarar a todo el mundo...

FABIÁN

¡Que he faltado al cumplimiento

de mi deber! Usted quiere

hacerme perder mi empleo

quince días antes.

MARIANA

Vamos:

¿y si callo?

FABIÁN

Ya veremos.

Escena II

LUCIANO, un hujier, dichos.

LUCIANO

Marianita, estimaría

que me hicieras el obsequio

de dejarme hablar a solas

con Don Fabián...

MARIANA

Obedezco.

LUCIANO

Te acompañará el señor (Por el hujier.)

hasta tu cuarto.

MARIANA
Voy.

(Aparte a DON FABIÁN.)

Cuento

con usted, y vuelvo al punto.

FABIÁN
Veré, digo; más, no puedo.

(Vanse MARIANA y el hujier.)

Escena III
LUCIANO, DON FABIÁN.
FABIÁN
¿Vio usted a Sus Majestades?

LUCIANO
Sí, amigo.

FABIÁN
¿Y le convencieron?

LUCIANO
A la primera palabra:

fuera de que yo respeto

mucho el querer de mi Rey,

soy a la piedad propenso,

y bien a disgusto mío

contra mi mujer pleiteo.

Si no fuera porque el lance

del semi-envenenamiento

fue en público, y la justicia

no pudo desatenderlo,

yo no me hubiera mostrado

parte.

FABIÁN

Me admiro y me alegro

de esa generosidad.

LUCIANO

Amigo, todos tenemos

necesidad de indulgencia

y de perdón, yo el primero.

El Rey quiere que lo olvide

todo: ya procuro hacerlo,

que este lance para mí

nada tiene de halagüeño.

FABIÁN

La acusada niega; el juez

dice que, a no usar de apremios,

no adelantará la causa

un paso más; el Rey, tierno

de corazón, no ha querido

permitir que den tormento

a esa desgraciada joven,

a quien mira con afecto

de padre; por otro lado,

el atropellar los fueros

de la justicia, era indigno

de un Rey concienzudo y recto.

En tal conflicto ¿qué se hace?

Lo que la Reina ha propuesto.

Que se escape la acusada,

y se la sentencie luego.

LUCIANO

Sus Majestades querían

que se entrara en un convento;

mas yo les he persuadido

que abandonen el proyecto,

pues con esa condición

no huye mi mujer.

FABIÁN
¡Es genio

indómito!

LUCIANO
Hagámonos cargo.

Sin la confesión del reo,

no se le puede imponer

la pena de muerte: vemos

que ella niega; la sentencian

a reclusión: monasterio

y cárcel allá se van.

O no nos determinemos

a perdonarla, o si no

que sea el favor completo.

Váyase fuera de España;

proporcionémosle medios

de vivir sin estrechez;

y, si le es posible serlo,

que sea feliz.

FABIÁN

Pero, hombre,

dejándola libre y lejos,

¿la conducta de una esposa

no le importa a usted un bledo?

LUCIANO

El lazo que nos unía

pronto quedará disuelto.

Su Majestad me promete

interceder al efecto

con el Pontífice.

FABIÁN

Así

ya de nada me sorprendo.

LUCIANO

Mal pudiera yo olvidar

que he nacido caballero.

FABIÁN

¿Y cuándo ha de ser la fuga

de Rosalía?

LUCIANO

Probemos

antes...

FABIÁN

¿A qué?

LUCIANO

A decidirla.

FABIÁN

¡Voto al cimborio! ¿Tendremos

que pedirle por favor

que se libre del aprieto?

LUCIANO

Como afirma que no está

culpada...

FABIÁN

Algún desacierto

voy a hacer yo, si al hablarla

me sale con embelecocos.

LUCIANO

Por eso no debe ser

usted quien le hable.

FABIÁN
Convengo;

pero para tal encargo,

¿de qué hombre nos fiaremos?

LUCIANO
De Isidoro: es un amigo,

es persona de talento,

y creo que a Rosalía

persuada sin gran esfuerzo.

FABIÁN
Cuando venga a misa, haré

que se hablen en este puesto;

y si accediese, a la noche

tomará el pájaro vuelo.

LUCIANO
Corriente.

FABIÁN
Oiga usted ahora

una ocurrencia.

LUCIANO
Ya atiendo.

FABIÁN
No puede usted figurarse

qué pesadumbre que tengo

por no poder descubrir

si es espíritu, si es cuerpo

la fantasma aquélla.

LUCIANO

Y bien...

FABIÁN

Para atravesar el reino,

es claro que Rosalía

necesita un compañero.

LUCIANO

Un auxiliar bien pagado.

FABIÁN

Pues, hombre, si dispusiéramos

que su paje favorito,

que es muchachón, o el mancebo

de la botica, que está

también de resultas preso,

la acompañara...

LUCIANO

Es muy fácil.

FABIÁN

Se pondría el paje un cuévano

en los hombros, que le alzase

vara y media o más, y envuelto

en dos sábanas o tres

que fueran barriendo el suelo,

podía sacar tapada

con aquellos faldamentos

a Rosalía, y lográbamos

de esta suerte dos objetos:

hacer esa escapatoria

de un modo ruidoso y nuevo,

y que el público creyera

que los fugitivos fueron

autores de la fantasma

anónima. -¿No es invento

curioso el mío? ¿Qué tal?

LUCIANO

¿Y si un centinela, viendo

aquella mole, dispara

un tiro?

FABIÁN

No hay que temerlo.

A gente del otro mundo

nadie le pierde el respeto.

Se hará que estén de servicio

a esas horas dos gallegos,

cada cual por sí capaz

de hacer frente a un regimiento

de esguízaros; pero al ver

el alma en pena, yo apuesto

a que le rinden las armas,

dándose golpes de pecho.

LUCIANO

Pues bien, buscaré a Isidoro

para que venga corriendo. (Vase.)

FABIÁN

Que no tarde.

Escena IV

DON FABIÁN

Ea, por fin

se me logran mis deseos.

Un hombre como yo, es claro

que debe dejar impreso

en cuanto mano pusiere

de su carácter el sello.

Huyen hoy los dos, se sabe

mañana, se hacen extremos,

se envían requisitorias

por un camino diverso,

me llama el juez descuidado

y torpe, yo hago el modesto,

regresa el señor alcalde

propietario al Sitio, y ceso;

y entonces gritan a coro

gentecilla y palaciegos:

«Por los desatinos que hizo

Don Fabián, le depusieron.

Tiene colérico al Rey.

Van a ponerle en arresto.

Cuando menos se lo espere,

le envían a Ceuta.» -¡Necios!

El Rey me dirá entre tanto:

«Buen Fabián, ya sé que puedo

servirme de ti. -Señor,

yo sé guardar un secreto.»

Pero ¿qué demonios hago?

¡Pues no estoy hablando recio

conmigo solo! ¿Hay tal pico?

Si me hubiera estado oyendo

alguno, por vida mía,

que daba un golpe maestro.

¡Comprometer a mi Rey!

¿Yo? Vamos, si no me enmiendo:

soy un badulaque, digno

de ser declarado inepto

para poder ejercer

otro interinazgo nuevo.

Escena V

ROSALÍA, de negro y con el velo echado, acompañada de dos alguaciles de vista; DON
FABIÁN.

ROSALÍA

Vamos de prisa, que nadie

me vea.

FABIÁN

¿Tiene usted miedo

también de mí?

ROSALÍA

¿De usted? ¡Yo

que tantos favores debo

a mi compasivo alcaide!

Pero con todo, hoy me quejo

de usted; hoy me ha abandonado,

y hoy precisamente siento

un afán inexplicable

de preguntar... Yo preveo

(me lo dice el corazón

sin cesar) que decidieron

ya mi suerte, y de usted sólo

que me la revele espero.

FABIÁN
¡Yo revelar!

ROSALÍA
No se enoje

usted, por Dios se lo ruego.

FABIÁN
¡Faltar yo a la confianza

que en mí el soberano ha puesto!

ROSALÍA
No, sólo quiero saber...

FABIÁN
¡Saber! Pues: ahí está el cuento.

Pues sepa usted que he hecho voto

de callar como un madero,

porque así me importa a mí

y a otro, y porque presiento

que por usted, sí, señora,

por usted seré depuesto,

quizá con mengua, del cargo

que interinamente ejerzo,

y la clase de interinos

perderá su buen concepto.

Escena VI

ISIDORO, un Escribano, dichos.

ISIDORO

Orden del juez.

(El Escribano da un pliego a DON FABIÁN.)

ROSALÍA

(Aparte.) ¡Isidoro!

Por fin a esperar empiezo.

No se ofrecerá a mi vista

sin traerme algún consuelo.

FABIÁN

¡Albricias! Puede usted ver

a quien guste.

ROSALÍA

¡Dios eterno!

FABIÁN

Y sin escucha. Por tanto,

nosotros nos correremos

a los lados, mientras hablan

usted y este caballero.

(Vanse DON FABIÁN y los alguaciles.)

Escena VII

ROSALÍA, ISIDORO.

ROSALÍA

¡Cuánto ansiaba esta visita!

¡Cuánto al Señor agradezco

que ver ya se me permita

un rostro en que venga escrita

la compasión que merezco!

Dime pronto si han creído

las gentes esas maldades

que se me han atribuido;

qué piensan Sus Majestades,

qué ha pensado mi marido.

Dime qué debo inferir

de que me vengas a ver.

Junto me lo has de decir:

no lo podré comprender;

mas yo lo sabré sentir.

ISIDORO

Mucho pides a la par.

Al vulgo murmurador

no es bien importancia dar.

ROSALÍA

¿Se ceba en mí con furor?

ISIDORO

Harto digo con callar.

ROSALÍA

Si hay quien mi honor despedace,

¿no hay quien favor me dispense?

¿no hay quien mi defensa abrace?

ISIDORO

Uno.

ROSALÍA

Dios le recompense

la justicia que me hace.

No en vano esperé, no en vano

le consta que en mi decoro

no cabe un hecho villano.

Su nombre será Isidoro,

¿no es cierto?

ISIDORO

El nombre es Luciano.

ROSALÍA

¡Cómo! ¿Salió a defenderme

quien más debiera acusarme,

y en tanto, viéndome inerme,

tú, debiendo conocerme,

tú, pudiste abandonarme?

Creí que si rehuías

ser esta vez mi abogado,

sólo era porque temías

luchar con las arterías

de otro más ejercitado;

pero jamás concebí

que tan negra sordidez

imaginaras de mí.

¿Qué debo esperar del juez,

si tú me juzgas así?

No sabes cuán hondo hirió

el puñal que ahora me clavas.

¡Yo envenenadora!, ¡yo!

ISIDORO

Yo me persuadí que amabas

con delirio...

ROSALÍA

¡Ojalá no!

Mucho, mucho te he querido.

¡Dios mío! Soy pecadora,

lo soy, y perdón os pido;

pero ¡ay!, ¡envenenadora!...

Yo creo que no lo he sido.

ISIDORO

¡Pues qué!...

ROSALÍA

Mira allí un altar:

casa del Señor es ésta

que hace a la culpa temblar;

da crédito a la protesta

que de mí vas a escuchar.

Hubo un día de extravío

para mí, de aberración,

en que al pie de mi mansión

sentí que no hubiera un río,

y eché menos un balcón.

Fue un día en que al oponer

de la traición a la idea

la flaca voz del deber,

quise acortar la pelea

por no dejarme vencer.

Hice un tósigo buscar,

y lo llegué hasta la boca,

lo dejé y volví a tomar.

No sé más: estaba loca

entonces, loca de atar.

Cuando cobré la quietud,

encerré el polvo homicida

donde mi solicitud

guarda siempre la bebida

que da a Luciano salud.

En aquel sueño fatal

de un alma sin luz ni freno,

ignoro si maquinal

mi mano pasó el veneno

de un cristal a otro cristal.

Todo cabe en la batalla

que traje; mas si despliega

la razón los velos que halla,

cuando ella vacila y calla,

el corazón habla y niega.

Juzga tú si estoy demente,

si estragos en mí habrán hecho

las penas que el alma siente,

cuando hasta dudo y sospecho

si mi conciencia me miente.

ISIDORO

Y esa duda, desgraciada,

¿no ves que es fuerza que indique?...

ROSALÍA

No, por Dios, no soy culpada.

¿No hallas en mi acento nada,

nada que me justifique?

Ahora sí que comienzo

a temblar por fama y vida.

¿Por qué vine a San Lorenzo?

De seguro estoy perdida

cuando a ti no te convengo.

De seguro que la suerte

en ludibrio me convierte

y horror del pueblo español,

y me condenan a muerte

o a no ver la luz del sol.

ISIDORO

¡Ay!, sí, yo te lo confieso:

víctima indefensa caes

de infame sentencia al peso.

ROSALÍA

¡Isidoro!, ¿es todo eso

el consuelo que me traes?

ISIDORO

No, yo te vengo a salvar:

serénate, el llanto enjuga.

ROSALÍA

¿Cómo me has de vindicar?

ISIDORO

Tiempo es preciso ganar,

apelando...

ROSALÍA

¿A qué?

ISIDORO

A la fuga.

ROSALÍA

¿Yo huir?

ISIDORO

Que adviertas te pido...

ROSALÍA

¿Yo huir?, ¿yo dar a entender

que un crimen he cometido,

de que no me han convencido

ni me pueden convencer?

Eso nunca.

ISIDORO

No te ciegue

la fuerza de ese reparo:

huye hasta que se sosiegue

la borrasca, y día llegue

para tu opinión más claro.

Mientras no hicieras saber

que con lícito motivo

te decidiste a querer

comprar el veneno activo

encontrado en tu poder,

ni nombre, ni calidad,

ni acción, nada te disculpa.

ROSALÍA

Y si digo la verdad,

entonces doy a la culpa

mayor probabilidad.

ISIDORO

Huir, huir te conviene.

El Rey, que tu fuga aprueba,

medidas tomadas tiene,

sin que su real nombre suene,

para que partas.

ROSALÍA

¡Qué nueva,

qué inagotable bondad!

ISIDORO

Hay más: para esta evasión

Luciano a Su Majestad

ha dado su aprobación.

ROSALÍA

¿La dio sin dificultad?

(Con amargura, en tono casi afirmativo.)

ISIDORO

Poniendo una condición.

ROSALÍA

Pesada para él la ley

era de nuestro consorcio:

huyendo yo a extraña grey,

¿qué más desea?

ISIDORO

Que el Rey

le facilite un divorcio.

ROSALÍA

¡Un divorcio! ¡Ah!, ya reúno

con más fuerza mis rencores.

Cese el combate importuno,

y un pecho entre dos amores

álcese libre del uno.

Ya es mengua titubear:

apariencia, realidades,

todo tiende a desatar

la unión de dos voluntades

que no se pudo formar.

Sea. ¡En hora venturosa

nació, nació con estrella

Luciano maravillosa!

Basta que quiera una cosa

para salirse con ella.

Se cansó de mí el cruel;

de sí alejarme anheló;

sirvióle el destino fiel:

goza las ventajas él;

sufro la ignominia yo.

Mientras me llamen en tropa

mis amigos y parientes

mengua de mis ascendientes,

y sea por toda Europa

escándalo de las gentes,

él del yugo detestado

sacudiendo la cerviz,

de mí vivirá olvidado,

cada vez más estimado

y cada vez más feliz.

Yo a la mano sometida

cuya ley adoro y sigo,

cedo, y a sufrir me obligo

la pena no merecida

por otra culpa en castigo.

Pero ¿tanto delinquí

dando entrada a una pasión

cuya fuerza reprimí?

¿No me dieron ocasión?

¿Me quiso Luciano a mí?

¡Ay cielo! Si pude errar,

bien pago mi error, bien caro.

¿Y Dios lo ha de tolerar?...

No quiero de Él murmurar,

porque no tengo otro amparo.

(Aparece MARIANA en el fondo y se queda escuchando.)

Huiré; que su Providencia

quizá en premio de que postro

la altivez de mi inocencia,

y el peso bárbaro arrostro

de la vil maledicencia,

quizá un día protector

se me declare, y yo alegre

vea deshecho el error,

y mi fama se reintegre

y adquiera más esplendor.

Huiré.

ISIDORO

De carcelería

sales hoy.

ROSALÍA
A Luciano antes

y a Mariana ver querría.

ISIDORO
Sí, los verás.

ROSALÍA
¿Y quién guía

luego mis pasos errantes?

Escena VIII
MARIANA, ROSALÍA, ISIDORO.
MARIANA
¡Oh! No lo pregunte usted.

ROSALÍA
¡Mariana!

MARIANA
Lo entendí todo.

Quien a usted la salvará

seré yo, con Isidoro.

¿No es verdad?

ISIDORO
Sí, Rosalía:

yo te libraré, yo solo.

Yo he de acompañarte...

MARIANA
Aun cuando

partiese a un país remoto.

ISIDORO
Ése es mi deber, Mariana.

MARIANA
Y si no, yo se le impongo.

ROSALÍA
¿Tú?

MARIANA
Puedo mucho con él.

ROSALÍA
¿Mucho?

MARIANA
Me sirve a mi antojo.

ISIDORO
Déjeme usted arreglar

entre ambos el tiempo y modo

para...

MARIANA
Aunque yo me quedara,

no serviría de estorbo.

ISIDORO
No es menester.

ROSALÍA
Sí, sí, quédate.

(Aparte.) No sé lo que en ambos noto.

MARIANA

Pues, y esta ocasión podemos

aprovecharla nosotros.

ISIDORO
¿Para qué?

MARIANA
Hablemos delante

de mi tía sin rebozo.

ISIDORO
Otra vez, otra vez.

ROSALÍA
Habla,

Mariana.

ISIDORO
Es el tiempo corto.

Y...

ROSALÍA
Calle usted.

MARIANA
Dice bien.

¿Es algún pecado gordo

lo que se va a revelar

para hacer el vergonzoso?

En suma, el señor y yo

nos queremos.

ROSALÍA

¿Qué es lo que oigo?

¡Tú y él! ¡Cielos! Desde cuándo?

MARIANA

Hace más de un año.

ROSALÍA

¡Cómo!

¿Desde antes que entrada en casa

le concediera mi esposo?

MARIANA

Desde mucho antes.

ROSALÍA

(Aparte.) Cayó

la venda: ya nada ignoro.

MARIANA

Yo, por consejos ajenos

que me salieron costosos,

fingí no amarle...

ISIDORO

¡Fingía!

MARIANA

Y el buen señor fue tan bobo,

que se lo creyó de veras;

y si me descuido un poco,

o se me escapa a las Indias,

o aquí busca su acomodo.

ROSALÍA

(Aparte.) Me hablaba de ella sin duda,

y yo creí... ¡Oh!, ¡qué sonrojo!

ISIDORO

¡Mariana!

MARIANA

Aunque para amar

de veras a otra, era pronto.

ROSALÍA

Muy pronto, sí, y yo no creo

que lo desmienta Isidoro.

MARIANA

Mi tío, que se ha encargado

del papel de ángel custodio,

no nos ha dejado nunca

explicarnos; y hoy, que logro

esta entrevista, de usted

el beneplácito imploro,

pues aunque Isidoro calla,

sospecho que dice: «Otorgo.»

ROSALÍA

Entiendo yo su silencio

también, y por él respondo.

Yo bendigo vuestra unión:

hágaos el cielo dichosos.

No quiero que se difiera

por mí vuestro matrimonio.

Yo no necesito ya

de nadie.

ISIDORO

A tus pies me arrojó,

y pido en favor del celo

que en salvar tu vida ponga...

ROSALÍA

Mi vida va a terminar

en un cadalso afrentoso.

ISIDORO

¡Señora!, pues ¿qué?...

ROSALÍA

(Llamando.) ¡Justicia!

MARIANA

¡Tía!

ROSALÍA

¡Ministros!

MARIANA
¿Qué enojo,

qué despecho es ése?

Escena IX
DON FABIÁN, Alguaciles, dichos.
FABIÁN
Aquí

estamos.

ROSALÍA
Oídmelos,

para que de mis palabras

deis ante el juez testimonio.

Hoy el arrepentimiento

ha penetrado en el fondo

de este corazón, guarida

de delitos horrorosos.

El veneno, aquel veneno

que me procuró el soborno,

para un vil asesinato

lo destinaba mi encono,

y con tan bárbaro intento

yo misma lo eché en el pomo.

TODOS

¡Oh!

ROSALÍA

Llevadme donde vea

si de mí propia me escondo.

MARIANA

¡Jesús!

FABIÁN

¡Infeliz!

ISIDORO

¡Dios mío!

Ya para ella no hay socorro.

Acto cuarto

Sala adornada de tapices perteneciente al Palacio, a la cual están inmediatas la habitación de ROSALÍA por un lado y la de su marido por otro. En el fondo una puerta, y más allá un largo corredor o claustriillo. Es de noche: hay una luz sobre la mesa.

Escena I

ISIDORO, MARIANA.

ISIDORO

Sosiegate, hermosa mía.

MARIANA

¡Ay Dios!

ISIDORO

Todo está en reposo

por aquí: vuelve a tu cuarto.

¿Vas perdiendo el miedo?

MARIANA

Un poco;

pero hasta que no amanezca

no entro yo en mi dormitorio.

Aquí tengo el paso libre,

si asoma otra vez el coco,

y echo a correr.

ISIDORO

Eso ha sido

un sueño.

MARIANA

¡Es mucho negocio

que no pueda convencerte

de lo que vi con mis ojos!

Era la fantasma.

ISIDORO

¡Qué!

No.

MARIANA

Mira, por temoso,

merecías que viniera.

ISIDORO
Que venga.

MARIANA
No fuera flojo

el susto que te daría.

ISIDORO
Ahora que reflexiono,

creo entender lo que tú

miras como prodigioso.

Me parece que tendremos

mañana un día de gozo;

que aún podrá su vida triste

salvar del último oprobio

aquella infeliz.

MARIANA
¿Mi tía?

Me dejas llena de asombro.

¿Qué tiene que ver con ella

la visión?

ISIDORO
Yo estoy absorto

como tú; pero a este lance,

si tal solución no adopto,

no encuentro ninguna.

MARIANA

¿Cuál?

ISIDORO

Don Fabián, que es medio loco,

discurrió, para la fuga

de Rosalía, que un mozo

se vistiera de fantasma.

MARIANA

¡Qué sacrilegio espantoso!

ISIDORO

Mas con esa confesión,

quedó el plan deshecho y roto:

los Reyes se arrepintieron

de haber sido tan piadosos

con la culpable, y la dejan

en el mayor abandono;

fallo de muerte pronuncia

el juez, y sin fruto imploro

por ella el perdón; el Rey
se hace a mi súplica sordo,
y hasta me vedan que llegue
con mis instancias al trono.

MARIANA
Yo no puedo persuadirme

que ha de morir.

ISIDORO
Yo tampoco,

y a cada momento aguardo
algo de maravilloso.

En fin, si Dios no la libra,
tal vez la salve un arrojó.

A Madrid han de llevarla:
ni sé cuándo ni sé cómo,
porque ella y el juez y el Rey
todos son para nosotros
invisibles hoy; no obstante,
ánimo tengo...

MARIANA

Y yo oro.

ISIDORO

Pero tal vez estén ya

satisfechos nuestros votos.

La Reina está en cama; el Rey,

afligido y melancólico,

habrá usado de piedad

(como en acto meritorio

para que Dios con la Reina

deje de ser riguroso),

y Luciano y Don Fabián

acuden al trampantojo

de la fantasma que viste,

para que entre el alboroto

que produzca, huya la presa.

Hubiera sido muy propio

haber contado conmigo;

pero yo se lo perdono.

MARIANA

Ya verás cómo los hechos

te dejan por mentiroso.

Ninguno de ambos pudiera

tener el capricho tonto

de darme un susto capaz

de ocasionar un trastorno.

Mi tío cierra mi cuarto

cada noche a piedra y lodo;

yo sentí andar con la puerta,

y descorrer los cerrojos

y volverlos a correr

muy despacio; me incorporo,

llamo, no me oyen, me visto,

doy a la lámpara un soplo,

abren, una luz lejana

me deja ver un coloso

blanco... y entra en mi aposento

diciendo en acento ronco:

«¡Mariana, Mariana!»

ISIDORO

Vamos,

eso...

MARIANA

No la eches de docto

incrédulo; que de nuevo

te digo, y no me equivoco,

que vi la visión, y oí

nombrarme como me nombro.

El hecho es que está mi cuarto

abierto, que no tiene otro

picaporte que el que guarda

mi tío tan cuidadoso,

que le hemos llamado, y duerme,

por lo visto, como un tronco.

Pues ¿quién será la fantasma?

No es hombre, es un duende.

ISIDORO

En golfo

tal de confusiones, yo

el rumbo ya desconozco.

Vamos otra vez al cuarto

de Luciano: es ya forzoso

que despierte y abra.

MARIANA

Siempre,

con tener sueño de plomo,

cierra su alcoba lo mismo

que si fuera un calabozo.

ISIDORO

(Profundamente pensativo.)

¿Qué habrá sido?

MARIANA

Oigo rumor.

ISIDORO

Alguien viene.

MARIANA

¡San Antonio

me valga!

ISIDORO
Nos llevaremos

la luz. (La toma.) Ven.

MARIANA
¡Ay!, yo me ahogo

de miedo.

ISIDORO
Estando a mi lado,

no temas.

MARIANA
Huyamos pronto. (Vanse.)

Escena II

ROSALÍA, escoltada por varios Soldados mandados por un Oficial. DON FABIÁN,
con algunos Alguaciles. Un Soldado trae una luz y un Alguacil otra.

FABIÁN
Pisad quedo. -¡Qué torpeza!

No sonar esos fusiles.

Vosotros, los ministriles,

volveos desde esta pieza.

(Vanse los alguaciles.)

ROSALÍA
Sígalos usted, no baje.

FABIÁN
Pues ¡qué!, ¿no mereceré

que usted la mano me dé

al tomar el carruaje?

Deseo es bien natural

en momento tan amargo.

ROSALÍA

¡Ay Dios!

FABIÁN

Mucho se la encargo

a usted, señor Oficial.

ROSALÍA

No trate usted de impedir

que él por sus impulsos obre:

todo es igual a una pobre

que es conducida a morir.

(ISIDORO, que a este tiempo volvía y llegaba a la puerta con la luz en la mano, oye a ROSALÍA, sale precipitadamente, deja la luz en la mesa y rompe por entre los soldados.)

Escena III

ISIDORO, dichos.

ISIDORO

¡A morir!

ROSALÍA

¡Cielos!, ¡qué veo!

FABIÁN

Fue en vano todo el sigilo.

ROSALÍA

Llevadme.

FABIÁN
Llevadla en vilo

de aquí, cumplid su deseo.

Ella no ha querido hablar

a nadie de la familia.

ISIDORO
¿Y quién no se reconcilia

cuando se va a separar,

y cuando va a ser eterna

la separación?

ROSALÍA
¡Ay triste!

¿Por qué al paso me saliste?

ISIDORO
El que todo le gobierna

me trajo a esta habitación,

para que, al verte salir,

pudiera a tus pies gemir

implorando compasión.

ROSALÍA
¡Quién la pide a quién! -Paraos,

(A los soldados.)

Si gustáis, aquí un minuto.

FABIÁN

¿No han de gustar? Sólo un bruto

se negaría. -Apartaos.

(Los soldados se desvían.)

ROSALÍA

Mariana no podrá oírnos.

ISIDORO

No, se halla de aquí distante.

ROSALÍA

Sintiera verla delante

al tiempo de despedirnos.

Ni ella ni mi esposo pueden

saber lo que a ti te diga,

si la angustia y la fatiga

que concluya me conceden.

Mis desventuras me eximen

de miramientos, pues creo

que todo es lícito al reo

que muere y paga su crimen.

ISIDORO

No: por fuerza o por ardid

o consiguiendo tu indulto...

ROSALÍA

Va a ser mi suplicio oculto

así que llegue a Madrid.

No hay que esperar.

ISIDORO

Sí: yo vuelo

tras ti con gentes...

ROSALÍA

¡Ah!, cesa.

Mi esperanza está en la huesa

y en la muerte mi consuelo.

Esta infeliz, hoy odiosa

al mundo, tuvo al nacer

cuanto pudo apetecer

la mujer más ambiciosa;

mas de un funesto vaivén

nadie en la tierra se libra,
porque al fin siempre equilibra
la suerte el mal con el bien.

Yo, para mi perdición,
para mi oprobio y afrenta,
recibí un alma sedienta
de goces del corazón;
y en esa frívola corte
que enamora por oficio,
que tiene por moda el vicio
y el vil interés por norte,
de cuantos amor postró
a mis pies, ninguno vi
que me quisiera por mí,
que sintiera como yo.

Pero no es gran maravilla;

pues ¿quién sospechara, quién,

que hoy, empolvada la sien,

vistiendo bata y cotilla,

pudiera haber ni una sola

castellana palaciega

que supiese amar tan ciega

como una antigua española?

Muda el tiempo las naciones,

varían los personajes,

y lo mismo que los trajes

se cambian los corazones.

De esta ley se exceptuó

el mío para su daño,

y viose en un mundo extraño

y el mundo le atropelló,

cual flor que vino a brotar

en vereda pasajera,

donde sólo haber debiera

pedernales que pisar.

Pensé que aquél a quien di

de esposo el sagrado nombre,

me amaba: vi luego un hombre

que sólo se amaba a sí.

Por él a casa viniste

tú, en quien mi cariño acopio:

no te engañes a ti propio,

tú tampoco me quisiste.

ISIDORO

¡Oh!, sí: mi estrella maligna...

ROSALÍA

No, yo te aplaudo imparcial:

mi amor era criminal,

y yo del tuyo era indigna.

Éste, éste es el verdadero

crimen en que yo he caído,

y éste a pensar me ha inducido

otro, y por pensarlo, muero.

Yo jamás quise atentar

a otra vida que la mía:

por lo amarga que sería,

fue el quererme envenenar.

Ya estaba resuelta a huir;

supe tu callado amor,

y me pareció mejor

acabar ya de sufrir.

Del vulgo la necia charla

cuanto quiera me atribuya:

vida que no ha de ser tuya,

no he querido conservarla.

ISIDORO

¡Oh nueva que me aniquila!

Yo te libro, o moriré.

ROSALÍA

No, no: me desahogué

con esto, y me hallo tranquila.

Nos vimos aquí los dos;

venció el impulso terreno;

mas ya parto, y me sereno

para dirigirme a Dios.

Conmigo espero que ablande

su justicia rigurosa;

que si es mi culpa horrorosa,

la expiación es bien grande.

Cuando mi alma descargada

del peso de la existencia,

llegue ante la Omnipotencia

que nos hizo de la nada;

si en las etéreas regiones

algún recuerdo subsiste

de este miserable y triste

valle de tribulaciones;

si es lícito del Señor
que fulminó en Sinaí,
para el que se queda aquí
gracia implorar y favor,
yo sólo le rogaré
que me permita bajar
a ser ángel tutelar
del hombre a quien tanto amé.
¡Oh!, y aún debo cuando así
de nuevo a la tierra me uno,
velar también sobre alguno
y alguna que aborrecí.
Ya no aborrezco, ya amansa
la tormenta pertinaz
del pecho, y ansío la paz
del que en la tumba descansa.
Di al que sin querer me pone

hoy en esta situación,
que yo le pido perdón
para que Dios me perdone.

Di que le ruego otra cosa
que mi afán último fue,
y es que, muerta yo, te dé
a Mariana por esposa.

No la reveles que amamos
a un hombre mismo ella y yo,
y hazla, pues te mereció,
hazla feliz. Adiós. Vamos.

(Vase y síguela el Oficial y los soldados: ISIDORO detiene a DON FABIÁN.)

Escena IV
ISIDORO, DON FABIÁN.
ISIDORO
Don Fabián, aguarde usted;

no se marche usted aún.

FABIÁN
No, déjeme usted.

ISIDORO
Por Dios,

que no vivo de inquietud,

y ocurre una novedad

de especie nada común.

FABIÁN
¿Cómo?

ISIDORO
La fantasma ha vuelto

a aparecerse.

FABIÁN
¡Jesús!

Pero ¿será algún difunto

mal hallado en su ataúd,

o es quizá que me ha robado

mi pensamiento un gandul,

y sale a espantar las gentes

con faldas y con capuz?

¿Por dónde anda?

ISIDORO
Por palacio.

FABIÁN
¿Aquí? ¡Voto a Belcebú!

¡En la morada del Rey!

Pues no me dé Dios salud

si no descubriese el duende;

y aunque sea ángel de luz

o de tinieblas, le enseño

a no turbar la quietud

del Sitio donde gobierna

Don Fabián Villaragut.

ISIDORO

Le han visto en nuestro aposento.

FABIÁN

¿Quién?

ISIDORO

Mariana.

FABIÁN

¡Huy, huy, huy, huy!

Lo entiendo: algún mozalbete,

que no es de la sangre azul,

la quiere, y no puede verla,

y se encaja a bultuntún

donde ha de costarle el chiste

ir a comer alcuzcuz

a Morería. Es preciso

domar a la juventud.

¿Lo sabe ya Don Luciano?

ISIDORO

Aún no.

FABIÁN

Avisárselo. Abur. (Yéndose.)

Pido una patrulla, rondo,

le vemos: ¿no se da? ¡Plum!

Cuatro tiros, que le dejen

sin que diga tus ni mus. (Vase.)

Escena V

ISIDORO

Un estorbo menos. -Fuera

la más vil ingratitud

abandonar a su suerte

a Rosalía. Según

dijo Mariana... Con su oro,

si acudo con prontitud,

podré ganar los soldados;

y si no, aunque la segur

de la justicia provoque

con algún delito, algún

desacierto, yo la salvo:

lo juro a Dios y a una cruz. (Vase.)

(Queda el teatro solo algunos momentos, durante los cuales el reloj del convento da las cuatro. Entonces en el fondo del claustro, que está oscuro, aparece un hombre envuelto en una sábana que le cubre de pies a cabeza: adelántase con paso lento y vacilante; y cuando entra en la sala, donde ISIDORO ha dejado la luz que trajo, descubre el espectador las facciones de LUCIANO. Trae en la mano unas llaves, y cerrados los ojos: su ademán y voz son los de una persona afectada del somnambulismo.)

Escena VI

LUCIANO

Lo que importa es cerrar.

(Entorna la puerta del fondo, haciendo con una de las llaves el movimiento para cerrar. Después da unos pasos hacia el proscenio; alza la mano como para colgar las llaves y encerrarlas en una relojera, y las deja caer sobre una silla.)

Nadie lo sabe.

Mi precaución no ha sido sin provecho.

Nadie me ve, cerrado bajo llave,

si tal vez me levanto de mi lecho.

A Madrid, a Madrid, que ya estoy harto

del Sitio donde vive Rosalía.

¡Qué cerradura aquélla de mi cuarto!

Mejor que las de aquí: no la abriría.

Todo en el Escorial, todo me asombra.

Aun el peligro que corrí, me pasma.

¿Con que yo soy a quien el vulgo nombra

cada vez que recuerda la fantasma?

¿Yo entre sueños hablar? ¿Qué estoy diciendo?

No: yo soy mi mejor, mi único amigo.

Veinte años ha que el disimulo aprendo,

y nunca fui traidor para conmigo.

Yo primero. -¡Mariana! ¡Oh mi tesoro!

¡Rosalía! ¡Qué fe!, ¡qué virtuosa!

Es un pobre infeliz el Isidoro.

Ella y él, ¡qué pareja! -¡Qué enfadosa!

Escena VII

ISIDORO, LUCIANO.

ISIDORO

No hay tiempo que perder: llevo dinero,

y pistolas también, por si es preciso.

Luciano no responde. (Repara en él.)

LUCIANO

Yo primero.

ISIDORO

¡Luciano!

LUCIANO

Yo primero: te lo aviso.

ISIDORO

Esos ojos cerrados...

LUCIANO

(Sonriéndose.) Mi cautela

con la verdad a descubierto engaña.

ISIDORO

Somnábulo es: el corazón me hiela

una sospecha atroz.

LUCIANO

(Aterrado.) ¿Quién me acompaña?

¿Quién en mi asilo entró sin mi licencia?

¿Quién eres tú que estremecer me has hecho?

ISIDORO

¿Le hablaré?

LUCIANO

La conozco: es mi conciencia.

Huye: te he desterrado de mi pecho.

¡Una copa! Da aquí, la haré pedazos:

no puedo ver las copas de esa hechura.

¿Qué dama es esa que me traes en brazos?

¿Cómo pudo romper la sepultura?

ISIDORO

¿Me es lícito escuchar? ¡Oh!, no me aparto

sin ver...

LUCIANO

¿Espejo blanco? Observaremos.

Otra tarde los dos juntos iremos.

Sal hoy sin mí. Te aguardaré en tu cuarto.

Salió. -¡La llave falsa de la arquita!

(Diríjese hacia el lado donde figuró guardar las llaves, y hace que las vuelve a tomar. ISIDORO sigue sus movimientos; repara en las llaves que están en la silla, y las coge y examina una pequeña, dejando, al hacer esto, las pistolas en una mesa. LUCIANO vuelve al medio de la sala, y ejecuta la pantomima de una persona que abre y registra un mueble, temiendo ser visto.)

ISIDORO

¡Llave falsa!

LUCIANO

¿Me ven?

ISIDORO

¡Es ésta!

LUCIANO

Ahora.

No acierto... ¡Qué temblor! Mano cobarde,

sírveme bien. Sin miedo, sin demora.

¿Helada estás?, ¡y mi cabeza se arde!

(La congoja de los remordimientos se apodera de él por un instante, y prorrumpe en sollozos.)

Una gota que abrasa me ha caído...

¡Yo llorar! ¿No abrí ya? ¿Qué me detengo?

Ya debe estar mi pecho encallecido

con la pasión voraz que en él mantengo.

¿Renunciaré?... ¿Y mi bien? No hay que hacer caso.

Este pomo... un papel... Veamos. Corro,

analizo... ¡Es veneno! Eso me ahorro.

Acerté. Mudo el líquido a mi vaso.

ISIDORO

¡Oh!

LUCIANO

¿Y he de envenenarme? Sí, me atrevo.

Se trata de la dicha. Se prepara

la ocasión... -Si de mí se separara,

quizá... Si no consiente, pido y bebo.

Ya minoré la dosis: tendré a mano

el doctor y el antídoto... -Era cierta

la traza... -Y en efecto, ya estoy sano,

y libre voy a estar.

ISIDORO

Monstruo, despierta.

(Sacudiendo reciamente a LUCIANO de los brazos para hacerle volver en sí.)

LUCIANO

¿Quién llama? ¿Dónde estoy? -¿Tú me observabas?

ISIDORO

Sí, y en tu lenguaraz somnambulismo,

Delator imprudente de ti mismo,

tu iniquidad de revelar acabas.

LUCIANO

¿Hablé?

ISIDORO

De todo ya tengo noticia.

LUCIANO

¿De qué?

ISIDORO

De todo. Es fuerza que repares

(Mostrándole la llave falsa del botiquín.)

Ese crimen atroz, y a la justicia

inocente a tu víctima declares.

LUCIANO

¿Cómo?

ISIDORO

Escribe un papel y huye de España.

LUCIANO

¿Puedo libre salir de este recinto?

ISIDORO

Sólo tu amigo, por ventura extraña,

sólo yo te escuché.

LUCIANO

(Aparte.) Ya es muy distinto.

ISIDORO

Y yo a mi bienhechor no seré ingrato,

aunque bien lo merezca su alma impura.

LUCIANO

No es tiempo ya de hacer el mojigato:

hablemos, Isidoro, con lisura.

ISIDORO

¡Eh!, nada ya de cuanto digas creo.

Yo escribiré el papel, fírmalo y vete.

Ya te conozco, y con vergüenza veo

que todos te servimos de juguete.

LUCIANO

¿Me creerás si digo que lo aciertas?

ISIDORO

¡Qué audacia!

LUCIANO

¿Será audacia si te digo

que olvidas que, al abrírsete mis puertas,

eras, tú que me insultas, un mendigo?

ISIDORO

Al mendigo en tu casa recogiste;

mas ¿cuál de tu bondad era el misterio?

Tú cerca de tu esposa me pusiste

para acusarla un día de adulterio.

LUCIANO

Sobrado lejos de mi fin has ido.

Otra fue mi intención.

ISIDORO

¿Otra? ¿Cuál? Dila.

LUCIANO

Que siendo del tutor favorecido,

te abstuvieras de amar a la pupila.

Rosalía después cedió al arrullo

de la afición: me aproveché del lance;

pero tú sólo amaste por orgullo,

y ella dio en ser honrada a todo trance.

Prueba de que es su amor débil centella,

bien inferior a mi pasión tirana,

que por cualquier obstáculo atropella

para adquirir la mano de Mariana.

ISIDORO

¿De Mariana? ¡Gran Dios! ¿Somos rivales?

LUCIANO

¡Ah! -No entendía que ignorabas esto.

ISIDORO

¿Tú amarla?

LUCIANO

Sí, y en competencias tales

el uno tiene que ceder el puesto.

ISIDORO

No quien sabe querer.

LUCIANO

¿Y el que en el orbe

no halla fuerza capaz de detenerle,

muestra que sabe amar? ¿Debe temerle

quien caminar hacia su fin le estorbe?

Sirva de ejemplo mi infeliz esposa

para que nadie resistirme emprenda.

Dueño he de ser de mi pupila hermosa.

¡Triste del que robármela pretenda!

ISIDORO

¡Triste del criminal!

LUCIANO

Declamaciones

a un lado: por tu bien te lo suplico.

Necesario será que reflexiones

que no cede jamás el fuerte, el rico.

ISIDORO

El fuerte aquí soy yo: puedo perderte,

y salvar a tu esposa es mi conato.

LUCIANO

Sin que nada mi plan se desconcierte,

yo la puedo librar dentro de un rato.

Yo la he dejado sin defensa alguna

porque en la idea de morir se aferra;

pero contigo parto mi fortuna,

si a llevarla te obligas a Inglaterra.

ISIDORO

No: vuélvele su honor, vil asesino.

LUCIANO

Por ti lo voy a ser, hombre insensato.

(Coge las pistolas.)

Aquí hay armas: salgamos al camino;

pero ten por seguro que te mato.

Si combatir prefieres con espada,

no rehúso tampoco la palestra:

contra tu mano inhábil y turbada,

tengo la mía imperturbable y diestra.

Y si, muriendo tú, se te figura

que mi vida a la ley daré en tributo,

te engañas: la opinión de que disfruto

de toda ruin sospecha me asegura.

No en balde beneficios he sembrado;

no en balde todo el mundo me venera.

Mi proceder me tiene autorizado

para hacer sin peligro cuanto quiera.

ISIDORO

Vamos donde tu vil hipocresía

víctima caiga de mi noble aliento:

pudo triunfar hasta el presente día;

pero hoy va a ser mayor el escarmiento.

En vano con su bárbara prudencia

los hilos de una red el crimen ata:

con un golpe no más la Providencia

el pérfido artificio desbarata.

Veslo en ti: cuando nada necesitas

para que el triunfo horrible se corone,

tú vienes, y la máscara te quitas,

y el labio tuyo contra ti depone.

LUCIANO

Conoce tú (y acaso te estremezcas)

si al destino le tengo avasallado,

cuando por mí dispone que hoy padezcas

error tan de notar en un letrado.

Tú debiste llamar quien me escuchara:

no hay de mi confesión acusadores.

¿Quién, cuando mueras, contra mí declara?

Escena VIII

DON FABIÁN, abriendo de golpe la puerta del fondo y saliendo acompañado de
Palaciegos y Soldados; dichos.

FABIÁN

¿Quién? Mírelos usted: estos señores.

ISIDORO

¡Oh cielo!

LUCIANO

Me perdí.

FABIÁN

Vaya usted viendo

si gente son que confianza inspira.

Y otro más principal estaba oyendo,

que haciéndose mil cruces se retira.

ISIDORO

¿Quién?

FABIÁN y PALACIEGOS
El Rey.

FABIÁN
Al andar por este lado,

sentimos bulla: comprendí el asunto,

di aviso, vino el Rey, mandó un soldado,

y a su ahijada recibe en este punto.

Yo, como alcalde, pues, aunque interino,

de la bondad de Don Luciano espero

que se ponga la capa y el sombrero,

y me siga al lugar de su destino.

LUCIANO
No hay remedio. (Éntrase en su habitación.)

FABIÁN
Seguidle y desarmadle.

(A dos soldados, que entran en la habitación de DON LUCIANO.)

VOCES
(Dentro.) ¡Viva el Rey, viva el Rey!

ROSALÍA
(Dentro.) Señor, clemencia.

ISIDORO
Es ella: ya está aquí.

ROSALÍA

(Dentro.) No, perdonadle.

UNA VOZ

(Dentro.) Muera el calumniador de la inocencia.

Escena última

ROSALÍA, apareciendo en la puerta del fondo; MARIANA, que sale de su cuarto poco después; dichos.

ROSALÍA

¡Ah!, nada he conseguido.

ISIDORO

¡Rosalía!

ROSALÍA

¡Isidoro!

(Óyese un pistoletazo en el cuarto de LUCIANO.)

ISIDORO

¡Dios mío!

ROSALÍA

¿Qué he escuchado?

ISIDORO

¿Será posible?

MARIANA

(Saliendo.) ¡Él, él!, ¡se ha suicidado!

ISIDORO

No llores: ni piedad merecería.

ROSALÍA

Perdónale, mi Dios.

MARIANA

¡Oh desventura!

ROSALÍA

Yo, mientras permanezca entre vivientes,

yo rogaré con súplicas ardientes

por él en la estrechez de una clausura.

ISIDORO

El siglo aún te dará días serenos.

ROSALÍA

Quiero una celda.

MARIANA

¿Y yo?

ROSALÍA

¡Ruego importuno!

Ya nadie me ha de ver.

ISIDORO

¡Nadie!

ROSALÍA

Ninguno.

MARIANA

Pero nosotros sí.

ROSALÍA

Vosotros menos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

